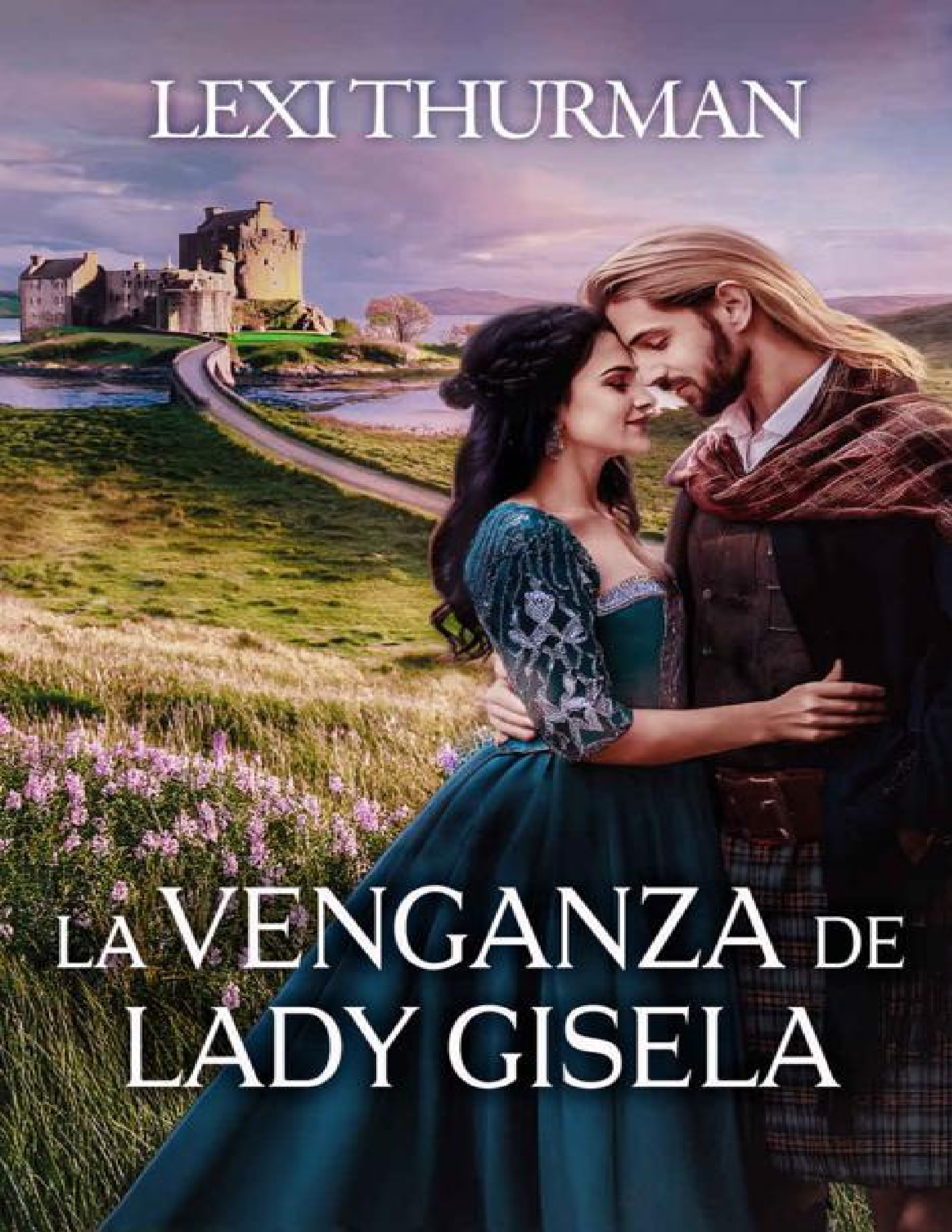
LEXI THURMAN



LA VENGANZA DE LADY GISELA

Prólogo

Inglaterra, 1208

Lady Gisela observó al conejo que yacía inerte frente a ella, el suave pelaje del animal ensuciado por la tierra y las hojas húmedas del suelo. La flecha sobresalía del pequeño cuerpo con una precisión impecable; su punta aún vibraba levemente tras atravesarlo de lado a lado. Había sido un disparo limpio, certero, tan rápido que el animal no había tenido tiempo de reaccionar antes de desplomarse.

Una leve sonrisa curvó sus labios. Sus manos permanecían firmes sobre el arco, los dedos tensos alrededor de la cuerda, como si anticiparan la posibilidad de volver a usarlo en cualquier momento.

Ella era hija de un barón, y aquella posición le aseguraba una vida llena de comodidades. No tenía necesidad de cazar; el sustento del castillo estaba garantizado por las batidas organizadas por los caballeros de su padre y el trabajo incansable de los siervos. Los banquetes siempre rebosaban de carne, pan y vino, y la cocina nunca se quedaba sin provisiones.

Pero Gisela no era como las otras damas que compartían su rango. No soportaba las largas horas de ocio en el salón principal, obligada a bordar tapices o a escuchar interminables charlas sobre compromisos matrimoniales. A menudo se preguntaba si aquellas mujeres alguna vez sentían algo más que resignación ante su destino.

Ella prefería el aire libre, el bosque que se extendía más allá de las murallas del castillo. Entre los árboles y las colinas encontraba una libertad que no existía dentro de los muros de piedra. Allí, con un arco en la mano y el viento acariciándole el rostro, Gisela se sentía viva, útil y capaz.

—Tu padre acaba de regresar —le informó una voz femenina.

Gisela miró a la joven que corría hacia ella. Unos pocos mechones castaños se habían escapado de su moño estirado y sus mejillas estaban enrojecidas por el esfuerzo y la preocupación.

—Esa es una buena noticia, Cecily —respondió al tiempo que entrecerraba los ojos al observar a su amiga, que ahora se encontraba frente a ella—. ¿Por qué pareces tan asustada? —inquirió, extrañada.

—No, no es…

—¿Es por el conejo? —interrumpió Gisela, girando la cabeza para contemplar al animal durante un instante antes de volver a fijar la atención en Cecily—. Está muerto, no puede dañarte. —Se movió ligeramente, señalando al conejo con su barbilla. Sin embargo, sus palabras, lejos de calmar a la joven, tan solo consiguieron que tragara saliva con fuerza. Con cada segundo que pasaba, el rostro de Cecily se tornaba aún más pálido por el miedo.

Gisela no comprendía cómo su amiga podía tenerle miedo a ese pequeño animal. Aunque, ciertamente, a diferencia de ella, tendía a ser bastante asustadiza.

—El arco… —consiguió decir con un hilo de voz.

Gisela bajó la mirada hasta el arco que sostenía. Sus dedos aún sujetaban la cuerda, ligeramente tensada, de forma casi automática. Frunció el ceño, confundida por el comentario.

—¿El arco? —repitió distraída mientras giraba ligeramente el arma entre sus manos—. Está bien, ¿no? No le veo nada raro. —Tiró un poco más de la cuerda tentativamente, probándola, sin

pensar demasiado.

—¡Cuidado! —gritó Cecily, y en un gesto que Gisela consideró exagerado, se lanzó al suelo.

Antes de que Gisela pudiera reaccionar, la flecha que ella no recordaba haber colocado en el arco después de disparar al conejo, salió disparada y se clavó en el tronco de un árbol cercano con un sonido seco y preciso.

Gisela parpadeó, sorprendida, a la vez bajaba lentamente el arco.

—Oh… —murmuró, más para sí misma que para su amiga. Luego, con un encogimiento de hombros, añadió—: Supongo que la puse sin darme cuenta.

Cecily, todavía en el suelo, alzó la cabeza con una mezcla de incredulidad y temor.

—¡Podrías haberme matado! —farfulló mientras se levantaba y se sacudía las faldas con las manos temblorosas.

—No exageres, Cecily —dijo Gisela con calma, colgando el arco en su hombro con un gesto desdeñoso. A veces, su amiga podía ser demasiado dramática—. Ni siquiera te ha pasado cerca.

—Por suerte, no. Pero no es la primera vez que me hieres con una flecha.

Gisela puso los ojos en blanco. Cecily siempre había sido una exagerada. Recordó un incidente de un par de años atrás, cuando, sin querer, le había hecho un pequeño rasguño mientras practicaba con el arco.

—Apenas te rozó, y además, deberías darme las gracias —dijo con una sonrisa traviesa.

Cecily arqueó una ceja castaña y cruzó los brazos frente a su pecho.

—¿Las gracias?

—Claro que sí. Te lo curaste tú misma y tu madre te felicitó por ello.

La madre de Cecily era la curandera del castillo, una mujer sabia y respetada que atendía a los soldados heridos en las batallas y cuidaba de los enfermos del feudo. Cecily había comenzado a seguir sus pasos desde muy joven, y a sus quince años, los mismos que tenía Gisela, ya la ayudaba con destreza a tratar heridas complicadas y a preparar remedios.

Cecily frunció los labios, intentando ocultar una sonrisa.

—Eso no cambia el hecho de que me hiciste daño.

—Un rasguño, Cecily. ¡Ni siquiera sangró tanto! —respondió Gisela con una risa ligera, dándole un golpecito amistoso en el hombro.

Cecily exhaló un suspiro de derrota y terminó soltando una carcajada. Por más que lo intentara, no lograba comprender cómo Gisela poseía aquella extraña habilidad, casi mágica, de desvanecer cualquier vestigio de enfado que pudiera sentir. No podía enojarse con ella.

—Eres imposible, Gisela.

—Lo sé —apuntó ella con orgullo, tomándoselo como un alago y sonriendo de oreja a oreja —. Venga, vamos a tu cabaña. Tengo que cambiarme de ropa. —Señaló los pantalones y la camisa de lino que llevaba puesta—. Mi padre se va a disgustar si me ve vestida así.

El padre de Gisela no entendía por qué su única hija no se comportaba como las demás mujeres de su rango. No comprendía esa manía suya de vestir como un varón, de adentrarse sola en el bosque con un arco al hombro o de insistir en realizar actividades que consideraba poco adecuadas para una dama.

Sin embargo, Gisela sabía que él la amaba con todo su corazón. Era más permisivo con ella de lo que lo serían otros padres en su lugar, aunque eso no significaba que aceptara sus decisiones. Muchas noches lo había escuchado suspirar profundamente, casi como si rezara, pidiendo que algún día su hija adquiriera un poco de sentido común, que dejara de desafiar las

normas y finalmente se convirtiera en la dama que él creía que estaba destinada a ser.

Pero Gisela tenía claro que eso nunca sucedería. Nunca podría ser como las demás mujeres a su alrededor. Ella se negaba a conformarse, a vivir bajo las reglas impuestas para su género.

—Permíteme dudar —dijo Cecily, interrumpiendo sus pensamientos, con una media sonrisa mientras cruzaba los brazos—. Tu padre no se va a enojar por cómo estás vestida. Lo que de veras lo enojará es que no estés camino a Cornualles para reunirte con tu tía y tus primas.

Gisela suspiró.

Su tía tenía buenas intenciones, eso no lo dudaba. Su madre había fallecido al darle a luz, y fue la hermana de su padre quien, durante los primeros años de su vida, ejerció de madre. Pero cuando Gisela tenía seis años, su tía se casó y se mudó a Cornualles con su marido, que poseía unas tierras allí. Desde entonces, Gisela solo había ido a visitarla en contadas ocasiones. A pesar de que la adoraba a ella y a sus pequeñas primas, no podía evitar sentir una profunda aversión hacia todo lo que su tía representaba.

Su tía quería que Gisela fuera como ella, que dejara de ser tan poco femenina, que dejara de desafiar las normas y se convirtiera en una dama. Sin embargo, Gisela no podía aceptar esa vida. ¿Cómo podría conformarse con una existencia donde todo estuviera regido por las reglas que limitaban su libertad?

No quería ser la mujer que su tía deseaba que fuera, ni la dama que todos esperaban. Ella quería ser libre, sin restricciones, tal y como lo eran los hombres.

—Se enojará, sí, pero me perdonará, tal y como hace siempre —respondió Gisela con un encogimiento de hombros.

—Esta vez te has sobrepasado. Aprovechando su ausencia, enviaste a la pobre Mirela en tu lugar.

Gisela tuvo que morderse el labio inferior para no echarse a reír. No había sido difícil engañar a la escolta que su padre había dispuesto para custodiarla hasta la casa de su tía en Cornualles. Se había vestido con un manto pesado y un velo que cubría su rostro, asegurando que había amanecido con la cara hinchada y avergonzada de su aspecto. Los hombres, crédulos, no habían dudado de su excusa.

Además, había convencido a una de sus sirvientas, que tenía la misma estatura que ella, para que la sustituyera. La mujer, con tal de no contrariarla, había aceptado rápidamente hacerle el favor, y así Gisela había podido quedarse a disfrutar de su libertad mientras su tía y su padre pensaban que estaba de camino hacia Cornualles.

A esas alturas, su tía ya habría descubierto el engaño y un mensajero llegaría en unos días al castillo para avisar a su padre. Pero Gisela no tenía intención de esconderse de él. Al contrario, estaba deseando verlo. Su padre había estado más de un mes fuera, en una misión diplomática, y lo había echado de menos.

—Te preocupas demasiado —le dijo a su amiga, haciendo un gesto con la mano para restarle importancia—. Y además, no pienso contarle que me he escondido en tu cabaña en el bosque mientras tu madre estaba en el castillo ocupándose de los heridos de la última batalla.

—Nunca pensaría que lo harías. Eres una amiga fiel.

Gisela sonrió por la confianza que Cecily tenía en ella. Una confianza que ella nunca defraudaría.

—Vamos —le instó, a la vez que se acercaba al conejo muerto para quitarle la flecha y guardarlo en el saco que había dejado en el suelo—. Vamos a comérnoslo y luego voy al castillo.

Cecily miró el cielo.

—No hay tiempo para eso. Deberías ir ya. Si tardas, oscurecerá.

—Esa es la intención. Es más fácil pasar desapercibida durante la noche. Además, mi padre estará de mejor humor por la mañana, tras haber descansado. Mejor que aparezca yo sola en el gran salón para el desayuno que no ser llevada ante él por los guardias del puente levadizo.

Cecily arqueó una ceja.

—Pensaba que no estabas preocupada por su reacción.

—Y no lo estoy —añadió a la vez que comenzaba a caminar—. Solo estoy siendo precavida.

Cecily negó con la cabeza. Sabía que, a pesar de su aparente despreocupación, a Gisela no le gustaba decepcionar a su padre. Ella podía desafiarle, pero Cecily la conocía lo suficientemente bien como para darse cuenta de que no podía evitar sentir una punzada de culpabilidad al desobedecer las órdenes de su progenitor.

—¿Y si esperas hasta la mañana? —sugirió Cecily, volviendo a mirar al cielo, que comenzaba a tornarse anaranjado, señal de que el atardecer se acercaba rápidamente—. Esta noche las nubes van a tapar la luna.

Gisela se detuvo durante un instante y echó su cabeza hacia atrás para observar el cielo, de la misma manera que estaba haciendo su amiga, mientras reflexionaba sobre las palabras de esta. Ella era atrevida y valerosa, pero no se consideraba ninguna temeraria. O, por lo menos, no en la gran mayoría de ocasiones.

—Tienes razón —recapacitó—. Saldré al alba, durante el cambio de turno.

Gisela, habituada como estaba a moverse con soltura dentro y fuera de los muros del castillo, no encontró dificultad alguna para entrar al alba sin ser vista. Sin embargo, al cruzar el patio empedrado, percibió algo extraño en el aire. Había un cambio sutil, casi imperceptible, pero suficiente para que su instinto se tensara. Algo no marchaba del todo bien.

Había dejado su arco escondido en la cabaña de Cecily. No quería arriesgarse a que su padre cumpliera una de sus advertencias más frecuentes: quitarle el arma si volvía a desobedecerlo. Aquella amenaza pendía sobre ella como la hoja de una guadaña, recordándola constantemente el precio de su osadía.

El arco no era cualquier objeto. Gisela lo había fabricado con sus propias manos con la ayuda de un artesano del castillo que, tras muchas negativas, finalmente cedió ante su insistencia. La joven tenía un talento innato para conseguir lo que deseaba, ya fuera por su persuasión hábil o, más probablemente, porque su obstinación terminaba por agotar la paciencia de cualquiera.

Para Gisela, aquel arco era mucho más que un arma. Era una extensión de su propio ser, un símbolo de su independencia en un mundo que se empeñaba en limitarla. Renunciar a él era inconcebible; preferiría perder un dedo antes que permitir que se lo arrebataran.

Pero, en ese momento, cualquier pensamiento quedó opacado por la creciente inquietud que le recorría el cuerpo. Su instinto le gritaba que diera media vuelta y huyera. Sin embargo, pocas veces le hacía caso. Y nunca porque dudara de su fiabilidad, sino porque su orgullo no le permitía ceder al miedo.

Se detuvo cuando a su lado pasó un guardia corriendo, sujetándose el vientre con gesto de dolor.

—¿Os encontráis bien? —le preguntó Gisela con preocupación, pero el hombre negó con la cabeza, incapaz de responder con palabras.

Ella no había entrado por el puente levadizo, la única vía de acceso al castillo, al menos para quienes no supieran moverse con sigilo. Había otra entrada, angosta y apenas conocida, lo bastante estrecha como para permitir el paso de una sola persona a la vez. No era un acceso

habitual, y el solo hecho de su existencia resultaba extraño, pero Gisela lo descubrió cuando era una niña, ya que, desde que tenía uso de razón, se había dedicado a recorrer todos y cada uno de los recovecos de su hogar.

Había sido una niña inquieta y curiosa. Dos rasgos que, para desgracia de su padre y aquellos que la rodeaban, no había perdido.

Gisela avanzó unos pasos con cautela, su mirada recorriendo el patio. No tardó en notar que Eoin no era el único afectado. Otros guardias y sirvientes se encorvaban sobre sí mismos, los rostros crispados por el dolor; algunos jadeaban mientras que otros apenas eran capaces de mantenerse en pie.

Se acercó a uno de ellos, un joven guerrero que se sostenía el estómago con las manos temblorosas.

—¿Qué sucede? —le preguntó, arrodillándose frente a él.

El joven alzó la vista con esfuerzo; su piel perlada de sudor.

—No lo sé, milady… Desde anoche todos estamos así.

—¿Comida en mal estado?

—No, milady. No hemos comido todos lo mismo…

Gisela suspiró, sintiendo un escalofrío recorrerle la espalda. Aquello no era una simple intoxicación.

—Voy a buscar a Sorcha —dijo, mencionando a la madre de su amiga Cecily, la curandera del castillo—. Ella sabrá qué hacer. —La certeza de que Sorcha también debía estar enferma pesó en su mente. Tendría que encontrar a Cecily y pedirle ayuda.

—Milady… —La voz temblorosa de Holly, una de las sirvientas mayores que prácticamente la había criado, la hizo volverse. La mujer se apoyaba en la pared para no desplomarse y su rostro lucía pálido como la ceniza.

—Algo no va bien… —balbuceó con un hilo de voz—. Unos hombres han entrado… Ellos han aprovechado… —Sin embargo, Holly no pude terminar la frase, porque su cuerpo se sacudió con una arcada violenta y se llevó la mano a la boca para contener los vómitos.

El estómago de Gisela se encogió.

Estaba segura de que eso no era una simple enfermedad común; algo más estaba ocurriendo. Sin pensárselo dos veces y con el corazón latiéndole con fuerza, se apresuró hacia el interior de la fortaleza. Al cruzar el umbral, su pie tropezó con algo blando. Bajó la vista y sintió que el aliento se le atascaba en la garganta.

Un guerrero yacía en el suelo de piedra, inmóvil, con la mirada vidriosa clavada en el vacío. Un charco de sangre oscurecía su túnica y se filtraba entre las grietas del pavimento. No estaba enfermo, estaba muerto. Y su muerte había sido violenta.

Gisela contuvo el grito que amenazaba con brotar de su garganta y se pegó contra la pared. Sus dedos buscaron instintivamente su arco, pero recordó con un nudo en el estómago que no lo llevaba consigo. Sin él tan solo era una joven de quince años indefensa. Ni siquiera llevaba una daga escondida, tal y como ella había insistido a su padre que debía hacer. Pero este siempre le había asegurado que no era necesario, ya que en su hogar estaría segura y protegida.

El pánico la invadió al pensar en su padre. Pero antes de que pudiese considerar nada más, un chillido desgarrador proveniente del gran salón provocó que su atención se desviara. Gisela se obligó a moverse, deslizándose con ligereza hasta la gran puerta entreabierta. No era tan necia como para irrumpir sin más, así que contuvo el aliento y espió por la rendija.

Nada la había preparado para lo que vio.

Varios hombres yacían en el suelo con sus túnicas empapadas en sangre. La muerte se

cernía sobre ellos con su aliento frío y despiadado. Entre los cuerpos se movían figuras desconocidas, saqueando sin prisa, como lobos que hurgan entre los restos de un festín. No reconoció sus rostros, pero no necesitaba hacerlo. Eran intrusos. No tenían derecho a estar allí.

Y entonces, lo comprendió.

La enfermedad que había doblegado a los hombres y mujeres del castillo no era obra del azar ni del destino; había sido provocada. Alguien los había envenenado, debilitándolos lo suficiente para allanar el camino de los invasores.

Y ese alguien los había dejado entrar. ¿Quién había podido ser?

Aunque eso era lo que menos le importaba en esos momentos; sobre todo, cuando reconoció la figura de su padre. Él estaba de rodillas, pero con el mentón alzado con orgullo a pesar de la hoja que le presionaba la garganta.

El hombre que blandía la espada le daba la espalda a Gisela. Era alto, de porte firme, con una capa oscura que le caía hasta las botas. Aunque no podía verle el rostro, la tensión en sus hombros y la manera en la que empuñaba el arma hablaban de alguien acostumbrado a mandar.

Un invasor. Un enemigo.

Y su padre estaba a su merced.

—Vas a morir, barón —dijo el desconocido con una voz fría como el acero—. Y el rey Juan quiere que sepas que es él quien ha dictado tu sentencia.

Los ojos de su padre brillaban con furia, pero no había rastro de miedo en ellos.

—El rey Juan podrá deshacerse de mí, pero los demás barones no serán tan necios como para creer que no está detrás de esta vileza.

El hombre se encogió de hombros con indiferencia.

—Quizás, pero no podrán demostrarlo. Y será suficiente para que lo piensen dos veces antes de alzarse contra él. Si su cabecilla muere como un traidor, el resto vacilará.

Gisela sintió que la sangre se le helaba en las venas.

—No soy ningún traidor —replicó su padre con fiereza—. El rey ha perdido el favor de sus barones y ahora recurre a la fuerza para sofocar el descontento. Mi muerte es solo un intento desesperado de evitar la insurrección. Te ha mentido, nunca reconocerá este crimen.

El hombre soltó una risa gélida, carente de todo rastro de emoción.

—No me interesan sus razones —dijo con calma—. No tienes heredero varón, ni pariente que reclame tus tierras. El rey me ha prometido la mano de tu hija, y con ella, el poder que le corresponde.

Gisela sintió cómo el miedo daba paso a la ira. No, eso nunca sucedería. Antes terminaría con su propia vida que casarse con ese desalmado.

—Mi hija está lejos…

—Con su tía en Cornualles —terminó el hombre, interrumpiendo a su padre—. Lo sé, por eso hemos atacado hoy. —Un escalofrío recorrió el cuerpo de Gisela al darse cuenta de que ese ataque había sido planeado minuciosamente. ¿Cuánto tiempo llevaría aquel hombre siguiendo sus pasos y los de su padre?—. Por supuesto que habrá que dejar que pase un tiempo para que no sea evidente y nadie sospeche de mi participación. Pero cuando sea el momento adecuado, Juan, como su tutor, me la entregará en matrimonio.

El barón sacó fuerzas de algún rincón oculto de su ser. Con un gruñido, tensó los músculos y se irguió de un solo movimiento, apartando la hoja que amenazaba su cuello. Su mano fue directa a la empuñadura de su daga, dispuesto a evitar el futuro desolador que le aguardaba a su hija.

Pero el hombre de la capa oscura era más rápido. Con un golpe certero, lo desarmó y la

daga cayó al suelo con un tintineo metálico.

—Si voy a morir, quiero saber el nombre de mi verdugo —espetó el barón, respirando con dificultad.

El hombre inclinó ligeramente la cabeza, como si concediera el último deseo de un moribundo.

—Laird Aulay Ferguson. —Y entonces, la espada descendió con un brillo letal atravesando el pecho del barón.

Gisela emitió un grito cuando su padre exhalo su último aliento. El asesino giró la cabeza y ella pudo ver unos ojos oscuros, casi negros, que nunca olvidaría.

Afortunadamente, él no pudo distinguirla a ella.

—¡Ve a ver quién está ahí y mátalo! ¡Mata a todos! —ordenó Aulay a uno de sus hombres.

Gisela no pensaba morir sin presentar batalla. La vida sin honor no valía nada, y la suya había quedado reducida a cenizas en el instante en que su padre había muerto.

La ira ardía en su pecho como un fuego devorador. No le importaba el peligro, no le importaba que estuviera sola contra ellos, ella entraría y lucharía. Si el destino quería que muriera aquella noche, al menos se llevaría a Aulay consigo. Con un golpe de suerte, encontraría una daga en el suelo y lo mataría antes de que él tuviera la oportunidad de acabar con ella. Y si no, cuando descubriera que la había matado, su furia sería tal al ver sus planes arruinados que ella sonreiría desde el cielo.

Dio un paso hacia adelante, dispuesta a irrumpir en la sala. Pero, antes de que pudiera moverse, una mano firme se cerró alrededor de su muñeca.

—No —susurró una voz apremiante.

Gisela ladeó bruscamente el rostro y se encontró con los ojos castaños y urgentes de Sorcha. La curandera la sujetaba con una fuerza inesperada para alguien de su edad.

—Suéltame —masculló Gisela, intentando zafarse—. No voy a huir como una cobarde.

—No es cobardía, es supervivencia —replicó Sorcha con dureza—. Tu padre querría que sobrevivieses.

Gisela se calmó, porque eso era cierto. Su padre la amaba más que a nada, igual que ella a él. Pero ahora él ya no estaba y nada de lo que hiciera podría devolvérselo. Y siendo honesta, no tenía ninguna posibilidad de matar a Aulay; ni siquiera de herirlo.

Unos pasos aproximándose hacia la puerta interrumpieron la conversación de ambas mujeres. Sorcha tragó saliva y miró a Gisela, suplicante.

—Huye, Gisela.

—Ven conmigo —le pidió ella.

—Han envenenado el agua —dijo Sorcha con serenidad, aunque su rostro estaba perlado de sudor—. La única razón por la que aún no yazco en el suelo como los demás es porque tomé unas hierbas, pero su efecto es efímero… No tengo salvación.

Gisela negó con la cabeza, con la desesperación encogiéndole el pecho, pero Sorcha le apretó el brazo con fuerza.

—Voy a morir, niña. Pero aún puedo darte tiempo, puedo entretenerlos.

El nudo en la garganta de Gisela se hizo insoportable.

—No… —susurró con la voz rota.

—Sí —la interrumpió Sorcha con firmeza—. Vete, vive, y cuida de mi hija.

Gisela sintió que todo dentro de ella se resistía, que su instinto le exigía quedarse, pelear, hacer algo… pero sabía la verdad. No podía salvarla.

Sorcha lo sabía también.

Así que asintió con el corazón desgarrado y echó a correr.

Salió de la fortaleza, su respiración entrecortada por la angustia. Aquella noche lo había perdido todo. Mientras se deslizaba entre los árboles del bosque, con el frío mordiéndole la piel, hizo un juramento silencioso.

Sería la última vez que huiría.

La próxima vez que se enfrentara a Aulay Ferguson, no correría, no temblaría.

Estaría preparada para matarlo.

Capítulo 1

Highlands, cuatro años después…

Gisela se había convertido en la dama perfecta, en la esposa que cualquier hombre desearía.

Con mucha paciencia y práctica, había pulido cada gesto, cada mirada, y cada palabra hasta convertirse en la mujer que se esperaba que fuera. Había dejado atrás esa personalidad rebelde que la había caracterizado. Ahora era educada, obediente y sofisticada, y tenía aficiones más femeninas como la costura y el bordado. Incluso, había aprendido a cocinar y ayudaba a las monjas en la cocina.

Se había esforzado para aprovechar al máximo las enseñanzas que estas le habían brindado.

El rey Juan, su tutor y el hombre responsable de enviarla al convento tras el asesinato de su padre, nunca la había llamado a la corte, algo que, en secreto, agradecía. No sabía cómo reaccionaría al verlo. A fin de cuentas, pese a que no fue la mano ejecutora, sí fue quien ordenó matar a su padre. A veces, temía que, si se hallaba ante él, la ira la dominaría y terminaría cometiendo una locura como intentar matarlo. Algo que solo la conduciría a la ejecución. No es que temiera la muerte, ya que Gisela no le temía nada. Pero sí temía que su ansiada venganza, la que había tejido meticulosamente durante cuatro años, jamás llegara a cumplirse.

Porque toda esa pose de dama sofisticada que aceptaba su destino con orgullo no era más que un ardid, una farsa cuidadosamente tejida por la propia Gisela, quien había tramado cada paso con suma astucia.

A Gisela nunca se le había dado bien mentir. Ella, que se consideraba a sí misma una joven transparente y noble, no toleraba las falacias y los engaños. Pero, en los últimos cuatro años, había aprendido a disfrazar la verdad con tal destreza que incluso los más perspicaces habrían dudado de su propia sinceridad. Se había convertido en una mentirosa consumada capaz de tejer una red de falacias con la misma habilidad con la que hilaba sus propios bordados.

Nadie sospecharía, nadie se daría cuenta de nada. Ella fingiría ser la prometida sumisa que el laird Aulay Ferguson estaba esperando.

Pensar en ese hombre le revolvía el estómago. La simple idea de estar cerca de él fingiendo cortesía provocaba que la ira bullese en su interior. Pero ella tenía que controlarse. En poco más de un día se encontraría frente a él.

El viaje desde el convento en Inglaterra hasta el clan de los Ferguson estaba siendo largo. Gisela ya se encontraba en las Lowlands, camino de las Highlands.

—Gisela —la llamó Cecily, arrancándola de sus cavilaciones. Su mejor amiga se acercaba con pasos lentos pero certeros hasta la orilla del río donde esta se encontraba.

Se sentó a su lado en la hierba y observó con disimulo a su alrededor, fijándose en el hombre apoyado con su espalda en uno de los árboles cercanos que las estaba vigilando. Era uno de los soldados que su prometido había enviado para que la llevasen hasta él. El resto se encontraba en el claro donde se habían detenido para descansar.

—¿Va todo bien? —le preguntó.

Cecily inspiró profundamente y centró la mirada en ella cuando estuvo segura de que el hombre no podía escucharlas.

—Tengo un plan.

—¿Un plan? —repitió Gisela, entrecerrando los ojos.

—Los hombres que nos escoltan confían en mí. O por lo menos, lo suficiente para comer los alimentos que les proporciono. No sería difícil echar en su comida una mezcla de belladona con mandrágora. Poca cantidad, la suficiente para que no puedan perseguirnos. Estamos lejos de Inglaterra, podemos huir sin que el rey pueda…

Gisela levantó la mano, interrumpiendo a su amiga.

—No quiero huir, Cecily —dijo con un suspiro. Aquella no era la primera vez que hablaban del tema. A lo largo de los últimos años, su amiga había insistido en ello más veces de las que podía contar. Después de la muerte de su padre, la llevó con ella al convento y, mientras Gisela aprendió a comportarse como una dama, Cecily perfeccionó sus habilidades como curandera—. No soy una cobarde.

—No, no lo eres —coincidió Cecily, arqueando una de sus cejas castañas—, pero lo que pretendes hacer es una locura.

—No es una locura, es venganza. Tu madre también fue asesinada ese día.

Cecily bajó la mirada y se frotó las manos con nerviosismo.

—Lo sé, Gisela. Bien sabes que lo sé —suspiró Cecily—. Pero la venganza no la traerá de regreso, tampoco a tu padre. Solo nos llevará a una muerte segura.

Gisela le tomó la mano con suavidad.

—Por eso no deberías haber venido conmigo. Le diré a uno de los hombres que te encuentras mal y que te lleve de regreso al convento.

Cecily negó con la cabeza.

—No deseo venganza, pero no te dejaré sola. Si mueres, moriré contigo.

Gisela esbozó una sonrisa. Ella no podía desear una amiga mejor. Aunque no tenía la menor intención de permitir que Cecily corriese ningún riesgo. En cuanto llegasen al clan de su prometido, le pediría que enviase a su amiga de regreso al convento.

No había podido evitar que la acompañara, pero, siendo sincera, tampoco había puesto demasiado empeño en impedírselo. Porque, por muy fuerte que se creyera, había una parte de ella que la necesitaba cerca.

Cecily era su mejor mejor amiga, su mitad. Ella era lo único que le quedaba en este mundo.

—El plan es lograr que confíe en mí, que todo el clan lo haga —dijo Gisela, bajando lo suficientemente la voz para que el guardia no pudiera escuchar ninguna de sus palabras—. Le convenceré para que me lleve con él de caza, fingiendo no tener la menor idea de ese menester. Buscaré un momento en el que ninguno de sus guardias nos esté vigilando y lo mataré. Después, le haré creer a los miembros de su clan que ha sido un accidente —siguió relatando, pese a que Cecily se sabía su plan de memoria—. No voy a dejar que me pillen. Mi vida no corre peligro.

—Ese hombre es malvado, Gisela. No caerá tan fácil en tu trampa.

—Lo hará, Cecily. No es más que un hombre. Por muy malvado que sea, es fácil de manipular. Solo debo hacerle creer que no solo acepto el matrimonio, sino que estoy completamente obnubilada por su fuerza e inteligencia.

Cecily se mordió el labio inferior, inquieta.

—No he querido preguntártelo hasta ahora para no perturbarte, pero… ¿y si te obliga a casarte en cuanto llegues al clan? ¿Si exige su noche de bodas?

Gisela la miró en silencio. No había pensado en ello.

Su plan consistía en aprovechar el cortejo, un período que, aunque innecesario en un matrimonio de conveniencia, solía concederse como muestra de caballerosidad. Pero Aulay Ferguson no era un caballero, él un laird.

No sabía si en las Highlands esa norma también regía, pero incluso si así fuera, dudaba que

su cruel prometido la respetara si no era de su voluntad.

—Haré lo que deba hacer —declaró Gisela con convicción, porque ahora que había llegado tan lejos, no pensaba detenerse.

No podía hacerlo. Se lo debía a su padre.

—Gisela, por favor, entra en razón —le suplicó Cecily—. No puedes casarte con él. Te obligará a yacer con él. Puedes hasta engendrar un hijo de él. Escuch…

—No llegará tan lejos —la interrumpió Gisela, negándose a seguir oyendo posibilidades catastróficas que solo conseguirían ponerla nerviosa—. Si es necesario, lo mataré antes de que me toque. Prefiero morir a …

Ella no pudo terminar la frase, ya que el hombre que se encontraba vigilándolas se había cansado de esperar.

—¡Vamos, debemos regresar al claro!

Gisela resopló, conteniendo el impulso de gritarle que se metiera en sus asuntos. Sin embargo, eso no era lo que una dama recatada y sumisa haría y debía mantener la farsa intacta.

—Os ruego me disculpéis, no era mi intención importunaros —respondió, alzando lo suficientemente la voz para que él pudiera oírla, pero tratando de mantener ese tono calmado y aterciopelado que tanto había ensayado durante esos últimos cuatro años—. Mi doncella y yo estábamos buscando piedras lisas en el agua para afilar nuestras agujas de coser, pero no hemos encontrado ninguna adecuada. ¿Tendríais la amabilidad de concedernos un poco más de tiempo?

El hombre farfulló algo ininteligible sobre mujeres, pero no hizo ademán de acercarse. Aun así, se apartó del árbol, observándolas con recelo.

—Ese necio —masculló Gisela—. Me dan ganas de degollarlo con mi daga. —Acarició suavemente la empuñadura de la daga que llevaba oculta bajo la falda de su vestido verde, atada a su muslo con un cordón discreto, justo donde su pierna se encontraba con la tela del corsé.

Cecily, con un suspiro, la miró con cierta preocupación.

—No podrás mantener la farsa, Gisela. Tú no eres una dama educada y paciente. No importa lo que hayas practicado, no puedes cambiar quién eres.

—Puedo y lo haré. Mantendré mi rabia a raya el tiempo necesario.

Cecily negó con la cabeza, observando a Gisela con una mezcla de tristeza y comprensión. Su amiga había aprendido modales, pero, en el fondo, seguía siendo la misma mujer impetuosa y luchadora que no había perdido ni un ápice de esa chispa de rebeldía que la definía. Sin embargo, Cecily sabía que, debajo de esa capa de furia, también latía un gran corazón.

Ella bien sabía que la venganza no le otorgaría paz, sino que la devoraría lentamente. Había intentado que su amiga comprendiera esta verdad antes de que fuera tarde, pero esta, con esa testarudez que la caracterizaba, ni siquiera la había escuchado.

Cecily suspiró nuevamente, aunque, esta vez, con resignación.

—Solo quiero que seas feliz.

—Lo seré cuando…

Gisela no pudo seguir hablando porque unos toquecitos en su hombro se lo impidieron. Había estado tan concentrada en la conversación con Cecily que ninguna de las dos se había dado cuenta de que alguien se aproximaba hacia ellas.

—¿Gisela Ashford? —preguntó una voz masculina.

—¡¿Cómo os atrevéis a tocarme?! —espetó Gisela, pensando que se trataba del guardia, que ya se había cansado de esperar. Pero, al instante, se dio cuenta de lo brusca que estaba siendo y su tono cambió rápidamente—. Mis disculpas, no era mi intención ser grosera. Pero no creo que a mi prometido le… —Se giró, esperando encontrarse con el guardia. Sin embargo, ante ella

apareció un hombre alto y robusto, con el cabello rubio, tan dorado como la luz del sol y unos ojos azules profundos. Su físico era imponente, con hombros anchos y brazos fuertes que evidenciaban que se trataba de un guerrero.

Gisela nunca había visto un hombre tan bello, y por unos instantes, se quedó obnubilada mirándolo.

El desconocido esbozó una sonrisa. Tan bonita como maliciosa.

—¿Sois Gisela Ashford? —repitió, devolviéndola a la realidad.

No pudo responder, ya que escuchó un jadeo entrecortado a su lado que provenía de Cecily. Cuando la miró, esta estaba completamente lívida. Sus ojos estaban centrados en un punto fijo, a un lado del hombre, en el sendero. Y cuando fijó su mirada hacia donde estaba mirando su amiga, se quedó petrificada.

El mismo guardia que minutos antes las había apurado yacía sobre la hierba, con la mirada perdida. Gisela bajó la vista hasta el pecho del hombre, observando la cantidad de sangre que brotaba de su cuerpo.

Estaba muerto.

¡Oh, Dios! Estaban en grandes problemas.

—Sí, soy yo —respondió, tratando que su voz no sonara temblorosa. No podía derrumbarse, no podía mostrarle el temor que la invadía a aquel invasor. Si lo hacía, estarían perdidas—. ¿Qué queréis de mí?

—Tan solo que me acompañéis —dijo el hombre, y entonces, Gisela percibió que, aunque hablaba un inglés decente, su acento era extraño. Ella estaba segura de que era escocés, pese a que iba ataviado con un pantalón oscuro y una camisa de lino.

¿Quién era aquel hombre?

—No voy a ir a ningún lugar con vos. No podéis obligarme.

El hombre soltó una risa áspera.

—Mis guerreros se están encargando de los hombres que os custodiaban. Solo sois dos mujeres indefensas —espetó con una sonrisa burlona.

Gisela sintió cómo la furia la dominaba. Cecily le colocó una mano en el brazo, como una manera silenciosa de pedirle que se calmara.

—Me queréis a mí —dedujo, y el hombre no la corrigió. Se obligó a sí misma a fijar su mirada en los ojos azules de él. Gisela no pudo evitar pensar que podría perderse en ellos. ¿Cómo alguien con unos ojos tan bellos podía tener tanta maldad?—. Iré con vos, pero dejad que ella se vaya. —Señaló a Cecily, que negó con la cabeza, pero Gisela la ignoró.

El hombre se pasó la lengua por los labios y después soltó una carcajada sardónica.

—No estáis en situación de exigir nada, milady.

En ese momento, los gritos y el sonido de espadas cruzando el aire llegaron desde el claro cercano. El hombre no mentía, estaban solas. Pero, a diferencia de lo que él pensaba, no estaban indefensas.

Entonces, tuvo una idea.

Gisela se arrodilló ante la mirada confundida de Cecily, y con la voz temblorosa pero determinada, dijo:

—Os lo ruego, no nos matéis. —Estrechó los ojos, intentando forzar las lágrimas. A duras penas, unas pocas lágrimas brotaron de sus ojos, pero fueron suficientes para que el hombre suavizara su expresión.

—No mato a mujeres, no hay honor en ello. Solo quiero que me acompañéis.

—Por favor, os lo ruego —repitió Gisela; su voz quebrada por el esfuerzo.

El hombre suspiró, como si se sintiera levemente conmovido, y dio un paso hacia ella.

—Levantaos, milady. No voy a haceros daño —dijo mientras se agachaba y extendía la mano para ayudarla a levantarse.

Gisela sonrió internamente. Los hombres eran todos unos necios.

Cuando él estuvo lo suficientemente cerca de ella, alzó la rodilla y golpeó con fuerza la parte que había escuchado a los soldados de su padre que era la más vulnerable en todo hombre: sus partes viriles. Funcionó, porque el escocés emitió un grito gutural de dolor que sonó más como un animal herido a un humano. Se encogió sobre sí mismo, tambaleándose lentamente hacia atrás mientras intentaba recuperar el aliento.

Gisela, sin perder la oportunidad, sacó la daga que tenía escondida con la intención de atacar, pero el escocés reaccionó rápidamente. Con un movimiento brusco, le arrebató la daga de las manos y la lanzó lejos, fuera de su alcance.

Iba a lanzarse sobre él, aprovechando que estaba adolorido y vulnerable, pero antes de que pudiera dar un solo paso, Cecily la detuvo con firmeza.

—¡No, Gisela! —exclamó, sujetándola por los hombros con una fuerza inesperada—. Tenemos que irnos.

Cuando fijó su mirada en los ojos oscuros de su amiga, asintió lentamente. Cada poro de su cuerpo le pedía que luchase, que se enfrentase a ese escocés como no pudo enfrentarse al asesino de su padre. Pero, de la misma manera que ocurrió cuatro años atrás, ella era consciente de que no tenía ninguna posibilidad. Aunque consiguiese reducirlo, los hombres del escocés no tardarían en aparecer.

Ambas echaron a correr hacia el camino contrario al claro. No conocían aquellas tierras y no tenían la menor idea de hacia dónde iban. Cuando escucharon el sonido de pasos siguiéndolas, Gisela supo que estaban perdidas.

En un intento desesperado por salvar a su amiga, cuando esta tomó un camino hacia la derecha, Gisela se desvió hacia la dirección contraria, buscando que el escocés la persiguiera a ella. Así Cecily podría escapar.

Al menos, una de las dos podría salvarse.

No había dado ni dos pasos cuando el escocés la atrapó por detrás.

—¡Soltadme! —exigió Gisela, luchando por liberarse del hombre.

Peleó con todas sus fuerzas, pero el agarre de él era imparable.

—Eres una gatita con garras afiladas —le dijo, su voz burlona.

—¡Soltadme, necio! —exigió Gisela.

El hombre bufó.

—Me hubiera gustado hacer esto de otra manera.

—¿Qué queréis decir? —preguntó Gisela, confundida y luchando.

En lugar de responder, él sacó un trozo de tela que inmediatamente colocó sobre su boca. Al inhalar, el familiar olor de la mandrágora alcanzó sus fosas nasales. Fue suficiente para que supiera lo que estaba a punto de suceder.

—Dulces sueños, gatita —murmuró él mientras ella se desvanecía en la inconsciencia.

Capítulo 2

Los primeros destellos del alba teñían el horizonte de tonos dorados y ámbar. Malcolm Sinclair apagó lo que quedaba de la hoguera, aplastando las brasas con la bota mientras el aire fresco de la mañana barría el olor a humo y humedad.

Por el rabillo del ojo observó a la joven que yacía plácidamente bajo una manta. El efecto de la mandrágora debía haber desaparecido, pero ella seguía sin despertar. Su respiración era pausada, su expresión serena, como si la planta le hubiese brindado la excusa perfecta para un descanso profundo.

Mechones de cabello negro como el ala de un cuervo caían por el rostro ovalado de la joven, contrastando con su piel blanquecina y sin imperfecciones, propia de una dama como ella. Sus cejas, oscuras y elegantes, resaltaban los grandes ojos cerrados en un sueño profundo y esas largas y espesas pestañas. Malcolm contempló su nariz pequeña y perfectamente recta, sus labios rosados, el leve rubor de sus mejillas y sus facciones delicadas. Cada detalle en el rostro de ella parecía estar esculpido con la precisión de un artesano consumado y Malcolm no pude evitar pensar con cierta impotencia que jamás había visto a una joven tan hermosa.

Malcolm había cometido actos despreciables en nombre de su clan, pero secuestrar a una mujer era, sin duda, el peor de todos. Y aun así, no se arrepentía. No podía permitir que ella se casara con Aulay Ferguson.

No solo porque ninguna mujer merecía un destino tan cruel, sino porque él jamás permitiría que el laird Ferguson se hiciese con todo el poder que ese matrimonio le proporcionaría. No, él no podía consentirlo.

—¿Qué piensas hacer con ella? —le preguntó Ervin, su segundo al mando, devolviéndole a la realidad.

Malcolm frunció el ceño y cerró sus manos con fuerza, formando puños.

—¿Qué insinúas?

Ervin levantó las manos en señal de rendición, poco sorprendido por la reacción de su laird. Malcolm era conocido por su gran temperamento y por tener la misma paciencia que un lobo hambriento.

—No estoy dudando de tu integridad, pero el plan se ha ido al traste. Su sirvienta ha visto tu rostro.

Malcolm se encogió de hombros despreocupadamente.

—Si es lista, escapará lejos.

—Y si no lo es, irá corriendo adonde Aulay y a él no le costará averiguar que has sido tú.

—Como si él no se lo fuera a imaginar.

El laird Ferguson era consciente de que él lo quería muerto. Y conocía muy bien sus razones.

—Una cosa es que sospeche y otra que tenga pruebas que puedan demostrarlo —apuntó Ervin arqueando una ceja oscura—. Sabes tan bien como yo que secuestrar a la prometida de un laird va contra la ley. A Guillermo —dijo, nombrando al rey de Escocia— no le quedará más remedio que apresarte.

Malcolm soltó un bufido.

—Guillermo es un cobarde —espetó con rabia—. Es consciente de que Aulay Ferguson planea quitar las tierras a tantos clanes como pueda, pero ha decidido mantenerse al margen. Aún

cuando es evidente que ha llegado a algún acuerdo con el rey Juan.

—Guillermo confía en que los lairds seréis capaces de proteger vuestras tierras y solucionar vuestros problemas sin la necesidad de su intervención.

—Puede poner las excusas que desee, pero no tiene otro nombre más que cobardía.

Ervin asintió, de acuerdo con su amigo.

—No has respondido a mi pregunta.

—El plan continua igual. Cuando Aulay se de cuenta de que a su prometida ha tenido que sucederle algo, enviará a varios de sus hombres a buscarla. Estos encontraran a los escoltas fallecidos, despojados de sus ropajes y sus monedas. Creerán que han sido atacados por malhechores y que su prometida a esas alturas ya estará muerta.

Ervin hizo una mueca.

—Hasta donde mi juicio alcanza, mi mente es tan firme como un roble anciano. No necesito que me repitas el ardid que juntos hemos urdido.

Malcolm entrecerró los ojos.

—Deja de preocuparte por la sirvienta. En el remoto caso que vaya en busca de Aulay, lo negaré. Para ese entonces, lady Gisela habrá aceptado mi propuesta y estará lejos de su alcance.

—¿Crees que ella lo hará?

—¿Por qué no lo haría?

Ervin esbozó una sonrisa burlona.

—Ella ha resultado ser diferente a lo que pensábamos.

Malcolm miró de reojo a la joven, que se había girado en sueños. En su inconsciencia, arrugó ligeramente la nariz, y por un instante, él pensó que aquel gesto era… adorable.

¿Adorable? ¿De dónde había salido ese pensamiento?

Sacudió la cabeza, molesto consigo mismo. Ella no era adorable. Era una dama inglesa, arrogante y malcriada; como lo eran todas. Igual de insufrible que todos los ingleses.

Malcolm se alejó del claro en el que se habían detenido para pasar la noche tras cabalgar durante horas. Había matado a los hombres que escoltaban a lady Gisela. No se merecían otra suerte; no eran más que maleantes y mercenarios sin honor. La clase de hombres que servían a Aulay Ferguson.

Hubo un tiempo en que el apellido Ferguson inspiraba respeto. Antes de que Aulay traicionara a su propia sangre matando a su padre, el clan Ferguson había sido un bastión de honor y lealtad. Sus guerreros eran fieros pero justos, sus tierras prósperas, y su palabra ley. Bajo el mando del padre de Aulay, eran aliados valiosos y enemigos temidos, conocidos por su código de honor y su valentía en la batalla. Pero Aulay había corrompido todo aquello con su sed de poder.

Malcolm se detuvo frente a un arroyo que serpenteaba entre las rocas. El murmullo del agua y la distancia le permitían despejar la mente. Estar cerca de la mujer lo descolocaba, y no entendía por qué. Nunca antes alguien había logrado distraerlo de ese modo.

Tal vez Ervin tenía razón y lady Gisela no era lo que había esperado. No se había derrumbado en lágrimas ni implorado piedad como habría hecho cualquier dama inglesa en su situación. En cambio, había urdido un engaño astuto, lo suficientemente hábil como para tomarlo por sorpresa. Por supuesto, él había terminado atrapándola, pero no podía negar que la joven tenía recursos.

Malcolm no le había contado a su segundo que lady Gisela le había propinado una patada en sus partes viriles. No porque su orgullo se viese herido, sino porque sabía que su amigo se reiría de él el resto de su vida. Pero este había sido testigo de que la joven había puesto resistencia.

—Lo aceptará —le aseguró Malcolm a Ervin cuando escuchó los pasos de este siguiéndole —. Es mejor una vida consagrada a Dios que casarse con ese miserable.

—Mi hermana está dispuesta a ayudarnos, pero solo si es lo que Gisela desea de corazón.

—Lo deseará cuando le cuente de lo que es capaz ese malnacido.

El sonido de unas pisadas hizo que Malcolm se girara. Uno de sus hombres se acercaba a ellos con pasos acelerados y respirando con dificultad.

—¿Qué sucede, Hamish?

—La muchacha se ha despertado.

—Bien.

—Ella… ella… —comenzó Hamish, inclinándose hacia delante para recuperar el aliento— ha cogido uno de los arcos y está amenazando con él a Gilchrist y a Cormag. Ella me ha enviado en tu búsqueda.

Malcolm no se podía creer lo que estaba escuchando. Dos de sus mejores guerreros, hombres que habían luchado en batallas brutales, curtidos en sangre y acero ¿eran incapaces de desarmar a una muchacha? Y para colmo, el tercero estaba frente a él obedeciendo las órdenes de la joven.

—¿Y por qué no la habéis desarmado? ¿No me estarás diciendo que tenéis miedo de una muchacha?

Los ojos castaños de Hamish observaron con temor a su laird mientras negaba con la cabeza.

—No, pero ella es una dama. Una dama muy bella. No osaríamos dañarla.

Ervin soltó una carcajada y a Malcolm le dieron ganas de estrangularlo.

—Por el amor de Dios —masculló mientras echaba a andar hacia el claro con pasos ligeros.

¿Desde cuándo todos sus hombres eran unos inútiles?

Malcolm no estaba preparado para lo que se encontró al llegar. La joven tenía el arco tensado en sus manos y una flecha preparada para ser disparada. Para su sorpresa, ella parecía saber lo que estaba haciendo, pero no fue eso lo que llamó su atención, como tampoco que sus hombres se encontrasen con las manos levantadas sin moverse, lo que lo dejó de piedra fue *ella*.

De pie, con la determinación reflejada en su mirada, su cabello negro como la noche enredado por el viento y los labios entreabiertos. Había en su postura una fiereza indómita, una belleza salvaje que, por un instante, hizo que Malcolm olvidara hasta su propio nombre.

Era la mujer más hermosa que jamás había contemplado. Se erguía como una diosa de la guerra, dispuesta a lanzarse al combate, sin rastro de miedo en sus ojos verdes. Valiente y osada; la mujer perfecta para él.

Negó rápidamente con la cabeza.

«La mujer perfecta para él». ¿En serio?

¿Qué le estaba sucediendo? ¿Acaso era victima de algún embrujo? Sí, esa era la única explicación.

Sin embargo, al reflexionar, se dio cuenta de que debía ser un sortilegio que había cautivado a todos, pues él no era el único que la miraba como si fuera una diosa celestial. Un impulso de furia se apoderó de él, y tuvo que luchar con las ansias de desenvainar su espada y castigar a sus propios hombres por el simple hecho de observarla.

En ese momento, ella giró la cabeza hacia él, y Malcolm notó cómo su labio inferior se perfilaba, más grande y redondo que el superior. Un deseo incontrolable lo recorrió, y tuvo que contener el impulso que amenazaba con dominarlo para acercarse y besar ese labio, tierno y desafiante al mismo tiempo.

—Lady Gisela… —comenzó, pero no pudo seguir, ya que fue interrumpido por la muchacha.

—Vos sois el desalmado que me ha secuestrado —lo acusó ella, girándose hacia él hasta apuntarlo con la fecha —. Vos seréis el primero a quien atraviese con una flecha si no me dais un caballo y me permitís marcharme.

Malcolm no podía creer lo que oía. ¿De verdad ella pensaba que él sería tan necio como para ceder a sus amenazas?

—Lady Gisela... —intentó nuevamente, su voz grave y llena de un tono que no era posible ignorar.

—No repetiré mis palabras.

Escuchó una risa y no tuvo que girar la cabeza para saber que se trataba de Ervin. Solo él podría ver algo gracioso en aquella situación.

—Lady Gisela. —Ella abrió la boca, pero, esta vez, él levantó la mano con un ademán, impidiéndole hablar—. Sed razonable. No tenéis ninguna posibilidad de escapar. Tanto mis hombres como yo podríamos desarmaros en un abrir y cerrar de ojos.

—Intentadlo —desafió ella, haciendo que Malcolm soltara un hondo suspiro.

—¿Acaso sabéis manejar ese arco?

Como única respuesta, la joven tensó la cuerda y disparó. Pero en lugar de apuntarle a él, la flecha surcó el aire y pasó rozando la cabeza de Ervin, cortando un mechón de su cabello oscuro en el proceso.

—Si volvéis a reíros, os atravesaré el corazón —advirtió, con una serenidad que helaba la sangre.

Malcolm tragó saliva. Aquella muchacha sabía manejar un arco... y no podía imaginarse nada más condenadamente seductor que eso.

—Disculpadme, milady —dijo Ervin, inclinando ligeramente la cabeza—. No era mi intención ofenderos.

Su tono era serio, pero Malcolm lo conocía demasiado bien para saber que, en el fondo, se estaba divirtiendo.

Nada en aquella situación le parecía divertido a él. Por el rabillo del ojo atisbó cómo Gisela sacaba otra flecha del carcaj que colgaba de su hombro con la facilidad de quien ha practicado más de lo que debería.

Malcolm sintió la ira bullir en su interior, un fuego que amenazaba con consumir su paciencia. Iba a estrangular con sus propias manos a los insensatos que habían dejado ese arco al alcance de la muchacha. Aunque, en el fondo, sabía bien que el único responsable era él por no haber previsto el peligro que representaba.

Desarmarla no sería tarea sencilla. Lady Gisela lucharía con fiereza, como un gato acorralado, y él no estaba dispuesto a hacerla daño. Él jamás heriría a una mujer inocente.

—Dejadnos solos —le ordenó a sus hombres; su voz grave, inflexible.

Gisela alzó el mentón y tensó la cuerda del arco con firmeza.

—Que nadie se mueva —replicó con la misma determinación.

—Entonces, me quedo. —Ervin alzó las manos en un gesto sosegado—. No sería propio de un caballero desoír la voluntad de una dama. Y menos de una con tan diestra puntería. Sois una arquera formidable.

Gisela entrecerró los ojos con desconfianza.

—¿Qué pretendéis?

Ervin esbozó una sonrisa inocente.

—Nada, milady. Solo estaba elogiándoos, tal y como os merecéis.

—¡Ya es suficiente! —bramó Malcolm, perdiendo la paciencia—. ¡Marchaos!

Los guerreros obedecieron con premura. Todos menos Ervin, que aunque sabía que era mejor no seguir tentando la paciencia de su laird, se movió con lentitud.

—No le disparéis una flecha, milady —dijo con desenfado—. Es un hombre testarudo, pero un laird capaz. Su clan lo necesita. —Malcolm le dirigió una mirada helada, una advertencia silenciosa que su amigo ignoró con una sonrisa antes de desaparecer tras los demás.

Malcolm notó cómo la joven permanecía inmóvil, aún apuntándolo con el arco, aunque su respiración delataba su incertidumbre. Su determinación se había resquebrajado, pero su orgullo no le permitiría admitirlo.

No le dispararía. No porque no tuviera el temple para hacerlo, sino porque no era una asesina. Solo intentaba defenderse y él respetaba eso. No muchas damas inglesas poseían semejante coraje.

—Podéis bajar el arco —comenzó Malcolm, tratando de mantener la calma e intentando negociar con ella. Quienes lo conocían sabían que la diplomacia y la serenidad no eran precisamente sus mayores destrezas, pero él necesitaba intentarlo si quería que su plan funcionase—. No voy a haceros daño. Quiero proponeros un trato.

Gisela apretó los labios y miró a Malcolm con desconfianza.

—No hago tratos con malhechores.

La sombra de una sonrisa se dibujó en el rostro de Malcolm. Admiraba su valentía, pero sabía que era un rasgo peligroso en una mujer. No todos los hombres eran como él. Otros se sentirían insultados, heridos en su orgullo, y buscarían doblegarla con crueldad. Disfrutarían enseñándole quién tenía la fuerza, quién ostentaba el poder.

—No soy ningún malhechor. Mi nombre es laird Malcolm Sinclair.

—No me importa vuestro nombre. Si hay honor en vos, dejadme marchar. Mi prometido me está esperando.

—Vuestro prometido es un hombre vil y cruel. Ha matado a mujeres solo por no querer yacer con él. No os respetará. Os estoy salvando de un destino peor que la muerte, os ayudaré a escapar de él.

Vio cómo Gisela tragaba saliva, sus dedos crispándose ligeramente alrededor del arco. Y por primera vez, en lo más profundo de sus ojos, vislumbró algo parecido al miedo. La sonrisa se dibujó en los labios de Malcolm antes de poder evitarlo. Había conseguido llegar a ella, penetrar en esa muralla de terquedad que la protegía. Y lo había logrado con demasiada facilidad.

Pero su orgullo se desvaneció en el instante en el que ella alzó la barbilla y respondió con voz firme:

—¡Solo decís mentiras! Mi prometido es un buen hombre. Un hombre que me tratará con respeto. Un hombre del que estoy profundamente enamorada.

Capítulo 3

Las palabras sonaron amargas en los labios de Gisela. Unas palabras que, aunque ella había ensayado repetidamente durante esos últimos cuatro años una y otra vez, no estaba preparada para decir.

Y lo nunca estaría. ¿Cómo iba a estar alguien preparado para defender el honor de la persona que había asesinado a su padre?

Sin embargo, Gisela estaba obligada a hacerlo. Porque ese era parte de su plan. Un plan con el que lograría derrocar a Aulay Ferguson.

—Sois una mujer insensata —espetó Malcolm, cuyas facciones se habían ensombrecido por la furia—. Aulay Ferguson solo se ama a sí mismo. Él… —Gisela vio cómo los ojos azules del hombre brillaban con fiereza, como si un recuerdo doloroso lo atormentara. Por un instante, creyó que lo verbalizaría, que compartiría con ella la razón de su odio. Pero, en lugar de hablar, cerró la boca con fuerza, conteniendo lo que fuera que lo carcomía por dentro. Cuando volvió a mirarla, su expresión era implacable—. La hermana de mi segundo es monja en un convento en las Lowlands, cerca de aquí. Si nos damos prisa, llegaremos hoy mismo. Allí os acogerán como novicia. Aulay Ferguson nunca os encontrará. Tendréis una vida feliz.

Gisela frunció el ceño. Una vida de recogimiento y oraciones no le traería felicidad. No, ella no estaba hecha para eso. Pero, sobre todo, no renunciaría a su venganza.

—¿Y qué ganáis vos con eso? —preguntó, entrecerrando los ojos—. ¿Acaso creéis que voy a pensar que lo hacéis por la bondad de vuestro corazón?

Malcolm no pudo evitar esbozar una sonrisa. Aquella mujer no paraba de sorprenderlo.

—Soy un guerrero de las Highlands, no hay bondad en mí —dijo con honestidad—. No puedo permitir que Aulay Ferguson se case con vos. Ese matrimonio le daría demasiado poder. Pero, creedme, esto es lo mejor que puede pasaros.

Gisela no entendía demasiado de política. Su padre siempre la había mantenido al margen y, en el convento, aunque de vez en cuando guerreros heridos pasaban temporadas allí hasta que se curaban, a ella lo único que le importaba de ellos era que le enseñaran a usar la daga con más soltura.

No obstante, en esta ocasión, Gisela conocía los planes de Aulay a la perfección. Desconocía cuánto sabía Malcolm, pero no sería ella quien se lo revelara.

—Vos no sabéis lo que es mejor para mí —replicó con contundencia—. Es mi deber casarme con mi prometido. Y es lo que haré.

—No, no lo haréis —dijo Malcolm, con un tono que evidenciaba su creciente impaciencia —. Y bajad el arco si no queréis que os obligue a hacerlo.

Gisela escudriñó el rostro del hombre; parecía decidido. Ella no podía ganar aquella batalla y, a diferencia de la mayoría de los hombres, sabía cuándo era el momento de ceder. No de rendirse, porque ella nunca se rendía, pero sí de hacer creer a su enemigo que lo hacía mientras esperaba el momento adecuado para atacar.

Por esa misma razón, soltó el arco, dejándolo caer al suelo.

Malcolm esbozó una sonrisa de suficiencia, y Gisela tuvo que contener el impulso de borrársela de un puñetazo. Porque ella daba puñetazos. No era digno de una dama, ni de ninguna mujer, pero, en ese momento, no le importaba.

Suspiró.

Cecily tenía razón. No le estaba resultando fácil interpretar la fachada que había construido durante los últimos cuatro años. No con ese hombre obstinado y testarudo, pero tenía que intentarlo. Los hombres tendían a confiar en las damas que se mostraban dóciles, sumisas y asustadizas. Esa sería la única manera de escapar de él.

Se pasó una mano por los ojos, fingiendo limpiarse unas lágrimas.

—Disculpad mi comportamiento, milord. Debéis entender que estoy asustada.

Malcolm observó a la joven. Se esforzaba por mostrarse desafiante, pero, al final, no dejaba de ser una muchacha asustada e indefensa.

Dejó escapar un aliento pesado, cargado de resignación. No entendía por qué le molestaba verla así, tan vulnerable. Él no tenía tiempo para preocuparse por los sentimientos de una inglesa. Solo debía asegurarse de que no terminara en manos de Aulay Ferguson.

—No tenéis nada que temer de mi —le aseguró con voz firme, aunque tenía que luchar con las ganas de abrazarla para consolarla. ¿Por qué él querría consolarla? Él no comprendía los sentimientos que esa mujer le provocaba, pero no importaba. Ella pronto estaría en el convento, lejos de él—. Como os he dicho, no voy a dañaros. Tal vez no lo entendáis, pero debéis confiar en mí. Os estoy ofreciendo un trato justo.

Gisela abrió los ojos como platos. ¿Trato? ¿Cómo se atrevía? Él no le estaba ofreciendo nada; la estaba obligando. Todos hombres eran iguales, todos creían que sabían lo que era mejor para las mujeres.

—Confío en vos —mintió descaradamente, apretando los dientes y conteniéndose a duras penas—, pero no puedo ser novicia. No tengo vocación para ello.

Malcolm se encogió de hombros con indiferencia.

—Eso no es importante.

Gisela frunció el ceño. Había pasado cuatro años en un convento y, aunque nunca abrazó la vida monástica, aprendió a respetar a las monjas que la acogieron. Todas ellas poseían una fe inquebrantable, una devoción que las sostenía en su vida de privaciones. Gisela no era como ellas.

—¿No es importante? —repitió, arqueando una ceja con incredulidad—. Para vos quizás no, pero para ellas sí. ¿Qué creéis que harán cuando descubran que no comparto su fe ni sus votos?

Malcolm la observó con el ceño ligeramente fruncido, como si analizara sus palabras con más atención de la que estaba dispuesto a admitir.

—Aprenderéis —dijo al fin—. Las monjas no os rechazarán. Os acogerán, os protegerán. Y lo más importante… estaréis lejos de Ferguson.

Gisela respiró hondo.

Era imposible razonar con aquel hombre. No sabía si todos los hombres de las Highlands eran iguales, aunque, desde luego, Malcolm no era como Aulay Ferguson. A pesar de su tozudez, no parecía un hombre malvado. Pero, aun así, estaba poniendo a prueba su paciencia.

—Milord, debéis entender que me han educado para amar a Aulay —dijo en voz baja. No era un embuste del todo, ya que las monjas, con buena intención, le habían intentando inculcar respeto y amor por su prometido. Y ella había fingido aceptarlo—. Es lo que mi rey desea, y debo honrarle.

Ella, en realidad, deseaba clavarle su daga en el corazón al rey Juan. Pero eso era algo que no podía compartir con Malcolm.

—Os equivocáis, milady —refutó él con soberbia—. ¿Por qué deberíais honrar a un rey al que no le importáis? ¿Acaso os ha preguntado vuestros deseos?

—¿Lo habéis hecho vos? —contraatacó Gisela, no pudiendo contenerse más—. Vos queréis encerrarme en un convento el resto de mi vida —continuó antes de que él pudiese responder—, sin importaros cuales son mis deseos. Y estáis aquí, delante de mí, creyéndoos mejor que el resto. —Alzó la barbilla y lo miró con decisión—. Disculpadme, milord, pero no lo sois.

Malcolm contempló a Gisela con estupefacción durante unos instantes. Por la vena que palpitó en su sien, la manera en la que las aletas de su nariz se ensancharon y la fuerza con la que apretó la mandíbula, Gisela se dio cuenta de que el laird no se había tomado bien el arrebato que acababa de tener.

Por supuesto que no estaba acostumbrado a que una mujer lo pusiera en su lugar.

—Muchacha ingrata —farfulló, enfurecido—. ¡¿Cómo osáis a hablarme de esa manera?!

Gisela sacudió la cabeza y dio un paso hacia delante, acercándose al hombre. Cualquier fingimiento que había intentado, desapareció. Ella se dejó llevar por la ira.

—¡¿Cómo os atrevéis vos a decidir qué es lo mejor para mí?! ¡¿Cómo os atrevéis a arrebatarme mi voluntad como si fuera una perro o una oveja que podéis conducir a vuestro antojo?! —Las palabras salieron de sus labios con ira; su voz temblaba, no de miedo, sino de rabia—. ¿Cómo os atrevéis a creeros mejor que el resto cuando sois igual? ¿Acaso sois diferente a mi prometido? —En cuanto lanzó la última pregunta, se dio cuenta de que se había sobrepasado, pero ya no podía deshacerlo. Y tampoco quería hacerlo. Estaba enfadada, ese hombre estaba estropeando sus planes.

En esa ocasión, fue Malcolm el que avanzó otro paso, acercándose un poco más a ella. Sentía una oleada de ira recorrer su cuerpo, pero, al mismo tiempo, una extraña tensión en su pecho. Las palabras de Gisela lo habían herido en un lugar que no esperaba, y su frustración creció al ver la expresión de desafío en el rostro de ella. Su sonrisa, tan decidida, no hizo más que avivar la furia que él trataba de controlar. Y, sin embargo, una parte de él deseaba acercarse más a ella, impulsado por un deseo inexplicable que no quería admitir.

—No os atreváis a compararme con él. Jamás. —La advertencia salió con fiereza de su boca, pero Gisela no se movió a pesar de que su cuerpo le gritaba que se alejase. Lo que fuera que Aulay Ferguson le hubiera hecho a ese hombre era grave—. Tenéis razón, milady. No podéis elegir, pero el destino que yo impongo es el mejor para vos.

—No podéis imponerme nada —rebatió ella.

—¿No? —preguntó él, su voz cargada de incredulidad, mientras sus ojos la observaban con una intensidad que la desbordaba. El calor de su mirada parecía envolverla, y, a pesar de su ira, Gisela sintió cómo su cuerpo reaccionaba a la proximidad de él, como si estuviera atrapada en una maraña de emociones conflictivas. Una mezcla de rabia y... algo más, algo mucho más peligroso—. No os estoy dando ninguna opción.

La sonrisa de Gisela se amplió, esa chispa de desafío que lo irritaba y, a la vez, lo atraía. No entendía lo que sentía por ella; esa necesidad de desafiarla, de empujarla hasta el límite.

—He vivido durante cuatro años en un convento. Conozco las normas. Nadie puede obligarme a tomar los votos. Y nunca lo haré por decisión propia.

Malcolm apretó los dientes, la furia y la frustración rebotando en su pecho. Cada palabra que ella pronunciaba solo alimentaba la lucha interna que sentía por ella.

Dio un paso más hacia ella. Quería agarrarla de sus hombros y zarandearla hasta que entrara en razón y comprendiese que la opción que él le estaba ofreciendo era la mejor para ella. Malcolm debería hacerlo solo porque no podía permitir que se casara con Aulay, pero lo cierto era que algo en su pecho se retorcía cuando pensaba en el destino que la aguardaría junto a ese malnacido. Algo que no podía explicarse, pues apenas la conocía. Y él, un hombre que rara vez

se preocupaba por nadie, ahora sentía una extraña urgencia de protegerla, de salvarla.

Ella estiró el cuello para mirarlo a los ojos, desafiándole con una mezcla de insolencia que lo desbordaba. La tenía frente a él, tan cerca, y sentía cómo su cuerpo reaccionaba, luchando contra una atracción peligrosa que no entendía.

—No sois consciente de lo que decís, milady —respondió con voz grave, aunque en su tono había un leve temblor, un atisbo de deseo reprimido que él luchaba por controlar. Casi podía sentir el perfume a lirios que se escapaba de su piel, la cercanía de su cuerpo, y su mente se nubló por un momento. Era como si el aire alrededor de ellos se volviera espeso, denso, y su voluntad flaqueara por un instante. Pero no podía; no debía—. No conocéis a vuestro prometido, no de la manera en la que yo lo conozco. Él os dañará; dañará vuestro espíritu. Os quitará la rebeldía, os arrebatará la bondad y corromperá vuestra alma. Os lo arrebatará todo y lo hará en la misma noche de bodas.

Gisela se mordió el labio inferior, pero no porque las palabras veraces que salían de su boca le afectasen, era el tono en su voz, la manera en la que sus ojos la observaban. Había algo en Malcolm que despertaba en ella una inquietud extraña, una sensación que le nublaba la mente y la hacía sentirse vulnerable de formas que no comprendía. No estaba acostumbrada a sentirse así, especialmente con un hombre como él.

Cada palabra, cada gesto que él hacía, solo aumentaba la tensión en el aire entre ellos. Y, para su horror, Gisela notó cómo su corazón latía más rápido, cómo su respiración se volvía más irregular. Malcolm le provocaba algo que no sabía cómo manejar, algo que le impedía pensar con claridad.

—Lidiaré con ello. ¿No es eso lo que se espera de nosotras las mujeres?

Malcolm la miró fijamente, evaluando sus palabras.

—No parecéis una mujer que se conforme —observó, y Gisela notó que no había desprecio en sus palabras. Era algo diferente, algo que sonaba casi como... orgullo. En su tono había una nota que ella no alcanzaba a comprender, pero que le hizo sentir una punzada de inquietud. ¿Orgulloso de ella? ¿De su desafío? ¿De su resistencia?—. No sois como el resto de las damas —añadió, y por un momento, sus ojos se suavizaron, como si viera algo en ella que lo fascinaba.

Gisela se sintió extraña al escuchar aquellas palabras. Algo en su interior se removió, pero no lo permitió. No podía permitirse ser influenciada por sus halagos, ni por la complicidad que parecía querer insinuar. Aún no, no de él.

Ese hombre no era más que un extraño. Y Gisela había aprendido de la peor manera que no podía confiar en nadie.

Ni siquiera en su rey.

—Estáis equivocado, milord. Soy como el resto de damas, acepto mi destino con dignidad.

—Mentís —dijo él como si pudiese leer en su interior.

—Tenéis razón —respondió ella, pero se interrumpió al notar que sus rostros estaban demasiado cerca, más de lo que jamás había estado con un hombre. Sin embargo, se negó a apartarse. Ella no era cobarde, aunque, en ese momento, un impulso que no podía ignorar la mantenía inmóvil—. No me importa honrar al rey, pero honraré la memoria de mi padre, aunque sea lo último que haga en mi vida.

Malcolm frunció el ceño. Aunque evidentemente entendió mal esas palabras, pudo ver la determinación en los ojos de la joven.

—¿Os casaréis con un hombre que os forzará y maltratará para honrar la memoria de un muerto? —le preguntó, sin burla en su voz, más bien con un respeto grave—. ¿Creéis que eso sería lo que él desearía?

—No importa lo que mi padre deseara. Honraré su memoria.

«Matando a su asesino. Otorgándole la venganza que tanto se merece».

Sin embargo, esas palabras se las guardó para ella.

—Os honra, pero me temo que no puedo permitirlo.

Gisela dejó escapar un resoplido.

—Lo sé, me lo habéis repetido varias veces. Y a diferencia de lo que debéis pensar, no estoy sorda. No es necesario que os repitáis una y otra vez.

Lejos de sentirse molesto por sus burlas, Malcolm sonrió. Aquella joven era impredecible. Y su boca… Esa boca que tan cerca estaba de la suya, con esos labios rosados y carnosos.

Antes de pensar en lo que hacía, se acercó a ella un poco más, casi rozando sus labios con los de ella. Al contrario de lo que podía esperar, lo joven no solo no se movió, sino que abrió la boca levemente; poco, pero lo suficiente, como si le estuviera dando permiso.

Malcolm estaba seguro que ella era inocente. Todas las damas antes de casarse lo eran. Y más una que había pasado los últimos años en un convento.

Él no debía besarla. Ella no le pertenencia, ni quería que lo hiciese. Sabía que estaba mal, pero era como si un embrujo lo estuviese dominando y no pudiese controlarse.

—Laird, siento interrumpir —dijo una voz, provocando que ambos se separaran de golpe—. Si queremos llegar al convento antes de que anochezca, debemos irnos ya.

Gisela parpadeó, confusa, asimilando lo que había estado a punto de pasar. Aquel hombre, ese *laird* escocés, iba a besarla, y lejos de haber intentando apartarlo, ella le hubiera permitido que posara sus labios sobre los de ella.

La joven no pudo detenerse en esos pensamientos porque se concentró en las palabras del hombre que se encontraba frente a ellos.

—Ervin…

—Ya os lo he dicho, no iré al convento —dijo Gisela, mirando a Malcolm e interrumpiéndolo—. No es mi deseo ser monja.

—Si me permitís mi humilde opinión, debo deciros que es una decisión inteligente, milady. Sería una pena que vuestra belleza languideciese entre unos muros —respondió Ervin, diciendo las últimas palabras en escocés, pensando que Gisela no las entendería, pero ella hablaba escocés. Había convencido a una de las monjas del convento para que le enseñara. Ella quería estar preparada para el día en el que tuviese que ir al clan de su prometido.

Malcolm dejó escapar un alarido feroz, un rugido salvaje que a Gisela le recordó a una bestia enardecida. Sin embargo, su soldado, Ervin, ni siquiera parpadeó. Él permaneció quieto, observándola con una sonrisa despreocupada.

—Ervin —gruñó Malcolm—, avisa a los demás. Regresamos al clan.

Ervin asintió y se dio la vuelta, dirigiéndose hacia donde se encontraban los demás soldados.

—No quiero ir a vuestro clan —se quejó Gisela, apretando sus manos en puños—. Quiero que me llevéis al clan de mi prometido.

Malcolm la observó fijamente y un escalofrío recorrió la columna vertebral de Gisela. Su mirada era la de una bestia salvaje indomable, un ser primitivo cuya presencia misma emanaba una fuerza incontrolable. Recordó, con una punzada en el pecho, cómo él había estado a punto de besarla, y lo que la desconcertó aún más fue que no solo no había rechazado ese impulso, sino que lo habría correspondido sin vacilar.

—No os atreveréis a contradecirme otra vez, milady —le advirtió él con voz baja y cortante. Su tono era feroz, como el rugido de un depredador que no soportaba que alguien cuestionara su

autoridad—. Iréis donde yo os lleve, y eso incluye a mi clan, no al de vuestro malnacido prometido.

Ella no quería ceder, no ante él, ni ante nadie. Y además, sentía que debía alejarse de él. Malcolm era peligroso, pero no de una manera física, sino de una forma mucho más insidiosa. Era peligroso porque despertaba en ella emociones que no podía controlar, deseos que no entendía y temores que no sabía cómo enfrentar. Esa fuerza, esa atracción que él ejercía sobre ella, era algo de lo que no sabía cómo defenderse, y eso la aterraba más que cualquier amenaza tangible.

—Iré —cedió Gisela finalmente, pero porque no le quedaba más remedio—. Aunque no permaneceré allí más tiempo del necesario.

—Permaneceréis el tiempo que yo considere oportuno —respondió él con tozudez.

—¿Y cómo pensáis retenerme? ¿Pretendéis encerrarme en las mazmorras? ¿Acaso seréis capaz de algo tan vil?

—No, milady. —Malcolm dio un par de pasos hacia ella—. Os retendré en una de las habitaciones de la torre norte. Seréis tratada como una dama, pero sin ninguna libertad.

Ella entrecerró los ojos. Él había descubierto su punto débil, pero no se dejó aplacar.

—Encontraré la manera de huir. No soy fácil de retener, milord.

Malcolm sonrió.

—Lo sé, sois una gatita con garras.

Sin saber muy bien lo que le impulsaba, Malcolm estiró el brazo y rozó la mejilla de Gisela con su mano, una mano áspera y callosa, propia de un guerrero. Gisela sintió una extraña calidez en su piel, algo que la desbordó, una sensación que no lograba identificar, pero que, por un instante, la hizo desear más.

Antes de que pudiera reaccionar, Malcolm retiró rápidamente la mano, como si se hubiera quemado al tocarla, y la miró con una intensidad feroz.

—¡Por el infierno! —masculló, retrocediendo unos pasos—. ¡Me habéis embrujado!

Gisela parpadeó, confusa.

—¿Me estáis acusando de ser una bruja?

Malcolm respiró profundamente, su pecho subiendo y bajando con rapidez, como si luchara por calmar la tormenta de emociones que se desataba en su interior. Sus ojos brillaban con una mezcla de furia y algo más, algo que Gisela no podía comprender.

Finalmente, tras un largo silencio, Malcolm apartó la mirada y, con la voz más fría y cortante que nunca, dijo:

—Preparaos para el viaje.

Y sin decir nada más, se marchó del claro.

Capítulo 4

Malcolm observó a Gisela desde su imponente semental negro, con el ceño fruncido y la mandíbula tensa. Ella iba montada en un robusto caballo marrón, sentada delante de Cormag, quien sujetaba las riendas con firmeza, manteniendo una postura relajada. A su alrededor, el resto de sus hombres cabalgaban en silencio, el sonido de los cascos amortiguado por la tierra húmeda del bosque.

Llevaban ya varias horas de viaje, acercándose cada vez más a la frontera de las Highlands. Malcolm sentía la urgencia palpitando en su interior. Aunque las Lowlands no le inspiraban el mismo desprecio que Inglaterra, tampoco le daban sosiego. Demasiados de sus habitantes habían olvidado las viejas costumbres, cediendo ante la influencia inglesa. Le repugnaba ver a un hombre renunciar a sus raíces, despojarse de su lengua y de su honor para parecerse a un enemigo que jamás los vería como iguales. No, la sangre de los habitantes de las Highlands era distinta. Más feroz, más libre.

Un sonido claro y cantarín interrumpió sus pensamientos. La risa de Gisela.

Malcolm giró la cabeza y la vio inclinada levemente hacia Cormag, los labios curvados en una sonrisa que no le había dirigido a él. Su risa era despreocupada, liviana, como si el peso del destino que la aguardaba no existiera. Cormag le susurró algo más, y ella volvió a reír, esta vez con mayor soltura.

Malcolm sintió un nudo apretándole el pecho, un calor extraño y molesto subiéndole por la nuca. No le gustó en absoluto ver la facilidad con la que Gisela se relajaba con su guerrero y la forma en que lo miraba, como si lo conociese de toda la vida.

Quería que le dedicara esa risa solo a él, que se sintiera segura solo con él. La furia le invadió el cuerpo, un deseo oscuro y feroz nublándole la razón. La imagen de Cormag desplomándose bajo su puño cruzó su mente con peligrosa claridad. Malcolm la deseaba de una manera que nunca antes había experimentado. Una necesidad enfermiza. Salvaje. Irrefrenable.

Ervin espoleó su caballo hasta colocarse a su lado, observándolo con una media sonrisa.

—Cormag es uno de tus mejores guerreros. Muy por debajo de mi valía, pero leal a ti y dispuesto a dar su vida por el clan. Sería un despropósito que lo mataras —le susurró.

Malcolm giró la cabeza hacia su segundo.

—No voy a matarlo —espetó, luchando por controlar su voz.

—Me ha parecido que estabas planeando su muerte. Incluso yo he temido por mi propia vida cuando os he interrumpido en el claro.

Malcolm entrecerró los ojos.

—No has interrumpido nada.

—Tu boca estaba cerca de la suya. Juraría ante Dios que ibas a besarla.

Malcolm apretó los dientes, el ceño fruncido con la tensión que recorría su cuerpo.

—No es asunto tuyo.

Ervin no se dejó intimidar, su sonrisa apenas disminuyó, y su tono siguió siendo tranquilo, casi burlón.

—Soy tu comandante en jefe. Es mi deber advertirte cuando te estás desviando del camino. Lady Gisela es una mujer de gran hermosura, una mujer fuera de tu alcance, y eso la hace aún más atractiva. Pero no te engañes, ella es peligrosa. Y no porque sepa manejar un arco, que debo admitir que me pareció sumamente cautivador.

Malcolm suspiró.

Él no era un necio, sabía que Gisela estaba más allá de sus posibilidades. Ella era una dama inglesa distinguida y sofisticada, mientras que él era un bárbaro escocés. Un laird que debía poner a su clan por encima de todo.

Él no debía desearla. Nunca podría tenerla, no sin perjudicar a su clan, no sin vengar la muerte de su hermana. Y esa era la razón por la que se levantaba todos los días. Su hermana había muerto por culpa de Aulay Ferguson y él se lo haría pagar.

—Solo es una mujer —dijo, porque no sabía qué más decir. Esperaba que eso fuera suficiente para su segundo, pero no lo fue.

—Una mujer que debería estar camino al convento pero que estamos llevando al clan —apuntó Ervin, arqueando una ceja oscura, y por primera vez, no había rastro de burla alguno en su rostro, sino una leve preocupación—. ¿Qué vamos a hacer con ella?

Malcolm se giró de inmediato cuando la risa de Gisela volvió a romper el silencio. Ella había inclinado la cabeza hacia un lado, y por un instante, sus ojos se encontraron. Era imposible no notar lo cautivadora que era, su angelical rostro iluminado por la risa, tan delicado y a la vez tan lleno de una fuerza sutil. No era solo su belleza lo que le atrapaba, sino la intensidad que emanaba de cada gesto, de cada mirada. La forma en la que su rostro se abría en una sonrisa que parecía ser tan pura como tentadora.

Malcolm apartó la mirada rápidamente, sintiendo cómo la presión en su pecho aumentaba. Ervin lo observaba de reojo, con una sonrisa burlona que apenas podía ocultar.

—Es una mujer tozuda —dijo Malcolm, forzando una calma que no sentía—, pero entrará en razón.

—¿Y eso será antes de que…? —Ervin no pudo terminar la frase, pues escuchó un sonido leve. Un crujido en las hojas secas, un movimiento apenas perceptible entre los árboles.

Y entonces, la atmósfera cambió de inmediato.

Malcolm también lo sintió. Ambos hombres, entrenados en el arte de la guerra, percibieron el cambio en el aire. Había algo más en el entorno, algo que no estaba bien.

Un leve resoplido de los caballos, un susurro en la brisa… y entonces, Malcolm vio una sombra moverse rápidamente entre los arbustos. Su mano se posó sobre la empuñadura de su espada con una velocidad letal, su mirada fija en los árboles que rodeaban el camino.

Ervin hizo lo mismo, sus ojos escudriñando cada rincón del bosque, cada tronco y cada arbusto. El peligro estaba cerca. Sabían que no estaban solos.

—¡Deteneos! —les ordenó Malcolm a sus otros tres hombres.

Inmediatamente, sus hombres obedecieron. Cormag hizo retroceder su caballo unos pasos mientras los otros dos se posicionaban estratégicamente delante de él, formando un muro de defensa con la intención clara de proteger a Gisela.

De repente, unos hombres armados surgieron de la maleza. No eran más que dos, pero Malcolm sabía que eran una amenaza.

Uno de ellos emitió un silbido bajo, un sonido que resonó como una señal. En ese instante, el repiqueteo de cascos de caballos se escuchó a lo lejos, acercándose rápidamente.

—Bandidos —murmuró Ervin, y Malcolm asintió con rapidez.

La emboscada no le habría causado mayor preocupación si no fuera por Gisela. Si estuvieran solos, no dudarían en recibir el desafío con ansias; una lucha era algo que él siempre aceptaba con honor. Pero no podía ponerla en peligro, no iba a arriesgar su vida.

Sin embargo, ya era tarde para huir. Los hombres en caballo se acercaban y sus opciones se reducían rápidamente.

—Cormag, márchate. Pon a Gisela a salvo —ordenó Malcolm con firmeza, sin apartar la vista de los hombres que se acercaban.

Cormag asintió, pero Gisela no estaba de acuerdo.

—No voy a esconderme —dijo, su voz clara y desafiante. —Dame tu arco. Voy a luchar —le pidió a Cormag.

Este negó con la cabeza, tirando de las riendas de su caballo para alejarse, pero para sorpresa de todos, Gisela actuó rápidamente. Con una destreza inusitada, le arrebató el arco y el carcaj al guerrero, y antes de que este pudiese reaccionar, con un ágil movimiento, saltó del caballo.

Malcolm observó con incredulidad cómo Gisela corrió hacia el árbol más cercano con una determinación que solo un guerrero podría tener. El vestido largo de color verde que llevaba no parecía ser un obstáculo, como tampoco el peso del carcaj ni el arco que portaba le impedían moverse con rapidez.

La vio trepar con una destreza casi felina, escalando las ramas con agilidad y sin esfuerzo, como si el árbol fuera una extensión de su propio cuerpo. La forma en que sus movimientos fluían, ligeros pero poderosos, lo dejó sin aliento. Como si cada parte de ella estuviera hecha para enfrentar el peligro, como si hubiera nacido para luchar y no solo para esperar ser rescatada.

Malcolm la contempló embelesado durante unos instantes, sin poder apartar la mirada. El contraste entre la belleza delicada de su rostro y la fiereza de sus acciones lo desarmó por completo.

—¡Si nos entregáis las monedas, las espadas y los caballos, os dejaremos marchar!

Malcolm se giró ante la voz, volviendo su atención a lo que sucedía a su alrededor. Sus hombres estaban preparados para la batalla, y ocho bandidos a caballo encabezados por el que acababa de hablar, se habían unido a los dos primeros.

Malcolm no necesitó observarlos durante más de dos segundos para darse cuenta de que no eran hombres instruidos en la guerra, ni tampoco mercenarios. Tan solo eran malhechores que se dedicaban al pillaje y al robo, que si ellos fuesen ataviados con los colores del clan, jamás se hubieran atrevido a atacarlos. Pero vestidos con ropas de campesinos, ropas que se habían puesto para pasar desapercibidos, habían creído erróneamente que serían fáciles de vencer.

—¿No queréis nada más? —preguntó Ervin con calma. Malcolm se dio cuenta de que su segundo había llegado a la misma conclusión que él—. ¿Una rodaja de queso, o tal vez una jarra de cerveza? ¿Tal vez queréis que brindemos por las nuevas amistades?

El bandido frunció el ceño, molesto.

—¿Os creéis que esto es una chanza?

—No vamos a entregaros nada —dijo Malcolm, cortante, antes de que Ervin pudiese responder. No estaba de humor para frivolidades—. Si queréis más caballos o monedas, ganáoslo.

El bandido lo desafió, mostrando su arrogancia.

—¿Cómo lo habéis hecho vosotros? ¿Acaso no habéis robado esos caballos?

Malcolm entrecerró los ojos, sintiendo cómo la ira comenzaba a brotar en su interior, pero trató de mantener la calma. Esos hombres no sabían con quién se estaban enfrentando. Pensaban que eran rateros comunes, pero si tan solo miraran más de cerca, se darían cuenta de su error. Los caballos en los que cabalgaban no eran simples monturas, sino caballos de guerra, entrenados para reconocer únicamente a sus legítimos dueños. Y las espadas que portaban eran armas forjadas para guerreros.

Malcolm iba a responder, pero antes de que pudiera emitir palabra alguna, una flecha cortó

el aire y atravesó al jefe de los bandidos, dejando un rastro de sangre en su paso. El hombre cayó al suelo, y el sonido de su cuerpo estrellándose contra la tierra se oyó nítidamente.

—¡Me estaba cansando de tanta charla! —gritó Gisela en un perfecto escocés.

Malcolm la miró, con el rostro tenso y los ojos entrecerrados. Ella estaba a salvo entre las ramas, pero su impulsividad había puesto en peligro su ubicación. Los bandidos ahora sabían exactamente dónde se encontraba.

Sin embargo, con su jefe caído, los bandidos quedaron desorientados, sin saber qué hacer. El caos se apoderó de ellos. Desenvainaron sus espadas y se lanzaron hacia el grupo con furia ciega. Lo hicieron de manera desordenada, sus espadas blandas y mal manejadas, evidenciando su falta de entrenamiento. No eran más que ladrones de camino, no guerreros.

Malcolm y sus hombres no perdieron tiempo. Con la precisión de verdaderos combatientes, se movieron con agilidad, desarmando y derribando a sus atacantes en cuestión de instantes. Los bandidos, incapaces de hacer frente a la destreza de los hombres de Malcolm, fueron vencidos uno tras otro. El sonido del metal chocando contra metal resonó por el bosque, pero pronto todo quedó en silencio.

Los pocos que no cayeron muertos, heridos o desarmados, comenzaron a huir despavoridos al darse cuenta de que no tenían ninguna posibilidad. Al ver la derrota inevitable, abandonaron sus armas y se dispersaron, corriendo entre los árboles como cobardes. Malcolm observó su retirada, pero no hizo ningún intento por perseguirlos. No valía la pena.

Cuando estuvieron lo suficientemente lejos como para no verlos, Malcolm miró hacia el árbol en el que se encontraba Gisela. En esos momentos, ella estaba descendiendo por el tronco del árbol al que se había subido con gracilidad.

Malcolm se bajó de caballo de un salto. Pero no había dado dos pasos hacia ella cuando esta le señaló con una flecha que llevaba en la mano.

—Ahorraos las palabras —dijo ella con la barbilla alzada y con una sonrisa orgullosa dibujada en sus labios—. No me arrepiento de lo que he hecho. Soy una buena arquera y no iba a quedarme al margen.

Malcolm quería agarrarla de los hombros y zarandearla hasta que comprendiera en esa dura cabeza que tenía que no podía ponerse en peligro de aquella manera. Quería hacerla entender que ella no era una guerrera instruida en el arte de la guerra, que debía estar protegida y no hacer estupideces como aquella. Quería gritarle para que fuese consciente de que, aunque acababa de conocerla, sufriría si le pasaba algo.

Pero no hizo nada de eso. No se acercó a ella, ni la reprendió. Simplemente, la observó, con una mirada intensa pero silenciosa. Porque había algo que había llamado poderosamente la atención de Malcolm por encima de la insensatez de la joven.

—¿Habéis aprendido escocés para agradar a vuestro prometido?

Capítulo 5

—Así es —respondió Gisela.

La pregunta la había tomado por sorpresa, pero se sintió orgullosa de sí misma por haber contestado con rapidez y sin titubeos. Sin embargo, dudó de su propio juicio cuando un brillo apareció en los ojos azules de Malcolm. Él parecía herido.

No lograba comprender a aquel hombre.

—Una dama debe hacer todo lo posible para agradar a su prometido —continuó ella, al ver que él guardaba silencio.

—Vos no sois como el resto de las damas.

Gisela tragó saliva. No podía permitirse ser descubierta, pero lo cierto era que su comportamiento distaba mucho de lo que se esperaba de una mujer como ella.

—¿Por qué sé defenderme? —preguntó, aun sabiendo que no era lo más prudente—. ¿Por qué no he huido aterrorizada?

—Porque sois una insensata.

—¿Cómo decís? —inquirió ella con incredulidad.

—No estáis entrenada en el arte de la guerra. Solo sois una mujer… y una muy necia. Podríais habernos matado a todos.

Malcolm se arrepintió al instante de las palabras que salieron por su boca. Le gustaba que ella hablara su idioma, pero le enfurecía que lo hubiera aprendido para complacer a ese malnacido de Aulay. Sabía que ella no era culpable, ya que no podía elegir con quién la prometían, pero, aun así, no podía evitar esa sensación amarga que anidaba en su estómago y la furia que empezaba a recorrer sus venas.

—¡Cómo os atrevéis! —espetó Gisela alzando la voz—. ¡Puede que no sea una guerrera entrenada como vos, pero soy más capaz!

Ese fue el momento de Malcolm para ofenderse.

—¿Qué insinuáis?

Gisela esbozó una sonrisa maliciosa.

—No insinúo nada, afirmo que, de no ser por mí, seguiríais dialogando con los bandidos. ¿Cuál era vuestro plan? ¿Matarlos de aburrimiento?

Los ojos de Malcolm centellearon con ira contenida.

—Milady —dijo Malcolm en un tono letal—, estáis siendo irrespetuosa y no pienso permitíroslo.

Gisela alzó la barbilla y dio un paso hacia Malcolm, desafiante.

—Y yo no os permito que me tratéis como si fuera una niña pequeña que necesita protección constante, soy una mujer que es más que capaz de valerse por sí sola.

Malcolm la recorrió con la mirada de arriba abajo. Gisela sintió el ardor subir por sus mejillas ante el escrutinio.

—Sé que lo sois. Soy más que consciente de que sois una mujer. —Una muy hermosa, pensó, aunque no lo dijo en voz alta. Sin embargo, su mirada hablaba por él—. Y estáis bajo mi protección.

—Me estáis secuestrando, no protegiendo.

Malcolm suspiró.

Aquella mujer era obstinada como pocas… y, sin proponérselo, endemoniadamente

seductora. Aún más en ese instante, con el arco aún en sus manos y desafiándolo sin miedo. No era una mujer que se dejara acobardar por nada ni por nadie. Ni siquiera por él.

Cualquier otra dama en su situación estaría asustada y sumisa, pero ella no. Y, como la testaruda que era, no comprendía que él la estaba salvando de un futuro sombrío.

—No es de mi agrado interrumpir cuando dos personas están enzarzadas en una disputa, pero ya hemos ocultado los cuerpos entre la maleza. Es hora de partir —dijo Ervin, acercándose a ellos.

—¡No estamos discutiendo! —gritaron Gisela y Malcolm al unísono.

Ervin arqueó una ceja y tuvo que reprimir una sonrisa.

—Milady, sois una arquera excepcional —comentó con sincera admiración.

—Sois muy amable por reconocer lo que es evidente. No como vuestro laird, que parece incapaz de aceptar que una mujer pueda ser mejor guerrera que él.

Malcolm clavó su mirada en la joven, que le sostenía el desafío sin pestañear.

—No sois mejor guerrera que yo. Por el amor de Dios, sois una dama, no una combatiente.

Gisela alzó la barbilla con orgullo.

—Pero sí soy mejor arquera que vos —puntualizó.

Malcolm soltó un resoplido, pasando sus manos por su cabello rubio. No podía creer que estuviera manteniendo aquella conversación.

—No, no lo sois. He sido entrenado en el manejo de todas las armas, y el arco no es la excepción.

Gisela curvó los labios en una sonrisa burlona.

—Mucha palabrería, laird, pero tendréis que demostrarlo.

—No tengo por qué probar nada —espetó él con tozudez—. No pienso perder más el tiempo hablando de necedades. Debemos partir de inmediato. No sabemos si esos bandidos tenían aliados cerca que vengan a buscarlos.

—¿Es cobardía lo que oigo? —provocó Gisela, sin estar dispuesta a dar su brazo a torcer—. ¿Teméis ser derrotado por una mujer?

—No hay nada que tema, muchacha.

—Entonces, ¿qué os parece si lo demostramos de una vez? —propuso Gisela, desafiándolo con una mirada retadora—. Adentrémonos en el bosque. El que mate más conejos antes del anochecer será el vencedor. —Con un movimiento firme, Gisela hizo un gesto, como si ya estuviera lista para partir, invitándolo a seguirla.

—No os mováis —le ordenó Malcolm, su voz grave y autoritaria, provocando que Gisela se detuviera en seco—. ¡¿Habéis perdido el juicio?! ¡¿Acaso no os habéis dado cuenta de los peligros que nos rodean?! —dijo, sin poder evitar alzar la voz, porque aquella muchacha le nublaba el juicio.

Gisela parecía dispuesta a rebatir, pero fue interrumpida por Ervin, que había sustituido su habitual sonrisa burlona por una expresión seria.

—Aunque estoy deseoso de ver cómo os retáis, me temo que mi laird tiene razón, milady. Como comandante en jefe no puedo permitir que permanezcamos más tiempo en este lugar.

Gisela miró a su alrededor durante unos instantes, y muy a su pesar, fue consciente de que ambos guerreros tenían razón. Ella estaba siendo inconsciente. Algo que le sucedía con demasiada frecuencia. Sobre todo, cuando se sentía retada.

—¿Está listo el caballo, Cormag? —preguntó, mirando al guerrero que, junto a los otros dos, disimulaban no estar escuchando la conversación, fingiendo atender a los caballos. Antes de que este pudiera responder, dio un paso decidido hacia donde estaban los animales, pero

Malcolm, con rapidez, la sujetó del brazo, deteniéndola. La atrajo hacia él con firmeza, asegurándose de que no pudiera irse.

Gisela lo miró fijamente. Estaba tan cerca de él que, por un instante, pudo sentir su aroma a flores silvestres, recién cortadas y todavía impregnadas de rocío, un olor que le recordaba a la suavidad de las mañanas en los prados escoceses. Un aroma tan dulce que contrastaba con su temperamento arisco.

Algo en Malcolm cambió al tenerla tan cerca; su humor, antes tenso y duro, se había calmado. Malcolm tuvo que reprimir esa imperiosa necesidad que le invadió de enterrar su nariz en el cuello de Gisela.

—No, milord, montaré mi propio caballo —replicó Gisela, sacándolo de su ensoñación—. Ahora tenemos caballos de sobra.

Malcolm resopló.

—No, no los tenemos. Los caballos de los bandidos han escapado.

—¿Qué? —Gisela abrió los ojos, incrédula—. Los caballos son valiosos, valen más que el oro mismo. ¿Cómo habéis permitido que se os escapen? —reprochó, aprovechando la mínima distracción de Malcolm para soltarse de su agarre.

Malcolm no podía entender cómo esa mujer lograba, con una simple mirada, hacer que pasara de querer abrazarla y besarla a querer matarla. Su frustración crecía con cada palabra que salía de la boca de ella, pero, al mismo tiempo, no podía evitar sentir una extraña fascinación por su valentía. Pese a que estaba a punto de estallar, su mente luchaba por mantener la calma. Ella lo provocaba de una manera que ni él mismo lograba entender.

—Quizá si vos no hubierais lanzado una flecha sin tener en cuenta que aún no estábamos preparados para entrar en batalla, ahora tendríamos más caballos.

—Como siempre, los hombres sois incapaces de reconocer vuestros propios errores. —Gisela exhaló un suspiro de resignación—. Culparme a mí si eso os hace sentir mejor.

Malcolm resopló y se pasó las manos por su cabello rubio.

—Milady, estáis acabando con mi paciencia.

—¿Y veis? —Gisela ignoró la advertencia de Malcolm—. De nuevo volvéis a culparme de vuestros defectos.

Ella era consciente de que se estaba sobrepasando, pero no podía evitarlo. Ese hombre la provocaba como nadie más lo había hecho antes. Cada palabra que salía de su boca, cada gesto que hacía, encendía una chispa de desafío dentro de ella que no podía controlar. Había algo en su presencia que la hacía sentir viva, como si no pudiera evitar evitarlo, aunque sabía que eso solo los empujaba más a una pelea constante.

Con él le era imposible fingir que era una dama recatada. Con él, su plan no funcionaría. Ese hombre era peligroso para ella. Junto a él se olvidaba de lo que realmente importaba, de lo único que lo hacía.

Vengar la memoria de su padre.

Ella había pensado dejar que la llevara a su clan y allí buscar la manera de escapar. No sabía a qué distancia se encontraba el clan de Aulay del de los Sinclair, pero lo descubriría antes de huir. Sin embargo, ya no estaba tan segura de que ese plan fuese el correcto.

Tenía que escapar antes. No podía seguir estando cerca de Malcolm, no cuando él desataba ese torbellino de emociones dentro de ella. No podía arriesgarse a perder todo por lo que llevaba luchando durante esos últimos cuatro años.

Pero aún se encontraban en las Lowlands. En cuanto llegaran a las Highlands, buscaría la manera de huir.

—Estáis intentando volverme loco —le dijo Malcolm, sacándola de sus pensamientos—. Y no lo vais a conseguir —le aseguró con un pisotón, como si aquel gesto de alguna manera reafirmara sus palabras—. Vamos, no nos hagáis perder el tiempo y montad en mi caballo.

—Voy a montar con Cormag.

Cuando ella comenzó a moverse hacia Cormag, Malcolm sintió una punzada de frustración, pero, esta vez, no la retuvo. En lugar de sujetarla, su mano se cerró en un puño, oculto a su lado. No quería que ella montara con su guerrero.

Era absurdo, lo sabía. Pero algo dentro de él se rebelaba al pensamiento de verla tan cerca de otro hombre, aunque fuera un miembro de su propio clan. La idea de que Cormag la tuviera cerca, de que volviesen a estar juntos en la misma montura, le resultaba intolerable. En lo más profundo de él, un sentimiento posesivo lo dominaba, y aunque trataba de silenciarlo, no podía.

—Lady Gisela es de mi agrado —le dijo Ervin en voz baja—. Ella no se merece una vida con ese desalmado, pero tampoco una vida encerrada en un convento.

Malcolm lo miró.

—Tu hermana vive en un convento.

—Ella sintió la llamada de Dios, es feliz allí. Lady Gisela no lo sería.

Y por una vez, Malcolm estaba de acuerdo con él. Apenas conocía a la joven, pero había visto lo suficiente como para saber que ella sería desdichada en un convento. Y Malcolm deseaba que Gisela fuera feliz.

—¿Y qué propones?

—Buscar la manera de matar a Aulay sin que el rey tome represalias contra el clan —respondió Ervin, bajando aún más la voz y provocando que Malcolm diera un paso hacia él para poder escucharlo.

—¿No es eso lo que llevamos años intentando?

—Así es, pero ahora tenemos un motivo para darnos más prisa —le dijo, señalando a Gisela con la mirada, quien en esos momentos estaba entregando el arco a Cormag.

Malcolm suspiró, pero no contradijo a su amigo.

—¿Y después, qué? ¿La llevamos a la corte inglesa para que el rey la case con un barón? —La simple mención de que Gisela se casara con otro hombre provocó que la ira bullese en su interior.

—En realidad, estaba pensando que tú te cases con ella.

Malcolm ladeó su cabeza con rapidez hacia Ervin, mirándolo con los ojos abiertos.

—¡Tienes que estar bromeando! —Alzó tanto la voz que tanto sus guerreros como Gisela los miraron durante un instante.

Ervin esbozó una sonrisa ladeada.

—Lo estoy, pero debo reconocer que sería una buena señora del clan.

Malcolm resopló.

—A veces, me maldigo por no haberte matado cuando tuve la ocasión.

Ervin soltó una carcajada, poco preocupado de su amenaza.

Sin embargo, a pesar de sus palabras, aunque no lo expresara en voz alta, algo en su interior le decía que, en el fondo, Ervin tenía razón. Malcolm no dudaba que Gisela sería una excelente señora del clan Sinclair. La testarudez, valentía y determinación que la joven poseía serían cualidades valiosas para liderar a su lado.

Pero eso no era lo que le inquietaba. Lo que realmente le perturbaba era el hecho de que la idea de casarse con Gisela le resultaba más tentadora de lo que debía.

Capítulo 6

Durante los últimos tres días de viaje, Gisela había intentado idear el plan perfecto para escapar, pero sin éxito. Su mente estaba demasiado ocupada intentando comprender por qué Malcolm la evitaba.

Él se aseguraba de que siempre estuviera bajo la estricta vigilancia de sus guerreros, pero apenas le dirigía la palabra. Ni siquiera cuando compartían el pan y la carne asada junto al fuego se molestaba en mirarla más que fugazmente, como si su presencia no le afectara en absoluto.

Dormía apartado de ella, siempre manteniendo la distancia. Sin embargo, más de una vez, al despertarse en mitad de la noche, Gisela habría jurado verlo de pie, inmóvil, observándola en la penumbra. Como si velara su sueño. Y lejos de inquietarla, aquella silenciosa presencia le otorgaba una extraña sensación de seguridad.

Esa mañana, Cormag le aseguró que estaban a poco más de un día de trayecto. El tiempo se agotaba. Gisela sabía que no podía seguir postergándolo. Si quería escapar, debía actuar pronto.

El problema era que no encontraba una forma de hacerlo que no terminase en fracaso. Debía idear algo pronto, pero lo cierto era que ella nunca había sido buena en planear. Era más de actuar por impulsos, algo que durante sus años en el convento había intentado cambiar y hasta había estado segura de haber conseguido, pero en los últimos días había descubierto que no era así.

Suspiró pesadamente, provocando que el caballo en el que iba montada girase la cabeza, como si intentase mirarla.

—¿Va todo bien, milady? —le preguntó Cormag.

Gisela sintió la vibración de su voz en la espalda. Ella se había acostumbrado a cabalgar con el guerrero. Era amable con ella y la trataba con respeto. No podía negar que era un hombre atractivo, pero no despertaba en ella el mismo anhelo ni el mismo fervor que Malcolm, cuya presencia siempre la desarmaba.

Cada día que pasaba al lado del laird se sentía más atraída hacia él.

Iba a responder que estaba todo bien cuando la voz de Malcolm se lo impidió.

—No ha llovido en varios días —dijo él, señalando el camino que se alzaba ante ellos—. Podemos ascender por la colina sin temor a despeñarnos. Así, esta noche llegaremos al clan.

Gisela sintió un escalofrío que le recorría el cuerpo y no solo porque la voz varonil y ronca se lo provocase, sino porque el tiempo se le acababa. Ella tenía que huir y tenía que hacerlo ya.

—No, Cormag, no me encuentro bien —le respondió al guerrero, improvisando con rapidez —. Estoy mareada y me duele la cabeza. Incluso creo que tengo fiebre —añadió, llevándose la mano a la frente.

El hombre, al instante, tiró de las riendas de su caballo, obligándolo a detenerse.

—¿Qué sucede? —indagó Malcolm, azuzando a su caballo para acercarse a ellos—. ¿Por qué os detenéis?

—Laird, Lady Gisela no se encuentra bien —respondió Cormag con seriedad.

—¿Qué os sucede? —inquirió el laird, observándola con preocupación.

Gisela giró la cabeza, evitando la mirada del hombre. A pesar de que había estado convencida de que durante los últimos años se había convertido en una mentirosa muy capaz, en esos momentos no estaba segura de poder mantener su treta si lo miraba a los ojos. Se colocó una mano en la frente, como si intentara despejar el sudor de una fiebre inexistente, y suspiró

pesadamente.

—Me siento mal. Pero no os preocupéis, puedo seguir viajando.

—¿Estáis segura? —insistió Malcolm, su tono lleno de inquietud—. No debemos arriesgarnos a que empeoréis en el camino.

Gisela sintió un remordimiento al notar la preocupación en su voz, pero sabía que debía aprovechar la situación.

—Quizás debamos hacer una pausa —sugirió, esforzándose por sonar convincente—. Un breve descanso me ayudaría a recuperar fuerzas. Pero no quiero retrasaros… Sé lo importante que es para vos llegar cuanto antes a vuestro clan. —Su voz salió débil, apagada, como si la enfermedad realmente la estuviera consumiendo—. Puedo aguantar —añadió en un murmullo, con un tono fatigado, como si le costara incluso hablar.

—No digáis sandeces —dijo Malcolm, su tono firme pero cargado de preocupación—. Pararemos el tiempo que necesitéis.

Antes de que pudiera responder, Gisela sintió cómo la levantaban del caballo con facilidad. Malcolm, que había descendido del suyo, la sostuvo con firmeza entre sus brazos.

Sin darle oportunidad de protestar, la llevó con paso seguro hasta donde alguno de los guerreros ya había extendido una manta sobre el suelo y la sentó con suavidad, asegurándose de que estuviera cómoda.

—¿Necesitáis algo? —le preguntó.

—Un poco de agua —murmuró Gisela, manteniendo el tono débil de su voz—. Si sois tan amable.

Malcolm asintió y se dirigió hacia su semental para coger una cantimplora de las alforjas. Gisela lo observó en silencio mientras su mente trabajaba a toda prisa. Tenía que encontrar la manera de escapar.

Solo había una alternativa que le aseguraría huir sin que la siguieran: tomar uno de los caballos y espantar a los demás.

El problema era que no tenía la menor idea de cómo hacerlo… Hasta que recordó la hierba que llevaba en un pequeño bolso de cuero, cosido en los pliegues de su vestido.

Se alegró de que su amiga hubiera insistido en que llevara aquella hierba. Cecily nunca había superado su miedo a los animales salvajes, y aunque Gisela no compartía esa inquietud, ahora agradecía su precaución.

Apretó los dedos alrededor del pequeño bolso de cuero, sintiendo el leve crujido de las hojas secas en su interior. Si todo salía como planeaba, pronto estaría lejos de allí. Lejos de ese hombre; del único hombre que podía hacerle olvidar lo que realmente importaba.

—Bebed —le ordenó de pronto la voz grave de Malcolm, sacándola de sus pensamientos.

Gisela alzó la vista y vio cómo le tendía la cantimplora. La aceptó con una débil sonrisa.

—Gracias, milord. Sois muy amable —respondió con un hilo de voz.

Llevó la cantimplora a sus labios y tomó pequeños sorbos, solo lo justo para mantener la apariencia de fragilidad. Luego, como si de repente su cuerpo no pudiera más, dejó escapar un leve jadeo entrecortado.

—Creo… creo que voy a vomitar —balbuceó, dejando con torpeza la cantimplora en el suelo antes de levantarse de golpe y correr hacia los árboles más cercanos.

Los guerreros la observaron desde la distancia.

Fingiendo malestar, se inclinó, sujetándose el vientre, y emitió un sonido ahogado, como si realmente estuviera devolviendo. Sabía que la mayoría de los guerreros no se acercarían. Por muy fieros que fueran en batalla, evitaban las escenas de enfermedad como si temieran verse

arrastrados por ellas.

Y eso era justo lo que ella quería.

Porque le daría tiempo. Tiempo para encontrar la manera de acercarse a los caballos sin que los hombres se diesen cuenta. Pero entonces, escuchó pasos tras ella.

—Milady, ¿necesitáis que os ayude? —La voz profunda de Malcolm le heló la sangre.

Abrió los ojos como platos y, por un breve instante, su mente se quedó en blanco.

Debería haberlo sabido. Ese hombre no era como el resto, él no temía a nada. Ni siquiera a la enfermedad.

Se apresuró a enderezarse un poco, aun sosteniéndose el vientre, fingiendo que necesitaba recomponerse.

—No os preocupéis. Puedo arreglármelas sola —respondió con más firmeza de la que pretendía.

Sintió su mirada fija en ella, analizando cada detalle, y temió que descubriera su engaño.

—Disculpad —añadió, suavizando su tono y obligándose a desviar la vista—. No quería parecer desagradecida. Solo… estoy muy cansada. Pero entenderé si deseáis continuar el viaje sin más demora.

Malcolm negó con la cabeza sin dudar.

—No iremos a ninguna parte hasta que os sintáis mejor. Estáis enferma, debéis descansar.

—Tenéis razón. Comer algo y unas horas de descanso me ayudarán.

Malcolm asintió, pero no apartó la mirada de ella.

La preocupación que vio en sus ojos azules la desarmó. Nunca le había importado tanto a ningún hombre que no fuese su padre. Por un instante, sintió un impulso casi irracional de sincerarse con él, de decirle la verdad, de confiar en que, de algún modo, él la entendería.

Pero no podía.

Él no la ayudaría. Era su captor, no su salvador.

Y eso era algo que Gisela no debía olvidar.

Así que, con esfuerzo, apartó la vista y reprimió el nudo que se formaba en su garganta. No había tiempo para flaquezas, solo tenía una oportunidad y no podía permitirse dudar.

Caminó pasando delante de él y sintiendo como este la seguía. Al llegar al claro, vio que los caballos estaban atados en dos de los árboles. Dos de los guerreros estaban encendiendo una hoguera.

Estaban en primavera, y aunque el sol aún no alcanzaba su punto más alto, el viento que descendía de las colinas traía consigo un gélido recordatorio de que las Highlands no eran como Inglaterra. Aquí el frío se aferraba a la piel.

Fingió un escalofrío.

—Poneos esta capa, milady.

Gisela se giró para hacia Ervin, quien le ofrecía una capa de color oscuro. Aceptó la prenda, sintiendo la tela pesada y fría entre sus dedos y se la colocó sobre sus hombros.

—Sois muy amable. Os pido perdón por retrasaros —dijo mientras observaba de soslayo cómo Malcolm se había acercado a las alforjas de su caballo para sacar unas rodajas de pan y un trozo de queso.

—No debéis disculparos, milady. —Ervin hizo un gesto con su mano—. Debo reconocer que sois la única mujer que conozco que es más amable cuando la enfermedad le aqueja.

Gisela centró toda su atención en el comandante. No estaba segura de si él sospechaba de ella, pero su sonrisa parecía sincera, y eso le daba un poco de tranquilidad.

—Supongo que la enfermedad merma mis fuerzas —respondió, intentando mantener el tono

débil.

Ervin esbozó una sonrisa más amplia y una chispa de un sentimiento que Gisela no comprendió apareció en sus ojos, como si estuviera disfrutando de una broma privada que Gisela desconocía.

—Muchacha, debéis sentaros. —Malcolm interrumpió la conversación—. Estáis débil. Corréis el riesgo de desmayaros.

Gisela abrió la boca para protestar, para afirmar que no era una mujer débil. Aunque realmente estuviese sintiéndose mal, sabía que era más que capaz de valerse por sí misma. Sin embargo, apretó los labios con fuerza, recordando que debía continuar fingiendo debilidad. Esa necesidad de actuar así le molestaba profundamente. Ni siquiera como parte de una estrategia le gustaba parecer vulnerable.

—No os preocupéis, puedo… —comenzó, pero interrumpió a sí misma antes de poder terminar la frase, fingiendo que se tambaleaba.

Malcolm corrió hacia ella. La cogió en brazos y la llevó hasta la manta.

El calor de su cuerpo la envolvió, y aunque sabía que debía seguir actuando, no pudo evitar sentirse cómoda en los fuertes brazos de aquel hombre. La cercanía le producía una mezcla de confusión y seguridad. En ese momento, la risa de Ervin resonó a lo lejos, pero no le importó; su mente estaba completamente centrada en la presencia protectora de Malcolm.

Al final, pasaron la noche allí. Aquello les retrasó más de un día, pero al laird no parecía importarle. Él parecía más preocupado porque ella se recuperase del todo. Estuvo atento a ella en todo momento, por eso cuando el sol comenzó a asomarse tímidamente en el horizonte despertándola, a Gisela no le extrañó que Malcolm estuviese tumbado a su lado.

En vez de volver a quedarse dormida como su exhausto cuerpo le pedía, se sentó con cuidado de no despertar al laird ni a los tres guerreros que estaban cerca. Pronto observó que faltaba uno de ellos: Hamish. Era el más joven y también el más fácil de engañar.

Se levantó con cuidado y lo buscó con la mirada. Él se encontraba sentado en una piedra haciendo guardia.

Gisela se acercó a él. En cuanto él la vio, se levantó.

—¿Estáis bien, milady? —preguntó, la preocupación evidente en su voz—. ¿Necesitáis que despierte al laird?

—No, hoy me encuentro bien —respondió ella, sonriendo suavemente para tranquilizarlo. Trató de no alzar la voz, evitando despertar a los demás hombres—. El descanso me ha ayudado a recuperarme. Pero, Hamish, ¿podrías hacerme un favor?

—Claro, milady, lo que necesitéis.

—Detrás de los árboles ayer vi rosalva, una planta que me ayudaría a que el estómago no vuelva a darme problemas. ¿Podéis acompañarme a recolectarla?

Gisela, gracias a Cecily, sabía que había una planta que ayudaba con los dolores de estómago llamada rosalva, aunque en ese momento no tenía la menor idea de cómo era. Además, tampoco estaba completamente segura de si ese era el nombre correcto. Pero, por suerte, Hamish no era un experto en botánica.

—Por supuesto, milady.

Gisela dio un par de pasos y se llevó la mano al estómago, fingiéndose más débil de lo que realmente estaba.

—Lo siento, Hamish. Parece que aún no estoy del todo bien. ¿Podrías ir tú solo? Es una planta amarilla, la reconocerás sin dificultad.

Sabía que muchas plantas podían tener ese color, por eso esperaba que allí hubiera alguna.

Si Cecily estuviera presente, seguramente frunciría el ceño, ya que Gisela apenas recordaba las enseñanzas que su amiga le había impartido.

La desazón la invadió al recordar a Cecily. Había evitado pensar en su amiga para no derrumbarse. ¿Estaría a salvo? Gisela se recordó a sí misma que Cecily era más astuta de lo que ella misma creía y que hallaría la manera de regresar al convento. Sí, su amiga estaría bien. Gisela se prometió que, una vez que su venganza se consumara, iría en su búsqueda.

—No… no lo sé —balbuceó Hamish, indeciso.

—Por favor, me duele mucho el estómago —insistió Gisela, tratando de infundir en su voz un tono de urgencia.

Finalmente, Hamish asintió, cediendo a su súplica.

—Está bien, milady. Iré a buscar la planta.

—Muchas gracias, Hamish. No sabéis lo que os lo agradezco.

Con una sonrisa de triunfo, Gisela observó cómo el guerrero se alejaba.

El único sonido que se escuchaba era el canto de los pájaros al amanecer. Gisela se acercó con cautela para observar a Malcolm. Aquella era la primera vez que se permitía a sí misma contemplarlo sin culpa ni vergüenza. Con sus facciones endurecidas, esas pestañas doradas tras las que se escondían unos ojos azules de un color tan profundo como el cielo del alba y esa mandíbula esculpida, Malcolm era un hombre muy apuesto. A pesar de estar durmiendo, Gisela percibió que su expresión era inquieta, como si no pudiese relajarse del todo, como si incluso en sus sueños hubiera algo que lo inquietase. Ni siquiera se habían quitado las botas y la espada descansaba a su lado.

Por un instante, Gisela sintió el deseo de tumbarse al lado del guerrero y seguir durmiendo. Sin embargo, no lo hizo. No podía dejarse llevar por sus sentimientos, debía concentrarse; si no se marchaba en ese momento, no tendría otra oportunidad.

Se acercó a los caballos y comenzó a desatar las cuerdas que los mantenían atados. Estaban sujetos con fuerza, pero ella era hábil deshaciendo nudos. Ninguno de los animales intentó escapar, sino que mantuvieron tranquilos. Su plan era separar al caballo de Cormag del resto, pues era el único que conocía y en el que había montado anteriormente.

Un ruido detrás de ella la hizo girarse. Miró a Malcolm, pero él seguía durmiendo tranquilamente. Era Ervin, que se había movido, orientando su rostro hacia ella, aunque con los ojos cerrados.

Debía apresurarse. Sacó la planta de su bolso y la sostuvo entre sus manos. No había tiempo para separar al caballo, así que pasó la planta por el hocico de los otros tres caballos. El caballo de Cormag, atraído por el aroma, se acercó y olfateó su mano. De repente, los caballos comenzaron a relinchar y a hacer ruidos extraños.

El único que parecía no estar afectado era el semental negro de Malcolm. Gisela se subió a él de un salto, escuchando cómo los hombres tras ella empezaban a despertarse debido al alboroto que los animales estaban montando. Los otros tres caballos se alejaron de ella, huyendo despavoridos, buscando alejarse del olor.

Gisela miró hacia donde se encontraban los guerreros. Parecían aturdidos, tratando de entender lo que sucedía, pero podría jurar que Ervin le guiñó un ojo. Vio cómo Malcolm estaba a punto de abrir la boca para llamar a su caballo, pero antes de que pudiera hacerlo, Gisela azuzó al semental en el que estaba montada y este salió disparado en dirección contraria, llevándola más cerca de su ansiada venganza.

Capítulo 7

Gisela no tenía la menor idea de adónde debía ir, pero sí sabía que tenía que alejarse lo máximo posible de Malcolm y sus hombres. Espoleó el caballo del laird con firmeza, sintiendo cómo el animal resoplaba bajo la lluvia fina que caía sobre las Highlands. El viento cortante le azotaba el rostro, enredando su cabello húmedo mientras cabalgaba a través del páramo, con el corazón latiéndole desbocado en el pecho.

Por lo que sabía, podía estar dirigiéndose directamente al territorio del clan Sinclair, lo que significaría su perdición. Pero, con un poco de suerte, estaría cerca de las tierras de Aulay Ferguson.

Un escalofrío recorrió su espalda al pensar en el hombre que había asesinado a su padre. Cada minuto que él seguía con vida era un insulto, un fracaso imperdonable. Ese desgraciado no merecía seguir respirando.

A esas alturas, Aulay ya habría descubierto que había habido un altercado. Lo que ignoraría era si ella seguía viva o si su cuerpo yacía en algún barranco, devorado por los lobos. El pensamiento le arrancó una sonrisa amarga. Que sufriera. No por ella, sino por el poder que no podía reclamar si ella no estaba viva para casarse.

Gisela esperaba poder sacarle de ese sufrimiento pronto, pero solo el tiempo suficiente para poder matarlo.

La lluvia arreció, convirtiéndose en un torrente implacable que azotaba la tierra y formaba charcos en el suelo embarrado. Gisela se estremeció, pero la capa que Ervin le había prestado la mantenía seca… por ahora. Se subió la capucha, a pesar de que oscurecía aún más su visión. No podía permitir que su cabello siguiera empapándose; el frío ya se le estaba metiendo en los huesos.

Divisó un grupo de árboles a unos metros y dirigió al caballo hacia allí, buscando un respiro de la tormenta bajo su follaje. Descendió del animal con cuidado y se apoyó contra el tronco áspero de un roble. El sonido de la lluvia golpeando las hojas era casi ensordecedor, y por un instante, cerró los ojos, tratando de recuperar el aliento.

Entonces, un trueno desgarró el cielo. Un rugido violento que hizo vibrar el aire.

El caballo relinchó y, antes de que Gisela pudiera reaccionar, se encabritó y salió disparado hacia la llanura.

—¡No! —gritó, lanzándose hacia delante, pero era demasiado tarde.

El animal desapareció entre la niebla y la cortina de lluvia. Solo entonces se dio cuenta de su error: en su prisa por refugiarse no lo había atado.

—¿Un caballo de guerra que se asusta por un trueno? —preguntó en voz alta, aunque no había nadie para responderle—. Es igual de incoherente que su dueño.

Gisela suspiró pesadamente mientras volvía a apoyarse sobre el tronco.

Tendría que hacer el resto del camino a pie. No le molestaba caminar, ya que estaba acostumbrada a ello. Habría preferido hacerlo ataviada con pantalones en lugar de un incómodo vestido, pero hacía años que no tenía esa opción. Cuatro, para ser exactos. Las monjas se habrían muerto del susto si la hubieran visto con pantalones.

Mientras la lluvia comenzaba a amainar, el viento helado siguió azotando la llanura, recordándole que la noche no tardaría en caer. Tenía que encontrar un refugio seguro. No había podido hacerse con un arco y, aunque llevaba su daga, no era tan insensata como para creer que

podría enfrentarse sola a unos bandidos.

Comenzó a caminar por el suelo encharcado, con pasos firmes. No se permitió mostrar ni un rasgo de debilidad, ni siquiera cuando su estómago rugió, recordándole que no había comido nada desde la noche anterior.

Llegó a un río y se sentó en una piedra alta. Afortunadamente para ella, la lluvia había cesado. Se lavó la cara y bebió un sorbo del agua fresca, saciando la sed que la atormentaba.

Se pasó las manos por la cara con un suspiro. Estaba perdida, sin manera de conseguir alimento y a punto de tener que dormir en la oscuridad del bosque con la única protección de su daga.

—¿Estáis bien, milady? —preguntó una joven que apareció de la nada, de pie a su lado. Gisela no la había visto acercarse y no pudo evitar pegar un respingo—. Disculpadme, no era mi deseo asustaros.

—No me habéis asustado —mintió, aunque lo cierto es que no sentía ningún temor.

Aquella muchacha parecía ser una campesina, y en cierta manera, le recordaba a Cecily. Sus rasgos eran amables y su expresión serena le transmitía una sensación de confianza. Llevaba su cabello pelirrojo recogido en un sencillo moño y sus facciones eran aniñadas, por lo que Gisela intuyó que debería tener unos años menos que ella; tal vez, alrededor de los dieciséis.

—¿Vuestro marido está con vos? —le preguntó mirando a su alrededor en busca del hombre inexistente.

—Estoy sola. No necesito a un hombre.

La joven abrió los ojos ante las palabras de Gisela. Era impensable que una mujer viajase sola. Más aún, una dama. Y era evidente por sus ropajes que Gisela lo era.

—Entiendo, milady. No era mi deseo molestaros. —La joven usó el cubo de madera que llevaba en las manos para recoger agua.

Gisela se dio cuenta de su error en cuanto las palabras salieron de su boca. Ella necesitaba ayuda, por mucho que le costara pedirla.

Se levantó, acercándose a la joven.

—¿El clan Ferguson está cerca de aquí?

La campesina la miró, mordiéndose el labio inferior.

—No lo sé, milady. Vivo en una pequeña cabaña con mi madre, cerca de aquí. Nunca he salido de estas tierras. Hay muchos clanes y no conozco el nombre de todos.

—¿Y sabéis quién podría saberlo? ¿Tal vez vuestra madre? ¿Podríais llevarme a vuestra cabaña?

La joven dejó el cubo en el suelo. Se pasó una mano por la frente para quitarse el sudor por el esfuerzo.

—Sois inglesa. —Aunque era una afirmación, no una pregunta, Gisela asintió—. Habláis bien nuestro idioma, pero vuestro acento os delata. Mi madre, ella… —hizo una pausa, como si estuviese buscando las palabras adecuadas— tiene miedo a los ingleses. Cree que son enviados del diablo.

Gisela puso los ojos en blanco. Aquello era una necedad, pero decidió que era mejor guardarse ese pensamiento para sí misma dada las circunstancias. Si aquella joven sentía que insultaba a su madre no la ayudaría.

—Os aseguro que el diablo no me ha enviado —respondió con un sarcasmo que no pudo evitar.

—Lo sé, pero ella… —Hizo otra pausa, como si las palabras se le atragantaran—. Lo siento, milady, no puedo ayudaros.

Gisela suspiró, sintiendo cómo la frustración se acumulaba en su pecho.

—¿No vive nadie más cerca? —preguntó, esperanzada.

La joven negó con la cabeza.

Gisela asintió y hundió los hombros, derrotada. Decidió que lo mejor sería continuar con su viaje. Iba a despedirse de la joven cuando esta chasqueó los dedos.

—¡Esperad! —dijo—. Hace unos meses me encontré con un matrimonio en el río que estaba descansando. Me contaron que, a unas horas de aquí, hay una posada. Tenéis que seguir el camino a lo largo del río. Debéis andar todo recto y seguir la corriente. Después de un buen rato, veréis un claro. La posada queda justo allí, al final del sendero.

Gisela entrecerró los ojos.

—¿Estáis segura?

La joven se encogió de hombros.

—No tenían ninguna razón para mentirme.

Gisela se relajó, porque aquella joven tenía razón. ¿Por qué la engañarían? Después de todo lo que había vivido en esos últimos cuatro años no había podido evitar volverse desconfiada. Quizá, demasiado.

Esbozó una sonrisa.

—Gracias.

—Milady —la llamó la joven antes que se alejase—, está lejos para ir andando. Y no es lugar para una mujer sola.

—No os preocupéis por mí, he enfrentado peores desafíos. Encontraré el camino.

—¿De veras? —inquirió la campesina, que había sustituido la preocupación en su rostro por una mueca de curiosidad.

—Sí. A veces, las circunstancias nos obligan a ser más fuertes de lo que imaginamos.

—Ojalá fuese tan valiente como vos y me atreviese a viajar sola.

—Estoy segura de que lo sois.

—Mi madre siempre dice que la valentía es para los hombres. Las mujeres debemos ser cuidadosas y evitar peligros. Para cuidarnos y protegernos ya están los hombres.

Gisela observó a la joven durante unos instantes antes de responder. De alguna manera, aquellas palabras le recordaron a su tía, a la que hacía años que no veía.

—Tu madre tiene buenas intenciones, pero está equivocada. —Estiró su mano y la apoyó sobre el hombro de la joven, apretándolo con cuidado—. Nadie os cuidará mejor que vos misma.

La joven suspiró.

—¿Vos creéis? Me gustaría casarme.

—Hacedlo con un hombre que respete vuestra libertad.

—¿Hay hombres así, milady?

Gisela se mordió el labio inferior mientras reflexionaba. Un cabello rubio ondeando en el viento y los ojos azules más intensos y bonitos que había visto en su vida se materializaron en su mente. Malcolm Sinclair era un hombre obstinado, que alzaba la voz y que la desesperaba, pero en el poco tiempo que lo había conocido, se había sentido más libre que en toda su vida.

—Los hay. Y estoy segura de que lo encontraréis.

—¿Vos lo habéis encontrado, milady?

Gisela esbozó una sonrisa triste.

—Sí.

Lamentablemente, ese hombre nunca sería para ella.

Tras varias horas de camino, y cuando ya comenzaba a pensar que la joven campesina había cometido un error, Gisela divisó a lo lejos una estructura de madera oscura de dos plantas que se alzaba con firmeza en medio del paisaje. Las ventanas estaban iluminadas por la tenue luz de las velas en su interior, creando un resplandor cálido que contrastaba con el frío del anochecer.

El sol se había comenzado a ocultar, y en poco tiempo la oscuridad se apoderaría del paisaje, haciendo que el aire se volviera más denso y la atmósfera más inquietante. Gisela respiró aliviada al ver la posada; no tendría que pasar la noche sola a la intemperie, expuesta a los peligros que acechaban en el bosque.

Lo más importante para ella era encontrar el camino hacia el clan Ferguson, pero primero necesitaba descansar. Una noche de sueño en un jergón después de días durmiendo en el suelo le vendría bien. Además, no podía negar que un plato de comida caliente sería un verdadero consuelo. Llevaba monedas en su saquito, suficientes para pasar varias noches en la posada si así quisiese. Y aunque una parte de ella deseaba hacerlo, no lo haría.

No podía seguir postergando lo inevitable. Pese a que su tripa se revolviese por el hecho de saber que debía pasar unos días junto a Aulay; incluso, probablemente, casarse antes de poder matarlo, era lo que debía hacer.

Al llegar a la puerta, la empujó con suavidad, y un tintineo de campanillas anunció su entrada. El interior era cálido y luminoso, con las luces de las velas parpadeando en las mesas de madera rústica. Un par de viajeros se encontraban en un rincón, compartiendo risas y relatos. Otro estaba de pie junto a la chimenea, calentado sus manos.

Se acercó a la barra, donde un hombre robusto, con una barba grisácea poblada la miraba con curiosidad.

—Buenas noches —lo saludó—. ¿Tenéis una habitación libre?

—¿Está vuestro marido en los establos acomodando los caballos? —inquirió el hombre, escudriñando su rostro.

—Estoy sola y he venido a pie —le respondió Gisela, sosteniendo su mirada con firmeza.

El hombre enarcó una ceja, claramente escéptico.

—No aceptamos mujeres solas —replicó con voz grave.

Gisela, sintiendo cómo la frustración comenzaba a hervir en su interior, sacó las monedas de su saquito y se las mostró.

—Solo necesito un lugar en el que dormir una noche, algo de comida y unas indicaciones.

—Tendréis que buscaros otro lugar —sentenció el posadero, sin siquiera mirar las monedas que Gisela le ofrecía.

El hombre que estaba calentando sus manos junto a la chimenea se acercó con paso firme y una expresión decidida.

—Yo respondo por ella, Ruaridh —dijo, mirando al posadero—. Pon sus gastos a mi cargo.

Gisela esbozó una sonrisa de gratitud hacia el hombre, sintiéndose aliviada por su intervención.

—Tomad —dijo, entregándole las monedas.

—No es necesario, milady —contestó él, levantando una mano en señal de rechazo—. Guardároslas.

Gisela negó con la cabeza, sintiéndose decidida.

—Insisto.

El hombre la miró por un momento, como si sopesara sus palabras.

—Viajáis sola, milady. Las necesitaréis.

Finalmente, Gisela cedió. Porque aquel hombre estaba en lo cierto; pese a que tenía unas

cuantas monedas, no sabía cuándo podría necesitarlas.

—Os lo agradezco.

—Sentaos conmigo mientras Ruaridh y su mujer se encargan de preparar vuestra habitación.

Gisela aceptó con gusto. Vio como el posadero los observaba con los ojos entrecerrados, poco feliz con la situación, pero ella lo ignoró.

Se sentaron en una de las mesas del fondo y Gisela dejó la capa sobre el respaldo de la silla, asegurándose de que no estorbara. Poco después, una mujer de mediana edad se acercó a ellos con una bandeja con dos jarras de cerveza y un plato humeante de estofado de carne de res acompañado de pan recién horneado.

Cuando su mirada se detuvo en Gisela, abrió los ojos y fue a abrir la boca, pero su acompañante la despidió con un ademán de mano.

Gisela ni siquiera pensó en la reacción de la posadera, ya que sintió el aroma delicioso del estofado y su estómago rugió en respuesta. Se apresuró a servir una porción en su plato mientras el hombre hacía lo mismo.

—¿Qué ha llevado a una dama inglesa como vos a viajar tan lejos? —le preguntó el hombre.

Gisela tragó el trozo de carne antes de responder.

—¿Cómo sabéis que soy una dama inglesa?

—Vuestro acento, milady. Y vuestros ropajes, que aunque sucios por el viaje, son de una dama. No podéis ocultarlo.

—No es mi deseo ocultarlo. Voy al clan de mi prometido.

El hombre esbozó una sonrisa.

—No debéis mentir, milady. No a mí, no os juzgo.

Gisela dejó de comer para mirar al hombre con una expresión seria.

—No miento.

El hombre soltó una risa ligera y acercó su mano al muslo de Gisela. Inmediatamente, ella pegó un brinco, levantándose.

—¡¿Qué os creéis que estáis haciendo?! —espetó, enfurecida.

El hombre se levantó también. Ya no sonreía, su rostro era serio y sus ojos castaños brillaban con malicia. En ese instante, Gisela se dio cuenta de que había cometido un error confiando en aquel desconocido.

—Ninguna dama viajaría sola si no fuese porque su virtud ha sido comprometida y ha sido renegada por su familia.

Gisela cruzó sus brazos.

—¿Qué insinuáis?

—Que sois una furcia, milady. Y pasaréis la noche en mi cama.

El hombre dio un par de pasos, acercándose a ella. Gisela vio cómo los dos hombres que habían estado hablando animadamente en otra mesa ya no se encontraban allí. Debían haberse marchado mientras ella comía.

Buscó con la mirada al tabernero y a la que supuso que era su mujer, pero tampoco se hallaban allí.

Ellos se encontraban solos.

—¡Si os acercáis, os mataré! —le advirtió, a la vez que sacaba la daga que llevaba escondida debajo de su vestido.

El hombre soltó una carcajada.

—¿De veras creéis que podéis hacerme daño, muchacha? —se burló, dando otro paso hacia ella—. Solo sois una furcia. Una con la que disfrutaré mucho.

Avanzó otra zancada más, ignorando la advertencia de Gisela. Cuando se aproximó a ella lo suficiente como para poder tocarla, Gisela, sin vacilación alguna, alzó la daga y, con movimientos rápidos y precisos, trazó un tajo profundo en su brazo derecho. Un alarido de sorpresa y dolor escapó de los labios del hombre, y Gisela aprovechó la oportunidad para intentar alejarse de él. Sin embargo, este no se detuvo y, en un movimiento rápido, le arrebató la daga de las manos, lanzándola lejos.

—¿Os gusta duro? —espetó con desprecio, esbozando una sonrisa maliciosa—. Os daré el gusto.

—¡Tocad a mi mujer y suplicaréis por una muerte rápida! —Una profunda voz masculina provocó que el hombre se congelara.

La imponente figura de Malcolm Sinclair apareció en el umbral de la puerta. Sostenía su espada desenvainada y una expresión feroz.

—¿Su mujer? —repitió el hombre lentamente mientras miraba a Malcolm y después a Gisela durante varias veces. Retrocedió un par de pasos, alejándose de la joven a la vez que alzaba las manos en señal de paz—. Ella… —balbuceó, tragando saliva— ella me ha dicho que viajaba sola.

—Mentí —dijo Gisela, observando con cierto regocijo cómo el hombre palidecía. No le gustaba tener que emplear ardides como ese, ya que ella sola podía valerse por sí misma, pero aquel desgraciado se merecía un escarmiento—. ¡¿Dónde está vuestra valentía ahora?!

El hombre no respondió, sino que tragó saliva con más fuerza. Ahora ya no se reía ni se burlaba, sino que suplicaba clemencia con su mirada.

Malcolm avanzó con paso firme hasta donde se encontraba Gisela, y con la mano con la que no sostenía su espada, agarró con suavidad la muñeca de la joven para colocarla tras él, defendiéndola así con su cuerpo.

—Habéis osado aprovecharos de mi esposa —espetó Malcolm con ira—. No pienso permitir que vuestro agravio quede impune. ¡Os reto a un duelo a muerte!

El hombre comenzó a negar compulsivamente con la cabeza.

—No… no… —balbuceó— será necesario, milord. Os pido disculpas. No sabía que estaba casada. Jamás me hubiera atrevido a acercarme a ella de haberlo sabido.

Sin embargo, sus explicaciones no fueron suficientes para Malcolm.

—Coged vuestra espada, os espero fuera —ordenó con voz grave mientras deslizaba la suya con habilidad en la vaina. El hombre no se movió, sino que permaneció quieto, temblando—. ¡Ahora! —demandó, alzando la voz.

Esta vez, el hombre no dudó, se dio la vuelta y se dirigió hacia la puerta. Este no había dado ni dos pasos cuando Malcolm observó que Gisela lo seguía.

—¿Dónde vais?

Gisela lo miró con decisión.

—Dadme un arco, yo me encargaré de él.

Malcolm resopló. Debería haberlo supuesto.

—Vos no haréis tal cosa.

—Lo haré, es a mí a quien ha ofendido, no a vos. Yo lo mataré.

—¡Vos ya habéis hecho suficiente! —explotó Malcolm, perdiendo la paciencia. Había intentado contenerse, pero aquella muchacha lo sacaba de quicio. ¿Es que no podía ser razonable por una vez en su vida? ¿No tenía ni una pizca de autoconservación?

—¡¿Me estáis culpando de que un hombre me haya llamado furcia y quisiese abusar de mí?!

La furia atravesó cada poro de la piel de Malcolm al escuchar aquellas palabras. ¿Cómo se le había ocurrido a aquel malnacido atreverse a dañar a Gisela? Se giró para matar allí mismo a ese hombre que no merecía otro destino, pero, en su lugar, descubrió la puerta abierta, sin ningún rastro de él en el exterior.

El hombre había huido como el cobarde que era.

Había estado tan ocupado discutiendo con Gisela que no se había dado cuenta. Malcolm jamás le daba la oportunidad de escapar a un adversario, pero esa joven lograba captar toda su atención y distraerlo de tal manera que se olvidaba de todo lo que ocurría a su alrededor.

—Por vuestra culpa se ha ido —le reprochó Gisela, enfadada—. Ahora no obtendrá el castigo que se merece.

—¿Mi culpa? —repitió Malcolm con asombro—. ¡¿Sabéis lo que podía haberos pasado si no llego a llegar a tiempo?! ¡¿Acaso sabéis el peligro que habéis corrido?!

La furia que invadió a Gisela se aplacó en el instante en el que vio la preocupación reflejada en los ojos de Malcolm. Muy a su pesar, el laird estaba en lo cierto. Si él no hubiera llegado, a saber lo que ese hombre podría haberle hecho.

Estaba sola, en un entorno en el que no conocía, y había confiado en la buena fe de un desconocido que había resultado ser un abusador.

—Lo sé, no soy una necia —reconoció con un suspiro—. Sé que no tenía posibilidades con ese hombre. He confiado en quien no debía, pero no debería ser así. Una mujer debería estar segura estando sola.

La expresión endurecida del rostro de Malcolm se suavizó cuando percibió el tono vulnerable en la voz de Gisela. Él estaba enfadado con ella por haberse escapado, pero más enfurecido estaba consigo mismo por haber permitido que se pusiera en peligro.

—Tenéis razón, ningún hombre debería dañar a una mujer. Este mundo es cruel, y aun así, no debería ser así. Debería haber una manera de garantizar que estéis a salvo, incluso cuando viajáis sola. Pero, desgraciadamente, no lo hay. Habéis cometido una estupidez escapándoos.

—¿Vuestra mujer y vos necesitáis una habitación? —preguntó la posadera, apareciendo de la nada.

—¿Dónde está vuestro marido? —inquirió Malcolm, cruzando los brazos y girándose para mirarla.

—Escondido en la cocina —respondió ella, tragando saliva—. He querido ayudaros, milady —reconoció con un hilo de voz, centrando su atención en Gisela—, pero mi marido no me lo ha permitido.

Gisela negó con la cabeza.

—No os preocupéis, puedo defenderme sola.

Malcolm quería gritarle que no podía, pero prefirió mantener la boca cerrada, ya que sabía que con ello no lograría más que comenzar otra discusión.

—Llevad a mi mujer a una de las habitaciones libres —le dijo Malcolm a la posadera—. Y traednos algo de cena mientras yo hablo con vuestro marido.

—Tenemos dos hijos pequeños. —La posadera posó su mano en el brazo de Malcolm, deteniéndolo—. Castigadlo, se lo merece, pero que pueda seguir trabajando. Es un cobarde, pero no es un mal hombre.

Malcolm asintió. No quería despojar a una familia de su sustento, pero tampoco podía permitir que su comportamiento quedara sin consecuencias. Había permitido que ese hombre intentase ultrajar a su gatita.

¿Su gatita?

No sabía de donde había salido ese pensamiento. Desde luego, aquella joven era como una gatita: traviesa, traicionera, curiosa y con una chispa de vida que iluminaba incluso los momentos más oscuros. Su risa era como un canto de campanas en la distancia, y su mirada, llena de determinación, revelaba una fuerza que la hacía aún más cautivadora. Había algo en su naturaleza indomable que lo atraía como el río a la mar haciéndolo querer protegerla y, al mismo tiempo, admirar su valentía. Era una mezcla de fragilidad y ferocidad que lo dejaba sin aliento, y en esos momentos, se preguntaba si alguna vez podría realmente entenderla.

No, estaba seguro de que nunca lo haría. Y eso era parte de su encanto. Pero ella no era suya y nunca lo sería.

—No podría estar casada con un cobarde —dijo Gisela a la posadera mientras observaba cómo Malcolm se alejaba hacia la cocina.

—No siempre elegimos con quién casarnos, milady —respondió la posadera con una mezcla entre tristeza y resignación, haciendo un gesto hacia las escaleras—. Vos habéis tenido suerte con vuestro marido.

Gisela subió las escaleras en silencio, el eco de sus pasos resonando en el pasillo. Al llegar a la puerta de una de las habitaciones la posadera la abrió y Gisela soltó un suspiro de alivio. No quería mentir a aquella mujer.

—No es mi marido —aclaró.

La posadera no parecía sorprendida por su confesión.

—Debería serlo —afirmó—. Os ama, milady.

—No, no lo hace.

La mujer se apartó para que Gisela pudiera entrar en la habitación.

—Eso no es cierto y lo sabéis. —La posadera se apartó para que Gisela entrase en la alcoba —. Tenéis suerte de que un hombre como él os ame y de que vos lo améis —añadió, y aunque Gisela iba a responder, la mujer la interrumpió—: No podéis negar lo que vuestros ojos gritan.

—No puedo casarme con él —confesó Gisela, sintiéndose vulnerable. No estaba segura de si era amor lo que sentía por ese laird bárbaro y tozudo, pero lo que sí sabía con certeza era que su corazón jamás había latido tan rápido por nadie como lo hacía por él—. Mi futuro es otro.

La mujer esbozó una sonrisa comprensiva.

—Aunque no me lo habéis pedido, os voy a dar un consejo. Uno que me hubiera gustado que mi madre me hubiera dado a mí cuando tenía vuestra edad. Forjad vuestro propio futuro, no permitáis que nadie os arrebate la felicidad. Ahora, descansad, enviaré a mi sobrina con la comida. —La posadera cerró la puerta y se marchó antes de que Gisela pudiera replicar.

Gisela se quedó de pie en el umbral de la habitación, sintiendo cómo las palabras de la mujer resonaban en su mente.

«Forja tu propio futuro».

Esa idea se entrelazaba con sus pensamientos de venganza, que habían sido lo único que había importado en los últimos cuatro años.

La venganza había sido su ímpetu, el propósito que le había permitido seguir adelante. Sin embargo, ahora comenzaba a cuestionar si acaso tenía otra razón para vivir, y esa posibilidad la atemorizaba más que nada.

Capítulo 8

La habitación de la posada en la que Gisela se encontraba estaba envuelta en una suave penumbra. La carne, una hogaza de pan y unas rodajas de manzana descansaban en la pequeña mesa redonda en espera de que alguien diera buen uso de ellas.

Pero Gisela era incapaz de probar bocado. Su estómago se sentía como un nudo apretado, y la simple idea de comer le resultaba insoportable. Sus manos reposaban en su regazo, frías a pesar del calor que la chimenea esparcía por la habitación.

Su plan de huida había fallado. Lo había hecho desde el momento en el que se había escapado sin pensar en las dificultades que se encontraría.

Esa sensación de vulnerabilidad que la embargaba no le gustaba. A ella no le agradaba sentirse así. No podía permitirse sentirse así.

Volvería a escapar, pero la siguiente vez sería más cuidadosa. No confiaría en nadie.

La puerta de la habitación se abrió y Malcolm apareció por ella. Gisela no se sorprendió al verlo. Había creído que su enojo habría disminuido. Sin embargo, al mirar su rostro, se dio cuenta de lo equivocada que estaba.

El laird apretaba la mandíbula con tal fuerza que los músculos de su cuello se marcaban bajo su piel. Sus ojos brillaban con una furia apenas contenida, y su cabello, ligeramente revuelto, delataba que había pasado la mano por su cabeza en más de una ocasión, frustrado. Al detenerse en el umbral, su pecho subía y bajaba con respiraciones profundas, como si estuviera luchando por contener las palabras que querían escapar en un rugido.

—La que debería estar enojada soy yo —se adelantó Gisela, con el mentón en alto, levantándose del jergón.

Malcolm abrió los ojos, incrédulo.

¿Cómo podía tener semejante desfachatez? Aunque, en realidad, no sabía por qué se sorprendía tanto. Esa muchacha era un desafío constante, una tormenta impredecible.

—¿Cómo decís? —Cerró la puerta tras él con un portazo que hizo temblar las paredes.

No obstante, Gisela no se dejó intimidar.

—Me habéis seguido cuando era obvio que me he ganado mi libertad.

Malcolm sintió nuevamente esa lucha interna, ese impulso contradictorio de querer sacudirla hasta que entrara en razón y, al mismo tiempo, abrazarla y besarla solo para asegurarse de que estaba bien.

—Estoy empezando a pensar que ser una inconsciente es algo innato en vos.

—Y yo estoy empezando a pensar que vos sois un necio testarudo incapaz de aceptar la verdad.

—¿Y cuál es esa verdad, milady? ¿Que si no llego a ir tras vos, no tardaríais en estar muerta?

Gisela se cruzó de brazos.

—¿Para qué hacéis una pregunta si no vais a permitirme responderla?

Malcolm cogió aire en un intento de controlarse. Esa mujer tenía el don de exasperarlo como nadie más.

—Sois exasperante, muchacha. Me hacéis perder la paciencia.

Gisela inclinó la cabeza ligeramente, como si estuviera considerando sus palabras. Luego, con una pequeña sonrisa que no llegaba a sus ojos, murmuró:

—Curioso… yo podría decir lo mismo de vos.

—¿Que yo os hago perder la paciencia?

—¿Vais a repetir todo lo que os digo?

Malcolm abrió la boca para responder, pero el sonido inconfundible del estómago de Gisela resonando en la habitación, lo interrumpió.

—Estáis hambrienta.

—Estoy bien —replicó ella con terquedad.

Malcolm soltó un suspiro pesado y la miró con la misma firmeza con la que daría órdenes a un soldado en el campo de batalla.

—Os doy dos opciones, milady. Podéis sentaros a la mesa y comer vos misma… O me veré en la necesidad de obligaros.

Gisela lo miró en silencio, evaluándolo. En su expresión no vio rastro de duda ni de juego. Lo decía en serio. Lo veía perfectamente capaz de hacer lo que amenazaba, incluso de meterle la comida en la boca como si fuera una niña testaruda.

Gisela se acercó a la mesa y tomó asiento. Disimuladamente, lanzó una mirada a Malcolm mientras cogía un trozo de pan y se lo llevaba a la boca. Lo vio dejar la espada en el suelo con un leve golpe, como si con ello marcara su presencia. Luego, sin prisa, se acercó y se sentó frente a ella.

—¿Cómo me habéis encontrado? —inquirió Gisela tras unos minutos de tenso silencio.

Malcolm no respondió de inmediato. Tomó su jarra de cerveza, dio un sorbo pausado y, solo entonces, la miró con una intensidad que hizo que Gisela sintiera un leve escalofrío.

—Os llevasteis a mi caballo. Es un caballo de guerra entrenado.

—Y un cobarde —añadió Gisela—. Por un trueno de nada salió corriendo.

Malcolm dejó escapar un resoplido, como si la sola idea le pareciera absurda.

—He cabalgado sobre él en plena batalla, con flechas silbando a nuestro alrededor y tormentas desatándose sobre nosotros. Creag nunca ha mostrado ni la más mínima fragilidad. Así que dejad de decir disparates.

—¿Se llama Creag? Yo lo hubiese llamado Temeroso.

Malcolm puso los ojos en blanco, aunque no pudo evitar que una media sonrisa asomara en sus labios al ver el brillo travieso en los ojos de Gisela.

—Creag os engañó, milady. En cuanto consideró que era el momento oportuno, os abandonó y fue en mi busca. Luego, me guio hasta vos siguiendo vuestras huellas.

Gisela chasqueó la lengua, cruzándose de brazos.

—Entonces, deberíais llamarlo Traidor.

Malcolm soltó una carcajada; su risa profunda resonó en la habitación.

—Es fiel a mí, no a vos.

—Por supuesto —dijo ella, rodando los ojos—. Es igual de terco e insoportable que vos.

—Sé que estáis intentando provocarme, milady, pero no lo lograréis. Ahora, decidme, ¿por qué huisteis?

Gisela alzó una ceja, con una media sonrisa que no llegaba a sus ojos.

—¿No es eso lo que hacen las prisioneras? ¿Huir cuando tienen la oportunidad?

Malcolm sostuvo su mirada con firmeza.

—No sois mi prisionera.

—Entonces, dejadme marchar.

Aquella petición hizo que el aire entre ellos se volviera denso. La respuesta se reflejó en los ojos de Malcolm antes de que este pronunciara una sola palabra. La furia brillaba en ellos, y a

Gisela le recordaron al mar embravecido en invierno. Pero detrás de toda esa ira pura percibió algo más profundo, algo que Gisela no lograba identificar.

—Jamás permitiré que ese malnacido se case con vos.

—Lo sé, eso le concedería demasiado poder. —Gisela no comprendía demasiado de asuntos de guerra, y mucho menos de los hombres de las Highlands, pero sabía lo suficiente como para darse cuenta de que todo giraba alrededor del poder—. Aunque hay algo más —adivinó y Malcolm se tensó— . Lo odiáis. ¿Por qué?

Malcolm sostuvo su mirada, y por unos instantes, Gisela creyó que aquel hombre derribaría los muros que había construido alrededor de él y le respondería con la verdad. Sin embargo, cuando Gisela estaba empezando a tener la esperanza de poder encontrar un aliado, alguien que pudiera ayudarla con su venganza, Malcolm giró su cabeza y apartó sus ojos de los de ella.

—Eso no os incumbe —espetó con sequedad—, pero os aseguro que ese hombre es capaz de cometer los actos más despreciables.

—Lo sé. —Las palabras escaparon de los labios de Gisela antes de que pudiera detenerlas.

Malcolm frunció el ceño.

—¿Lo sabéis y aun así deseáis desposaros con él?

Gisela apretó los labios, rehusándose a añadir una sola palabra más. Había bajado las defensas, lo había hecho porque una parte de ella deseaba contarle la verdad a Malcolm, pero no podía hacerlo. No cuando él no era capaz de ser honesto con ella.

Se levantó de la silla en la que se encontraba sentada con movimientos medidos, sintiendo la mirada de Malcolm seguirla con la misma intensidad de un halcón vigilando a su presa.

—Estoy cansada —anunció con frialdad—. Con vuestro permiso, me gustaría descansar.

Malcolm no respondió. Se puso de pie y, sin prisa, sopló las velas de la mesa, sumiendo la habitación en una penumbra cálida, solo interrumpida por el parpadeo de la chimenea. Luego, con la misma naturalidad con la que respiraba, se descalzó sin necesidad de sentarse.

—¿Qué hacéis? —preguntó Gisela con evidente recelo.

—Prepararme para dormir —respondió él, como si fuese la cosa más evidente—. Vos deberíais hacer lo propio y poneros el camisón que os ha proporcionado la posadera —dijo, señalando con la barbilla la prenda que estaba sobre la cama.

Gisela cruzó los brazos sobre su pecho.

—Me lo ha dado su sobrina —le corrigió con tono cortante—. No vamos a dormir en la misma habitación, no es decoroso.

Malcolm alzó una ceja, divertido por su obstinación.

—Es lo correcto. Creen que somos marido y mujer.

—Pero no lo somos.

—No —concordó él, inclinando ligeramente la cabeza—. Pero si supieran la verdad, no os habrían permitido quedaros bajo este techo.

Gisela lo fulminó con la mirada.

—Estoy segura de que podríais persuadirlos para que os den otra habitación.

Malcolm esbozó una media sonrisa, pero no hizo intento alguno de negar la verdad en sus palabras.

—Podría, pero no lo haré.

Sin más preámbulos, se despojó de la camisa y la dejó caer al suelo con desinterés.

Gisela sintió que se le esfumaba el aliento en un leve jadeo contenido. Se llevó una mano temblorosa a los labios, no solo por la desfachatez del gesto —tan impropio, tan contrario a todo decoro—, sino también porque, a la tenue luz del fuego, la piel dorada Malcolm se revelaba ante

sus ojos con una perfección que la perturbaba profundamente

Había visto a otros hombres con el pecho descubierto, pero ninguno le parecía tan varonil y seductor como el laird. Cada cicatriz, forjada en el fragor de las batallas, y cada músculo, cincelado por el combate, despertaban en ella un deseo que no lograba dominar.

—¿Os sucede algo, milady? —le preguntó él, provocando que regresase a la realidad.

Malcolm la observaba con una expresión seria, pero la chispa de diversión en sus ojos azules lo delataba. Se estaba burlando de ella.

—Por supuesto que no.

—¿Y por qué no me miráis a los ojos?

Gisela se sonrojó al darse cuenta de que su mirada estaba centrada en su piel bronceada por el sol, lo que reflejaba que solía pasar tiempo a la intemperie con el torso desnudo. Había escuchado que era algo que solían hacer los hombres de las Highlands.

Y, en ese momento, ella fue consciente de que él iba ataviado como un inglés.

—¿Por qué no lleváis el kilt?—inquirió con curiosidad a la vez que alzaba la mirada para mirarlo a los ojos.

Malcolm esbozó una sonrisa burlona.

—¿Os gustaría verme luciendo los colores de mi clan?

—No —respondió ella demasiado rápido, demasiado a la defensiva.

—A mí sí me gustaría veros luciendolos. Estaríais preciosa.

Gisela tragó saliva sintiendo cómo su corazón latía con más fuerza al escuchar sus palabras. Ella detestaba los halagos; sentía que eran repetitivos, y cuando algún hombre la había halagado en el pasado, ella se había limitado a rodar los ojos. Pero con Malcolm era diferente, porque ella no podía evitar pensar tontamente que ¿él creía que era preciosa?

—Eso nunca sucederá —espetó con seguridad, tratando de evadir sus pensamientos.

—Ya veremos, milady. Ya veremos —respondió él, guiñándole un ojo—. Vamos, no perdáis más el tiempo y poneos el camisón.

Gisela cruzó los brazos, escandalizada.

—No voy a cambiarme delante de vos.

—No voy a mirar, milady. Me giraré mientras vos os cambiáis.

—Salid —ordenó ella, señalando la puerta.

Para su asombro, Malcolm salió por la puerta. Él no se calzó ni tampoco se puso la camisa, pero eso a ella no le importó. Respiró hondo mientras se quitaba el vestido y se ponía el camisón limpio sin dejar de mirar hacia la puerta, pensando que él podía entrar de nuevo en cualquier momento. Luego, se lavó la cara con agua templada vertida de un cuenco de cerámica decorada, frotando su rostro con un paño de lino. Usó el peine que descansaba encima de la cama y se peinó el cabello. Estaba a punto de meterse en la cama cuando Malcolm regresó.

Él cerró la puerta, pero se quedó quieto cuando su mirada se centró en ella. Abrió la boca, aunque no emitió ninguna palabra. Gisela sintió cómo los ojos de él vagaban por su cuerpo con lentitud, y lejos de sentirse asqueada, un agradable hormigueo recorrió su piel.

¿Qué le estaba haciendo ese hombre?

—Habéis regresado —dijo Gisela, rompiendo el silencio.

Malcolm se aclaró la garganta y centró sus ojos en los de ella.

—Así es. Os he dado tiempo para que os preparéis para la noche. Estoy cansado, ha sido un día largo.

—¿Vais a dormir aquí?

Él frunció el ceño.

—¿Dónde queréis que duerma?

—En los establos.

—¿Queréis que duerma con los caballo teniendo un jergón tan cómodo como este? —Malcolm se rio—. ¡Ni loco!

Gisela se cruzó de brazos.

—Entonces, seré yo la que duerma allí.

Sin esperar una respuesta por parte de Malcolm, comenzó a caminar con decisión hacia la puerta. Estaba descalza y sentía el frío del suelo en sus pies, pero eso no la detuvo. Aunque antes de llegar a la puerta, sintió cómo unos fuertes brazos la levantaban. Instintivamente, rodeó el cuello de Malcolm con sus brazos, pegando su cuerpo al pecho musculoso del guerrero.

Con cuidado, él la tumbó encima de la cama.

—Deseáis dormir conmigo tanto como yo lo hago —le dijo él.

—No es verdad —replicó ella, pero no se movió incluso cuando él se tumbó a su lado y les tapó con una manta.

—Podéis mentir, milady, pero vuestro cuerpo no lo hace.

Como respuesta, Gisela se giró, alejándose lo máximo posible de él.

Malcolm observó con una leve sonrisa cómo Gisela se alejaba, intentando distanciarse con dignidad. Pero el peso del agotamiento del día comenzó a doblegarla y sus párpados se hicieron pesados.

—Vuestra obstinación es tan encantadora como vana, milady —dijo Malcolm con una risa ahogada, cuyo eco se deslizó suavemente por la estancia.

—Estoy demasiado cansada como para entablar una disputa con vos —contestó Gisela con voz apagada—. Habéis ganado esta contienda, mas no la guerra.

—No deseo pelear contra vos.

Ella tampoco quería, pero no lo dijo en alto. Tampoco hubiera podido hacerlo aunque hubiese querido, ya que sus ojos se cerraron. El sueño la estaba venciendo y no tardaría en caer en sus garras.

—Dormid tranquila, gatita. Estaré aquí cuando despertéis.

Y aunque aquellas palabras le deberían haber sonado como una amenaza, a Gisela le resultaron tan cálidas como el abrazo de una hoguera en una fría noche de invierno.

Capítulo 9

Malcolm se despertó en la mitad de la noche. La penumbra de la estancia, iluminada por el tenue resplandor de la chimenea, le permitió ver a Gisela reposando a su lado en la cama. Sabía que debía haberse retirado a los establos, tal y como ella le había pedido, mas había sido incapaz de hacerlo.

Aún llevaba puestos sus pantalones, ya que no quería incomodarla. Era consciente de que la joven se sentía atraída por él de la misma manera que él se sentía hacia ella, pero Gisela era inocente. Mucho más de lo que ella misma quería reconocer.

Tampoco era consciente del efecto que tenía en él. El efecto que tenía en cualquier hombre con esos cabellos sedosos del color de la noche profunda y esos bonitos ojos verdes.

Gisela se había girado y su rostro estaba frente a él. Ella había perdido cualquier desconfianza que sintiese y descansaba relajada.

Él no pudo evitar extender la mano hacia su rostro. Sus dedos, firmes pero delicados, rozaron la mejilla de la joven, haciendo que esta se estremeciera ligeramente. Aquel contacto, sutil y casi imperceptible, hizo que Malcolm sintiera un cosquilleo al percibir la delicada suavidad de su piel.

Gisela abrió levemente los ojos y miró a Malcolm. Él alejó su mano, como si ella quemara, preocupado por la reacción de la joven. Pero, como siempre, ella lo sorprendió y esbozó una sonrisa genuina.

—Me gustan estos momentos cuando sueño contigo —reconoció ella con voz adormilada, obviando cualquier formalismo entre ellos—. Eres igual de bello que en la realidad, pero en el mundo de los sueños te hallas mas cercano, más mío.

Malcolm se dio cuenta de que ella creía que aquello formaba parte de un sueño. Y él, como el caballero que era, debería ignorarla y darse la vuelta para seguir durmiendo. O salir de la habitación. Sí, esa sería la mejor opción.

Pero no lo hizo, porque él no era ningún caballero. Era un laird feroz, dispuesto a hacer cualquier cosa por defender a su clan, dispuesto a morir en una batalla, pero un débil cuando se trataba de ella.

—¿Y tú eres mía, gatita? —le preguntó.

Gisela parpadeó, mirándolo a través de sus densas y negras pestañas con una vulnerabilidad que tan solo había visto una vez en ella.

—¿Quieres que lo sea?

—Nada me gustaría más —respondió él, volviendo a acariciarle la mejilla—. Pero no es posible. Hay muchas…

—Estamos soñando. Y en los sueños, todo es posible —le interrumpió Gisela, colocando suavemente su dedo con los labios de Malcolm para silenciar cualquier vacilación.

—Más los sueños no son reales, gatita.

—Tal vez no, pero pueden sentirse reales —replicó ella, trazando el contorno de su labio inferior con los dedos—. Siento tú aliento, tu olor, el roce de tu piel.

—Gatita…

—No hables —le interrumpió ella—. Dejemos que este sueño teja lo que la realidad nos niega. Todo es posible en el reino de Morfeo si nos dejamos llevar.

Malcolm la observó.

Él no quería nada más que dejarse llevar. Quería olvidar todas las razones por las que no debía estar cerca de ella, por las que debía convencerla para que se convirtiese en novicia.

—¿Y qué sucederá cuando despertemos?

—Que el sueño quedará en nuestro recuerdo. Como la marca indeleble de una noche en que nos atrevimos a ser libres. La noche que nos permitimos soñar sin preocuparnos de las consecuencias.

Malcolm dejó escapar un suspiro que se mezcló con el crepitar del fuego.

—Gatita, nada anhelo más, pero no soy tan egoísta como para quitarte tu virtud cuando no puedo ofrecerte una vida a tu lado.

—¿Ni siquiera durante un sueño? —preguntó ella haciendo un mohín.

Malcolm sonrió.

—Ni aún en los reinos de los sueños.

—¿Y un beso, laird? ¿Podrías darme un beso?

Y aquello fue suficiente para derribar sus defensas. Porque Malcolm no era tan fuerte como para negárselo. Más aún cuando ella lo estaba pidiendo con tanta dulzura y cuando él lo deseaba tanto.

Sin dudarlo, unió sus labios a los de ella. Con cautela, Gisela abrió la boca, lo justo para que él introdujera su lengua, y un pequeño gemido brotó de su garganta, provocando que un escalofrío de placer recorriera el cuerpo de Malcolm.

Era evidente que Gisela jamás había sido besada; su inexperiencia contrastaba con la pasión arrolladora que emergía de cada caricia. Con delicadeza, su lengua se unió a la de ella, y pronto la joven respondió con entusiasmo.

Malcolm, que había besado a muchas mujeres, jamás había sentido algo tan imborrable como lo que ahora despertaba en él aquella joven. Nunca olvidaría aquel beso; el roce de los labios de ella, la suavidad de su piel y la dulzura que ella emanaba.

Gisela le estaba dando más de lo que ninguna mujer le había dado. Era más que un beso; Gisela le estaba entregando su alma y él le estaba regalando la suya.

Cuando el beso se rompió, ambos respiraban con dificultad. Él quería volver a besarla. Tomar todo lo que ella quisiese darle, pero no podía hacerlo.

—Me gusta este sueño —reconoció Gisela con una sonrisa bobalicona adornando sus labios.

—A mí también. —Eso fue lo único que Malcolm fue capaz de responder.

Gisela bostezó y se giró, colocándose de lado. Él se tumbo detrás de ella y le rodeó la cintura con su brazo, acercándola a él.

—Gatita —la llamó. Ella no se movió, pero él sabía que estaba escuchándolo—. No ha sido un sueño —le susurró al oído.

—Lo sé —dijo ella en un tono de voz somnoliento—. Ningún sueño podría ser tan perfecto.

Capítulo 10

Gisela era más que consciente de que algo había cambiado entre Malcolm y ella. La noche anterior ella había estado dispuesta a entregarse a él. Podía excusarse diciendo que la neblina del sueño había nublado su juicio, pero ella había sido plenamente consciente de sus palabras y de sus actos.

El deseo que sentía hacia ese hombre le resultaba muy difícil de controlar. Y el beso que habían compartido había sido una de las mejores experiencias que había vivido en sus diecinueve años de vida. Una que, pese a saber que no era correcto, que se estaba equivocando, quería repetir.

Aunque Malcolm parecía no sentir lo mismo que ella.

A la mañana siguiente, se despertó en una cama vacía. Y al bajar al piso inferior de la posada, la tabernera le informó que su marido la esperaba en los establos. Cuando llegó, Malcolm ni siquiera la miró y apenas le dirigió la palabra y, tras más de dos horas de viaje, seguía sumido en un silencio imperturbable.

Gisela montaba en la yegua que el posadero le había regalado como disculpa por no haberla ayudado la noche anterior, aunque ella estaba segura de que la verdadera razón no era aquel arrepentimiento repentino, sino el temor que albergaba hacia Malcolm.

Se fijó en Malcolm, que iba sobre el semental a su lado. Con el ceño fruncido y esa expresión de enojo habitual en él, parecía estar concentrado en el camino. En ese instante, Gisela pensó que sabía muy pocas cosas sobre ese hombre. Desconocía su edad, su pasado y su historia. ¿Tenía hermanas o hermanos? ¿Tendría un mejor amigo en el que depositaba toda su confianza como a ella le sucedía con Cecily? ¿Amaba tanto a su padre como ella al suyo?

—¿Cuántos años tienes? —preguntó Gisela, rompiendo el silencio.

Malcolm abrió ligeramente los ojos, sorprendido ante el repentino interés de la joven, pero ni siquiera la miró.

—Veinticuatro primaveras.

La respuesta, breve y distante, dejó a Gisela con la sensación de que aún había un abismo entre ellos. Sin embargo, ella no estaba dispuesta a rendirse. Con la determinación reflejada en sus ojos, siguió insistiendo.

—¿Crees que va a llover? —le preguntó, probando con un tema más trivial.

—No —contestó él de inmediato, tan simple como el repique de una campana al alba, sin adornar la respuesta con más que una negación.

A Gisela le invadió el súbito deseo de lanzarse sobre él y obligarlo a mantener una conversación digna. Pero, en lugar de ello, esperó hasta que llegaron a un claro y, sin decir nada, descendió de su yegua.

Malcolm tiró de las riendas con brusquedad, deteniendo su montura al instante. Su tono fue tan áspero como su expresión al preguntarle:

—¿Qué haces?

—Has cabalgado junto a mí durante horas sin dedicarme siquiera una mirada. No comprendo por qué ahora te preocupa lo que haga.

Él soltó un suspiro y puso los ojos en blanco.

—Mis hombres nos aguardan. No hay tiempo que perder.

—Ve tú, yo me quedaré aquí un rato.

Con un resoplido, Malcolm descendió de su caballo.

—No estoy de humor para tus necedades. Ya me has hecho perder demasiado tiempo. A estas alturas, deberíamos estar en el clan. Te recuerdo que soy el laird de mi clan, tengo responsabilidades que atender.

—Y yo un prometido con el que casarme —le recordó Gisela con altivez—. Los dos estamos desatendiendo algo importante. Y el único culpable eres tú.

El rostro de Malcolm se endureció y una sombra de ira oscureció su mirada con la sola mención de Aulay Ferguson.

—No te vas a casar con él. No lo voy a permitir.

Gisela entornó los ojos e hizo una mueca, como si aquel tema le aburriera.

—No eres nadie para decirme lo que tengo que hacer. No obedezco tus órdenes.

—¿Quieres casarte con él?

Aquella pregunta pilló de improviso a Gisela, quien mordió su labio inferior con fuerza antes de responder.

—Eso no importa.

Ella no deseaba casarse con él.

Malcolm pudo verlo reflejado en su hermoso rostro y en la manera en la que bajó la mirada durante un instante, escondiendo unos ojos vidriosos. Ella juntó sus manos y entrelazó los dedos entre sí, como si así pudiese controlar el leve temblor que recorría su cuerpo.

Entonces, si no quería casarse con Aulay, ¿por qué no aceptaba su oferta? ¿Por qué parecía tan empeñada en continuar con la boda?

—Estás en Escocia, el rey Juan no tiene poder ante ti. No debes temer las represalias.

Gisela alzó la mirada y volvió a fijar sus ojos en los de él.

—No es temor lo que me mueve.

—Es… —Malcolm dejó escapar un resoplido— deber.

Gisela no lo contradijo.

Ella deseaba ser honesta con él, decirle la verdad, pero no podía. No podía confiar en él; no podía confiar en nadie. Y, aun así, cada fibra de su ser le suplicaba que lo hiciera. Su instinto le gritaba que Malcolm era diferente. Que con él, bajar la guardia no significaría debilidad, sino refugio.

Anhelaba con desesperación tener a alguien de su lado. Un aliado, un compañero en su viaje, un confidente.

Pero Malcolm era mucho más que eso para ella. Porque Malcolm era todas esas cosas y ninguna a la vez.

—Malcolm…

Él la interrumpió antes de que pudiera continuar.

—Podemos descansar. Este lugar es seguro —dijo con tono calmado—. ¿Quieres cazar una presa para el almuerzo?

Gisela parpadeó, desconcertada. Durante un instante, olvidó que había estado a punto de confesarle sus verdaderas intenciones con su prometido.

—¿Quieres que cace? —preguntó, aún procesando sus palabras.

Malcolm arqueó una ceja, con esa expresión suya tan característica.

—¿No quieres?

Ella esbozó una sonrisa. La sonrisa más radiante que él había visto nunca.

—Por supuesto que quiero.

Antes de que Malcolm pudiese cambiar de opinión, Gisela se acercó al caballo del laird,

donde el arco de Cormag descansaba sujeto a la silla con firmeza. Con un movimiento ágil, lo desató y lo sostuvo entre sus manos, sintiendo el peso familiar de la madera y la tensión de la cuerda.

—¿Prefieres una liebre o un conejo? —preguntó Gisela—. He visto las dos especies mientras cabalgábamos.

—No tengo preferencias. Las dos carnes son sabrosas.

Gisela asintió con una chispa de emoción brillando en sus ojos y salió corriendo entre los árboles, moviéndose con la ligereza y experiencia, como si el bosque fuese parte de ella.

Malcolm la siguió a una distancia prudente, asegurándose de que no corriera ningún peligro. Sus pasos eran silenciosos, su mirada atenta a su alrededor, siempre alerta. Sabía que el bosque estaba en calma, que no había amenazas inmediatas, pero, aun así, no podía evitar protegerla.

Gisela se detuvo de golpe, con los sentidos agudizados, y se agachó lentamente tras un matorral.

Apenas un susurro de viento delató el movimiento de la liebre entre la maleza. Gisela no dudó, con la precisión de una cazadora experimentada, tensó el arco y soltó la flecha en un solo movimiento fluido. El proyectil surcó el aire y alcanzó a la liebre antes de que esta pudiera reaccionar.

—¿Estás segura de que eres Gisela Ashford, hija de un barón? —preguntó Malcolm, cruzando los brazos mientras ella recogía la liebre.

Gisela alzó la mirada, arrugando la nariz ante su comentario de una forma que a Malcolm le pareció adorable.

—Por supuesto que lo estoy. ¿Qué pregunta necia es esa?

Malcolm soltó una carcajada.

—Estoy bromeando, gatita. No saques las garras.

Ella entrecerró los ojos, exasperada.

—No me llames así. Mi nombre es Lady Gisela Ashford.

Malcolm esbozó una sonrisa descarada.

—Después de lo de anoche, podemos dejar las formalidades, ¿no crees?

Gisela sintió cómo sus mejillas ardían con fuerza. No solo por el beso que habían compartido, sino porque habían dormido juntos, abrazados. Y aquello era una deshonra para una mujer de su rango. Incluso sería considerada una furcia si llegaba a oídos ajenos. Pero aquello no podía importarle menos, porque Gisela nunca le había prestado atención a los rumores ridículos ni al que dirán.

—Lo que sí es curioso —continuó Malcolm— es que una dama inglesa se mueva por el bosque como si hubiera nacido en él.

—Me crie en el castillo de mi padre hasta que este falleció. —Su voz se quebró ligeramente, pero se obligó a recuperar la compostura antes de que las lágrimas comenzaran a humedecer sus ojos. Hablar de la muerte de su progenitor siempre le provocaba dolor. Aunque, extrañamente, ya no la hería como antes. Era como si en los últimos días hubiera aligerado su carga… O quizá era la presencia de Malcolm la que le proporcionaba paz y le daba las fuerzas que necesitaba para continuar—. Mi padre decía que no le gustaba que cazara, pero lo cierto era que nunca me lo impedía, o por lo menos, no del todo. —Una sonrisa tierna adornó los labios de Gisela—. Hasta permitió que uno de los artesanos del castillo me ayudara a construir mi propio arco. —Hizo una pausa, tragando saliva—. Era una de mis posesiones más preciadas.

—Cuando te rescaté…

—Secuestraste —le corrigió Gisela frunciendo el ceño.

Malcolm hizo un gesto con la mano, como si aquel fuera un detalle sin importancia.

—Tan solo llevabas un saco con tus pertenencias. ¿El resto está ya en el clan Ferguson? ¿El arco también?

Gisela observó a Malcolm durante unos instantes, dubitativa de sí responder o no, pero finalmente decidió hacerlo.

—Todo lo que tengo está en ese saco. —Malcolm la miró con confusión. Las damas, aún más las inglesas, viajaban con arcones llenos de ropa—. Dejé el resto atrás cuando entré en el convento. Fue mi elección. Me hubiera gustado conservar el arco —Gisela hizo una pequeña pausa, como si estuviera midiendo sus palabras—, pero tuve que dejarlo atrás.

Malcolm vio el dolor reflejado en los ojos verdes de ella y decidió no indagar más sobre ello.

—Ve al claro con los caballos —le instruyó él con tono suave—. Voy a buscar ramas para hacer una hoguera.

Por primera vez en toda su existencia, Gisela no replicó y obedeció.

Estaba demasiado perdida en sus propios recuerdos. A pesar de que lo que acababa de decir no era una falacia, tampoco estaba siendo honesta del todo con Malcolm. Porque ella no había dejado el arco atrás, sino que el objeto había sido destruido por Aulay Ferguson cuando este mandó quemar la cabaña de Cecily junto al resto de cabañas que había el bosque días después de haber asesinado a su padre.

Años después, Gisela se enteró de que el rey había culpado de esas acciones al barón de Sunsay, al que ejecutó como traidor y asesino del padre de Gisela. Con este movimiento, Juan se quitó de en medio a los dos barones más críticos hacia su reinado.

Gisela detestaba con toda su alma a Juan, pero no tanto como a Aulay. ¿Cómo borrar de su memoria la imagen del laird matando a sangre fría a su padre?

Cuando Malcolm volvió, Gisela se disculpó y se alejó con la excusa de hacer sus necesidades. Ella no quería mostrarse más vulnerable de lo que ya lo había hecho. Para cuando regresó al claro, más serena, la hoguera ardía con fuerza y Malcolm estaba agachado frente al fuego, girando la liebre sobre las brasas.

—Un hombre al que no le importa cocinar lo que una mujer caza es raro de ver —comentó Gisela con una sonrisa ladeada.

—Mi orgullo no se ve mancillado por ello —respondió Malcolm con calma—. Cuando cabalgas durante días en plena contienda, sin más compañía que tu caballo y el frío, aprendes a valerte por ti mismo. Cocinar es una habilidad más que un guerrero.

—Pero, en esas ocasiones, cocinas lo que tú cazas.

—¿Estás insinuando que solo tenemos algo que comer gracias a tu habilidad con el arco?

Gisela esbozó una sonrisa y se sentó en el suelo.

—Sé qué eres capaz de cazar. Y te agradezco que me hayas dejado hacerlo a mí.

Malcolm no respondió de inmediato, solo la observó por un instante. Luego, en silencio, tomó su cuchillo y cortó un trozo de la liebre asada.

Sin decir nada, lo ensartó en la punta de la hoja y se lo ofreció.

—Come.

Gisela sostuvo su mirada un momento antes de tomar la carne con los dedos, sintiendo aún el calor de la cocción. Dio un pequeño mordisco y cerró los ojos un instante, saboreándola.

—Está sabrosa.

—Por supuesto que lo está —farfulló él—. ¿Acaso dudabas de mis artes culinarias?

Gisela rio suavemente y negó con la cabeza. Por primera vez en mucho tiempo, sentía que

no tenía que medir cada una de sus palabras o gestos, que junto a él podía ser ella misma. No tenía que fingir ser una dama refinada.

Porque Malcolm la aceptaba tal y cómo era.

—Yo me esfuerzo por ser una buena cocinera, pero no sirvo para ello. Mi cuna es noble, pero no me siento una dama.

Malcolm dejó de comer su trozo de carne para mirarla.

—Eres una dama.

—No me gusta comportarme como una —reconoció con un suspiro—. Me gusta cazar. Me pasaría todo el día en el bosque y vestiría con pantalones. Son más cómodos para correr y subir en los árboles.

Gisela esperó encontrarse rechazo y vergüenza en los ojos de Malcolm tras su confesión; los mismos sentimientos que había visto en todos los guerreros y sirvientas que habían tratado de instruirla cuando ella tan solo era una niña. O, tal vez, la desesperación de su progenitor, que pese a amarla con todo su corazón, no aceptaba su comportamiento y en secreto rezaba todas las noches para que se convirtiera en la dama que debía ser.

Pero, sin embargo, tan solo vio comprensión y ternura en ellos.

—Eso no te hace menos dama —dijo él con seriedad—. Te convierte en una mujer fuerte y valerosa. Cómo deberían ser las damas.

Gisela parpadeó, sorprendida por sus palabras. No esperaba que él pensara así; que ningún hombre lo hiciese. Y, sin embargo, algo en su voz indicaba que lo decía con absoluta sinceridad.

Porque Malcolm podía ser muchas cosas, pero él no era ningún mentiroso.

—No es cierto —replicó—. Una dama debe saber bordar, hablar con cortesía y gracia, caminar con elegancia, y jamás levantar la voz ni discutir con un hombre. Debe saber administrar una casa, atender a los invitados, y ser un ejemplo de virtud y recato —argumentó, repitiendo lo que su tía se había esforzado en grabar en su memoria durante tantos años.

—Y tú has sido instruida para realizarlas.

Aunque era una afirmación y no una pregunta, Gisela asintió.

—Sí. Y he aprendido a cumplir con cada una de esas expectativas.

—Eso no es del todo cierto —replicó Malcolm arqueando una ceja—. Discutes conmigo cada vez que tienes oportunidad y no pareces temer alzar la voz.

Gisela se encogió de hombros con una pequeña sonrisa.

—Contigo no necesito fingir.

Malcolm no respondió de inmediato. En cambio, alzó la mano y con la yema del dedo acarició la comisura de sus labios con una suavidad inesperada.

Gisela se tensó, pero no se apartó.

—¿Qué haces? —susurró.

—Tenías un resto de carne —respondió él con naturalidad.

—¿Aún está ahí?

—No.

—Entonces, ¿por qué sigues tocándome?

—No hay ninguna razón para que finjas conmigo, gatita.

—¿Por qué me llamas así?

Malcolm sonrió.

—Porque eres como una gatita. Eres ágil y silenciosa cuando te mueves por el bosque, pero cuando algo no te agrada, sacas las garras sin dudarlo. Tienes esa mirada desafiante, como si estuvieras lista para saltar sobre tu presa en cualquier momento. Y cuando te relajas... —

Malcolm la recorrió con la mirada, con esa intensidad que la hacía sentir expuesta—, eres dulce y hasta ronroneas.

—No ronroneo.

Malcolm no respondió con palabras. En su lugar, con el dorso de la mano le acarició suavemente la mejilla, rozando apenas su piel. Luego, con lentitud, deslizó la yema del pulgar por su pómulo y descendió hasta la línea de su mandíbula.

Gisela sintió un leve escalofrío, pero no era de frío. Al contrario, una calidez le recorrió todo el cuerpo.

La mano de Malcolm descendió hasta su cuello, su pulgar trazando un lento círculo sobre la delicada piel justo debajo de su oreja.

Gisela entreabrió los labios y de su garganta escapó un susurro involuntario, un sonido suave, casi un ronroneo que provocó que Malcolm esbozara una sonrisa de satisfacción.

—Me encanta cuando me desafías.

—A mí también cuando lo haces tú.

Antes de que él pudiese responder, Gisela acortó la distancia entre ambos y, guiada por un impulso irrefrenable, se alzó ligeramente y presionó sus labios contra los de él.

Aunque era inexperta, a ella le movía la pasión y el recuerdo del beso del día anterior. El beso fue suave al principio, como una caricia furtiva, pero en cuanto Malcolm reaccionó, la tomó por la cintura, atrayéndola hacia él con firmeza. Su calidez la envolvió y su boca reclamó la de ella con un hambre contenida. El mismo hambre que ella sentía.

Gisela nunca había pensando que besar a un hombre sería tan placentero. Que se sentía de aquella manera, como si el suelo desapareciese bajo sus pies, como si nada más existiese que ellos dos. Su corazón latía con fuerza y su piel ardía donde él la tocaba. No quería que se terminase nunca, no quería alejarse de él.

Pero, como bien ella sabía, nada duraba para siempre.

Cuando finalmente se separaron, ambos respiraban con dificultad. Permanecieron así durante unos instantes que a Gisela le parecieron eternos, mirándose el uno al otro en el silencio del bosque. El sol, filtrándose entre las copas de los árboles, dibujaba destellos dorados sobre sus rostros, como si la propia naturaleza contuviera el aliento ante lo que acababa de ocurrir.

—No quería molestaros, pero tenemos invitados no deseados. —La voz de Ervin provocó que Gisela girase la cabeza, sorprendida ante la interrupción.

Malcolm se levantó de golpe.

—¿Bandidos? —inquirió.

—Lobos —respondió Ervin con una mueca—. Están escondidos acechando, pero si tardamos mucho en marcharnos, nos atacarán.

—¿Cómo nos habéis encontrado? —le preguntó Gisela a Ervin.

—Son buenos rastreadores —dijo Malcolm antes de que su comandante en jefe, que había abierto la boca para responder, pudiese hacerlo—. No perdamos más tiempo. Debemos marchamos ahora.

Gisela quería seguir preguntando, pero los demás guerreros aparecieron entre los árboles y su atención se desvió de inmediato hacia otra cosa.

—Hamish, ¿qué os ha sucedido? —preguntó con el ceño fruncido al ver el moratón que oscurecía la barbilla del guerrero.

El aludido bajó ligeramente la cabeza en un gesto de respeto antes de responder:

—Mi laird me ha castigado por poneros en peligro, milady. Tal y como merecía.

Gisela parpadeó, incrédula.

—No me habéis puesto en peligro.

—Lo hice al permitiros escapar —dijo él con seriedad.

—No lo permitisteis, os engañé —replicó Gisela—. Y no corrí ningún peligro.

Malcolm, que ya montaba en su caballo, soltó una leve risa desde lo alto de la silla.

—Sí que lo hicisteis —intervino con tono grave—. Hamish es un guerrero, no debería dejarse engañar por una simple mujer.

Los soldados de Malcolm desviaron la mirada, pareciendo incómodos, excepto Ervin, quien esbozó una sonrisa apenas disimulada. Gisela, en cambio, levantó la cabeza con dignidad y le sostuvo la mirada sin pestañear. Sus ojos brillaban con una furia contenida.

—Eres un bruto y un necio, Malcolm —espetó cruzándose de brazos.

Malcolm tensó la mandíbula. En el mismo instante en el que salieron de su boca se había arrepentido de las palabras que había dicho, pero no podía permitir que Gisela le hablase de esa manera delante de sus hombres. Eso era algo que ella tenía que aprender.

—Os recuerdo, Lady Gisela, que soy el laird de los Sinclair y debéis respetarme.

Gisela alzó la barbilla, desafiante.

—Se respeta a quien se lo merece. Y ahora mismo, vos solo os merecéis mi indiferencia. —Dando la conversación por finalizada, Gisela se montó en su yegua con un ágil salto, sin necesidad de ayuda. Sujetó las riendas con firmeza y recorrió con la mirada a los guerreros, que la observaban con admiración e incredulidad—. ¿Qué hacéis todos que no os movéis? —les dijo con impaciencia, agitando sus manos—. Vámonos antes de que los lobos se cansen de mirarnos y nos ataquen. Aunque si se comen al laird —Gisela no se molestó en cubrir el retintín con el que pronunció esta última palabra—, nos hacen un favor a todos.

Y con un tirón de las riendas, espoleó a su montura y se adentró en el bosque antes de que Malcolm pudiera responder.

Capítulo 11

Malcolm observaba a Gisela con atención. La joven cabalgaba con naturalidad entre Cormag y Hamish, conversando con ambos como si los conociese de toda la vida. Se movía con soltura sobre la silla, sin titubeos ni gestos torpes, como si hubiese nacido para montar.

Cuando el grupo ascendió por una escarpada colina, Malcolm contuvo el aliento un instante. La pendiente era traicionera, el suelo pedregoso y resbaladizo. Cualquier otro en su lugar habría aferrado las riendas con nerviosismo, pero Gisela no.

Su yegua resopló inquieta al sentir la inestabilidad del terreno y, por un momento, las piedras rodaron colina abajo, haciéndola trastabillar. En lugar de asustarse, Gisela inclinó levemente el cuerpo, afianzando su control sobre el animal y tranquilizándolo. Y entonces, para asombro de Malcolm, sonrió.

No fue una sonrisa de alivio ni de mera confianza en su destreza. Fue una sonrisa genuina, de disfrute, como si encontrara placer en el peligro.

Aunque, después de haber conocido a la joven, ¿de qué se sorprendía?

Malcolm no pudo respirar con tranquilidad hasta que la yegua de Gisela terminó de ascender y sus cascos encontraron terreno firme al otro lado de la colina.

Pero tenía la sensación de que nunca volvería a estar tranquilo del todo. Esa muchacha siempre lo mantenía en vilo. Era como un fuego salvaje, imposible de contener, aunque del que tampoco quería apartarse. No deseaba domarla, pero sí mantenerla cerca pese a que corriese el riesgo de quemarse.

Para qué mentir, a Malcolm también le gustaba el peligro.

—Ella no sabía que estábamos acampados cerca —le dijo Ervin, colocándose con su caballo a su lado.

Malcolm alzó un hombro.

—No vi razón para decírselo.

—¿Y por qué paraste en ese claro cuando estábamos cerca?

—¿Y si sabías que estábamos allí, por qué tardaste tanto en aparecer?

Ervin esbozó una sonrisa ladina.

—Supuse que no deseabas ser molestado —respondió, pero Malcolm apenas lo escuchó, porque la risa suave de Gisela provocó que centrase su atención en ella. La joven se estaba riendo de algo que Cormag había dicho. Al parecer, su guerrero debía tener alma de bufón, porque Hamish también estaba soltando una carcajada, interesado con la historia que este estaba contando—. Parece que no le ha turbado demasiado que su plan de huida fallase —continuó Ervin, que también estaba mirando a la joven—. O quizá era un truco para que fueses detrás de ella. A las mujeres les gusta que las persigan.

—No sé qué es lo que le agrada. —Malcolm exhaló un suspiro de frustración a la vez que se pasaba una mano por su cabello—. Cuando creo haberlo descubierto, me sorprende con lo contrario. Me resulta imposible descifrar lo que pasa por su mente.

Ervin dejó escapar una risa.

—Así son todas las mujeres. Por eso, jamás permitiré que una me robe el juicio. Así me evitaré el tormento que tú padeces.

Malcolm frunció el ceño.

—¿Qué tormento padezco?

—El del amor.

—Yo no… —No pudo terminar la frase porque Gisela giró la cabeza y sus ojos se encontraron. Ella se mordió el labio inferior con fuerza, como si estuviese planteándose una decisión importante o, tal vez, estaba recreando el beso que ambos habían compartido hacía menos de unas pocas horas. Después, suspiró y volvió a centrar su atención en el camino, pero Malcolm no podía dejar de mirarla. El sol iluminaba su cabello, arrancando reflejos dorados entre las hebras sueltas que escapaban de su trenza. La imagen de Gisela cabalgando con tanta confianza, con la espalda recta y la mirada fija en el horizonte, lo hizo pensar en una reina guerrera de las antiguas leyendas. Malcolm apartó la vista con un leve gruñido, incómodo con el rumbo que estaban tomando sus pensamientos. Gisela solo era un medio para un fin, ella solo…. —. ¿En qué me convertiría si hiciera de ella mi esposa? —murmuró para sí mismo, pero Ervin lo escuchó.

—En un hombre que, por una vez, piensa en sí mismo.

Malcolm ladeó la cabeza para mirar a su amigo.

—Un laird nunca debe anteponer su bienestar al del clan. Como mi comandante en jefe, esa debería haber sido tu respuesta.

—Por encima de tu comandante soy tu amigo. No te he visto feliz desde que Lorna falleció. —Malcolm se tensó en su caballo ante la mención de su hermana—. Llevas anteponiendo el clan a tu felicidad desde siempre. Incluso antes de que tu padre falleciese y te convirtieses en laird. Ya es hora de que pienses en ti.

—Tal y como debe ser —respondió él con una mueca amarga—. Tú mismo lo dijiste, el rey me apresará por secuestrar a Gisela.

Ervin se encogió de hombros.

—Si os casáis y ella está de acuerdo con vuestro matrimonio, no lo hará. Solo tiene que mentirle al rey asegurando que tú la rescataste de un prometido cruel. Uno que conoció en una ocasión y la maltrató. Y que te pidió ayuda a ti y os enamorasteis.

—Guillermo no creerá esas patrañas.

—No, no lo hará, pero le servirá como excusa para no interferir. Aulay tiene un trato con Juan y Guillermo lo sabe.

—¿Y crees que Aulay lo aceptará?

—No, no lo hará. Intentará aliarse con otros clanes para castigarnos.

Malcolm guardó silencio, con la mandíbula tensa. La mayoría de los clanes no se unirían a semejante insensatez, pero no podía engañarse: tenía enemigos. Hombres que aguardaban cualquier pretexto para alzarse contra él.

—Si nos atacan, les haremos frente y los derrotaremos —le aseguró Ervin antes de que Malcolm pudiera hablar.

—Y en el proceso, Aulay morirá. —Malcolm entrecerró los ojos, su voz fría como el acero —. Puede que no fuera mi plan inicial, pero, sin duda, servirá.

—Exacto. Pero solo hay un pequeño problema.

—¿Cuál?

—Que Gisela acepte casarse contigo. Es fácil ver que te ama, pero ella es muy empecinada y parece dispuesta a no ponértelo fácil.

Malcolm soltó un resoplido, más de frustración que de diversión.

Él sabía que ella tenía sentimientos por él. Lo había percibido en la manera en la que lo miraba y en la pasión con la que lo besaba. La conexión que ambos sentían era tan palpable como innegable. Era algo que no se podía ocultar.

—No necesito que me lo recuerdes.

Ervin sonrió con sorna.

—Entonces, ¿cómo piensas convencerla?

Malcolm no respondió de inmediato. En su lugar, su mirada se posó en Gisela. Ella seguía cabalgando unos pasos por delante.

—Se lo ordenaré y ella me obedecerá.

Ervin soltó una carcajada tan fuerte que el resto de los guerreros y Gisela lo miraron.

—Más te vale idear otro plan, amigo —respondió bajando la voz cuando la atención de los demás se centró de nuevo en el camino—. Esa mujer es capaz de casarse con ese malnacido de Aulay Ferguson solo para demostrarte que no puedes darle órdenes.

Malcolm no contradijo a su amigo, porque si alguien era capaz de cometer semejante locura, esa era Lady Gisela Ashford.

—¿Y entonces, qué sugieres?

Ervin se encogió de hombres

—No tengo la menor idea.

Malcolm resopló, pasándose una mano por la nuca.

—Muy útil, amigo. Realmente no sé qué haría sin tu sabiduría.

Ervin sonrió con diversión.

—Oh, me imagino que exactamente lo mismo que ahora: desesperarte por una mujer que no puedes controlar.

Malcolm resopló y maldijo a su amigo.

Aunque, en el fondo, sabía que Ervin tenía razón. Él no podía controlarla; nadie podía hacerlo. Aulay la rompería para conseguirlo. No, ese malnacido nunca estaría cerca de ella; Malcolm moriría antes de permitirlo. Aunque esa no era la razón por la que quería casarse con Gisela. No era para protegerla ni para vengarse de Aulay Ferguson.

Quería casarse con ella porque la amaba.

Ahora solo tenía que convencerla de ello. Pero, primero, debía hacer algo que nunca hacía: disculparse.

Espoleó su caballo y se acercó a ella . Sus guerreros hicieron retroceder a sus caballos para dejarlos solos.

—¿En qué puedo serviros, laird? —preguntó ella sin mirarlo.

—Gisela…

—Lady Gisela —le corrigió con frialdad.

Malcolm suspiró. Ella no iba a ponérselo fácil, aunque tampoco esperaba que lo hiciese. No hubiese sido propio de ella.

—Os pido disculpas si os he ofendido.

Ella alzó la mirada, sus ojos brillando con furia contenida.

—¿Por qué habríais de ofenderme? ¿Acaso habéis cometido una falta?

—No seáis así…

—¿Así cómo?

—Gisela…

—Lady Gisela —le corrigió nuevamente, esta vez con la voz alzada.

Malcolm apretó los dientes, conteniendo su frustración.

—Jamás me disculpo… y lo estoy haciendo con vos. ¿No os basta con eso?

—Me bastaría si no fuese una simple mujer.

Malcolm suspiró.

—Sabeís que os considero mucho más que eso. No me juzguéis por unas palabras mal dichas.

Ella entrecerró los ojos, escrutándolo en busca de falsedad, pero solo encontró honestidad en su expresión.

—Las palabras importan, laird. —Su voz aún tenía filo, pero su postura ya no era tan rígida.

—Lo sé. Y os prometo elegirlas mejor la próxima vez.

Un instante de silencio pesado se instaló entre ellos. Finalmente, ella exhaló suavemente y le concedió un leve asentimiento.

—No suelo dar segundas oportunidades, pero esta vez lo haré.

Un destello divertido cruzó los ojos de Malcolm, aunque se contuvo de sonreír.

—Entonces he tenido suerte, milady.

—Más de la que sois consciente.

Malcolm no respondió. No porque no tuviera palabras, sino porque sabía que ella tenía razón.

Capítulo 12

La llegada al clan Sinclair no fue como Gisela había imaginado. Aunque, en verdad, ni siquiera sabía qué era lo que esperaba. No había intentado huir de nuevo, y no solo porque entendía que esta vez sería imposible lograrlo, sino porque, en el fondo, no quería hacerlo.

No quería alejarse de Malcolm.

Aquel pensamiento le heló la sangre más que cualquier amenaza. Aunque lo que realmente le preocupaba en esos momentos era que no sabía cómo la iban a recibir los habitantes del clan, siendo ella inglesa y una desconocida.

Gisela nunca había dado importancia a la opinión ajena, pero, por primera vez en su vida, deseaba causar una buena impresión. No por orgullo ni por conveniencia, sino porque aquellas personas eran importantes para Malcolm. Y, pese a que le costara admitirlo, lo que era importante para él también lo era para ella.

Aunque hacía apenas dos semanas que se conocían, ese hombre se había convertido en un pilar para ella.

Por eso, no logró contener el remolino de nervios que invadió su estómago cuando se adentraron en el patio de armas. Se sintió un poco vulnerable cuando vio a la multitud que los esperaba y recibía a los guerreros entre aplausos y vítores. Especialmente cuando todos los ojos se centraron en ella en el instante en el que Cormag la ayudó a descender de su yegua.

Un nudo se instaló en su garganta al recordar inevitablemente las veces en las que su padre llegaba al castillo de un viaje. Gisela rememoró la felicidad con la que ella y los hombres de su progenitor lo recibían, el mismo júbilo que veía en los habitantes que estaban recibiendo a los guerreros del clan. Y no pudo evitar que la desazón la invadiera.

Porque ella nunca volvería a tener eso.

—¿Quién es esta bella muchacha? —le preguntó a Cormag una mujer de mediana edad que llevaba su cabello recogido en una larga trenza. Por la manera en la que había abrazado a Cormag un instante antes Gisela intuyó que eran cercanos—. No me digas que por fin me has hecho feliz y has encontrado una esposa, hijo.

—No, madre. Ella no… —balbuceó Cormag, y Gisela tuvo que morder su labio inferior para reprimir la carcajada que amenazaba con brotar de su garganta al ver cómo el rostro Cormag adquiría cada vez más la tonalidad de un tomate maduro—. Ella es…

—Mi nombre es Gisela Ashford y no soy la prometida de su hijo —se presentó Gisela con una sonrisa, compadeciéndose del pobre Cormag. Se relajó al ver que en los ojos castaños de la mujer no había odio ni desconfianza sino pura curiosidad.

—¿Y por qué nos habéis honrado con vuestra presencia, Gisela? —inquirió la mujer.

Gisela vio cómo su hijo le hacía un gesto a su madre para silenciarla, pero esta lo ignoró. Gisela fue a responder cuando una escena que ocurría a unos pasos de ella la distrajo.

Malcolm había descendido de su caballo y estaba saludando a los habitantes del clan. Lo hacía con seriedad, aunque ella podía ver en sus ojos el aprecio que les tenía a cada uno de ellos. Pero lo que llamó la atención de Gisela fue un niño que corrió directamente hacia Malcolm. Este lo alzó en brazos, moviéndolo en el aire. Era una escena tierna.

Hasta que Malcolm dejó al niño en el suelo y Gisela vio que era idéntico a él. Rubio, con los ojos azules, la misma nariz y unas facciones similares pero aniñadas. Eran como dos gotas de agua. Era evidente que eran familiares.

—¡Mírate! —exclamó Malcolm, llevándose las manos a las caderas de manera exagerada —. ¡Has crecido un montón desde la última vez que nos vimos! ¡Ya eres todo un hombrecito!

El pecho del niño se infló con orgullo.

—¡Ya sé manejar la espada! —El niño alzó su mano derecha, moviendo una espada de madera en el aire—. La próxima vez podré acompañarte.

Malcolm sonrió y le revolvió el pelo.

—Todavía no, aún te quedan unos años. —El niño hizo un mohín, pero sonrió cuando él pronunció las siguientes palabras—: Pero estoy seguro de que pronto serás tan fuerte y valiente como los guerreros Sinclair.

Una mujer que llevaba su bonito cabello pelirrojo recogido en una larga trenza se acercó a ambos con una sonrisa dulce bailando en sus labios. Era joven y Gisela intuyó que debería tener una edad parecida a la de Malcolm.

—¡Mamá! —gritó el niño con entusiasmo—. ¡Cuéntale lo bueno que soy con la espada!

Y entonces, los fragmentos de aquel enigma se unieron a la cabeza de Gisela. «Mamá», la similitud entre Malcolm y el niño…

Aquel niño era el hijo de Malcolm.

El estómago de Gisela se encogió y algo se rompió dentro de ella al darse cuenta de la cruda realidad.

¿Cómo podía ser tan vil, tan desvergonzado? ¿Después de besarla, después de los momentos que habían compartido?

La joven se aproximó a Malcolm con una sonrisa y Gisela se obligó a apartar la vista. Se dio la vuelta y echó a andar por el patio de armas, negándose a presenciar cómo los labios de aquella mujer se posaban sobre los de Malcolm. Los mismos labios que horas antes la habían besado a ella.

Algo dentro de su pecho se quebró. Su garganta se cerró y sus ojos ardieron con un llanto que se negó a derramar. No le daría ese poder a ese hombre. No a ese traidor.

—¡Muchacha! ¡¿Dónde vais?! —escuchó cómo le gritaba la madre de Cormag, pero Gisela no se detuvo.

Se hizo un hueco entre las personas que se encontraban en el patio de armas y entró en la primera puerta que vio, tratando de escapar de aquella situación. No sabía adónde se dirigía, tan solo caminaba a toda prisa sin mirar atrás.

No fue hasta que se chocó contra alguien que tuvo que detenerse en seco.

—¡¿Se puede saber qué hacéis?! —espetó una voz femenina llena de indignación.

Gisela alzó la mirada y vio a una mujer de mediana edad, que tenía recogido su cabello rubio en un moño y que la observaba con furia. Pero su expresión se suavizó cuando la miró de arriba a abajo.

—Vos no sois de este clan —observó con cautela, bajando la mirada hasta su vestido verde y bajando el cucharón de madera que sostenía en su mano derecha—. ¿Os encontráis bien? ¿Necesitáis ayuda?

Gisela miró a su alrededor y solo entonces notó que había llegado hasta la cocina.

—Yo… —balbuceó, sin saber qué decir. Por primera vez en su vida, las palabras le fallaban —. ¿Podéis ayudarme a salir de aquí?

—Claro, la salida está por allí. —La mujer señaló una puerta abierta que se encontraba en el extremo opuesto de la amplia estancia—. ¿Sois inglesa?

—No, no de la cocina… del clan —aclaró Gisela, omitiendo la última pregunta de la mujer.

Esta arrugó el ceño, visiblemente desconcertada.

—No os entiendo, acabáis de llegar, ¿Por qué deseáis iros?

—Por favor —le suplicó Gisela. Ella nunca suplicaba, pero, por primera vez en su existencia, estaba desesperada—. Ayudadme, os lo ruego.

Solo quería irse, desaparecer.

Esta vez no había un motivo lógico, ninguna estrategia o plan. No, solo deseaba alejarse del hombre que acababa de romper su corazón. Del hombre al que, pese a todo, amaba. Porque sí, lo amaba. Tan incoherente e irreal como podía parecer, se había enamorado perdidamente de Malcolm Sinclair. Y el amor dolía. Dolía como una espada hundiéndose en el pecho.

La mujer fue a responder, pero antes de que pudiera hacerlo, una voz que Gisela empezaba a conocer tan bien como la suya propia las interrumpió.

—Gisela —su cuerpo se tensó y se giró con brusquedad. Malcolm se acercaba a ellas con grandes zancadas—, ¿estás bien?

Él parecía genuinamente preocupado por ella y eso enfureció a Gisela. Toda la tristeza y la pena se convirtieron en una furia implacable que corría por sus venas. ¿Cómo se atrevía ese bastardo después de haberla engañado de esa manera tan fría y despiadada a seguir fingiendo que se preocupaba por ella? ¿Que ella le importaba de alguna manera?

—¡Vete! —gritó Gisela con rabia—. ¡No quiero volver a verte! ¡No te acerques a mí!

Malcolm se detuvo en seco, su expresión oscureciéndose por la confusión.

—¿Qué te sucede? ¿Alguien te ha hecho daño?

—Tú me lo has hecho —escupió Gisela, con la ira latiendo en cada palabra—. Pero no te preocupes, ha sido solo por un instante. Ya no queda dolor… solo odio.

Mentira.

El dolor seguía ahí, clavado como una daga en su pecho, punzante, insoportable.

—¡Por los clavos de Cristo! —Malcolm se rascó la nuca, visiblemente frustrado—. ¿De qué estás hablando, muchacha?

—¿Y aún tienes el descaro de negarlo? ¿Serás tan cobarde como para fingir ignorancia?

—¡No estoy fingiendo nada! ¿Me puedes decir de una vez qué te pasa?

Malcolm dio un paso hacia Gisela, pero ella alzó la mano en un gesto de advertencia. Sin embargo, él lo ignoró y dio otro paso.

Gisela giró la cabeza para mirar a la mujer que supuso que era la cocinera. En ese momento se dio cuenta de que había varias mujeres más allí. Eran jóvenes, de una edad parecida a la de ella, y observaban con curiosidad desde distintos rincones de la cocina la escena.

—¿Tendríais a bien prestarme eso un instante? —le preguntó Gisela a la cocinera, señalando la cuchara de madera que esta sostenía en su mano derecha. Pero no esperó una respuesta, sino que se la arrebató con un movimiento ágil y, sin dudarlo, la lanzó contra Malcolm justo cuando este avanzaba otro paso—. ¡No te acerques! —advirtió con furia—. ¡Si das un paso más, juro por mi alma que la próxima vez te partiré la cabeza con esto!

La cuchara no llegó a golpearlo de lleno, solo rozó su brazo, pero fue suficiente para que Malcolm se detuviera.

—¡¿Acaso has enloquecido, muchacha?!

Y encima, tenía la desfachatez de tratarla como si estuviera loca.

—¡Eres un desvergonzado y un miserable! —explotó Gisela, avanzando hacia las alacenas. Comenzó a lanzar todo lo que encontró a su alcance: cuencos, cucharas, lo que fuera… Cualquier objeto valía—. ¡¿Cómo te atreves a engañarme de esa manera?! ¡Después de haberme besado!

Se escucharon unas risas y, en ese momento, Malcolm se dio cuenta de que no estaban

solos. Había estado tan absorto en Gisela que no había reparado en la presencia de las demás mujeres.

Estaban montando un escándalo. Y bien sabía él que cotillear era el pasatiempo favorito de los habitantes del clan Sinclair.

—¡Dejadnos solos! —ordenó con firmeza.

Las jóvenes salieron de la estancia a toda prisa, aunque la cocinera se acercó a Malcolm antes de marcharse. Se inclinó ligeramente y le susurró al oído:

—Arregla lo que hayas hecho. Ella me gusta.

Malcolm puso los ojos en blanco. Beathag llevaba trabajando para el clan antes de que él naciera. Tanto él como su hermana se habían criado prácticamente con ella. Le tenía un gran aprecio y respeto —eran pocas las personas que se atrevían a hablarle de esa manera—, pero, en ese momento, no estaba para monsergas. Y además, no tenía la menor idea de qué había hecho mal.

—¡¿Por qué las haces irse?! —Gisela lanzó con fuerza una cacerola, que, desgraciadamente, en vez de en la cabeza de Malcolm se estampó contra la pared de piedra que se hallaba detrás de él—. ¡Deja que se queden para que todos vean quién eres! ¡Para que descubran al embustero y despiadado que tienen como laird! —gritó con una risa sardónica—. ¡¿Qué pretendías que fuera tu amante?! ¡Avergonzarme mientras estás con tu esposa!

Malcolm, con destreza, iba esquivando todos los objetos. Él había participado en guerras menos duras que esa.

—¡¿De qué esposa hablas?! ¡Yo no estoy casado!

—¡Y encima no estás casado! ¿Cómo no has contraído matrimonio con esa pobre joven? ¿Acaso has tenido la desfachatez de no reconocer a tu propio hijo?

Malcolm frunció el ceño, completamente desconcertado.

—¡¿Hijo?! ¡Yo no tengo ningún hijo!

Gisela se quedó inmóvil. Su furia parecía tambalearse, pero aún le quedaba un último intento de ataque. Con un gesto desafiante, tomó otra cuchara y la lanzó sin fuerza. Apenas rebotó en el hombro de Malcolm.

—¡No me mientas! ¡Ese niño es idéntico a ti!

Malcolm parpadeó, perplejo. Su expresión pasó de la incredulidad a la exasperación.

—¿De qué niño hablas, muchacha?

—¡Del que acaba de saludarte! Rubio como tú, con tus mismos ojos. ¡Y no te atrevas a negarlo!

Entonces, Malcolm lo entendió. Se pasó una mano por el rostro, conteniendo un suspiro. Por todos los santos, ¿cómo había acabado en esa situación?

Estaba a punto de sacarla de su error, pero un pensamiento cruzó su mente, uno que lo hizo esbozar una sonrisa lenta y llena de diversión.

—Estás celosa.

Gisela entrecerró los ojos.

—No estoy celosa —replicó con fiereza—, ¡estoy indignada!

—Oh, no, gatita. Estás furiosa, sí, pero porque piensas que hay otra mujer en mi vida y tú deseas ser la única.

—¡Pero qué sandeces estás diciendo! ¡Estoy furiosa porque eres un disoluto y un…!

—El niño se llama Cael y se parece a mí porque es mi hermano —le respondió Malcolm, interrumpiéndola.

Gisela parpadeó, confusa. Soltó el saco de hierbas que sostenía en su mano, que terminó

cayéndose al suelo.

—¿Tu hermano?

—Así es. Ailis es la viuda de mi padre. Es su segunda mujer. Mi padre falleció hace dos años, Cael solo tiene seis años y necesita un hombre en su vida. Mientras Ailis no se case, ese será mi deber. Incluso cuando lo haga, estaré allí para él.

—Tu hermano —repitió Gisela, como si estuviese en trance—. Yo… yo…

Malcolm sonrió.

—No te aflijas, gatita. No tienes que disculparte.

—No iba a hacerlo —negó Gisela a la defensiva, aunque era justo lo que estaba intentando hacer.

Había sacado conclusiones precipitadas, dejándose arrastrar por su temperamento impulsivo. Se había comportado como una niña caprichosa, sin darle la oportunidad de explicarse. Pero, el alivio que sentía superaba con creces la vergüenza.

Malcolm no dijo nada por un momento, limitándose a observarla con una intensidad que la hizo sentir vulnerable. Luego, avanzó unos pasos, acortando la distancia entre ellos y situándose frente a ella.

—Me gusta que estés celosa —reconoció, suavizando la voz y estirando la mano para acariciarle la mejilla. Gisela se lo permitió, entrecerrando levemente los ojos mientras disfrutaba del toque áspero de la yema de los dedos de él—. Pero la próxima vez que tengas dudas, habla conmigo. No es necesario que me lances objetos.

—¿No hubieras hecho tú lo mismo si fuese al revés y hubieses llegado a la misma conclusión que yo?

—En absoluto.

Gisela posó su mano sobre la de Malcolm para apartarla de su mejilla y retrocedió un paso, alejándose de él.

—¿No te hubiese molestado? ¿Acaso no te hubiese importado?

En vez de responder con palabras, Malcolm rodeó las caderas de Gisela con su brazo y tiró de ella para acercarla a él. Antes de que Gisela pudiera reaccionar y alejarse de él de nuevo, sus labios se unieron a los de ella, acallándola con un beso.

Durante un instante, Gisela se quedó inmóvil. Su aliento se mezcló con el de él, cálido y tentador. Al principio, abrió la boca tentativamente, cediendo sin darse cuenta, pero cuando la lengua de Malcolm rozó la suya, se la mordió.

No lo hizo con mucha fuerza, pero sí la suficiente para que él se detuviera y la mirase, incrédulo.

—Si tan poco te importa que esté con otro hombre no tienes derecho a besarme.

Muy a su pesar, Malcolm sonrió. Porque aquella joven era increíble.

—No hubiese actuado como tú, gatita, porque en vez de marcharme, hubiese matado a ese desgraciado en el acto por tocar lo que es mío.

—Eres un bruto —murmuró Gisela, intentando sonar indignada y golpeando su pecho con suavidad.

—Soy un guerrero, gatita. Protejo lo que es mío y no me avergüenzo de ello.

Antes de que Gisela pudiera responder, él volvió a tomar sus labios con los suyos. Esta vez, Gisela no se resistió.

Su cuerpo reaccionó antes que su mente. Se rindió al calor de la boca del guerrero, al roce firme y seguro de sus manos. Una aferraba su cadera con posesión, la otra se deslizó hasta su cuello, sujetándola con una suavidad que contrastaba con la intensidad del beso. Malcolm la

atrajo aún más hacia él, como si quisiera fundirla en su propio cuerpo.

Él profundizó el beso, saboreándola con la misma ansia con la que la deseaba, y Gisela sintió que, junto a él, era el único lugar en el que quería estar. En ese instante, no existía nada más. Ni el pasado, ni la venganza, ni un futuro incierto. Solo la calidez de sus labios y la certeza de que, de algún modo, él era suyo tanto como ella lo era de él.

Cuando el beso se rompió, Malcolm le dio un toquecito cariñoso en la nariz con su dedo índice.

—Debo ocuparme de unos asuntos. Mandaré a Ailis para que te ayude a instalarte.

—¿Dónde me vas a instalar? —preguntó ella—. ¿En la mazmorra?

Malcolm resopló.

—¿En la mazmorra? ¿Quieres volverme loco?

—Me acusas mucho de eso.

—Porque esa parece tu intención. ¿Qué te hace pensar que te encerraría en la mazmorra?

—Me has secuestrado, ¿recuerdas?

Él negó con la cabeza.

—No es así. Te…

—Lo sé —le interrumpió Gisela, porque sabía lo que iba a decir—, me estabas protegiendo del desalmado de mi prometido. Pero ibas a encerrarme en un convento.

—Eso es cierto —reconoció Malcolm—, pero ahora he cambiado de opinión.

—¿Ah, sí?

—Sí —respondió, observándola con decisión—. Ahora te convertirás en mi esposa.

Capítulo 13

Malcolm habría preferido quedarse con Gisela, pero sabía que el consejo de ancianos exigiría su presencia.

Era el laird y no estaba obligado a darles explicaciones, pero tampoco era tan necio como para mantenerlos al margen. Ganarse su descontento no le beneficiaría en absoluto; aunque el poder recaía sobre él, muchos en el clan, sobre todo aquellos habitantes más mayores, confiaban en los ancianos y respetaban su juicio.

Se encontraban en una de las estancias de la torre norte, una sala de gruesos muros de piedra, iluminada únicamente por las antorchas fijadas en las paredes y el fuego que ardía en la gran chimenea de piedra. No había lujos allí, solo una gran mesa de roble oscurecida por el tiempo y sillas pesadas, talladas a mano por generaciones pasadas de artesanos del clan Sinclair.

Los tres ancianos que conformaban el consejo estaban sentados frente a él. En su juventud habían sido guerreros formidables, hombres que habían forjado su autoridad con sangre y acero. Ahora, aunque sus cuerpos ya no empuñaban la espada con la misma destreza, su influencia seguía siendo poderosa, sustentada en la experiencia y el respeto que inspiraban entre su gente.

—Vas ataviado como un inglés —observó Tavish, el mayor de los tres, con su voz rasposa pero firme.

El anciano ocupaba la silla central, con los otros dos a cada lado. A pesar de que en la estancia había más asientos, todos los presentes, incluido Malcolm, permanecían de pie en señal de respeto.

—Acabo de regresar de una misión que me ha obligado a vestir de esta manera. No he tenido tiempo de cambiarme —respondió Malcolm con calma.

Antes de que Tavish pudiera replicar, Ervin intervino con una sonrisa ladina.

—Yo sí me he cambiado. No sé si os habéis percatado.

—Sigues siendo tan insolente como de costumbre —gruñó Dougal, el anciano que se encontraba sentado a la izquierda.

—Es parte de mi encanto —respondió Ervin.

Dougal soltó una serie de maldiciones en voz baja. De los tres ancianos, siempre había sido el más temperamental.

Malcolm negó con la cabeza. Agradecía la estrategia de distracción de su amigo, pero no era necesaria. Él afrontaría las consecuencias de sus decisiones.

—Sé que os estaréis preguntando por la mujer que ha llegado conmigo —comenzó, yendo directo al grano—. Es inglesa y su nombre es Lady Gisela Ashford.

Un silencio denso se apoderó de la sala antes de que Tavish frunciera el ceño y preguntara con cautela:

—¿La prometida de Aulay Ferguson?

Por supuesto que los ancianos estarían al tanto del compromiso del laird Ferguson. Las noticias viajaban con rapidez por las Highlands, llevadas de un feudo a otro por mercaderes, viajeros y bardos. Y aunque se presentaban como hombres de sabiduría y prudencia, Malcolm bien sabía que aquellos ancianos eran proclives a los chismes.

—Así es —confirmó Malcolm con la barbilla alzada—. No podía permitir que Aulay se hiciera con el poder que le otorgaría ese matrimonio, por lo que ideé un plan.

—Un plan del que no nos pusiste al tanto —matizó Dougal con una mueca de desacuerdo.

—Soy el laird, no tengo por qué pediros permiso.

—No, no tienes por qué hacerlo —concordó Tavish, adelantándose a Dougal, que había abierto la boca para responder a las insolencias de Malcolm—. Pero te recuerdo que cada una de tus decisiones marca el futuro de nuestro clan. Y si son equivocadas, nos ponen en peligro a todos; incluidos a las mujeres y a los niños.

Malcolm apretó la mandíbula, esforzándose por contener la furia que ardía en su interior. Aquellos ancianos no eran sus enemigos, aunque en ocasiones lo parecieran. Sus palabras podían ser ásperas, pero solo se preocupaban por el bienestar del clan.

—Nunca haría nada que perjudicara a mi gente —respondió Malcolm con firmeza.

—No de manera consciente, pero tu odio hacia Aulay nubla tu juicio —insistió Tavish—. Le culpas de la muerte de Lorna.

Ante la mención de su hermana, Malcolm se tensó.

—Es culpable.

Tavish suspiró, su mirada cansada pero severa.

—Ella tomó sus propias decisiones, Malcolm. Y fueron esas decisiones las que la llevaron a la muerte.

—¡Decisiones que no hubiera tomado si Aulay no se hubiese aprovechado de ella! —replicó Malcolm con furia, sin poder evitar alzar la voz.

—Sabes bien que quería a Lorna como si fuera mi propia hija —dijo Seumas, el único de los ancianos que aún no había hablado. Su voz, más pausada pero no menos firme, llevaba el peso de los años y la sabiduría—. Aulay actuó con deshonor, pero por el bien del clan, tu padre decidió dejarlo pasar. Tavish tiene razón, no puedes permitir que el rencor nuble tu juicio, Malcolm.

Este miró al anciano. De los tres, era al que más respetaba. Ese hombre había sido como un segundo padre para él.

—Mi padre fue un buen laird. Fuerte y justo, pero en eso se equivocó. Respeté su decisión en vida, pero ahora yo soy el laird y no cometeré el mismo error.

—¿Y qué pretendes hacer? —le preguntó Tavish con un suspiro cansado—. ¿Mantener a la joven oculta en el clan? Sabes tan bien como nosotros que eso no funcionará por mucho tiempo. Aulay se enterará y vendrá a por ella.

—Si no lo ha hecho ya —apuntó Dougal con un gruñido.

—No voy a mantenerla oculta. Todos los habitantes de las Highlands sabrán que se encuentra aquí.

Los tres ancianos lo miraron con sorpresa. Su primo, Murdo, que hasta ese momento había permanecido apoyado contra la pared y en silencio, se enderezó, visiblemente aturdido por sus palabras. El único que parecía inmutable era Ervin, que incluso dejó escapar una sonrisa tensa.

—¿Y qué pretendes con eso? —preguntó Murdo, cruzándose de brazos—. El resto de los lairds no verán con buenos ojos que tengas secuestrada a la prometida de otro.

—Ella no está secuestrada —le corrigió Malcolm, que cada vez detestaba más esa palabra. Gisela no era su prisionera—. Es una invitada. Y será mi esposa en unas semanas.

El silencio que siguió fue tenso. Los ancianos se miraron los unos a los otros, completamente incrédulos.

—¿Tu esposa? —preguntó Tavish después de unos instantes. Parecía dubitativo, como si aún albergara la esperanza de no haber escuchado bien.

—La mantendré oculta hasta que demos nuestros votos —continuó Malcolm sin achantarse. Había tomado una decisión y pensaba llevarlo a cabo con el beneplácito de los ancianos o sin él

—. Después, lo haré público.

—¡Es una locura! —exclamó Tavish, llevándose las manos a la cabeza. Era la primera vez que Malcolm veía al anciano perder la calma que tanto lo caracterizaba—. ¡Has perdido la cordura!

—Los enamorados cometen locuras —dijo Ervin con expresión seria.

—¿Amor? —repitió Dougal con un bufido.

—Lady Gisela será mi esposa por decisión propia. Ella desea casarse conmigo tanto como yo con ella.

—¿Estás seguro de eso? —cuestionó Tavish con una ceja arqueada.

—Por supuesto. Jamás obligaría a una mujer a casarse conmigo si así no lo desea y bien lo sabéis —gruñó Malcolm, enfurecido ante las dudas de Tavish—. Gisela está huyendo de un prometido al que teme —mintió. A pesar de que aquella explicación no era del todo cierta, tampoco era una falacia completa, ya que Malcolm estaba convencido de que la joven temía a Aulay Ferguson. Lo había visto en los ojos de ella, pero Gisela era demasiado orgullosa como para reconocerlo.

—Así que estás haciendo una buena obra —murmuró Tavish, negando con la cabeza—. No pretenderás que nos creamos esa patraña, ¿verdad?

—¡¿Tan necios crees que somos?! —espetó Dougal con indignación levantándose de la silla en la que se encontraba sentado.

Por supuesto que Malcolm sabía que los ancianos no lo creerían. Afortunadamente para todos, no necesitaba que lo hicieran.

—Malcolm, muchacho —lo llamó Seumas, tomándose el atrevimiento de dirigirse a él con una confianza que ninguno de los otros dos ancianos tenía con él—. Comprendo tus razones, pero lo que estás haciendo es una locura. Por favor, recapacita. —Los ojos oscuros de Seumas miraron a Malcolm con súplica—. Hazlo por tu clan, hazlo por tu hermana.

Malcolm pegó un pisotón con tanta fuerza que resonó en toda la sala al escuchar las últimas palabras. ¿Cómo se atrevía a utilizar a su hermana para manipularlo? Malcolm era el único que estaba luchando por ella cuando todos parecían haberse olvidado de lo que le había sucedido.

Sintió una mano agarrando su hombro con fuerza. Ervin se encontraba a su lado y le pedía con la mirada que se contuviera.

—Está decidido —sentenció Malcolm, aplacando toda la furia que lo invadía.

—No puedes… —comenzó Tavish.

—Eres el laird, y como tu primo y uno de tus guerreros de élite, confío en tu criterio —intervino Murdo, interrumpiendo a Tavish y dando un paso al frente.

Malcolm dirigió la mirada a Murdo, quien se mantenía firme ante las miradas de reproche de los ancianos. Vestía los colores del clan con orgullo, y su barba rubia, ligeramente despeinada, le daba un aire aún más imponente.

Su primo era un par de años mayor que él. Nunca había estado muy unidos, pero siempre había podido contar con su apoyo tal como lo hacía en ese momento.

—Y no te equivocas al hacerlo. Llevo preparándome para ser laird desde que era un niño. He dado mi vida por el clan más veces de las que recuerdo —dijo, mirando a los ancianos—. ¿Es tanto pedir vuestro apoyo?

Los tres hombres de cabello canoso lo observaron en silencio. La tensión en la sala se volvió palpable mientras intercambiaban miradas entre ellos. Finalmente, Tavish se aclaró la garganta y habló.

—Eres un laird valeroso y justo. Un digno sucesor de tu padre. Pero te estás equivocando.

Aun así, te apoyaremos porque nuestra lealtad está con nuestro laird.

—Ha ido mejor de lo que esperaba —dijo Ervin mientras descendían las escaleras de la torre.

Malcolm miró a su amigo.

—¿Y qué esperabas? ¿Un duelo a muerte?

—Para ser franco, pensaba que al menos uno de los ancianos te arrojaría algo, como hizo Lady Gisela.

Malcolm resopló.

—Veo que los chismes siguen extendiéndose con la misma rapidez de siempre.

—Roxana —dijo, nombrando a una de las sirvientas que se había encontrado en la cocina— me ha ayudado a bañarme y, mientras me enjabonaba, tuvo a bien relatarme el incidente con todo lujo de detalles. —Ervin esbozó una sonrisa divertida antes de añadir—: Y debo decir que tu manera de cortejar a una dama es, cuanto menos, original.

—Le he informado de que será mi esposa.

Ervin alzó las cejas, divertido.

—¿Y qué ha respondido ella ante semejante declaración de amor?

—No me he quedado a esperar su respuesta.

Ervin soltó una carcajada.

—Por supuesto que no. ¿Para qué darle la oportunidad de replicar, verdad? Seguro que ha quedado encantada con tu ternura.

Malcolm le lanzó una mirada de advertencia, pero su amigo no se inmutó.

—No había nada que discutir —afirmó con firmeza cruzándose de brazos—. Es lo mejor para ella.

—A las mujeres no suele gustarles que decidan por ellas. Y menos a una mujer como Gisela.

Malcolm fue a replicar, pero fue interrumpido por su primo Munro. Este se había quedado en la sala hablando con los ancianos, pero les alcanzó cuando llegaron al patio de armas.

—Laird, hay algo que me gustaría hablar contigo.

Malcolm se detuvo en secó y miró a su primo.

—¿Qué sucede?

Munro le dirigió una breve mirada a Ervin antes de volver a centrar su atención en Malcolm de nuevo.

—¿Podemos hablar a solas?

Ervin entornó los ojos con fingido hastío. Munro no era precisamente de su agrado, pero reconocía su valía como guerrero y, por ello, lo respetaba. Sin embargo, eso no significaba que desaprovechara la oportunidad de fastidiarlo cuando podía.

—No hace falta que me eches —dijo con una sonrisa socarrona—. De todos modos, no me interesa quedarme. Tus charlas suelen ser más soporíferas que escuchar a Tavish hablando sobre el clima.

Munro no cayó en la provocación, pero guardó silencio hasta que Ervin se hubo marchado.

—Deseo solicitar tu permiso para desposar a Ailis.

Aquello tomó por sorpresa a Malcolm. La segunda esposa de su padre era una mujer joven y de gran belleza que llevaba dos largos años en viudez. Su padre, en su lecho de muerte, le había encomendado que velara por ella y por su hijo. Aunque Malcolm lo habría hecho de todos modos, le había dado su palabra.

—¿Ella desea casarse contigo? —le preguntó.

Ailis había tenido varias proposiciones de matrimonio de otros guerreros del clan, pero las había rechazado todas y Malcolm no la obligaría a casarse si no era su deseo.

—Para mi sorpresa, sí —respondió Munro con una sonrisa—. Ella ha aceptado mi propuesta de matrimonio haciéndome el hombre más feliz del clan. Pero ninguno de los dos quiere casarse sin tu consentimiento.

Aquello sorprendió un poco a Malcolm, quien apenas había visto interactuar a Munro con Ailis. Sin embargo, si Ailis estaba de acuerdo él, no se opondría.

Tan solo deseaba su felicidad y la de su hermano.

—No lo necesitáis, pero os la doy —dijo finalmente—. Pero te recuerdo que Ailis es madre de un niño. Mi hermano Cael. También tienes que velar por él.

Munro asintió con una expresión seria.

—Ya es como un hijo para mí.

—Entonces solo puedo desearos felicidad.

Y Malcolm lo decía de verdad. Él deseaba lo mejor para Ailis y para su hermano. Ese niño era muy importante para él.

Capítulo 14

Gisela no había tenido oportunidad de replicar, pues Malcolm se había marchado sin esperar su respuesta. Por primera vez, agradeció su falta de modales, no habría sabido qué decir. Y aunque intentó acallar el torbellino de emociones que estalló en su interior, no pudo evitar el calor inesperado que se instaló en su pecho al imaginarse siendo su esposa.

Sabía que sería feliz a su lado. Pero no merecía la felicidad… No hasta que vengara a su padre. Y cuando lo hiciera, la dicha nunca estaría a su alcance.

Aunque cuando pasaron unos minutos y comenzó a procesar lo que acababa de suceder, la confusión fue sustituida por una furia desbocada que comenzó a correr por su cuerpo. Porque Malcolm ni siquiera había tenido la decencia de preguntarle si quería casarse con él. No, el muy desalmado esperaba que ella aceptara solamente porque él se lo ordenaba.

¿Qué importaban sus deseos?

—¡Milady, esperad! —Una voz femenina provocó que Gisela se detuviera en seco.

Tan perdida estaba en sus cavilaciones que ni siquiera había sido consciente de que había salido de la cocina. Escudriñó a su alrededor para darse cuenta de que se encontraba en el gran salón. Estaba tan absorta en sus pensamientos que no había prestado atención ni a sus propios pies.

Se giró para ver a la joven que había saludado a Malcolm y que ella había confundido con su esposa.

—Ailis, ¿verdad? —le preguntó.

Ella esbozó una sonrisa dulce.

—Sí, milady. Malcolm me ha pedido que os acompañe a vuestra habitación.

—Puedes llamarme Gisela y yo te llamaré Ailis, si me lo permites.

—Por supuesto. Quizás piensas que estoy loca, pero he sentido que vamos a ser grandes amigas.

La joven la miraba con una sinceridad tan genuina que Gisela no pudo hacer otra cosa que sonreír. No estaba acostumbrada a muestras de afecto tan espontáneas, pero había algo cálido en aquella mujer que la hacía sentirse cómoda.

—Estoy segura de que así será. Discúlpame por no saludarte en el patio de armas, yo… —Gisela se interrumpió a sí misma porque ¿cómo explicarle que no lo había hecho porque la había confundido con la esposa y madre del hijo de Malcolm?

Sin embargo, Ailis le dedicó una sonrisa comprensiva e hizo un gesto con su mano, restándole importancia.

—No te disculpes, sé lo que es ser una forastera en el clan Sinclair. Impone mucho.

—¿No te criaste aquí? —le preguntó Gisela con curiosidad.

Ailis negó con la cabeza.

—Nací en las Lowlands. Allí pasé mi infancia. Vine a estas tierras el mismo día en que contraje matrimonio con el padre de Malcolm.

—¿Te casaste el mismo día de tu llegada? —inquirió Gisela con asombro—. No debió ser fácil para ti.

Ailis tenía que ser muy joven cuando se casó y el padre de Malcolm debía haberle doblado la edad. Era algo normal que el marido fuese mayor que la mujer y en los matrimonios concertados no había ninguna razón para retrasar la ceremonia. Aun así, a Gisela le pareció que

todo había sucedido demasiado rápido. Ailis debió de sentirse aterrada.

—No, no lo fue —admitió Ailis con una leve sonrisa melancólica—. Aunque Ranald fue un marido compresivo, eché de menos una amiga. Una que me ayudase a sobrellevar mi noche de bodas, mi…

—Yo no te necesito para eso —dijo Gisela, interrumpiéndola.

Ailis enrojeció.

—Entiendo —murmuró, bajando la mirada a sus pies—. Discúlpame, no quería entrometerme. Solo he dado por hecho que eras… —se interrumpió a sí misma, mordiendo su labio inferior con fuerza—. No importa, no es de mi incumbencia.

Gisela tardó un instante en comprender la insinuación de Ailis, y cuando lo hizo, dejó escapar un sonoro grito de indignación que hizo que varias personas en el patio de armas volvieran la vista hacia ellas.

—No quería incomodarte —susurró Ailis, avergonzada—. Discúlpame si lo he hecho. Tan solo pretendía ayudar.

Gisela dirigió una mirada airada a los habitantes del clan que las estaban mirando con curiosidad y estos giraron la cabeza, volviendo a sus tareas.

—Malcolm y yo no… No hemos… —balbuceó, sintiendo cómo sus mejillas ardían con fuerza, incapaz de pronunciar las palabras.

No se había entregado a Malcolm, aunque, en ciertos momentos, lo había deseado más de lo que quería admitir.

—Por supuesto que no —dijo Ailis—. He malinterpretado tus palabras, pero si lo hubieses hecho, no te juzgaría. Malcolm es un buen hombre, tienes suerte de estar prometida a él.

—Malcolm y yo no estamos comprometidos.

No lo estaban. Ella seguía prometida a otro hombre… Un hombre al que odiaba con cada fibra de su ser. Aunque Malcolm había dicho que se casaría con ella, y una parte de ella lo deseaba, la realidad era otra.

Quizá en otra vida se podrían haber casado y ser felices. Pero, desgraciadamente, el destino de Gisela había sido escrito en el momento en que Aulay Ferguson asesinó a su padre delante de sus ojos cuatro años atrás.

—¿No lo estáis? —preguntó Ailis con confusión—. He pensado… Discúlpame de nuevo, he sacado conclusiones precipitadas.

—No te preocupes —respondió Gisela, ansiosa por dar por terminada aquella conversación incómoda—. Solo soy una invitada. Pronto seguiré mi camino.

Y, en parte, era verdad. Porque Gisela tenía que marcharse lo antes posible de allí.

Ailis asintió, aunque la duda en su expresión era evidente.

—Voy a llevarte a tus aposentos. Vamos, sígueme.

Gisela siguió a Ailis al interior de la fortaleza. Sus pasos resonaban contra el suelo de piedra, y aunque la luz del sol se filtraba por los estrechos ventanales, las antorchas seguían encendidas. Los muros gruesos de piedra apenas dejaban pasar el frío del exterior.

Subieron una amplia escalera de piedra en espiral y luego anduvieron por un largo pasillo. Finalmente, Ailis se detuvo frente a una gran puerta de madera oscura reforzada con hierro y la abrió con un ligero esfuerzo.

—Esta será tu habitación mientras permanezcas aquí.

Gisela cruzó el umbral y se encontró en una estancia amplia y bien amueblada. Una gruesa alfombra cubría parte del suelo de piedra y una gran chimenea, en la que ardían llamas suaves, aportaba calidez a la habitación. Contra la pared más alejada, bajo un ventanal estrecho, se

alzaba una cama con dosel, adornada con pesadas cortinas de lino y una gruesa manta de lana tejida a mano.

Junto a la chimenea, un baúl de madera tallada esperaba a ser utilizado, y a un lado de la estancia, se hallaba una pequeña mesa redonda de madera.

Gisela observó las paredes desnudas, sin tapices en ellas, pero, aun así, la habitación era más acogedora de lo que ella se hubiera imaginado.

—No era necesaria una habitación tan lujosa —murmuró Gisela, negando con la cabeza—. Puedo quedarme en cualquier otra.

—Malcolm me ha pedido que te aloje en esta —le dijo Ailis, que se encontraba observándola en el umbral de la puerta—. Malcolm es tan testarudo como lo era su padre —Ailis esbozó una sonrisa tierna y Gisela se dio cuenta de lo mucho que ella había amado a su marido —, así que te recomiendo que te ahorres los esfuerzos de intentar que cambie de opinión. Porque no lo hará.

Gisela suspiró, sabiendo que Ailis no se equivocaba.

—Es bonita.

Ailis asintió.

—Era la habitación de la hermana de Malcolm. Nadie la ha vuelto a usar desde que ella no está, aunque Malcolm se asegura que la mantengan limpia y cuidada.

—¿Ella se casó y se marchó?

—Ella falleció. Fue antes de que yo me casara con su padre. No llegué a conocerla.

—¿De qué murió?

Ailis se mordió el labio inferior con fuerza, como si dudara si compartir aquella información. Finalmente, suspiró y cerró la puerta tras de sí. Avanzó unos pasos hacia Gisela, acercándose a ella.

—Mi esposo nunca quiso hablar del tema conmigo. Y Malcolm… —hizo una pausa, eligiendo con cuidado sus palabras— se enfurece si alguien menciona la muerte de su hermana.

El silencio se hizo denso entre ambas hasta que, finalmente, Ailis continuó:

—Se quitó la vida cuando contaba dieciocho años. Pero eso es todo lo que sé. Nunca supe qué la llevó a tomar una decisión tan desesperada. La mujer que me lo contó se negó a decirme más. Y yo decidí no seguir indagando.

Gisela era hija única, por lo que no sabía lo que era tener hermanos, pero conocía bien el dolor de perder a un ser amado, especialmente cuando la muerte era injusta y cruel.

Un nudo se formó en su garganta mientras observaba a Ailis.

—Debe haber sido un golpe muy duro para Malcolm —murmuró.

Ailis asintió con tristeza.

—Mi esposo nunca me habló de la muerte de Lorna, su hija —explicó—. Pero sí me confesó que Malcolm nunca lo superó. Se niega a dejar el pasado atrás.

—El pasado nunca se deja atrás —susurró Gisela.

Ailis esbozó una sonrisa melancólica.

—A pesar de que nuestro matrimonio fue concertado, llegué a amar a mi esposo. Pero él ya no está, y yo me niego a seguir atrapada en el pasado. No se puede vivir así. Hay que aferrarse al presente.

Gisela guardó silencio. Porque no había palabras que pudiera ofrecerle.

—Aunque quizá Malcolm esté empezando a dejarlo atrás —añadió Ailis tras un momento, pensativa—. Ha permitido que te alojes en esta habitación. Es la primera vez que lo hace desde que falleció su hermana.

Gisela la miró con curiosidad, dándose cuenta de algo.

—¿Por eso pensaste que era su prometida?

—Por eso y por… —Ailis se mordió el labio inferior con fuerza, pero, esta vez, no terminó la frase—. ¿Sabes qué? Estarás exhausta por el viaje —dijo, cambiando de tema y Gisela se lo permitió—. Voy a mandar que te preparen un baño y te traigan ropa limpia.

Gisela sonrió.

—Te lo agradezco.

Cuando Ailis salió de la alcoba, Gisela se tumbó en la cama. Solo entonces se dio cuenta de lo cansada que estaba.

Miró el techo de madera oscura, sostenido por gruesas vigas talladas con motivos entrelazados. El mismo techo que habría mirado Lorna, la hermana de Malcolm, años atrás. Tal vez, incluso tumbada en aquella cama, había tomado la decisión de terminar con su vida.

Pero, probablemente, aquella alcoba era donde ella había soñado despierta, donde había reído en su infancia y donde, quizá, había guardado sus más preciados secretos. Gisela cerró los ojos por un instante, tratando de imaginar a Lorna, una joven que nunca conoció pero cuya presencia parecía impregnar aún aquellas paredes de piedra fría.

De alguna manera, ella se sintió cerca de la hermana de Malcolm. Y también comprendió por qué Malcolm no quería que nadie se alojase allí. Porque era una manera de mantener vivo el recuerdo de su hermana.

Pero con ella había hecho una excepción. ¿Por qué?

Tal vez Ailis tenía razón y era el momento de vivir el presente. Quizá vivir en el sufrimiento y dolor del pasado fue lo que llevó a Lorna a terminar con su vida.

Gisela no lo sabía, lo que sí supo con certeza mientras los ojos se cerraban fruto del cansancio que sentía era que conocer a Malcolm le había cambiado la vida.

Capítulo 15

Gisela se despertó cuando los rayos de sol entraron a raudales por la ventana y le acariciaron el rostro. Parpadeó con pereza, disfrutando de una sensación que le era extraña: por primera vez en mucho tiempo se sentía verdaderamente descansada. Sin embargo, aquella placidez pronto dio paso a otro sentimiento más urgente: el hambre.

Se incorporó lentamente, permitiendo que las gruesas mantas resbalaran por su cuerpo. Al ponerse de pie, el frío matinal la envolvió, obligándola a frotarse los brazos antes de caminar hacia la ventana. Corrió ligeramente las pesadas cortinas y alzó la vista al cielo.

Por la posición del sol, dedujo que ya era bien entrada la mañana. Había dormido no solo toda la tarde anterior, sino también la noche entera. No recordaba la última vez que su cuerpo había cedido a un descanso tan profundo como necesario. Mentira, si lo hacía, hacía cuatro años, cuando su padre todavía estaba con vida.

Negándose a dejarse derrumbar por los recuerdos, se acercó a la ventana. Desde allí tenía una vista clara del patio de armas. La vida en la fortaleza ya había comenzado. Algunas mujeres caminaban apresuradas cargando cántaros y los niños corrían entre los barriles y los carros de provisiones. Mientras tanto, ella seguía allí, en su alcoba, ajena al ajetreo del clan.

Gisela no era una cobarde, pero enfrentarse a su nueva situación le resultaba atemorizante. No tanto por ser una forastera, como por volver a encontrarse con Malcolm. Una parte de ella quería gritarle y otra quería abrazarlo y besarlo. Y aquella contradicción la inquietaba profundamente, dejándola atrapada en un torbellino de emociones que no sabía cómo afrontar.

Se giró y notó que sobre la mesa había una jarra de agua junto a unas rebanadas de pan con miel. Y en el centro de la estancia un barreño de madera lleno de agua. Se acercó y sumergió la mano en el agua. Estaba templada. Probablemente, las sirvientas la habían traído mientras dormía, junto con la comida y la ropa limpia que descansaba sobre una silla.

Su estómago rugió; estaba hambrienta. Decidió desayunar primero y luego darse un baño.

Tras comer, se sumergió en el agua, disfrutando de la calidez que relajaba sus músculos tensos. Cuando terminó, se vistió con un vestido de un azul claro que resaltaba el tono de su piel. Sus ojos se posaron en el tartán que aún permanecía sobre la silla.

Había aprendido a colocárselo para demostrarle a Aulay Ferguson que respetaba sus tradiciones, para hacerle creer que era una prometida sumisa y dispuesta.

Se ciñó la tela alrededor de la cintura y pasó uno de los extremos sobre su hombro izquierdo, asegurándolo en el cinturón con movimientos precisos. Se había pasado horas practicando junto a la única monja del convento que era de origen escocés.

Pero aquella era la primera vez que se sentía bien llevando uno. Como si los colores de aquel tartán, los colores de los Sinclair, la representaran. De alguna manera, sintió el orgullo con el que los highlanders lucían sus colores.

Pero ella no era una Sinclair y nunca lo sería, por mucho que Malcolm le dijese que se iban a casar y por mucho que una parte de ella quisiese darle el sí quiero.

Salió de la habitación sin un destino claro, dejando que sus pasos la guiaran. Antes de darse cuenta, se encontraba en el patio de armas. Para su sorpresa, a medida que avanzaba, las personas con las que se cruzaba la miraban con curiosidad. Sin embargo, al notar el tartán que lucía con orgullo, muchos inclinaban la cabeza en señal de respeto e incluso le dirigían una sonrisa cordial.

Todos, excepto dos ancianos que estaban sentados en un banco de madera, apartado del

bullicio del patio, cerca del sendero que conducía a los establos. Sus miradas, fijas y serias, contrastaban con la cálida acogida del resto del clan.

—Tengan buenos días —les saludó con educación.

—Hace horas que amaneció, muchacha —le respondió uno de ellos. Tenía una larga blanca poblada que llevaba trenzada y parecía el mayor de los dos—. Los Sinclair no aceptamos la pereza.

Gisela frunció el ceño. ¡Qué anciano más desagradable! Pero a ella le habían enseñado a respetar a sus mayores, así que se esforzó por esbozar una sonrisa.

—Os pido que me disculpéis. Suelo levantarme al alba, pero el viaje ha sido largo y agotador. Estaba exhausta.

—Eso no es excusa, muchacha —dijo el otro anciano que parecía tan antipático como su compañero, chasqueando la lengua—. Si vais a quedaros aquí, más os vale endureceros. Las mujeres escocesas no pasan la mañana en la cama como damiselas delicadas.

—No soy una damisela delicada —replicó con indignación mientras cerraba las manos en puños.

—Cierto —dijo el anciano más mayor, con una sonrisa burlona—. Sois una niña consentida que nunca ha tenido que trabajar duro. Seguro que en Inglaterra os servían hasta el agua en bandeja de plata.

Gisela sintió cómo la sangre le hervía. Cruzó los brazos y levantó la barbilla con orgullo.

—No sabía que los hombres escoceses ocupabais vuestro tiempo criticando a las mujeres en lugar de hacer algo útil —dijo con una sonrisa tan dulce como venenosa—. Tal vez sois vosotros los que lleváis demasiado tiempo holgazaneando. ¿Acaso utilizáis la pobre excusa de vuestra edad para escaquearos de vuestras labores? Si ya no sois de utilidad para el clan, en vez de perder el tiempo hostigándome, quizá deberíais retiraros a una cabaña en el bosque y disfrutar en paz el final de vuestros días.

El anciano más mayor abrió y cerró la boca como si fuera un pez y el rostro del otro adquirió la misma tonalidad que la de un tomate y apretó los dientes con tanta fuerza que hasta Gisela pudo escuchar el chirrido.

—Tenéis una lengua afilada, muchacha.

Gisela giró la cabeza para encontrarse con un tercer anciano. Como los otros dos, iba ataviado con los colores del clan, pero era más alto que ellos y no parecía tan ajado por la edad.

—¿Vos también vais a criticarme? —le preguntó ella, poniendo los brazos en jarras en actitud combativa.

—No, milady —respondió con una sonrisa serena—. No quisiera ofenderos y ser víctima de vuestra furia, que, sin duda alguna, es peor que muchas de las batallas en las que he combatido. Mi nombre es Seumas y ellos son Tavish —dijo, señalando al anciano más mayor—, y Dougal —apuntó al anciano de la barba poblada, que estaba murmurando palabras en voz baja que Gisela intuía que serían desagradables.

—Diría encantada, pero estaría mintiendo.

Seumas soltó una carcajada mientras se sentaba junto a los otros dos ancianos.

—La muchacha tiene un carácter de mil demonios —opinó Tavish, que no parecía tan ofendido como Dougal y que ahora observaba a Gisela con curiosidad.

—Un carácter necesario para convertirse en la señora del clan —apuntó Seumas—. Al parecer, Malcolm sabe lo que hace

—O quizá se está dejando llevar por su belleza —sugirió Tavish, arrugando sus cejas canosas—. Aún así, él está decidido a casarse con ella…

Tavish dijo algo más, pero Gisela dejó de escucharlo, porque tan solo podía pensar en las últimas cuatro palabras que acababa de pronunciar.

—¡¿Malcolm os ha dicho que se va a casar conmigo?! —preguntó ella, atónita.

—Así es, muchacha —respondió Dougal con un bufido—. Podéis estar feliz, él quiere que la boda sea cuanto antes.

—¡Ese jabalí con forma de hombre! —exclamó, provocando que los ancianos la observaran, asombrados—. ¡¿Cómo se atreve?! —gesticuló con furia, agitando las manos en todas direcciones—. ¡Yo no he aceptado casarme con él! —Su indignación crecía a cada segundo que pasaba—. ¡¿Quién se cree que es para proclamar ante cualquiera que va a casarse conmigo cuando no es cierto?!

—Muchacha, no somos cualquiera —le corrigió Tavish con desaprobación—. Somos el consejo de ancianos. Los sabios…

Tavish no pudo terminar su explicación, porque Gisela, furiosa, lo interrumpió.

—¡¿Donde está ese animal de dos patas?!

—Hace un momento estaba con el armero —le respondió Seumas con una sonrisa apenas disimulada—. Solo tenéis que seguir el camino hasta su taller, que está junto a la muralla. Es todo recto y no tiene pérdida. El estruendo del martillo contra el metal os guiará.

—Gracias —respondió Gisela, y sin despedirse, se dio la vuelta y se marchó con pasos firmes y decididos.

Los ancianos la siguieron con la mirada.

—Es una joven muy temperamental —comentó Dougal, chasqueando la lengua—. Con un carácter fuerte e impulsivo. Quizá demasiado.

—Como tú —señaló Seumas con una mueca.

Dougal enrojeció de la ira e iba a responder a Seumas, pero Tavish lo interrumpió.

—Me gusta —dijo, rascándose la barbilla—. Va a ser una buena señora del clan.

—Yo también lo creo —concordó Seumas—. Es perfecta para Malcolm. —Esbozó una sonrisa—. Aunque es mejor tenerla de nuestro lado que en contra.

Tavish y Dougal asintieron en silencio.

Gisela no lo sabía, pero, en ese mismo instante, ellos acababan de aceptarla como futura señora del clan.

Gisela apenas podía contener su furia. Caminaba con paso firme, sus mejillas encendidas y los puños cerrados a los lados del cuerpo. Estaba tan enfadada que ni siquiera notó cómo algunos miembros del clan se apartaban a su paso, murmurando entre ellos al verla.

El sonido del martillo golpeando el metal le indicó que estaba cerca. Aceleró el paso y, al doblar la esquina, lo vio. Malcolm estaba de espaldas, inclinado sobre una mesa de trabajo mientras el armero le mostraba una espada recién forjada.

Su primer instinto fue agarrar lo primero que encontrase y lanzárselo, tal y como había hecho el día anterior en la cocina, pero razonó a tiempo y decidió contenerse. Ella había estado cuatro años controlando su temperamento y ese hombre lograba que tirara todo lo aprendido por la borda.

Gisela se detuvo en seco y apretó los puños.

«Respira. Con calma. Eres una dama. Debes comportarte como tal».

Inspiró hondo y cuadró los hombros, recordando cada lección de compostura que le habían enseñado. No gritar. No lanzar objetos. No amenazar. Compostura y decoro.

Se detuvo justo detrás de Malcolm, carraspeó suavemente y, con una voz dulce y

melodiosa, dijo:

—Laird Sinclair, ¿puedo robaros un momento de vuestro valioso tiempo?

Malcolm se giró para mirarla, pero antes de que pudiera pronunciar una sola palabra, el armero intervino con naturalidad, como si Gisela no estuviera allí.

—Podré tenerla lista el arma para dentro de dos semanas —le informó.

—Necesito que te des más prisa. Como muy tarde, en una semana —respondió Malcolm sin titubear.

—Si fuese una espada, no habría problemas. Pero lo que me pides no es mi especialidad y necesitaré más tiempo.

Gisela parpadeó, incrédula. ¿De veras la estaba ignorando? Había llegado con toda la dignidad de una dama, había hablado con una cortesía impecable… y este hombre osaba seguir conversando con el armero como si ella no estuviera allí.

Paciencia, Gisela… Se recordó.

—Disculpadme, *laird* —volvió a intentar, pero, esta vez, Malcolm ni siquiera la miró.

—Pensaba que eras bueno fabricando cualquier arma. —Malcolm chasqueó la lengua y negó con la cabeza—. Tal vez estoy equivocado.

La expresión del armero cambió.

—No lo estás, laird —respondió con vehemencia.

Gisela sintió que estaba perdiendo la paciencia.

«No vuelvas a quedar en evidencia delante de un miembro del clan. No dejes que este hombre te haga perder la paciencia». Se repitió a sí misma.

Respiró hondo y carraspeó con fuerza, esperando que, esta vez, le hiciesen caso.

Sin embargo, Malcolm no la miró.

—Entonces, ¿lo tendrás en una semana? —le preguntó al arquero.

En un intento ya desesperado y al borde de perder la poca calma que le quedaba, Gisela dio un paso al frente y le dio un ligero toque con un dedo en el brazo a Malcolm. Un toque suave, casi inocente, que tan solo buscaba llamar su atención.

Pero fue en vano, porque este no le hizo el menor caso.

—No serán necesaria una semana—respondió el armero con fanfarronería—. Lo tendré en cinco días, laird —prometió, cayendo sin ser consciente en la trampa de Malcolm.

Gisela apretó los dientes. Muy bien, esto ya era demasiado.

Respiró hondo, tratando de calmarse, pero la sangre le hervía. No solo la estaba ignorando descaradamente, sino que, encima, seguían con su conversación como si ella fuera invisible.

«Está bien, Gisela, aún puedes manejar esto con dignidad».

Pero, entonces, Malcolm se cruzó de brazos y sonrió con autosuficiencia.

—Bien. Sabía que podía contar contigo —le dijo al armero, dándole una palmada en el hombro—. Y sobre el otro asunto…

Él había terminado la conversación y estaba comenzando otra.

Gisela vio rojo.

Sin pensarlo demasiado, le dio un fuerte pisotón en el pie.

Malcolm soltó una maldición y dio un paso atrás, sorprendido.

—¡¿Pero qué demonios…?! —exclamó, mirándola por primera vez desde que había llegado.

—¡Oh, mira, parece que ahora sí me prestáis atención!

El armero dejó escapar una carcajada disimulada y fingió estar muy ocupado con sus herramientas.

—¿Qué es eso tan importante de lo que tenéis que hablarme que no puede esperar? —le preguntó él—. Soy un hombre ocupado, Lady Gisela.

Gisela no podía creerse su desfachatez. Fue a gritarle, pero se dio cuenta de que tenía la atención de dos niños que habían dejado de jugar para mirarlos.

Ella no quería que los niños la escucharan maldecir.

—Necesito hablar a solas con vos.

Malcolm la observó con una ceja arqueada, pero al ver su expresión, suspiró con resignación.

—Está bien, seguidme.

Malcolm comenzó a andar a toda prisa, tanto que Gisela apenas podía seguirle el ritmo.

—Haced el favor de ir más lento —se quejó.

Malcolm la ignoró y siguió avanzando con zancadas largas y decididas. Gisela apretó los dientes y aceleró el paso, intentando no tropezar con el suelo irregular.

—¡Os he dicho que vayáis más lento! —protestó, esforzándose por no sonar jadeante.

—Y yo os he oído —replicó Malcolm sin volverse—. Para ser una mujer que trepa árboles y caza animales con gran destreza, andáis muy lento.

—No tengo los pies de un gigante como vos. Y andaría más rápido si en vez de este vestido llevase pantalones.

Iba a añadir como vos, pero entonces se dio cuenta de que Malcolm llevaba puesto el *kilt* con sus colores.

Cuando él se detuvo frente a un pequeño cobertizo de piedra, Gisela tuvo la oportunidad de fijarse mejor. El *kilt*, en lugar de restarle rudeza, acentuaba su masculinidad, dándole un aire salvaje y peligroso, y la manera en la que se cruzó de brazos, con esa media sonrisa arrogante, lo hacía lucir aún más exasperante… y atractivo.

Gisela chasqueó la lengua, molesta consigo misma. No había venido a admirarlo, sino a echarle en cara su descaro.

—¿Y bien, milady? —preguntó Malcolm, apoyándose con desenfado en la pared de piedra —. ¿Me habéis traído aquí en privado para admirar mi atractivo varonil?

—¡Yo no estoy…! —Gisela se interrumpió bruscamente y cerró la boca con fuerza. No iba a caer en sus provocaciones—. ¿Cómo os habéis atrevido a ir pregonando por el clan que nos vamos a casar?

Malcolm dejó escapar un leve susurro, más para sí mismo que para ella:

—Esos ancianos chismosos. —Después, encogiéndose de hombros, respondió con absoluta tranquilidad—: solo se lo mencioné al consejo de ancianos. No os enojéis, en unos días ambos lo anunciaremos al clan.

—No haremos tal cosa —espetó Gisela, con los ojos llameando de furia—. No voy a casarme con vos.

Él arqueó una ceja.

—¿Por qué sois tan obstinada? —dijo Malcolm con un resoplido, aunque no parecía esperar respuesta—. Vamos a casarnos, es lo correcto.

—Lo correcto es casarme con Aulay Ferguson —replicó Gisela, con una media sonrisa desafiante.

Aunque, a diferencia de otras veces, lo dijo más para molestar a Malcolm que porque estuviese segura de que quería seguir con su plan de venganza.

Durante cuatro años, la idea de casarse con Aulay había sido lo único que la había mantenido en pie. Pero, en las últimas semanas, todo su mundo se había tambaleado. Ya no

estaba segura de nada. Bueno, de algo sí. No permitiría que Malcolm tomase decisiones por ella.

—¡Ese malnacido no va a poneros una mano encima!

—No sois vos quien decidís eso.

Malcolm la tomó por la muñeca y la llevó hacia el interior del cobertizo.

—¡Qué hacéis! —se quejó, aunque no opuso resistencia.

Él cerró la puerta en cuanto ambos estuvieron dentro. El interior del cobertizo era estrecho y apenas iluminado por un par de rendijas en la pared de piedra. Sacos de grano se apilaban en un rincón y varias herramientas colgaban de los muros de madera envejecida. El aire olía a heno seco y a cuero.

Pero Gisela solo podía pensar en Malcolm. Debido al poco espacio ambos estaban muy juntos.

—¿De veras quieres que él te toque? —le preguntó a la vez que estiraba la mano para acariciar su mejilla.

Con una simple caricia logró que ella se derritiese y olvidase la razón de su enfado.

—No.

—¿Qué algún otro hombre que no sea yo te acaricie? —le dijo mientras rodeaba su cintura con su mano y la acercaba a él.

—No.

Gisela era incapaz de decir nada más. Pero no hacía falta, porque esa simple palabra lo definía todo. Ella solo lo quería a él.

Malcolm pareció leerlo en sus ojos, porque se inclinó y la besó. Fue un beso diferente a ninguno de los que se habían dado hasta ese momento. Era un beso lento, lleno de ternura y promesas de un futuro feliz.

Pero cuando un suave gemido se escapó de los labios de Gisela, algo en Malcolm cambió. La dulzura dio paso a la pasión. Su mano se deslizó a la nuca de ella, profundizando el beso con una necesidad feroz, como si en ese instante, ella fuera lo único que existía en su mundo.

Gisela se aferró a su camisa acercándose a él hasta estar pegados. Sintió el calor de su cuerpo, el roce de las manos de él deslizándose con reverencia por su cintura, atrayéndola con la suavidad de quien sostiene algo precioso. Un escalofrío le recorrió la espalda cuando Malcolm introdujo la mano por el manto, acariciando la piel que dejaba libre el escote del vestido.

—Haces que mi cuerpo arda en llamas —confesó ella cuando el beso se rompió. Sus palabras sinceras, sin formalismos que no eran necesarios entre ellos.

—Tú tienes el mismo efecto en mí, gatita.

—Tú has estado con más mujeres —le dijo Gisela tímidamente.

—Con muchas —reconoció Malcolm, provocando que Gisela lo empujase intentando separarse, pero él no se lo permitió, aumentando su agarre en la cintura.

—Me vuelve loco cuando sacas las garras —le confesó con una sonrisa, su voz grave y llena de deseo—. Ninguna de esas mujeres me ha importado, ni siquiera recuerdo sus caras. ¿Cómo podría cuando solo tú habitas en mis pensamientos?

Gisela sintió que su enojo se desvanecía tan rápido como había llegado. La forma en la que Malcolm la miraba, como si fuera lo único que existía en su mundo, hacía que su corazón latiera con fuerza.

—No sé si creerte —susurró ella, desafiante, aunque la intensidad de su mirada delataba que quería hacerlo.

Malcolm le apartó un mechón de cabello con la ternura de un hombre que maneja algo frágil y valioso.

—Entonces deja que te lo demuestre.

Antes de que ella pudiera replicar, volvió a besarla. Esta vez, con una pasión incontenible. Los labios de él se movieron sobre los suyos con urgencia, reclamándola, devorándola. Gisela se perdió en la sensación, en la calidez de su cuerpo, en el aroma varonil que la envolvía.

Las manos de Malcolm exploraron su espalda, trazando lentamente el contorno de su figura hasta posarse con firmeza en sus caderas, acercándola aún más. Pero entonces, con un gruñido ahogado, él se separó bruscamente, apoyando la frente contra la de ella mientras intentaba recuperar el aliento.

—No te voy a quitar tu virtud en un cobertizo, Gisela —dijo con voz ronca, su autocontrol pendiendo de un hilo—. Será en nuestra noche de bodas, en nuestro lecho, con el respeto que mereces.

—¿Y si quiero que me hagas tuya ahora? —le desafió ella en un susurro—. ¿Si no quiero esperar hasta nuestra noche de bodas?

Malcolm cerró los ojos un instante, como si luchara consigo mismo, y luego esbozó una sonrisa ladeada.

—Entonces tendré que encontrar fuerzas donde no las tengo.

Se apartó lentamente de ella, aunque sus manos se resistieron a soltarla. Sus ojos recorrieron su figura con admiración antes de decir:

—Estás preciosa con los colores de mi clan.

—¿Ah, sí? —preguntó ella, alzando una ceja.

—Sí —asintió él—, pero estarás aún más bella cuando estés desnuda en nuestro lecho.

Antes de que Gisela pudiera reaccionar, Malcolm se inclinó y le dejó un beso en la mejilla. Luego, sin pronunciar una sola palabra más, se dio la vuelta y se marchó.

Fue solo después de que pasaran unos minutos, cuando el calor de su cuerpo ya no la envolvía y el cobertizo parecía más frío, que Gisela comprendió lo que acababa de ocurrir.

No lo había dicho en voz alta, no lo había aceptado con palabras… Pero, de algún modo, sin darse cuenta, ya había accedido a casarse con él.

Capítulo 16

Gisela salió del cobertizo sin tener muy claro qué hacer con el resto del día. La inactividad nunca había sido lo suyo; detestaba estar ociosa, pues la hacía sentir inquieta. Tenía demasiada energía como para quedarse quieta, y mucho menos para pasar horas encerrada entre cuatro paredes.

Necesitaba aire, movimiento, algo que despejara su mente y calmara la agitación que aún recorría su cuerpo. Así que, sin pensarlo demasiado, decidió dar un paseo.

Caminó sin rumbo fijo, observando la actividad dentro de los muros de la fortaleza. Varios hombres trabajaban en la reparación de una empalizada, golpeando la madera con mazos pesados. Un grupo de mujeres lavaba ropa en grandes tinas, conversando entre risas y murmurando entre ellas. Unos niños corrían por el pasto, gritando y persiguiéndose entre ellos.

Uno de ellos, en su carrera desenfrenada, se estrelló contra ella con la fuerza de un torbellino. Gisela apenas logró mantenerse en pie, pero el niño cayó al suelo con un pequeño quejido.

—¿Estás bien? —le preguntó, inclinándose para ayudarlo a levantarse.

El pequeño asintió con orgullo, aunque sus ojos brillaban con lágrimas contenidas. Lo reconoció al instante: era el hermano de Malcolm.

—Cael, ¿qué te he dicho sobre correr sin mirar por dónde vas? —La voz de Ailis sonó firme mientras se acercaba, aunque en su tono se notaba el cansancio de quien ha repetido esa advertencia demasiadas veces.

Pero no iba sola. A su lado, un hombre alto y fornido la acompañaba. Su cabello y barba rubios le daban un aire distinguido, pero lo que más llamó la atención de Gisela fue la extraña sensación de familiaridad al mirarlo.

—Me he hecho daño pero no he llorado —dijo el niño con orgullo.

Ailis suspiró y se acuclilló para revisar que su hijo estuviera bien

—No nos han presentado. Soy Munro, el primo del laird —se presentó el hombre, inclinando la cabeza con cortesía.

Aparentaba ser algo mayor que Malcolm y no se parecían en absoluto, pero algo en sus rasgos le recordaba vagamente a él.

—Es un placer para mí conoceros —dijo Gisela con cordialidad. Iba a añadir algo más cuando sintió un tirón en la falda de su vestido. Bajó la vista y se encontró con Cael, que la miraba fijamente con una expresión de gran seriedad.

El pequeño abrió su pequeña boca y Gisela sonrió.

—No tienes que disculparte —le dijo al niño antes que pudiese hablar—. Cuando era pequeña también me chocaba con los adultos. —Y cuando no era tan pequeña también, pero esa parte prefirió guardársela para sí misma.

Cael frunció el ceño y cruzó los brazos.

—No iba a disculparme.

Gisela parpadeó, sorprendida por su descaro. Por un instante, vio reflejado a Malcolm en el pequeño y se preguntó si la mala educación venía de familia.

Ailis dejó escapar un gemido exasperado.

—Cael —lo llamó con firmeza—, discúlpate ahora mismo con Lady Gisela.

El niño la miró con evidente molestia y luego señaló con su dedo índice el suelo a los pies

de Gisela.

—Está pisando mi espada de madera.

Gisela bajó la vista y, en efecto, su calzado descansaba sobre un trozo de madera mal tallado con forma de espada. Se movió y se agachó para recoger la espada que no había sufrido ningún daño. Se la entregó al niño.

—De nada —dijo Gisela al ver que el niño no iba a darle las gracias sacándole la lengua.

Cael la miró con confusión.

—Cael —le llamó su madre de nuevo—, ¿qué te he dicho sobre señalar? —preguntó con cansancio.

—Que es de mala educación —respondió el pequeño con un suspiro dramático—. Pero un guerrero no tiene que ser educado, y yo voy a ser un guerrero.

Ailis cerró los ojos un momento, como si estuviera invocando paciencia.

—Un guerrero también debe tener honor y respeto —le dijo Munro.

Cael se giró para mirar a Munro, echando la cabeza exageradamente hacia atrás para poder mirarlo a los ojos. Frunció el ceño, considerando sus palabras, y luego alzó la barbilla con terquedad.

—Pues yo voy a ser un guerrero muy temido… Así que nadie se atreverá a decirme que soy un maleducado.

Gisela tuvo que morderse el labio para no echarse a reír.

—Claro que sí, gran guerrero —dijo, inclinándose hacia él levemente—. Pero os advierto… —adquirió una expresión de falsa seriedad—, si vais por ahí señalando con el dedo a todo el mundo, algún día os lo devolverán.

—¿Cómo?

Gisela sonrió con picardía y, sin previo aviso, le dio un suave toque en la nariz con su dedo.

—Así.

El niño parpadeó, sorprendido, y luego la miró con el ceño fruncido, llevándose la mano con la que no sujetaba la espada a la nariz, como si le hubieran hecho un terrible agravio.

—Eso ha sido una ofensa.

—¿Tú crees? —preguntó Gisela, quien, no pudiendo aguantar más, soltó una carcajada.

—¡Y encima te ríes! —se quejó, con un mohín que a Gisela le pareció adorable—. No pienso consentirlo. ¡Te reto a un duelo! —Alzó su espalda, haciendo un movimiento al aire con ella.

—Cael, es suficiente —dijo Ailis, cruzándose de brazos—. Estás molestando a Gisela.

Pero esta le quitó importancia con un ademán de la mano. Después, miró al niño con una expresión seria.

—¡Acepto, temido guerrero! Pero, desgraciadamente, no tengo una espada.

—Yo te consigo una —dijo Cael antes de echar a correr hacia un grupo de niños que se habían sentado en el suelo y hablaban animadamente.

Ailis suspiró mientras observaba cómo su hijo se alejaba.

—Solo tiene seis años, pero parece mucho más mayor.

—Es un buen niño —dijo Gisela con una sonrisa.

—Lo sé, pero, a veces, dudo de estar haciéndolo bien.

—No podrías estar haciéndolo mejor, cariño —dijo Munro antes de que Gisela pudiera responder con una sonrisa cálida que no llegó a sus ojos—. Y además, ya no tienes que hacerlo sola, ahora me tienes a mí. —Se inclinó hacia Ailis y le dio un beso en la mejilla.

—Lo sé. —Ailis agarró la mano de Munro durante un instante, antes de mirar a Gisela y

soltarla rápidamente.

—Debo irme al campo de entrenamiento —dijo Munro—. Tened una buena mañana —se despidió, haciéndole una suave inclinación con la cabeza a Gisela para darse la vuelta.

—Malcolm me dijo que no habías vuelto a casarte —comentó Gisela en cuanto Munro se marchó.

—Y no lo he hecho —confirmó Ailis—. Estamos prometidos. Ahora que Malcolm ha regresado y ha dado su beneplácito, nos casaremos lo antes posible.

—Parece un buen hombre.

—Lo es.

—¿Os amáis? —le preguntó Gisela, sin estar segura de por qué había hecho esa pregunta.

—Como has dicho, es un buen hombre —respondió Ailis con más frialdad de la que Gisela hubiera esperado—. Quiere a Cael como si fuera su hijo, y sé que nunca lo tratará con menos cariño, incluso cuando tengamos nuestros propios hijos. El amor… —hizo una pausa, encogiéndose de hombros— si llega, bien. Y si no, no será lo más importante. La lealtad y el respeto son suficientes para construir un buen matrimonio.

Gisela sabía que esa era la manera en la que pensaban la mayoría de las mujeres. Sobre todo, las damas. Así era como las educaban para pensar. Ella nunca le había dado muchas vueltas, pero ahora estaba segura de que no se podía ser verdaderamente feliz de esa manera.

—Quizá deberías…

—¡Lady Gisela! —Gisela no pudo terminar la frase porque fue interrumpida por Cael, que corría con dos espadas de madera en la mano con su expresión iluminada por la emoción—. ¡Vamos a batirnos en duelo!

Gisela alzó una ceja mientras el pequeño le ofrecía una de las espadas con toda la solemnidad de un guerrero desafiando a su oponente.

—No te preocupes —dijo Cael con una mueca confiada—. Seré justo, no te haré llorar.

El niño lo dijo con tanta seriedad que Gisela tuvo que morderse la mejilla para no echarse a reír. Se giró al escuchar unos murmullos y se dio cuenta de que el grupo de niños que antes había acompañado a Cael se encontraba ahora alrededor de ellos, observándolos, expectantes. Algunos de ellos, incluso, ya habían comenzado a corear el nombre de Cael.

—Agradezco vuestra misericordia, mi señor —respondió Gisela, haciendo una reverencia exagerada—. Más no os confiéis, puedo ser una rival difícil de batir.

Cael sonrió con emoción y adoptó una postura de combate, moviendo la espada de madera con torpeza, pero con gran entusiasmo. Gisela le siguió el juego, bloqueando sus ataques con facilidad, moviéndose de manera exagerada para que el pequeño sintiera que la estaba acorralando.

Los niños aplaudían y vitoreaban, animándolos a ambos. Gisela siguió jugando con el niño un buen rato para la alegría de él y sus amigos. Pero cuando el niño empezó a mostrar síntomas de cansancio, permitió que Cael encontrara un hueco en su defensa y, con un gran dramatismo, dejó escapar un suspiro exagerado antes de soltar la espada y llevarse una mano al pecho a la vez que se tiraba al suelo.

—¡Oh, no! ¡Me habéis derrotado, temido guerrero!

Cael levantó los brazos en señal de victoria.

—¡He ganado!

Los niños aplaudieron y corrieron a rodearlo, celebrando su triunfo.

Gisela, desde el suelo, sonrió con ternura mientras el pequeño recibía las felicitaciones como si acabara de derrotar a un verdadero enemigo en batalla.

Ailis le tendió una mano, ayudándola a incorporarse.

—Se te dan bien los niños —comentó con una sonrisa.

—En realidad, no —respondió Gisela, sacudiéndose el vestido.

—¡Lady Gisela! —gritó Cael, que se había hecho un hueco entre los niños que lo rodeaban y corría hacia ellas. Antes de que Gisela pudiera reaccionar, se abalanzó hacia ella y la abrazó, sorprendiéndola—. ¡Gracias! —Y después, se soltó y regresó con sus amigos.

—Pues para que no se te den bien, has logrado que mi hijo, que nunca abraza voluntariamente a nadie, ya que se considera demasiado mayor para eso, haga una excepción contigo —le dijo Ailis, divertida.

—Supongo que ahora se me dan bien.

Ailis sonrió.

—Serás una buena madre.

Gisela no contestó de inmediato. ¿Realmente quería ser madre? Siempre había considerado a los niños un incordio, ruidosos e incansables, pero debía admitir que se había divertido con Cael. Y ahora, mientras observaba a los pequeños correr y reír, le resultaban sorprendentemente adorables.

Sin poder evitarlo, se imaginó a un niño de cabello negro como las alas de un cuervo y los mismos ojos azules que un mar embravecido, sosteniendo un arco en su mano mientras corría por el prado. Decidido y valiente como ella y un ávido guerrero como el padre.

¿Así era cómo sería un hijo suyo y de Malcolm?

—¿Todos los clanes son como este? —le preguntó Gisela a Ailis mientras ambas estaban sentadas en la orilla del río viendo cómo Cael y otro niño jugaban junto a un perro pequeño.

El resto de los niños se habían marchado a sus cabañas para almorzar, pero Ailis había pedido a una de las sirvientas de la fortaleza que les preparara algo de comida para disfrutar junto al río. A Gisela le había parecido una idea encantadora.

—¿En qué sentido? —le respondió esta con una pregunta.

—Como una gran familia. Solo llevo un día aquí, pero ya me he dado cuenta de cómo todos estáis unidos y os ayudáis.

—También hay desavenencias.

—Como en las familias.

—Tienes razón. No sé cómo son el resto de los clanes en las Highlands. El clan en el que me crie, en las Lowlands, era un buen clan… pero no estábamos tan unidos. Mi esposo solía decir que los de las Lowlands habíamos perdido nuestras tradiciones y que cada vez nos parecíamos más a los ingleses. Y que los ingleses se traicionaban entre ellos. —Ailis se mordió el labio inferior, como si acabara de darse cuenta de que Gisela era inglesa—. Discúlpame, estoy siendo desconsiderada. Aunque no es algo que yo piense, mi marido podía ser de mente cerrada respecto a los ingleses, como…

—Malcolm —terminó Gisela por ella.

—Sí, aunque parece haber cambiado de opinión respecto a los ingleses. O, por lo menos, a una de ellas.

—No creas, hay veces que noto que quieres estrangularme.

Ailis sonrió.

—Pero eso no es porque seas inglesa.

Gisela sabía que Ailis tenía razón, pero no quería hablar de Malcolm.

—Tu marido no estaba del todo equivocado —dijo Gisela, reconduciendo el tema—. Mi

padre era el barón de Ashford —le contó. No solía hablar demasiado de su vida personal, especialmente después de lo que ocurrió cuatro años atrás, pero con Ailis se sentía cómoda. Era la primera mujer a aparte de Cecily con la que creía que podía tener una amistad—. Era un buen barón, leal y bueno con los que vivían en sus tierras y en su castillo. —Tragó saliva cuando su voz se quebró, obligándose a sí misma a continuar—. Pero, aun así, alguien le traicionó.

—Siento escuchar eso.

—En realidad, antes de eso, tampoco me sentía como si perteneciese allí. Yo…

Gisela vaciló, buscando las palabras adecuadas. Lo cierto era que jamás había sentido un verdadero hogar en ningún sitio. Pero ahora, después de solo un día en el clan Sinclair, la sensación era distinta. Como si, por primera vez, estuviera en el lugar al que realmente pertenecía. En realidad, desde que había puesto un pie en las Highlands, desde que había contemplado sus majestuosos paisajes, había sentido que estaba en el camino correcto.

—Deberías quedarte en el clan —le dijo Ailis, estirando la mano para apoyarla sobre su rodilla.

—¡Ayuda! ¡Que alguien nos ayude!

Gisela no pudo responderle porque los gritos desesperados de los niños las interrumpieron. Ambas se levantaron y echaron a correr hacia la orilla, donde los niños miraban al río.

—¡Se ha caído! —gritó Cael con la voz temblorosa.

Gisela siguió la dirección de sus miradas y su corazón dio un vuelco al ver al pequeño perro luchando contra la corriente. El animal intentaba nadar, pero una de sus patas parecía estar herida y el agua lo arrastraba hacia unas rocas más abajo.

Sin pensarlo, Gisela se deshizo de su manto y se lanzó al agua helada. La corriente la envolvió de inmediato, cortándole la respiración, pero nadó con determinación hasta alcanzar al perro.

El animal gimió cuando lo tomó entre sus brazos; su cuerpecito temblando de frío y miedo. Con esfuerzo, Gisela nadó de regreso a la orilla, donde Ailis y los niños la esperaban con rostros angustiados.

Cuando sus pies tocaron el fondo, Ailis le tendió una mano para ayudarla a salir del agua.

—¡Lo has salvado! —exclamó Cael con un suspiro de alivio brotando de sus pequeños labios.

Gisela dejó al perro en el suelo con cuidado mientras los dos niños la observaban con ojos atentos.

—Tiene una pata herida —dijo Gisela, palpando la pata del perro, que gemía de dolor—. No parece grave, pero necesita que se la curen.

—¿Puedes hacerlo tú? —le preguntó el otro niño pelirrojo.

Con tristeza Gisela negó con la cabeza. Su amiga Cecily podría hacerlo, pero, desgraciadamente, esta no estaba allí con ellos.

—Lo mejor es buscar a la curandera del clan. Porque tenéis una curandera, ¿verdad?

—Sí, pero se va a negar a curar a un perro —le advirtió Ailis.

—Yo me encargo de convencerla.

Gisela hizo un gesto con su mano y se agachó para coger al perro con cuidado. El animal temblaba y gemía por el dolor, pero se acomodó en los brazos de Gisela y dejó que ella lo levantara con cuidado.

—Deberías ir a cambiarte. —Ailis la miró con preocupación—. Está empezando a refrescar y estás mojada. No quiero que enfermes.

—Primero llévame adonde la curandera y luego me daré un baño caliente.

Ailis no estaba convencida, pero viendo la determinación en los ojos de Gisela, supo que no cambiaría de idea. Era obstinada y resuelta, cualidades que admiraba en ella. Además, si alguien podía lograr que la curandera atendiera a un simple perro, esa era Gisela.

Capítulo 17

El sonido metálico de las espadas chocando entre sí resonaba en el campo de entrenamiento, acompañado por el murmullo de los guerreros, que observaban el combate con expectación. Malcolm y Ervin se movían con destreza, midiendo sus ataques y defendiéndose con precisión.

Ambos eran grandes guerreros y sus combates solían terminar en empate. Pero, esa mañana, Malcolm estaba más distraído de lo normal, algo que para Ervin no pasó desapercibido y estaba dispuesto a aprovechar.

Ervin sonreía con burla mientras bloqueaba un golpe de su amigo.

—¿Eso es todo, laird? He visto a abuelas peleando con cucharones con más fiereza —provocó, retrocediendo un paso antes de lanzar un rápido contraataque.

Aunque las carcajadas de algunos guerreros retumbaron a su alrededor, Malcolm apenas les prestó atención. Su amigo podía provocarle cuanto quisiera, pero ni siquiera sus pullas lograban arrancarlo de aquel estado de absoluta felicidad.

Una felicidad que le había sido esquiva desde la muerte de su hermana. Una felicidad que tenía nombre y apellido inglés: Gisela Ashford.

Esa mujer lo estaba embrujando. No había otra explicación. Desde el momento en que la vio vestida con los colores de su clan, con su largo cabello negro cayendo por su espalda y los ojos brillantes con un fuego que ningún hombre podría apagar, supo que estaba más perdido de lo que pensaba. En ese momento, se dio cuenta de que nada ni nadie podría separarlo de ella.

Malcolm detuvo el golpe con destreza, pero su respuesta llegó un instante tarde. Un error imperdonable.

Ervin, siempre atento como un lobo al acecho, no dejó pasar la oportunidad. Con un rápido movimiento, le barrió la pierna, y antes de que Malcolm pudiera reaccionar, su espalda golpeó con fuerza la tierra reseca.

Ervin apoyó la punta de su espada en el suelo y le ofreció una mano.

Malcolm la rechazó y se levantó de un salto.

—Estás distraído, laird. ¿Acaso la culpa es de cierta muchacha inglesa con gran habilidad para el arco?

Malcolm le lanzó a Ervin una mirada afilada como una daga.

—Métete en tus asuntos, Ervin.

Una carcajada estalló entre los guerreros. Malcolm giró la cabeza y los encontró sonriendo, algunos intercambiando miradas cómplices. Su expresión se endureció.

—Se acabó el descanso —gruñó con autoridad—. ¡Todos a entrenar!

Los hombres se apresuraron a obedecer. En un instante, el bullicio dio paso al sonido del acero chocando.

Malcolm se apartó, cruzando los brazos mientras observaba a los guerreros. Sus ojos recorrían cada movimiento, evaluando con la mirada de un líder experimentado. Cuando notaba un fallo en la postura o una apertura descuidada, intervenía con palabras cortantes y precisas.

—Mantén los pies firmes, no eres un árbol sacudido por el viento.

—Levanta la guardia o te abrirán el vientre antes de que puedas parpadear.

—Más fuerza en el golpe, ¿o piensas que el enemigo caerá por cortesía?

Los guerreros obedecían con premura. Malcolm era un líder exigente, pero, gracias a ello, no habían perdido ninguna contienda.

Escuchó un bostezo y Malcolm giró la cabeza para encontrar a Ervin a su lado.

—¿Cansado?

—No he dormido demasiado esta noche. ¿Quieres saber la razón?

Malcolm soltó un bufido.

—Lo único que quiero es que vayas al campo de entrenamiento sur y te hagas cargo de los guerreros más jóvenes. Y deja ya tus necedades.

—Si hubieras estado haciendo esta noche con Gisela lo que he estado haciendo yo con Arwina estarías más relajado.

Malcolm entrecerró los ojos y le lanzó una mirada de advertencia a Ervin, pero este solo sonrió. Estaba a punto de darse la vuelta para obedecer cuando una joven apareció corriendo hacia ellos, con el rostro encendido y el aliento entrecortado.

—¿Os persigue un animal salvaje? —le preguntó Ervin, pero la muchacha no le dirigió ni una mirada. Sus ojos estaban clavados en Malcolm.

—Laird… —jadeó, intentando recuperar el aliento—. Es Lady Gisela… Ella está enferma.

El gesto de Malcolm cambió al instante.

—¿Qué le sucede? —preguntó, la preocupación endureciendo su voz.

—Estaba desayunando con Ailis y Cael cuando comenzó a sentirse mal. Insistió en quedarse, pero, al intentar levantarse, se mareó. Si no hubiera sido por Munro, que llegó en ese momento para llevar a Cael a montar a caballo, habría caído al suelo. Él la ha llevado a su alcoba, pero tiene fiebre, mi laird.

—Ervin —Malcolm miró a su amigo—, busca a la curandera y llévala a la alcoba en la que se encuentra Gisela lo antes posible.

Sin esperar una respuesta, echó a correr hacia la fortaleza.

Subió los escalones de dos en dos, sorteando a los sirvientes que se apartaban apresurados a su paso. Cruzó los pasillos con el corazón latiéndole con fuerza en el pecho hasta llegar a la alcoba de Gisela. Munro estaba de pie junto a la puerta, con los brazos cruzados sobre el pecho y el ceño fruncido.

—Laird, Lady Gisela…

Malcolm esquivó a su primo y tiró de la puerta sin esperar a que este terminase de hablar. Quería ver por sí mismo cómo se encontraba Gisela.

La habitación estaba tenuemente iluminada. Gisela yacía sobre el lecho, su rostro pálido y perlado de sudor. A su lado, Ailis le pasaba un paño húmedo por la frente con expresión preocupada.

Al ver a Malcolm, Gisela intentó incorporarse.

—No —dijo él con voz firme, acercándose a la cama y apoyando una mano en su hombro para impedirlo—. No te esfuerces.

—No es nada, Malcolm… —susurró ella, pero su voz sonó débil, quebrada.

Él le tomó la mano. Estaba caliente, demasiado caliente.

Un nudo de terror se instaló en su pecho. No temía a la batalla, a la sangre ni a la muerte, pero verla así lo aterrorizaba.

—La curandera viene en camino, todo estará bien —le garantizó, aunque no estaba seguro de que fuera cierto.

—A Deirdre no le caigo en gracia —le dijo ella, nombrando a la curandera.

A Malcolm le extrañó que conociese el nombre de la mujer cuando llevaba poco más de un día en el clan, pero, en ese momento, era lo menos importante.

—¿Por qué dices eso? —preguntó, más por distraerla que por verdadera curiosidad.

—Le obligué a curar a un perro.

—¿Un perro? —repitió Malcolm, confundido.

Pero Gisela no respondió, porque comenzó a toser con fuerza.

Ailis intentó ayudarla cuando Malcolm se adelantó, sosteniéndola con firmeza hasta que el ataque cesó. Cuando terminó, la recostó con suavidad, sintiendo cómo su cuerpo temblaba por la fiebre.

La puerta se abrió, pero no era la curandera, sino una joven sirvienta con una jarra de agua.

—¿Dónde está Deirdre? —gruñó Malcolm.

La muchacha se tambaleó ante su tono.

—No… no lo sé, laird.

—Ve a enterarte —ordenó con fiereza.

La sirvienta salió disparada.

—Tienes que calmarte, Malcolm —le dijo Ailis, apoyando una mano sobre su hombro a modo de consuelo—. Ella va a estar bien.

—Eso no puedes saberlo. Las fiebres pueden ser mortales, bien lo sabes tú.

Ailis inspiró profundamente y negó con la cabeza. Hacía poco más de dos años que el padre de Malcolm había fallecido de una.

—Pero ella es joven y luchadora.

De pronto, Gisela murmuró algo en un susurro entrecortado:

—El perro… se ahoga… él…

Malcolm centró su atención en ella. La joven tenía los ojos cerrados y su frente perlada de sudor. Estaba delirando.

—¿Qué es eso del perro? —preguntó con el ceño fruncido.

Ailis suspiró antes de responder:

—Ayer se lanzó al río para salvar a un perro. Después insistió en llevarlo donde la curandera para que le curase la pata… No quiso secarse ni cambiarse antes. Yo… yo debí obligarla… Esto es culpa mía.

En ese momento, Munro entró en la habitación y rodeó la cintura de Ailis, atrayéndola hacia él en un gesto de apoyo.

—No te culpes, Ailis, no hubieras podido hacerla cambiar de opinión —dijo Malcolm—. Es demasiado terca.

Ese era un rasgo de Gisela que le exasperaba tanto como le atraía. Pero, en esos momentos, podía costarle la vida.

—Terca y temeraria —murmuró Deirdre al cruzar el umbral, seguida de Ervin—. Ayer amenazó con prender fuego a mi cabaña si no curaba a un perro. ¡Un perro! Yo atiendo a los miembros del clan, no a sus bestias.

La mujer avanzó con paso firme hasta la cama y lanzó una mirada escrutadora a Gisela, que, aunque ya no deliraba, se removía inquieta en un sueño agitado por la fiebre.

—No importa si ella no es de tu agrado, la curarás.

Deirdre resopló, cruzándose de brazos.

—¿Acaso he dicho que me desagrade, muchacho?

Malcolm no respondió. Observó a la mujer con atención. Deirdre era mayor, aunque determinar su edad exacta era imposible. Ya era anciana cuando él era un niño, y sin embargo, apenas había cambiado con los años. Con su lengua afilada y su franqueza sin reparos, era de las pocas personas en el clan que se atrevían a hablarle sin temor, y quizás por eso, siempre le había caído en gracia.

—Ella cree que es así —pero no fue Malcolm el que respondió, sino Ailis.

—Se equivoca —dijo Deirdre con rotundidad—. Las mujeres que no se amedrentan con facilidad son de mi agrado. —Chasqueó la lengua y se volvió hacia los presentes con gesto severo—. Fuera. Todos.

Ailis arrugó el ceño.

—Pero yo…

—No necesito miradas ansiosas mientras trabajo. Si quieres ayudar, tráeme más agua limpia y paños secos —la interrumpió Deirdre.

Ailis apretó los labios, pero asintió. Munro la tomó suavemente del brazo y la guio fuera de la habitación, seguido de Ervin.

Deirdre centró sus ojos claros en Malcolm cuando este no se movió.

—Eso también te incluye a ti, laird.

—No me iré.

—Aquí solo molestas —le dijo Deirdre—. Puedes esperar fuera. Te avisaré en cuanto la revise.

—No.

Malcolm confiaba en el criterio de la curandera. Sabía que había salvado muchas vidas en el clan, incluso cuando las heridas parecían mortales. Pero se negaba a dejar a Gisela sola; no la abandonaría.

Un débil murmullo hizo que girara la cabeza y mirara a Gisela. Los párpados de la joven temblaban antes de abrirse lentamente. Sus ojos, nublados por la fiebre, vagaron un instante por la habitación hasta que se posaron en él. Aún en su delirio, lo buscaba.

—No me dejes… —murmuró, su voz apenas un susurro.

Un nudo se formó en la garganta de Malcolm. Se inclinó ligeramente y le dio un tenue beso en la caliente mejilla.

—Nunca, gatita. Nunca.

Como si sus palabras le bastaran, Gisela cerró los ojos nuevamente, su respiración agitada pero más tranquila.

Deirdre dejó escapar un suspiro resignado.

—Está bien, quédate. Pero en silencio y sin interrumpir.

Malcolm asintió y se apartó, apoyando la espalda contra una de las paredes. Aunque su mirada seguía centrada en Gisela.

Deirdre se sentó junto a la cama y comenzó su labor con la destreza que solo los años de experiencia podían otorgarle. Posó una mano rugosa sobre la frente de Gisela, sintiendo el calor abrasador que desprendía su piel. Luego, deslizó los dedos por su garganta y detrás de sus orejas.

—La fiebre ha subido demasiado —murmuró con un deje de preocupación. Tomó la mano de Gisela, examinando la frialdad de sus extremidades en contraste con su rostro encendido—. Su cuerpo lucha, pero tendremos que ayudarlo.

Se puso de pie y se acercó a la silla donde había dejado su bolsa de cuero. Una bolsa desgastada por el tiempo pero indispensable en su labor. Malcolm la reconoció de inmediato. Deirdre siempre la llevaba consigo cuando atendía a los enfermos o heridos del clan.

Sin prisa pero con precisión, la curandera sacó un cuenco vacío y un pequeño frasco de vidrio oscuro. Tomó la jarra de agua que descansaba en la mesa y vertió parte del líquido en el cuenco. Luego, inclinó el frasco y dejó caer unas gotas de su contenido en el agua antes de revolver la mezcla con el dedo.

—La corteza de sauce ayudará con la fiebre —le explicó a Malcolm.

Tomó una tela limpia del saco, la empapó en la infusión y la escurrió antes de colocarla sobre la frente de Gisela.

—Debéis cambiar los paños cuando se calienten demasiado —dijo sin levantar la vista—. Es lo único que podemos hacer ahora. Eso y esperar.

Malcolm apretó los puños. No estaba dispuesto a dejar la vida de Gisela en manos del destino.

—¿No puedes darle algo más? ¿Un remedio para que se recupere?

La curandera alzó la vista y le dedicó una mirada acerada, la de alguien que había visto a muchos hombres fuertes doblegarse ante la enfermedad de la mujer que amaban.

—No hay hierba ni brebaje que pueda ayudarla —respondió—. Su cuerpo debe librar esta batalla por sí solo.

Malcolm rechinó los dientes. No le gustaba esa respuesta, no le gustaba sentirse impotente.

—Necesito hacer algo más —susurró casi más para sí mismo—. No puedo verla sufrir.

Deirdre lo observó con expresión inescrutable antes de asentir.

—Un baño templado ayudará a bajar la fiebre y a que se sienta más cómoda. También debemos asegurarnos de que beba suficiente agua.

Malcolm asintió.

—Les pediré a las sirvientas que le preparen un baño.

—Yo lo haré —se ofreció Deirdre a la vez que recogía sus cosas—. No hay nada más que pueda hacer aquí. Vendré a verla mañana.

—Te avisaremos si te necesitamos antes.

Deirdre movió su cabeza afirmativamente y salió de la estancia. Cuando cerró la puerta, Malcolm se sentó en un costado de la cama con cuidado, observando el rostro pálido de Gisela. Rozó con sus nudillos la mejilla ardiente de la joven.

—Si alguien puede salir de esta, esa eres tú, gatita. No permites a nadie que te dé órdenes, no lo hagas con la muerte.

Pero Gisela no reaccionó. Solo se agitó levemente, sumida en su fiebre, murmurando palabras ininteligibles. Malcolm sintió que algo se retorcía en su interior. La impotencia no era un sentimiento al que estuviera acostumbrado y no le gustaba en absoluto.

—Ella saldrá de esta. —La voz de Ailis lo sorprendió. Malcolm había estado tan concentrado en Gisela que ni siquiera la había escuchado abrir la puerta—. Ervin y Munro traerán el barreño con el agua —le informó.

—Bien. —Esa fue la respuesta que Malcolm le dio. La única que era capaz de darle.

—La amas.

—Lo hago —dijo Malcolm sin apartar la mirada de Gisela—. Lo hago con toda mi alma. Lo hago como nunca creí amar a nadie —No era una confesión ni una revelación, era una verdad innegable. Apretó los puños y añadió con voz baja—: Y no puedo perderla. No la perderé.

Como si hubiera escuchado su promesa en medio de su delirio, Gisela dejó escapar un leve suspiro. Sus pestañas temblaron y su mano, antes inmóvil sobre las sábanas, se aferró débilmente a la tela. No era mucho, apenas un gesto inconsciente, pero para Malcolm fue suficiente.

Se inclinó un poco más hacia ella, envolviendo su mano con la suya en un gesto firme y reconfortante.

—Aguanta, gatita —susurró—. Lucha.

El fuego de la fiebre aún la consumía, pero, en ese instante, Malcolm supo, con absoluta certeza, que ella vencería.

Porque si había alguien capaz de pelear con uñas y garras contra la muerte misma y salir

victoriosa, esa era su indomable gatita.

Capítulo 18

Gisela sentía como si un muro de piedras se hubiera derrumbado sobre ella, aplastándola con su peso insoportable. Le dolía todo el cuerpo y un cansancio abrumador la mantenía anclada al lecho.

Parpadeó con esfuerzo, sus párpados pesados, como si estuvieran hechos de barro endurecido. La estancia se hallaba en penumbras, apenas iluminada por el resplandor anaranjado de la chimenea.

Intentó moverse y un leve quejido escapó de sus labios. Su cuerpo estaba entumecido.

—Gisela.

La voz era grave, familiar y llena de un alivio apenas contenido.

Giró levemente la cabeza y lo vio. Malcolm estaba sentado en una silla al lado de la cama. En cuanto sus ojos se encontraron, se levantó y se inclinó para mirarla mejor.

Cuando se acercó a ella, Gisela pudo observar su rostro con mayor detenimiento y se dio cuenta de que estaba marcado por el cansancio, como si no hubiera descansado en años.

—Es… es… —Intentó hablar, pero su lengua se sentía pesada, y sus labios, secos como el polvo.

—Espera —le dijo Malcolm con suavidad.

Ella lo escuchó moverse por la habitación. No supo qué hacía hasta que lo sintió regresar, colocándole con cuidado un cuenco de agua entre las manos. Con la misma delicadeza, la ayudó a incorporarse.

—Bebe despacio.

Gisela se llevó el cuenco a los labios con manos temblorosas y bebió pequeños sorbos, sintiendo cómo el agua refrescaba su garganta reseca. Malcolm la observaba en silencio, como si temiera que se desvaneciera ante sus ojos.

Cuando dejó el cuenco a un lado, Malcolm la ayudó a recostarse de nuevo, y con sumo cuidado, le acomodó las mantas, como si temiera que un simple movimiento pudiera lastimarla.

—¿Estoy enferma? —preguntó Gisela, su voz aún débil.

—Tuviste mucha fiebre, pero esta mañana por fin cedió. Aun así, seguías dormida. La curandera me aseguró que solo necesitabas descansar, pero… —hizo una pausa y soltó un largo suspiro antes de continuar—, no podía quedarme tranquilo hasta que despertases.

—Estoy bien, Malcolm —respondió ella, pese a que podía sentir que su afirmación no era del todo cierta—. ¿Cuánto tiempo he estado inconsciente?

—Cinco días.

—Cinco días… —repitió Gisela en un murmullo.

Malcolm asintió, su mirada fija en la de ella, como si aún temiera que pudiera desvanecerse en cualquier momento.

—Solo a ti se te ocurriría lanzarte al río para salvar a un perro y, por si fuera poco, preocuparte más por su bienestar que por el tuyo —dijo Malcolm, negando con la cabeza.

Gisela intentó esbozar una sonrisa, pero estaba demasiado débil.

—¿He enfermado por eso?

—Sí —afirmó él con seriedad—. Y espero que no vuelvas a hacer algo tan insensato.

Ella suspiró con esfuerzo.

—No podía dejarlo morir… Era un animal indefenso.

Malcolm arqueó una ceja.

—Para ser una cazadora, te preocupas demasiado por los animales.

A Gisela le costaba mantenerse despierta, pero, aun así, sacó fuerzas para replicar:

—Una cosa es cazar para alimentarse y otra muy distinta es ser una salvaje que deja morir a un animal sin razón. Además, los niños se habrían puesto muy tristes.

Malcolm la observó en silencio por un momento antes de resoplar.

—Siempre encuentras una justificación para hacer tu voluntad, ¿verdad?

—Me vas conociendo, laird —respondió, dejando escapar una débil risa antes de que el sueño volviera a reclamarla.

Cuando volvió a despertar, la luz del sol se filtraba suavemente por la ventana, bañando la habitación con un resplandor cálido. Se sentía mucho más descansada, y aunque su cuerpo aún estaba débil, la pesadez del agotamiento comenzaba a desvanecerse. Parpadeó varias veces, intentando acostumbrarse a la claridad.

—Cael, te he dicho que no entres sin permiso —escuchó la voz de Ailis.

Gisela bajó la mirada y distinguió una pequeña figura en el umbral de la habitación. Se dio cuenta de que la puerta estaba entreabierta, como si el niño hubiera aprovechado un descuido para escabullirse dentro.

Ailis sujetó la mano de su hijo con intención de llevárselo, pero Cael se resistió, plantándose en el suelo con terquedad.

—Quiero quedarme con Gisela —dijo con determinación.

—Puede quedarse —respondió Gisela con una sonrisa débil, carraspeando para que su voz sonara con claridad.

Intentó incorporarse y, al bajar la vista, notó que llevaba un camisón blanco que no reconocía. Frunció levemente el ceño.

—Hemos tenido que bañarte varias veces y cambiarte de ropa —explicó Ailis al notar su expresión.

—¿Hemos? —preguntó Gisela con curiosidad.

—Las sirvientas y yo —respondió Ailis con una sonrisa.

Antes de que Gisela pudiera decir algo más, Cael saltó ágilmente sobre la cama y se acercó a ella.

—¿Ya estás bien? —preguntó con su voz infantil y llena de esperanza.

—Del todo —contestó ella, revolviéndole el cabello con cariño.

—¿Lista para un duelo?

Gisela contuvo una risa.

—Todavía no, pero en unos días.

Ailis, con la paciencia que solo una madre tendría, le dirigió una mirada al niño.

—Cael, ¿por qué no vas a la cocina y pides que preparen una sopa caliente para Lady Gisela?

El niño sonrió de oreja a oreja, feliz de poder ayudar. Saltó de la cama y salió corriendo de la habitación con la espada en alto, como si se tratara de una gran misión.

—Los hermanos Sinclair te adoran —le dijo Ailis.

Gisela sonrió, pero su mente vagó hacia Malcolm. Recordó su rostro cuando despertó unas horas antes, marcado por el cansancio y el alivio. Pero también le vinieron a la mente otros recuerdos difusos: manos fuertes tapándola cuando se estremecía de frío, destapándola cuando el calor la sofocaba, y una voz grave murmurándole palabras que, en su delirio febril, no había

podido comprender del todo.

—Malcolm no se ha separado de ti. Incluso ha dormido en la silla a tu lado.

Gisela sintió un leve cosquilleo en el pecho. Y una sensación agradable en su estómago a la vez que su corazón latía con más fuerza. Él había velado por ella, cuidándola en la enfermedad.

«En la salud y en la enfermedad».

Ese era uno de los votos que se prometían en el matrimonio. Palabras solemnes que, rara vez, los hombres cumplían. Pero Malcolm ya había honrado uno y no estaban casados; ni siquiera prometidos.

Él sería un buen esposo, de eso no cabía duda. Pero ¿podría ella ser una buena esposa?

—¿Dónde está ahora? —inquirió Gisela, esforzándose por sonar casual, aunque la inquietud la carcomía por dentro.

—¿Quieres que vaya a buscarlo? —preguntó Ailis con una sonrisa cómplice.

—No —contestó Gisela, pese a que lo único que deseaba era verlo—. No quiero importunarlo más de lo que ya lo he hecho.

Ailis negó con la cabeza, divertida.

—Créeme, para él no ha sido una molestia. Nunca lo había visto tan preocupado.

Gisela bajó la mirada, sintiendo un calor inesperado en el pecho, pero no respondió

—Tal vez te haga bien un baño caliente —sugirió Ailis, rompiendo el silencio—. Puedo ir a pedir que te preparen uno.

—Te lo agradecería.

—Iré a la cocina entonces, así me aseguro de que Cael haya cumplido mi encargo y no esté metido en alguna travesura.

Ailis se dio la vuelta para marcharse, pero, tras dudar un instante, se giró de nuevo hacia Gisela.

—He estado muy asustada… —confesó en voz baja—. Tal vez te parezca extraño, pero aunque nos conocemos desde hace poco, ya te considero una gran amiga.

—No me parece extraño —respondió Gisela con una sonrisa sincera—. Solo una verdadera amiga me habría cuidado como tú lo has hecho.

Los ojos de Ailis brillaron con emoción antes de inclinarse hacia ella y darle un suave abrazo.

—Descansa un poco más. Haré que te preparen ese baño.

Gisela la vio salir y, por primera vez en mucho tiempo, sintió una verdadera paz. La venganza ya no consumía cada uno de sus pensamientos, ni el dolor ni el rencor pesaban sobre su pecho como una losa.

No sabía si era porque había superado una fiebre que podía haber sido mortal o porque había encontrado el amor sin buscarlo. Quizá era porque, aunque había sido feliz en el castillo de su padre, nunca lo había sentido realmente como un hogar.

Pero ahora… Ahora, al fin, sabía que había encontrado el suyo.

Había anochecido cuando la puerta se abrió de golpe. Gisela, medio incorporada en la cama, estaba segura de que se trataba de Malcolm, pues tanto Ailis como las sirvientas siempre llamaban antes de entrar. Una sonrisa asomó a sus labios, ansiosa por verle, pero su expresión cambió al darse cuenta de que no era él quien cruzaba el umbral, sino Seumas. Al menos, era el anciano más amable del consejo.

—Por todos los santos, ¿acaso habéis olvidado cómo llamar a una puerta? —dijo ella con ironía, observando cómo el anciano cerraba tras de sí y se adentraba en la estancia.

Seumas sonrió.

—Me alegra ver que la fiebre no os ha robado la lengua afilada.

Gisela dejó escapar una pequeña risa.

—No creo que nada salvo la muerte logre semejante hazaña.

Y lo decía de verdad. Ella lo había intentado, había intentado comportarse como una dama debería hacerlo, pero no era capaz. No estaba en ella y nunca lo estaría; ni siquiera podía hacerlo fingiendo.

El anciano se dejó caer en la silla que se encontraba junto a la cama, apoyando las manos sobre su bastón. Por un momento, el silencio se extendió entre ambos. Gisela podía ver que algo le inquietaba, como si midiera sus palabras antes de pronunciarlas.

Así que Gisela decidió darle un pequeño empujón.

—¿No sois demasiado viejo para andaros con rodeos?

Seumas arqueó una ceja.

—Jamás me habían llamado anciano con tanta elegancia. Pero tenéis razón, no hay motivo para vacilar. Hay algo que debo deciros. —Seumas inspiró profundamente, haciendo una breve pausa—. Malcolm es como un hijo para mí.

Gisela chasqueó la lengua.

—Ahora lo entiendo. Ha heredado de vos esos modales tan rudos.

El anciano rio entre dientes, sacudiendo la cabeza.

—Es un buen hombre y un gran guerrero —prosiguió—. El mejor laird que el clan Sinclair ha tenido en generaciones, y eso es mucho decir, pues su padre y su abuelo fueron grandes líderes. Pero incluso el más fuerte de los hombres tiene una debilidad… Algo que podría impedirle hacer lo mejor para el clan.

Gisela frunció el ceño.

—¿No estaréis refiriéndoos a mí?

Seumas negó con la cabeza.

—No, muchacha. Vos seréis la solución, no el problema.

—No os entiendo. ¿Cuál es su debilidad entonces?

—Su hermana.

—Ella está muerta —dijo Gisela.

—Así es. Y se debe dejar descansar en paz a los muertos. Ellos ya no sienten odio, ni rencor, ni exigen venganza.

Hacía unas semanas, Gisela habría discutido aquellas palabras, se habría aferrado al dolor y la necesidad de justicia. Pero ahora… ahora no estaba tan segura. Quizás el anciano tenía razón. Quizás, una vez muertos, ya no se ansiaba venganza, solo descanso.

Tal vez su padre no quería que ella se consumiera en rencor. Tal vez lo único que deseaba era verla vivir… y ser feliz.

Seumas la observaba con atención, con esa mirada sagaz que parecía atravesar su alma. Gisela sintió un leve escalofrío, como si el anciano fuese capaz de leer sus pensamientos con solo mirarla.

Tragó saliva.

—Malcolm no me ha hablado de su hermana.

—Nunca habla de ella —le dijo el anciano, tal como le había dicho también Ailis—, pero antes o después él hablará contigo. Y sé que tú le dirás lo correcto.

—¿Qué es lo correcto?

—Lo que tú le dirás —le respondió él enigmáticamente—. La edad no perdona —dijo,

levantándose de la silla—, debo irme a descansar.

Gisela quiso pedirle más explicaciones, pero sabía que no lograría nada. Seumas solo hablaba cuándo y cómo quería.

Antes de que pudiera insistir, la puerta se abrió de golpe. Esta vez, no tuvo duda de quién era.

Malcolm apareció en el umbral, su ceño fruncido reflejaba un claro disgusto. Vestía un kilt con los colores de su clan y su imponente presencia llenó la estancia al instante.

—¿Qué haces aquí? —preguntó, su voz firme, dirigida al anciano.

Seumas no se dejó intimidar por el temperamento del laird. Esbozó una sonrisa ladina antes de responder con calma:

—Solo quería ver cómo estaba la muchacha. Y para mi dicha, parece estar recuperándose bien.

Malcolm le sostuvo la mirada durante unos segundos, evaluándolo, antes de resoplar con impaciencia.

—Aún no está del todo recuperada y necesita descanso.

—Entonces no la canses demasiado tú —replicó con un deje de picardía antes de salir por la puerta con paso tranquilo.

Malcolm lo siguió con la mirada hasta que la puerta se cerró tras él. Luego, volvió la vista hacia Gisela, que lo observaba con una ceja ligeramente arqueada.

—Pareces cansado.

—Eso es porque lo estoy.

Para la sorpresa de Gisela, Malcolm se acercó a la cama y se sentó en el borde. Con un gesto firme pero cuidadoso, la ayudó a recostarse y la arropó con las mantas.

—Has estado muy enferma, debes dormir.

Gisela suspiró.

—Y tú deberías ir a tu alcoba a descansar.

—Dormiré aquí —replicó él, señalando la silla junto a la cama.

—No, no lo harás —insistió ella—. Te agradezco que me hayas velado durante la fiebre, pero ya estoy bien. No quiero que caigas enfermo y que sea yo quien tenga que cuidarte después.

Malcolm ladeó la cabeza, estudiándola con intensidad.

—¿Me cuidarías?

Gisela esbozó una leve sonrisa.

—¿Acaso lo dudas?

—No, no lo hago —admitió él.

—Entonces, no hagas tonterías y vete a dormir. Estoy bien, Malcolm. De verdad.

Él la miró fijamente durante unos instantes, como si no se creyera del todo sus palabras. Exhaló profundamente, dejando que el aire se deslizara lentamente de sus pulmones.

—Está bien. —Se levantó y se inclinó para darle un beso en la mejilla. Un leve toque que provocó que el corazón de Gisela latiese con fuerza. ¿Cómo aquel guerrero feroz podía ser tan tierno?—. Uno de mis hombres estará en la puerta toda la noche y otro le relevará por la mañana.

—Te lo agradezco, Malcolm, pero no será necesario. Las sirvientas se turnan para venir cada pocas horas por si necesito algo. Algo que ya les he dicho que no es necesario —Gisela hizo una mueca—, pero insisten.

—Ellas no pueden evitar que salgas de la habitación antes de estar recuperada del todo, mis hombres sí.

Gisela alzó una ceja.

—¿Soy una prisionera?

—Eres mi futura mujer —respondió Malcolm con intensidad—.Y haré lo necesario para mantenerte a salvo. Incluso si tengo que protegerse de ti misma.

Capítulo 19

Gisela comprendía que Malcolm solo quería lo mejor para ella. Que la preocupación era lo que le había llevado a mantenerla en su habitación durante siete largos días. Por esa razón, ella no se había quejado, sino que se había centrado en recuperarse y disfrutar de las visitas.

Malcolm había ido a verla durante todos los días. A veces, ella ya estaba dormida cuando él llegaba, pero incluso en su sopor, lo había sentido. Recordaba la calidez de su presencia junto a la cama, el leve peso de su mano sobre la suya… y, en más de una ocasión, el roce fugaz de sus labios en su mejilla.

No había necesitado abrir los ojos para saber que era él.

Y eso, para ella, había sido suficiente. Suficiente para ser paciente, suficiente para conformarse con ver el cielo desde la ventana.

Pero la palabra clave era *había*.

Porque su paciencia se había agotado.

—Si tengo que daros una patada en vuestras partes para que me dejéis salir, no dudéis que lo haré.

El guerrero apostado frente a la puerta tragó saliva, claramente incómodo ante la amenaza.

—Milady, el laird me ha ordenado que vele vuestro descanso.

Gisela cruzó los brazos.

—Él os ha ordenado que no me dejéis salir. Pero ya estoy completamente recuperada y no aguanto ni un instante más encerrada.

—Milady, solo cumplo órdenes.

Gisela entrecerró los ojos, evaluando al guerrero que bloqueaba su camino. Era un hombre fornido, con el ceño fruncido en una expresión de incomodidad evidente. Sabía que solo estaba obedeciendo a Malcolm, pero eso no hacía que su encierro forzado le resultara más soportable.

—Y yo solo intento no volverme loca —replicó, plantando las manos en sus caderas—. Decidme, ¿vos soportaríais estar una semana entera sin respirar aire fresco, sin sentir el sol en la piel?

El guerrero desvió la mirada.

—No es lo mismo, milady.

—Oh, claro que lo es. Y os aseguro que si no me dejáis pasar por las buenas, encontraré la forma de hacerlo por las malas.

—Milady…

—Puedes marcharte, Conall. Ya me encargo yo.

Gisela ladeó la cabeza para encontrarse con Ervin. Este la observó con su eterna sonrisa y esa despreocupación innata que siempre parecía acompañarlo.

El guerrero dudó, pero acabó cumpliendo las órdenes del comandante en jefe.

—Si creéis que vos podéis impedir que no salga al exterior, estáis equivocado.

Ervin dejó escapar una risa suave y divertida.

—Os recuerdo, Lady Gisela, que he viajado con vos. Y si algo me habéis hecho aprender es a no subestimaros y a no creer que puedo lograr que hagáis algo que no deseáis.

Gisela entrecerró los ojos, desconfiada.

—Entonces, ¿cuál es vuestra intención?

—Evitar que Malcolm haga pedazos al pobre hombre al que obliguéis a dejaros salir.

Gisela apretó los labios. En ese instante, recordó lo ocurrido con Hamish y cómo había sido castigado por su culpa.

—¿Estáis intentando hacerme sentir culpable para que me quede en la alcoba?

—¿Funciona? —preguntó Ervin con fingida inocencia.

Como única respuesta, Gisela dio un paso adelante, cruzando el umbral de la puerta y saliendo al pasillo.

—¿Vos qué creéis?

Ervin soltó una carcajada.

—Que cada segundo que pasa sois más de mi agrado —admitió, sorprendiéndola—. Es evidente que estáis recuperada.

—Y, aun así, Malcolm me mantiene cautiva.

—Es el laird. Tiene muchas responsabilidades y no puede estar vigilándoos a cada momento, así que, por su propia paz mental, os mantiene encerrada. Aunque, si me preguntáis, debería estar agradecido de que hayáis aguantado tantos días.

—Siete días. Los más largos de mi vida.

—Por suerte para vos, yo no temo que Malcolm me haga trizas.

—¿Significa que me vais a ayudar?

—Significa que os voy a acompañar —la corrigió con una sonrisa ladeada.

Con un gesto elegante, Ervin le ofreció el brazo, y Gisela, sin dudarlo, enlazó el suyo con el de él.

Salieron de la fortaleza. El aire fresco y el sol sobre su piel le hicieron soltar un suspiro de alivio. Después de tantos días confinada, el simple hecho de estar al aire libre le parecía un lujo.

Caminó junto a Ervin por el patio de armas, respondiendo con una sonrisa a los saludos de los miembros del clan. Muchos se acercaban para expresar su alegría por su recuperación, y aunque a algunos de ellos no los conocía, podía notar la honestidad en sus palabras.

—Parece que os habéis ganado el afecto de los Sinclair —observó Ervin.

—No he hecho nada para ganarlo.

—Y ese es parte de vuestro encanto, Lady Gisela. Que no necesitáis esforzaros para agradar. Solo ser vos misma.

Gisela hizo una mueca.

—Hasta ahora, ser yo misma no me había dado el beneplácito de nadie.

—Porque hasta ahora no estabais en el clan Sinclair. Aquí valoramos la fortaleza, la valentía y la honestidad, tanto en los hombres como en las mujeres. Y vos poseéis las tres cosas.

Gisela esbozó una sonrisa, pero esta no alcanzó sus ojos.

Honestidad.

Ervin hablaba con la certeza de alguien que creía conocerla, que confiaba en ella sin dudarlo. Como lo hacía Malcolm, como lo hacía Ailis, e incluso hasta el pequeño Cael.

Y, sin embargo, no estaba siendo honesta.

No del todo.

Les estaba ocultando la verdad. Estaba mintiéndole a un clan que, sin apenas conocerla, la acogía y confiaba en ella. Estaba mintiéndole al hombre que la había cuidado en su enfermedad. Al hombre que amaba.

Estaba tan sumida en sus pensamientos que no fue consciente de hacia donde la llevaba Ervin hasta que escuchó el sonido de las espadas golpeándose entre ellas a lo lejos.

—¿Vamos al campo de entrenamiento? —preguntó.

—En realidad, había pensado que podríais observar el entrenamiento desde la colina.

Tendréis una vista privilegiada.

A Gisela le pareció una buena idea.

Ervin la guio por un sendero que ascendía suavemente por la ladera, alejándolos poco a poco del bullicio del patio de armas. El camino estaba cubierto de hierba alta que se mecía con la brisa y pequeños arbustos brotaban aquí y allá, salpicando el verde con tonos más oscuros.

Ella se soltó del brazo del guerrero y alzó el rostro hacia el cielo. El aire era más fresco a medida que subían, cargado con el aroma de la tierra húmeda y el lejano perfume de las flores silvestres. A su lado, Ervin caminaba con paso tranquilo, como si el esfuerzo de la subida no significara nada para él.

—¿Necesitáis ayuda? —preguntó con una sonrisa divertida al notar que ella se detenía un instante para recuperar el aliento.

—No necesito ayuda para algo tan simple —respondió Gisela, alzando la barbilla con determinación—. Soy más que capaz de correr por el bosque y trepar árboles sin cansarme. Puedo con una pequeña subida.

Ervin soltó una risa baja, entretenido.

—Lo sois, lo he visto con mis propios ojos. Pero habéis estado muy enferma, milady. No es de extrañar que estéis algo débil.

Gisela le lanzó una mirada desafiante y, como respuesta, aceleró el paso, adelantándolo con agilidad.

Ervin arqueó una ceja y negó con la cabeza.

—No me extraña que Malcolm esté embelesado por vos —comentó con tono desenfadado —. Sois tan tozuda como él.

Gisela fingió no haber escuchado, pero una sonrisa traviesa se dibujó en sus labios mientras continuaba subiendo la colina con renovada energía. Porque, muy a su pesar, Ervin estaba en lo cierto.

Al llegar a la cima Ervin se quitó el manto y lo extendió sobre la hierba para que ella se sentara. Gisela se acomodó sobre el manto, pero, en vez de sentarse a su lado, Ervin se quedó de pie.

—¿No os sentáis?

—Estoy bien así.

Gisela no respondió, ya que su atención fue capturada de inmediato por la escena que se desarrollaba en el campo de entrenamiento. A pesar de la distancia, no le costó reconocer a Malcolm en el centro del terreno. Su porte imponente dominaba el lugar, su presencia era imposible de ignorar. Vestía el kilt de su clan, y el sol resaltaba la fuerza de sus músculos.

En ese momento, él hablaba con uno de sus hombres, mostrándole la forma correcta de ejecutar un movimiento con la espada. Su expresión era intensa, concentrada, y la seguridad con la que manejaba el arma hacía evidente que era un guerrero experimentado.

Gisela sintió aquella atracción irresistible que Malcolm siempre le provocaba. No importaba cuántas veces lo viera, él siempre lograba encender algo en su interior. Una risa suave escapó de sus labios antes de que pudiera evitarlo, divertida por lo inevitable que era su reacción ante él.

Y entonces, como si su risa hubiese atravesado la distancia, como si el viento se la hubiese llevado hasta él, Malcolm se detuvo. Giró la cabeza, buscando el origen del sonido. Llevó una mano a su frente para cubrirse del sol y, en cuanto la vio, su expresión cambió.

No dudó. Echó a correr colina arriba hacia ella.

En cuanto estaba a poca distancia, Gisela atisbó el enojo en el rostro de Malcolm y se preparó para sus gritos, pero, en cambio, cuando llegó hasta ella solo encontró preocupación en

él.

—Deberías estar descansando. Aún estás muy débil.

—No le digas eso —dijo Ervin, provocando que Malcolm girase la cabeza para mirarlo—. Es capaz de echar a correr colina abajo, coger una espada y entrenar con los guerreros solo para demostrar que no lo está.

—En realidad, no sé empuñar una espada. Aunque es algo que me gustaría aprender y hoy es un buen día para ello —respondió Gisela, siguiendo la broma de Ervin, esperando así, relajar el ambiente.

Pero a Malcolm no pareció hacerle la menor gracia.

—Continúa con el entrenamiento de los guerreros antes de que te degüelle con la espada por sacar a Gisela de su alcoba —le dijo a Ervin a la vez que levantaba la espada que aún llevaba en la mano para enfatizar sus palabras.

Ervin asintió con aire despreocupado, pero prefirió no tentar a su suerte y obedeció la orden de su amigo, dejándolos solos.

—Ervin no me ha sacado, no soy un perro que necesita que le paseen —se quejó Gisela, arrugando la nariz y cruzando los brazos.

Malcolm la miró durante unos instantes y su expresión se suavizó. Dejó la espada sobre la hierba y se sentó en el manto, al lado de Gisela.

—Sé que no lo eres, nunca te he tratado de esa forma. Pero deberías estar descansando.

—Ya he descansado suficiente. No soy una flor delicada, pero me marchito si no me da el sol.

Alzó el rostro hacia el cielo, cerrando los ojos mientras la calidez de los rayos solares acariciaban su piel. Por un instante, el mundo pareció detenerse, y Malcolm la observó en silencio, sin poder evitarlo. Había algo en ella, en su fuerza, en su obstinación, y en la manera en que siempre desafiaba sus límites, que lo tenía irremediablemente atrapado.

Exhaló un suspiro profundo, como si estuviera intentando contener una discusión que, en el fondo, sabía que no ganaría. Porque con ella nunca ganaba. ¿Y honestamente? No le importaba, porque se sentía vencedor solo con estar a su lado.

—No quiero que vuelvas a enfermar —murmuró, su tono más suave ahora, casi resignado.

—No lo haré —le aseguró Gisela, girando su rostro para mirarlo.

Por un instante, ninguno dijo nada. El viento agitaba levemente los mechones sueltos del cabello de Gisela, y Malcolm, inconscientemente, levantó una mano para apartarle uno de la mejilla. Su tacto fue ligero, pero suficiente para hacer que la respiración de ella se volviera un poco más errática.

—Me alegra verte aquí fuera —confesó él en voz baja, con una honestidad que a Gisela le arrancó una sonrisa.

—¿Entonces admitirás que estaba en lo cierto y que no necesito seguir encerrada? ¿Admites que estabas equivocado?

Malcolm entrecerró los ojos, fingiendo pensarlo.

—No llegaré tan lejos —respondió al fin, con un destello divertido en la mirada—, pero admito que, tal vez, un poco de sol te venga bien. —Gisela abrió la boca, pero Malcolm la interrumpió antes de que pudiera pronunciar una sola palabra—. Aunque debes tomar una siesta y acostarte temprano. Puede que te sientas mejor, pero aún no estás recuperada del todo.

Aunque creía que Malcolm exageraba, le enternecía su preocupación. Después de todo, siempre había sabido valerse por sí misma. Pero ver que Malcolm quería cuidar de ella y que se preocupaba incluso por cosas tan simples como que tomara una siesta, le provocaba una calidez

inesperada en el pecho.

—Haré mi mejor esfuerzo por obedecerte —respondió Gisela con fingida solemnidad.

Malcolm la miró con escepticismo.

—Eso no suena a una promesa.

Gisela se encogió de hombros.

—No puedo prometerte algo que no sé si cumpliré, pero debería complacerte saber que lo intentaré.

Malcolm suspiró.

—Supongo que deberé conformarme con ello.

—Deberías, sí. —Ella sonrió—. Puedes regresar a tus labores, no quiero quitarte más tiempo. —Le dio una mirada fugaz al campo de entrenamiento antes de volver a centrar su atención en él—. Estoy bien.

Malcolm suspiró, indeciso. Pero lo cierto era que, aunque le gustaría quedarse allí simplemente sentado a su lado, no podía hacerlo. Era el laird y se debía a su clan. Tenía obligaciones que cumplir.

El sonido de una risa infantil lo distrajo.

Cael corría hacia ellos con una alegría desbordante, seguido de su madre. Malcolm se levantó y abrió los brazos para recibir a su hermano, pero el niño lo ignoró por completo y, con toda su energía, se lanzó sobre Gisela, derribándola sobre la hierba.

—¡Cael, ten cuidado! —le reprendió Ailis.

—Estoy bien —aseguró Gisela entre risas, incorporándose mientras hacía cosquillas a Cael —. ¡Soy más que capaz de mantener a raya a este pequeño guerrero!

Ailis suspiró con resignación, pero una sonrisa divertida asomó en sus labios. Malcolm, de pie, observó la escena con una mezcla de ternura y algo más profundo, algo que le apretó el pecho sin previo aviso.

—Parece que la prefiere a ella antes que a ti —comentó Ailis.

Él no apartó la vista de Gisela y su hermano, que reían con complicidad.

—Lo sorprendente sería que no lo hiciera.

Por supuesto que su hermano pequeño había caído rendido ante el encanto de Gisela. ¿Cómo no hacerlo si era perfecta?

—Deberías casarte pronto con ella —dijo Ailis, bajando lo suficientemente la voz para que solo él pudiera escucharla—. A Cael le vendrá bien un sobrino al que cuidar.

Malcolm giró la cabeza para mirar a Ailis.

—Quizá pronto tú le des un hermano.

—Quizá.

Malcolm la observó durante unos instantes. Una de las virtudes que le gustaban de Ailis y que sabía que su padre también había admirado cuando estaba vivo, era lo transparente que la joven era. Su rostro era como un libro abierto. Por eso, a pesar de sus palabras, pudo ver que no estaba convencida.

—No hay razón para que te cases con mi primo si no es tu deseo. No eres solo respetada en el clan por ser la viuda de mi padre, te has ganado ese respeto desde el primer día en el que llegaste. Nadie te hará de menos por mantenerte soltera. Ni a ti ni a Cael. Y yo jamás te obligaré a casarte.

Ailis negó con la cabeza.

—Es mi deseo —le dijo con convicción apretando los labios con fuerza—. Solo que no estoy segura de querer volver a ser madre.

Malcolm frunció el ceño.

—Intentarlo será tu deber como esposa.

A pesar de que Malcolm quería confiar en que Munro trataría a Cael como un hijo, sabía que querría su propia descendencia.

—Lo sé y cumpliré con mi deber.

—Ailis —la llamó Gisela, interrumpiéndolos. Se había puesto de pie y Cael estaba a su lado, agarrado de su mano—. ¿Por qué no damos un paseo? Hace un precioso día para ello.

Ailis esbozó una sonrisa.

—Me encantaría.

—Está bien, pero no os excedáis demasiado —dijo Malcolm—. Gisela todavía se está recuperando.

Gisela resopló.

—No te he pedido permiso, Malcolm.

—Y aun así, te lo he dado —le respondió este a la vez que le revolvía el pelo a su hermano —. Pórtate bien y cuida de ella —le dijo y Cael asintió con expresión seria, como si aquella fuera la misión más importante que le habían encomendado nunca. Malcolm cogió su espada y miró a Gisela—. Luego nos vemos. —Y tras despedirse, se dio la vuelta y se dirigió a paso rápido hacia el campo de entrenamiento.

—Ese hombre es insoportable —masculló Gisela con los puños apretados.

—Y aun así, lo amas.

Gisela ladeó la cabeza para mirar a Ailis. Ella esbozaba una sonrisa tierna y comprensiva.

—Sí —respondió sin titubear—. Aun así, lo amo.

Era la primera vez que reconocía en alto que estaba enamorada de Malcolm Sinclair. Y nunca se había sentido tan bien como en ese momento.

Capítulo 20

Aquella mañana, Gisela se levantó temprano y, al girarse hacia la silla junto a la ventana, descubrió un pantalón negro y una camisa blanca cuidadosamente dobladas sobre el asiento. Frunció el ceño con curiosidad.

Cuando preguntó a una de las sirvientas, esta le informó que Malcolm había ordenado que se los entregaran, que se vistiera con ellos y fuera al establo.

Habían pasado siete días desde la última vez que había visto a Malcolm. Ailis le había contado que este había estado fuera, ocupado en una misión del clan.

Pero aunque aún no se habían encontrado cara a cara, Gisela sabía que él regresó la noche anterior. Sabía que había estado en su alcoba.

Lo había sentido en sueños: la silueta alta y firme junto a su lecho, la calidez de su mirada deslizándose sobre ella en la penumbra y, apenas en un susurro sobre su piel, el roce tenue de sus labios sobre los suyos antes de marcharse y dejarla continuar con sus sueños.

Sueños en los que últimamente el único protagonista era él. Sueños que ya no se convertían en pesadillas que la hacían despertar en medio de la noche bañada en sudor.

Gisela deslizó los dedos por la tela del pantalón negro antes de ponérselo. Aquellas ropas habrían hecho que las monjas con las que vivió cuatro años gritaran de horror, pero a ella le arrancaron una sonrisa. No le importaba lo que dictaran las normas; al vestirlas, sintió que recuperaba un pedazo de la libertad que aún seguía atrapada.

Ató los cordones de la camisa blanca. Aquel atuendo le confería una comodidad inusual, una ligereza que llevaba demasiado tiempo anhelando.

Salió de la alcoba con un dulce hormigueo recorriendo estómago, intrigada por lo que Malcolm tenía preparado para ella. El fresco de la mañana la recibió con una suave brisa, despejándole los últimos rastros de sueño.

No había llegado aún al establo cuando lo vio.

Malcolm estaba allí, imponente como siempre, junto a su caballo de guerra. A su lado, se encontraba la yegua que le había regalado el posadero. La yegua que ahora era suya.

Él la vio acercarse y, sin decir nada, le ofreció las riendas con una leve sonrisa.

—¿Adónde vamos? —le preguntó Gisela, sin poder contener la curiosidad durante más tiempo.

—Es una sorpresa —respondió enigmáticamente.

Gisela hizo un mohín que a Malcolm le pareció adorable.

—No me gustan las sorpresas.

—Esta sí.

Sin esperar la respuesta de Gisela, Malcolm tomó las riendas de su semental y se montó en él con un ágil salto. Con resignación, Gisela subió al lomo de su yegua con un fluido movimiento y acomodó las riendas entre sus dedos.

Sin necesidad de más palabras, Malcolm espoleó a su caballo y ella lo siguió.

Cruzaron el patio de armas a buen ritmo, atrayendo algunas miradas curiosas de los miembros del clan. Al llegar al puente levadizo, el sonido de los cascos resonó sobre la madera antes de que descendieran por el camino que conducía al bosque.

El aire llevaba consigo el aroma de la tierra húmeda y los pinos, y el canto de los pájaros acompañaba su avance. Gisela sintió cómo la libertad corría por su cuerpo con cada galope, y sin

poder evitarlo, una sonrisa se dibujó en sus labios.

Cuando llegaron a un claro, Malcolm desmontó con agilidad y esperó a que Gisela hiciera lo mismo. En cuanto sus pies tocaron el suelo, él le tendió un arco junto con un carcaj lleno de flechas.

Gisela abrió los ojos con sorpresa al reconocer el objeto.

—Ese no es el arco de Cormag…

—No, este es tuyo —le corrigió Malcolm con una leve sonrisa.

Ella se lo quitó de las manos, examinándolo con atención.

—Es nuevo.

—Así es —afirmó él, entregándole también el carcaj.

Gisela entrecerró los ojos, recordando algo.

—¿Esto es lo que estabas encargando al armero con tanta urgencia?

Malcolm asintió.

—Sí. Como perdiste tu arco, quería que tuvieras el tuyo propio. Me hubiera gustado dártelo antes, pero… —El rostro de Malcolm se arrugó— enfermaste y todo lo demás dejó de importar.

Gisela deslizó los dedos por la madera pulida, apreciando el peso equilibrado y la suavidad del material. Era hermoso y, más que eso, hecho para ella.

—Malcolm… esto… —Las palabras se quedaron atascadas en su garganta. Sin poder contenerse, corrió hacia él y lo abrazó con fuerza. Malcolm, tomado por sorpresa, trastabilló ligeramente, pero su entrenamiento como guerrero evitó que perdiera el equilibrio—. Nadie había hecho algo tan bonito por mí —susurró Gisela contra su pecho. Luego, se separó, esforzándose por contener las lágrimas de felicidad que amenazaban con escapar de sus ojos—. ¿Me has traído al bosque solo para darme el arco?

Malcolm sonrió de lado.

—Te he traído porque dijiste que era peor arquero que tú y me retaste a demostrármelo. Aquel no era el momento, pero este sí lo es.

Gisela alzó una ceja con diversión.

—¿Y mi ropa? ¿También es por el reto?

—Sí. No quiero que, cuando pierdas, te excuses diciendo que tu vestido te incomodaba.

—Pero tú llevas una falda —señaló ella, cruzándose de brazos—. No quiero que seas tú quien la use de excusa cuando te gane.

Malcolm soltó una carcajada. Solo ella podía tener esas ocurrencias.

—No es una falda, es un kilt —le corrigió, aunque sabía que ella lo decía solo para provocarlo—. Y para mí es más cómodo que unos pantalones ajustados.

—¿Y tu arco? —preguntó Gisela, arqueando una ceja.

—Usaremos el tuyo —respondió él con tranquilidad.

—¿Y cuál es el reto?

En lugar de responder de inmediato, Malcolm desmontó y se acercó a un viejo tronco caído, lo suficientemente grueso y estable para atar las riendas de sus caballos sin peligro. Después de asegurarlas con un nudo firme, se volvió hacia Gisela.

—Sígueme.

Ella lo siguió sin hacer preguntas. Ambos salieron del claro y avanzaron por un estrecho sendero cubierto de hojas hasta llegar a la orilla de un estanque.

Un majestuoso manzano se alzaba con sus ramas cargadas de frutos rojos y dorados. Malcolm se detuvo junto a él y, con una sonrisa desafiante, señaló las manzanas.

—Este será nuestro blanco. Cada uno, por turnos, lanzará cuatro flechas. Ganará quien logre

no solo atravesar más manzanas, sino también quien consiga que caigan al suelo.

Gisela sonrió con confianza.

—Me parece un reto justo.

Malcolm se cruzó de brazos y la miró con intensidad.

—Pero necesito algo más para motivarme —añadió con un brillo travieso en la mirada—. Si yo gano… tendrás que casarte conmigo.

Gisela arrugó el ceño, luciendo pensativa, como si estuviera reflexionando sobre la propuesta.

—Y si gano yo…

—¿No te sirve con la humillación que voy a sentir? —le interrumpió Malcolm, sujetándose el pecho con falsa conmoción.

Gisela puso los ojos en blanco, pero no respondió. En su lugar, tomó una flecha y la colocó en el arco con un movimiento fluido. Apuntó con precisión y disparó. La flecha surcó el aire y atravesó una manzana, pero la fruta quedó colgando del árbol. Frunció el ceño y, sin esperar su turno, disparó una segunda flecha. Esta vez, la manzana cayó al suelo con un golpe sordo.

No se detuvo. Cogió otra flecha y luego otra más, alcanzando dos manzanas adicionales que se desplomaron junto a la primera.

Malcolm chasqueó la lengua.

—Las reglas eran que dispararíamos por turnos —señaló con tono seco.

Gisela se encogió de hombros y esbozó una falsa sonrisa inocente.

—Nunca he sido buena siguiendo normas.

Le tendió el arco y el carcaj. Malcolm lo tomó, pero no pudo evitar notar el ceño fruncido de ella.

—No pareces satisfecha.

—No lo estoy —admitió, cruzándose de brazos.

—¿Por qué? Has acertado tres de cuatro.

—Porque he fallado una.

—No has fallado, solo que no ha caído.

—Eso cuenta como fallo, que es lo único que importa.

Malcolm la observó en silencio por un instante, luego dejó escapar una risa baja.

—¿Tanto miedo tienes a perder? ¿Tanto temes casarte conmigo?

Gisela entrecerró los ojos.

—Lo que realmente temo es tener que soportar tu arrogancia si llegas a vencerme.

Él no le respondió.

Malcolm sostuvo el arco con confianza y se posicionó frente al árbol cargado de manzanas. Con un movimiento fluido, encajó la primera flecha y la disparó. Atravesó la fruta con precisión y cayó al suelo.

—Una menos —comentó con una sonrisa arrogante antes de lanzar la segunda flecha, disparando hacia otra manzana. La fruta cayó con facilidad.

Gisela abrió la boca exageradamente, bostezando.

—Solo los mediocres con suerte tienen la necesidad de vanagloriarse por cada pequeño triunfo.

Si cualquier otra persona le hubiera dicho aquellas palabras Malcolm se hubiera enfurecido. Él era temperamental y caía con facilidad en las provocaciones, pero viendo a Gisela arrugar la nariz de esa manera tan adorable y el mohín que se formaba en sus labios, tuvo que morderse la mejilla interior con fuerza para no soltar una carcajada.

Ella estaba tan preciosa cuando se enojaba.

—Y ahora, la última —anunció Malcolm con chulería, mirándola de reojo.

Montó la flecha y disparó. Pero, esta vez, algo falló. La punta se desvió ligeramente y, en lugar de atravesar la manzana, se clavó en el tronco del árbol. La fruta quedó intacta, apenas sacudida por el impacto.

—No me habrás dejado ganar, ¿verdad? —preguntó Gisela, entrecerrando los ojos con sospecha.

Malcolm la miró, la mandíbula tensa y el ceño fruncido en una expresión de fastidio evidente por haber fallado.

—Jamás te faltaría al respeto, de esa manera —respondió con firmeza—. Eres demasiado capaz como para necesitar la condescendencia de un hombre.

Gisela lo miró a los ojos y, por la seriedad en su expresión, supo que decía la verdad. Una sonrisa triunfal se dibujó en su rostro antes de que, incapaz de contener su alegría, comenzara a saltar y girar sobre sí misma.

—¡He ganado, he ganado! —exclamó, riendo con entusiasmo.

Malcolm no pudo evitar sonreír al verla tan feliz. Solo esperaba que su alegría no se debiera a librarse de casarse con él, porque era algo que no sucedería.

Claro que nunca la obligaría; ni siquiera si hubiera ganado el reto. Pero anhelaba que aceptara ser su esposa, y esperaba que lo hiciera pronto. No solo porque deseaba que sus vidas se unieran, sino porque, durante su estancia en el clan de los McFeires negociando una alianza comercial, había descubierto que Aulay estaba convencido de que su prometida estaba viva y los culpables de su secuestro no eran unos bandidos, sino alguno de sus enemigos. Aulay había solicitado la ayuda del rey de Escocia para encontrar a Gisela. Solo era cuestión de tiempo que descubriese que ella estaba en su clan.

—¿Quieres regresar al clan? —le preguntó.

Gisela mordió su labio inferior.

—La verdad es que preferiría quedarme un rato. Esto es precioso —reconoció, mirando el estanque, embelesada—. Si tienes que regresar, puedo quedarme sola y volver más tarde.

Malcolm sonrió.

—Para tu suerte, todo está tranquilo en el clan y Ervin se está encargando de todo. Puedo tomarme la mañana libre.

Malcolm dejó el arco y el carcaj en la hierba. Se quitó el manto y lo abrió para que Gisela se sentara.

Ella no llegó a sentarse, ya que el ruido de su estómago se lo impidió.

—Estoy hambrienta y es por tu culpa.

—¿Por mi culpa? —preguntó él enarcando una ceja.

—No me has dado tiempo a desayunar.

—Yo he entrenado, he desayunado, he ayudado a organizar la patrulla fronteriza, he revisado las provisiones para el invierno y he hablado con el consejo del clan. Tal vez la culpa es tuya por ser una perezosa y levantarte tarde.

El rostro de Gisela se encendió por la ira y le lanzó una mirada fulminante.

—¡No soy una perezosa! —espetó, cruzándose de brazos—. Porque no me levante antes del alba no significa que no sea una holgazana.

—No he dicho que seáis holgazana, pero si perezosa.

Ella dio un paso, acercándose a él.

—Esta perezosa va a daros un puñetazo en la barbilla —dijo ella levantando la mano con el

puño cerrado.

Él se lo sujetó entre risas.

—Me encanta cuando sacas las garras, gatita —murmuró Malcolm con una sonrisa ladina. No era la primera vez que se lo decía, pero sí la primera vez que a Gisela le gustó escucharlo.

—Entonces vas a delirar de placer, laird —replicó ella, alzando la barbilla con desafío—, porque pienso sacarlas cada vez que lo crea necesario.

—Y yo espero que lo hagas.

Sus miradas se encontraron, atrapadas en un instante suspendido en el aire. Los ojos de Malcolm descendieron hasta sus labios y Gisela sintió cómo su respiración se volvía más lenta, más profunda. Por un momento, creyó que él iba a besarla. Y lo cierto era que él también lo pensó.

Pero, en lugar de acortar la distancia, Malcolm sonrió y se apartó un paso.

—Siéntate, gatita —dijo, señalando la manta extendida sobre la hierba—. He traído comida en las alforjas del caballo. Iré a por ella. Estás recuperada, pero necesitas alimentarte.

Capítulo 21

—Te amo, Malcolm, y quiero casarme contigo… pero no puedo hacerlo.

Malcolm se quedó inmóvil. El trozo de queso que estaba a punto de llevarse a la boca resbaló de entre sus dedos y cayó sobre la manta.

Él había llevado la comida que la cocinera le había preparado para ambos y la había colocado encima de la manta. La habían compartido en un silencio cómodo, disfrutando tanto de los alimentos como de la presencia del otro y del paisaje que los rodeaba. La confesión de Gisela irrumpió en la tranquilidad como un trueno en un cielo despejado, tomándolo completamente por sorpresa.

El laird la miró.

—¿Qué has dicho? —La voz de Malcolm sonó más grave, cargada de intensidad.

—Que no puedo…

—Eso no, lo otro —la interrumpió, inclinándose apenas hacia ella, como si temiera no haberlo escuchado bien.

Gisela lo miró a los ojos y, con una sonrisa suave, repitió con firmeza:

—Te amo.

Una chispa brilló en la mirada de Malcolm. Su expresión se suavizó, y una sonrisa lenta y genuina curvó sus labios.

—Yo también te amo, gatita —susurró—. En realidad, creo que lo hago desde el primer momento en que te vi. —Malcolm extendió la mano y le acarició la mejilla con ternura, sus dedos trazando un sendero cálido sobre su piel—. No sé mucho sobre el amor —admitió—, pero sé que no puedo dejarte ir. No puedo estar lejos de ti. Si te marchas, te seguiré. Y si es necesario, te traeré de vuelta.

Gisela sostuvo su mirada, con el corazón latiendo desbocado.

—¿Y si no quiero regresar? —preguntó en un murmullo.

Malcolm esbozó una sonrisa ladeada, sin apartar la vista de ella.

—Entonces te seguiré adonde vayas.

—¿Dejarías tu clan por mí?

—Me debo al clan Sinclair, pero es más que deber, ellos son mi familia. Espero que no sea necesario, pero si lo fuese, dejaría a Ervin al mando hasta que lograse convencerte de regresar al clan y ser mi esposa.

Gisela suspiró.

—Nunca te apartaría de tu familia.

—Sé que no lo harías. Los miembros del clan te adoran, hasta los ancianos te han aceptado. ¿Cuál es la razón por la que querrías irte?

—No quiero. Pero Aulay…

Gisela estaba dispuesta a decirle la verdad, a ser honesta con él de una vez por todas, pero en cuanto el nombre de Aulay salió de sus labios, Malcolm bajó la mano que le acariciaba mejilla y su rostro se endureció. Apretó la mandíbula con fuerza.

—Ese malnacido no se merece ni que lo nombres.

—¿Por qué lo odias, Malcolm? —indagó ella—. Sé que hay más que querer evitar que tenga demasiado poder.

El laird se giró hacia el arroyo, con la mirada perdida en el agua que fluía serenamente.

Gisela pensó que había levantado nuevamente sus muros y que no se sinceraría con ella, pero se equivocó.

—Él mató a mi hermana.

Las palabras cayeron sobre Gisela como una tormenta inesperada. Inspiró profundamente, intentando ordenar sus pensamientos.

—Me dijeron que tu hermana… que se había quitado la vida —logró decir al fin.

Malcolm soltó una carcajada amarga, sin rastro de humor.

—Lo hizo, pero por su culpa.

Gisela se acercó a Malcolm y colocó una mano en su muslo.

—Estoy aquí, Malcolm. Siempre estaré aquí para ti. Puedes contármelo.

El giró la cabeza para mirarla y el dolor que Gisela vio en sus ojos estuvo a punto de destruirla.

—El padre de Aulay era un buen hombre, un gran laird. Nuestros clanes eran aliados y, cuando él venía a nuestras tierras, su hijo lo acompañaba. Aulay y mi hermana tenían la misma edad, y ella estaba locamente enamorada de él. Yo, en aquel entonces, tan solo tenía doce años y no entendía muchas cosas, pero más tarde comprendí por qué mi hermana siempre se ponía sus mejores vestidos cuando él venía de visita o por qué parecía encontrarse con él por casualidad tan a menudo.

Gisela respiró hondo. Sabía que aquella historia no tendría un final feliz. Se acomodó contra él, apoyando la cabeza en su hombro, una invitación silenciosa a que continuara, un recordatorio de que ella estaba allí, escuchándolo.

—Tiempo más tarde, mi hermana quedó embarazada de él —soltó Malcolm de golpe.

Gisela se apartó ligeramente, sorprendida por la revelación.

—Cuando ella se lo contó, Aulay la llamó furcia y aseguró que no podía saber si el hijo era suyo. Hasta pagó a dos hombres para que juraran que se habían acostado con ella, manchando su nombre.

—¡Por Dios santo! —exclamó Gisela, horrorizada. Conocía de primera mano de la vileza de Aulay Ferguson, pero aún así, la crueldad de sus actos la dejó sin aliento—. ¿Y ella decidió quitarse la vida para evitar la vergüenza?

Malcolm apretó la mandíbula, su voz impregnada de rabia contenida.

—Él le había prometido matrimonio solo para yacer con ella. Pero cuando su padre y el mío exigieron que se responsabilizara de sus actos, él no quiso hacerlo. Mi hermana no podía darle el poder que ansiaba… y para Aulay, el poder siempre ha sido lo único que importa. Después de que ella tuviese que escuchar delante de mi padre a esos hombres mentir sobre cómo ella se les había abalanzado, cómo les había pedido que se acostasen con ella, cogió un caballo y se escapó. Estaba tan desesperada… No le importó nada, ni siquiera la tormenta que azotaba con furia esa noche. Tomó un caballo y salió al galope, con la lluvia cayendo a cántaros y el viento rugiendo entre los árboles. Salí tras ella, pero la tormenta era feroz… Apenas podía ver a unos metros delante de mí.

Gisela sintió un nudo en la garganta, pero no dijo nada. Sabía que Malcolm necesitaba terminar aquella historia.

—La encontré demasiado tarde. Su caballo se había desbocado en un terreno peligroso. Debió asustarse por un trueno, o tal vez resbaló en el barro. Ella estaba en el suelo, sangraba pero no tenía heridas visibles. Más tarde descubrí que había perdido a su bebé.

—Dios mío, Malcolm.

Gisela apenas era capaz de contener las lágrimas.

—Ella se suicidó una semana después. No podía perdonarse, se culpaba por haber perdido a su bebé. Y según me enteré después por su mejor amiga, a pesar de todo lo que le había hecho, ella seguía enamorada de Aulay y no podía soportar no estar con él.

—Eso no era amor, Malcolm —susurró Gisela—. El amor no destruye de esa manera. No rompe, no envenena. El amor da fuerza… no la arrebata.

Eso era lo que Gisela había descubierto sobre el amor, lo que Malcolm le había hecho descubrir.

Malcolm la miró en silencio por un instante.

—Tienes razón —murmuró finalmente, dejando escapar un suspiro pesado—. Él la manipuló para hacerle creer que ella sentía amor por él. —Hizo una pausa—. Él manipuló a todos, menos a mí. Su padre lo creyó, hasta mi padre lo hizo en parte. Incluso cuando poco después el padre de Aulay falleció de una manera sospechosa, mi padre se negó a enfrentarse a él. Nuestros clanes dejaron de ser aliados, pero tampoco se convirtieron enemigos. Hasta que yo me hice con el poder y las cosas cambiaron.

—¿Aulay mató a su padre? —A pesar de que sonó como una pregunta, era una afirmación. Después de todo lo que sabía sobre Aulay, Gisela no tenía ninguna duda de que aquel hombre había sido capaz de terminar con su propio padre.

—No tengo pruebas de ello o lo hubiera usado para quitarle el poder de su clan, pero estoy seguro de ello. Él mató a los hombres más afines a su padre con la excusa de que lo habían envenenado.

Gisela cerró las manos en puños con tanta fuerza que sus nudillos se volvieron blancos.

—Ese miserable…

—No podía permitir que te casaras con él porque con el poder que vuestro matrimonio le daría me resultaría más difícil matarlo sin poner en riesgo a mi clan —continuó Malcolm—. Pero, cuando te conocí, cuando te vi por primera vez, me di cuenta de que no podía permitir que cayeses en sus manos. Él te destrozaría, te arruinaría y acabaría hasta con el último resquicio de bondad que tuvieses. Se lo llevaría todo de la misma manera que hizo con mi hermana. No podía dejar que sucediese de nuevo. Sé que creías que era el hombre perfecto, que ansiabas cansarte con él, que…

—Quería ir a su clan a matarlo —lo interrumpió Gisela. La confesión se deslizó con facilidad de sus labios y sintió cómo se quitaba un peso de encima—. Mató a mi padre por orden del rey Juan. Mi padre era un barón, pero crítico con su reinado y decidió quitárselo de en medio. Aulay no lo sabe, pero aquella noche lo vi matar a mi padre, al igual que le escuché decirle que el rey Juan le iba a conceder mi mano y darle poder. Durante cuatro años he estado encerrada en un convento preparándome para matarlo. Preparando mi venganza.

Malcolm permaneció en silencio durante unos instantes. Gisela temió que él se sintiera traicionado por la mentira que había mantenido hasta ese momento. ¿Quizá había sido honesta con él demasiado tarde? ¿Y si Malcolm ya no confiaba en ella?

Pero todos los temores fueron silenciados cuando Malcolm estiró su mano para agarrar la de ella y entrelazó sus dedos con los de ella.

—Juro por lo más sagrado que voy a hacerle sufrir —prometió—. Su muerte será dolorosa.

Gisela se deshizo de su agarre con suavidad para alzar la mano y acariciar su mejilla.

—No vas a matarlo.

—No puedo permitir que sigas con tu plan, Gisela. Yo lo mataré por lo dos.

—Nadie va a matar a Aulay, Malcolm. Si lo matas sin pruebas, tu clan sufrirá las consecuencias. Si lo hago yo, tendré que huir. Estaba dispuesta a hacerlo, pero ya no.

Malcolm la miró con confusión.

—¿Ya no quieres vengarte?

Gisela inspiró profundamente.

—Quiero, no hay más que desee en este mundo que ese desgraciado obtenga su merecido por todos los crímenes que ha cometido, pero no lo haré. Durante el tiempo que he pasado en el clan me he dado cuenta de que no es lo que mi padre querría. Lo estaba haciendo por egoísmo, porque el odio que sentía me estaba dominando. Pero ahora que te he encontrado a ti, que he descubierto lo que es la verdadera felicidad y el amor, no quiero renunciar a ello por una venganza que no me producirá más que una satisfacción instantánea. No quiero huir, quiero casarme contigo.

—Entonces, ¿por qué has dicho que no puedes casarte conmigo?

—Porque una parte de mí seguía aferrada a esa venganza. Pero cuando me has contado lo que pasó con tu hermana, me he dado cuenta de que no valía la pena. Si matamos a Aulay Ferguson no solo destrozaremos nuestra felicidad, sino que tu clan entrará en guerra con el de él. Una guerra en la que morirán mujeres y niños inocentes. —Gisela no pudo evitar pensar en Cael —. Sé que no es lo que querría mi padre y tampoco tu hermana. Ellos lo único que desearán allá donde estén es que seamos felices. —Su amiga Cecily había tenido razón desde el principio, pero hasta que no había conocido a Malcolm no se había dado cuenta de ello.

—Gisela, yo…

—¿De verdad quieres poner en riesgo nuestra felicidad? —lo interrumpió—. Casémonos, Malcolm. Tengamos hijos y olvidemos a Aulay. Él mismo encontrara su ruina.

Malcolm no estaba tan seguro, pero, en esos momentos, viendo cómo Gisela lo miraba, cómo ella tenía todas las esperanzas puestas en un futuro juntos, solo hubo una cosa que pudo hacer.

—No pondría nuestra felicidad en riesgo por nada. Te amo, gatita. Te amo con toda mi alma y estaría dispuesto a hacer cualquier cosa por ti.

Malcolm unió sus labios a los de Gisela en un beso lento y profundo, un beso en el que ya no había razón para contenerse. Se habían sincerado y ahora estaban prometidos.

Besarse ya no era un pecado, ni un acto prohibido, tampoco algo indecoroso. Y aun así, se sentía como un secreto compartido, un tesoro que solo pertenecía a ellos dos, algo que deseaban guardar celosamente en lo más profundo de sus corazones.

Allí, en el estanque, con la única compañía del canto de los pájaros, sentían que por fin la felicidad que tanto les había sido negada estaba a su alcance.

Gisela suspiró contra su boca y deslizó los dedos por la nuca de Malcolm, enredándolos en su cabello mientras su otro brazo rodeaba sus hombros. Él respondió atrayéndola más hacia él, sus manos viajando con lentitud por su espalda hasta posarse en su cintura, trazando círculos suaves con los pulgares sobre la tela de su camisa.

Cuando el beso se rompió, Gisela no quiso apartarse. No quería que aquel momento terminara. Sentía que, aunque aún no estaban casados a los ojos de Dios, sus almas ya estaban unidas, formando una sola. Y ahora, más que nunca, deseaba que sus cuerpos también lo estuvieran.

—No quiero esperar a la noche de bodas —confesó.

—Gisela —la voz de Malcolm era ronca—, no quiero deshonrarte.

Ella esbozó una sonrisa.

—Nadie tiene por qué saberlo —susurró, rozando su nariz con la de él—. Será nuestro secreto. Uno muy… erótico.

Malcolm negó con la cabeza, pero el brillo en sus ojos delataba la lucha interna que libraba entre la razón y el deseo. Antes de que pudiera replicar, Gisela, dejándose llevar por el impulso, se puso de pie con gracia y, sin apartar la mirada de él, comenzó a deshacerse de su ropa.

El sonido de la tela deslizándose contra su piel pareció llenar el aire. El agua del estanque reflejaba su silueta con destellos dorados.

Malcolm contuvo el aliento, su cuerpo tenso como si estuviera hecho de piedra. Se pasó una mano por el rostro y luego la dejó caer sobre su rodilla, su mirada oscureciéndose con una mezcla de adoración y deseo.

—Por todos los santos… —murmuró, sintiendo que el control se le escapaba entre los dedos—. Eres preciosa, me cuesta creer que no seas una aparición.

—Soy real, Malcolm —dijo dando un paso hacia él—. Y soy tuya.

Él dejó escapar un suspiro tembloroso y se puso de pie con lentitud. La tela de su camisa parecía pesarle sobre la piel. Con un solo movimiento, se la quitó y la dejó caer a un lado junto a las ropas de ella. Gisela recorrió su torso con la mirada, trazando mentalmente cada cicatriz, cada línea de su cuerpo fuerte y marcado por las batallas.

Antes de que él pudiese hacerlo ella llevó las manos al broche que sujetaba el kilt de Malcolm. Su respiración se aceleró al sentir la calidez de su piel bajo la tela gruesa. Con un leve tirón, aflojó el pliegue y dejó que la prenda se deslizara por sus caderas hasta caer al suelo.

Ahora, él estaba completamente expuesto ante ella. Gisela levantó la vista y encontró su mirada intensa, oscura y llena de deseo contenido. No pudo evitar deslizar los dedos por su abdomen firme, explorando con fascinación la fuerza de su cuerpo.

—Eres hermoso. Nunca pensé que un hombre desnudo pudiese serlo —dijo a la vez que bajaba la mirada para centrarla en sus atributos masculinos.

Malcolm soltó un gruñido bajo y la atrapó por la cintura, acercándola a él en un solo movimiento.

—Si sigues mirándome así, muchacha, no voy a poder contenerme.

—Entonces no lo hagas —respondió ella con una sonrisa traviesa antes de enlazar sus brazos alrededor de su cuello.

—Eres inocente, gatita. Te haré más daño del necesario si no soy cuidadoso.

—Pero lo serás. Sé que lo serás, confío en ti.

Él la miró a los ojos y la confianza ciega que vio en ellos rompió las últimas piedras de su contención.

Con cuidado, la tumbó encima de la manta. Se colocó encima de ella, sujetando su peso con sus brazos para no hacerla daño. La besó con toda la pasión de que fue capaz, y ella se lo devolvió con todo el amor que tenía en su corazón.

El beso fue diferente a todos los demás: más ardiente, más abrasador. Gisela tuvo la sensación de que necesitaba más, mucho más, y que debía hacer todo lo posible para conseguirlo.

Se movió debajo de él, intentando… no sabía bien qué. Por suerte para ella, el sí. Sin dejar de besarla llevó un dedo a su centro, acariciándolo. La humedad la impregnó y cuando el introdujo un dedo en su interior, ella sintió que su cuerpo se arqueaba instintivamente, buscando más de aquella nueva y deliciosa sensación. Un jadeo escapó de sus labios, ahogado por el beso de Malcolm, quien no dejó de explorarla con una paciencia tortuosa.

—Eres perfecta, gatita —murmuró contra su boca, su voz ronca de deseo—. Tan receptiva.

Gisela apenas podía pensar. Su cuerpo ardía con una necesidad desconocida, sus dedos se aferraban a los hombros de Malcolm mientras él continuaba su dulce tormento. Introdujo otro dedo en su interior, haciéndola temblar debajo de él.

—Malcolm… —susurró, su voz entrecortada por la necesidad.

Aunque no estaba segura de qué necesitaba, de lo que le estaba pidiendo, Malcolm sí lo sabía.

Sacó los dedos de su interior y se posicionó entre sus muslos. Malcolm se inclinó para besarla de nuevo, esta vez con ternura, mientras la preparaba para recibirlo.

—¿Estás segura? —le preguntó.

Ella jadeaba por el beso y por el deseo.

—Nunca he estado más segura de nada.

Él agradeció a Dios por ello, porque nunca había anhelado algo tanto como quería hacerla suya en esos momentos.

Cuando finalmente se hundió en su interior, Gisela sintió que su alma se fundía con la de él en una unión tan intensa que le robó el aliento.

La barrera de su virginidad se rompió, y un punzante dolor la atravesó por un instante. Pero no gritó, no cuando aquel dolor llevaba consigo una dulzura inesperada, una sensación de plenitud que la llenaba de felicidad. Era el dolor de entregarse por completo al hombre que amaba, el precio de un placer que apenas comenzaba a descubrir.

Malcolm se quedó inmóvil, permitiéndole acostumbrarse a la sensación de tenerlo dentro.

—¿Te estoy haciendo daño? —le preguntó con preocupación.

Gisela negó con la cabeza.

—Apenas lo he notado.

Malcolm esbozó una sonrisa.

—Eres una gatita muy valiente —murmuró, inclinándose para besarla mientras comenzaba a moverse con lentitud.

El dolor se desvaneció con rapidez, sustituido por una oleada de placer que la envolvió por completo. Gisela gimió contra su boca, aferrándose a sus hombros, instándolo a no contenerse. Malcolm aceleró sus movimientos.

Pronto, sus cuerpos encontraron un ritmo perfecto, moviéndose juntos en una danza. La pasión los consumía, arrastrándolos al abismo del placer hasta que, al fin, el clímax los alcanzó, arrancándoles jadeos entrecortados.

Cuando sus respiraciones comenzaron a acompasarse, Malcolm se separó con cuidado y se tumbó a su lado, aun con el corazón latiendo con fuerza.

Gisela giró el rostro hacia él, con una sonrisa perezosa y satisfecha.

—He ganado yo de nuevo.

Malcolm frunció el ceño, aún atrapado en la bruma del placer, y la miró con curiosidad.

—¿De qué estás hablando, gatita?

Ella soltó una risita traviesa y apoyó la barbilla en su pecho, mirándolo con picardía.

—Logré que me hicieras el amor antes de nuestra noche de bodas. Así que… he ganado.

Malcolm arqueó una ceja y una lenta sonrisa se dibujó en sus labios.

—Si esto significa perder, entonces jamás querré ganar contra ti.

Capítulo 22

Cuando regresaron al clan, Gisela subió a su alcoba para cambiarse. Se puso uno de los vestidos que había traído de Inglaterra, pero por encima se cubrió con el manto de los colores del clan Sinclair. Por primera vez en años, sentía que se había librado de una carga invisible, un peso que había llevado demasiado tiempo sobre sus hombros. Había decidido seguir adelante, dejar el pasado atrás.

No se había dado cuenta hasta ese momento, pero durante cuatro años había sido prisionera de una venganza que nunca le habría concedido la paz. Se había aferrado al odio creyendo que le daría consuelo, sin darse cuenta de que solo la mantenía atrapada. Pero, irónicamente, fue ese mismo camino el que la llevó hasta Malcolm.

Pensó en Aulay y su estómago se revolvió con repulsión. Lo odiaba con todo su ser. No solo por lo que le había hecho a su padre, sino por lo que le hizo a la hermana de Malcolm. Deseaba que su vida fuera un infierno, que cada día estuviera marcado por el sufrimiento.

Pero no iba a permitir que su existencia siguiera girando en torno a él. Aulay Ferguson no se merecía que siguiese pensando en él.

La vida se encargaría de darle su merecido.

Unos nudillos golpearon la puerta, sacándola de sus pensamientos.

—Adelante —dijo Gisela, enderezándose.

La puerta se abrió y, tras el umbral, apareció Ailis. Su amiga la observó con curiosidad antes de esbozar una sonrisa.

—Malcolm me ha pedido que venga a buscarte. Él te está esperando en el patio de armas. Me ha dicho que te des prisa.

—Acabamos de pasar toda la mañana juntos.

—Y, por la expresión de tu rostro, debió de ser una mañana bien aprovechada —comentó Ailis con picardía.

—¿Para qué me necesita ahora? —preguntó Gisela, ignorando deliberadamente el tono insinuante de su amiga.

—No me lo ha dicho, pero creo que es para… —Ailis se lo pensó mejor y se interrumpió a sí misma—. No importa, lo sabremos en cuanto lleguemos. Vamos, no le hagamos esperar.

Ambas salieron de la alcoba y recorrieron los pasillos de la fortaleza con paso ágil. Gisela notó el murmullo de los sirvientes que iban y venían con tareas diarias, el crepitar de las antorchas encendidas en la pared y el aroma a pan recién horneado que llegaba desde las cocinas.

Al bajar las escaleras de piedra sintió la brisa fresca que entraba por las aberturas de la muralla, anunciando que la tarde avanzaba. Ailis caminaba a su lado con una gran sonrisa, como si ese día fuera el más feliz de su vida.

La curiosidad de Gisela aumentó, pero su intriga se transformó en asombro cuando cruzaron las puertas de la fortaleza. Malcolm estaba de pie en las escalinatas que conducían al patio de armas, con su porte imponente y los brazos cruzados sobre el pecho. A su lado, estaba Ervin, quien le dedicó una sonrisa al verla aparecer.

Sin embargo, lo que realmente llamó su atención fue la multitud reunida en el patio. Casi todos los miembros del clan estaban allí. Sus miradas estaban fijas en Malcolm, aguardando en silenciosa anticipación. Algo estaba a punto de pasar.

—¿Qué sucede? —susurró acercándose a Malcolm.

Él rodeó su cintura con un brazo, atrayéndola aún más hacia su cuerpo. El murmullo de los presentes ante aquel gesto se extendió por todo el patio, creciendo en intensidad a medida que más personas se percataban de la escena.

Malcolm levantó una mano, acallándolos.

—Os he convocado a todos porque tengo un anuncio importante que hacer.

—No te atreverás —masculló Gisela al darse cuenta de lo que estaba a punto de hacer.

Pero Gisela conocía lo suficiente a Malcolm como para saber que sí lo haría. Aquel hombre era tan testarudo como ella y cuando una idea se le metía en la cabeza no había forma de hacerlo cambiar de opinión.

Por la forma en la que Malcolm sonrió, Gisela supo que no se equivocaba.

—Has aceptado ser mi esposa, gatita —le respondió en susurro.

—Sí, pero… —Gisela apretó los labios al darse cuenta de que todas las miradas estaban puestas en ellos.

No podían escuchar lo que decían, pues hablaban en susurros, pero la expectación era evidente en cada rostro. Ervin, lo bastante cerca como para captar la conversación, soltó una carcajada, que se apagó de inmediato ante la fulminante mirada de Malcolm.

—He tomado una decisión que afectará no solo mi vida, sino también a la del clan —continuó Malcolm.

—¿La has tomado tú solo? —le preguntó Gisela sin molestarse en bajar el tono de voz.

Malcolm resopló.

—Hemos tomado —se corrigió.

—Mucho mejor —dijo Gisela con satisfacción, llevándose las manos a las caderas. Le hizo un gesto con la barbilla—. Ahora puedes continuar.

Se escucharon algunas risillas que fueron silenciadas cuando Malcolm chirrió los dientes.

—Como estaba diciendo —prosiguió—, Gisela y yo contraeremos matrimonio ante los ojos de Dios y de nuestro clan.

Un murmullo de sorpresa y emoción recorrió a los presentes. Algunos intercambiaron miradas, otros sonrieron, y más de uno aplaudió con entusiasmo.

Malcolm alzó la mano una vez más, y el murmullo se desvaneció al instante. Gisela observó con fascinación aquel gesto sencillo pero imponente y pensó que, quizás, debería aprender a hacerlo.

—Gisela Ashford se convertirá en la señora del clan —declaró Malcolm con orgullo, sosteniendo a Gisela por las caderas protectoramente—. La respetaréis tal y como hacéis conmigo.

—Me ganaré ese respeto —dijo Gisela, ganándose una ovación de los presentes.

Malcolm volvió a levantar la mano.

—Hasta que lo haga, la respetaréis.

—No, me respetaréis cuando me lo gane.

Malcolm ladeó la cabeza para mirarla. Ella lo observaba con aparente inocencia, pero él conocía demasiado bien esa expresión. Esa mujer le hacía perder la paciencia y estaba decidida a volverlo loco.

Y nunca había sido tan feliz.

Sin pensarlo más, tomó su rostro entre las manos y la besó.

El silencio inicial duró solo un instante. Luego, el patio estalló en vítores y aplausos, mientras algunos reían y otros coreaban sus nombres.

Gisela se sintió amada, no solo por el hombre que la sostenía entre sus brazos, sino también

por el clan que ahora era el suyo. Aquellos hombres y mujeres la aceptaban, confiaban en que sería una buena señora, y ella no pensaba defraudarlos.

Una hora más tarde, Gisela y Malcolm continuaban en el patio de armas agradeciendo las muestras de cariño y felicitaciones que les daban los miembros del clan.

Gisela ya sabía que Malcolm era un laird respetado y querido, pero si había tenido alguna duda la resolvió en ese momento. Desgraciadamente, la felicidad se vio abruptamente interrumpida cuando un guerrero apareció entre la multitud, su expresión sombría desentonando con el ambiente festivo.

—Laird —dijo con urgencia—. Un emisario real te espera al otro lado del puente levadizo. Trae consigo una misiva del rey Guillermo y solicita una audiencia inmediata.

El murmullo se extendió entre los presentes como un escalofrío. A pesar de que Malcolm se mantuvo aparentemente tranquilo, Gisela pudo sentir cómo se tensaba levemente y el agarre en ella se volvía más firme.

—Hacedlo pasar —ordenó Malcolm sin un titubeo—. Llevadlo al gran salón, lo esperaré allí.

El guerrero se aclaró la garganta antes de añadir con visible incomodidad:

—Ha pedido que Lady Gisela Ashford esté presente.

Toda la serenidad de Malcolm desapareció.

—¡¿Cómo se atreve a exigir nada?! —bramó.

El guerrero titubeó, pero terminó por responder:

—Asegura que son órdenes de Guillermo.

Malcolm abrió la boca para negarse, pero Gisela se adelantó antes de que pudiera pronunciar una sola palabra.

—Decidle que yo también le recibiré.

—Gisela… —intentó razonar Malcolm.

—Si el rey de Escocia quiere que su emisario hable conmigo, lo hará —afirmó ella con determinación—. En cuanto me convierta en tu esposa, seré escocesa y responderé ante él.

Malcolm la miró con frustración.

—Gisela, no van a ser buenas noticias —advirtió.

—Lo sé, y las afrontaremos juntos.

Malcolm suspiró y le hizo un gesto al guerrero para que cumpliera sus órdenes. Aunque no estaba de acuerdo, sabía que no lograría hacer cambiar de opinión a Gisela, así que no insistió.

Junto a Ervin, entraron en el interior de la fortaleza.

—¿Esto tiene que ver con Aulay Ferguson, verdad? —preguntó Gisela mientras recorrían el pasillo hacia el gran salón.

—Estoy seguro de ello —respondió Malcolm con la mandíbula apretada—. Y eso significa que él sabe que estás aquí. Por eso deberías ir a tu alcoba y esperar allí hasta que yo reciba primero al emisario, pero sé que no lo harás.

—No, no lo haré —confirmó ella con una leve sonrisa desafiante—. No permitiré que escuches las noticias antes y luego me las endulces.

Malcolm negó con la cabeza, porque eso era exactamente lo que pretendía hacer. Él no quería que ella se preocupase por nada, ni sufriese innecesariamente. Pero su gatita nunca dejaría que la mantuviese en la sombra. Y aunque a veces aquello le irritaba, también era una de las cosas que más le gustaban de ella.

Capítulo 23

Malcolm sentía que la ira le abrasaba por dentro. Todo su cuerpo le pedía matar al emisario real allí mismo, pero la razón le recordaba que aquel hombre solo era un mensajero. No era culpable de las palabras escritas en la misiva que, en ese momento, Gisela le estaba entregando a Ervin.

A diferencia de él, ella se mantenía serena y relajada. Era la única en el gran salón que no mostraba signos de tensión. El emisario movía el pie con nerviosismo, y Ervin, que siempre encontraba la forma de bromear incluso en las peores situaciones, no solo no lo hacía, sino que cualquier signo de humor había desaparecido de su rostro, y mientras leía la misiva, sus labios se apretaron en una delgada línea.

—Entiendo que el rey Guillermo pueda estar preocupado por mi bienestar —dijo Gisela con calma—. Pero, como podéis ver vos mismo, estoy sana, a salvo, y feliz.

—S… sí, mi… —balbuceó el emisario al sentir la mirada fulminante de Malcolm. El laird de los Sinclair era imponente y lo último que deseaba era despertar su furia— milady. Y él se alegrará de saberlo.

—Entonces decidle que es mi decisión quedarme en el clan Sinclair. Y que, libremente y sin coacción alguna, he decidido casarme con Malcolm Sinclair.

El mensajero tragó saliva antes de responder:

—Milady, el rey me ha ordenado que os lleve al clan Ferguson y…

—¡Solo lograréis eso si me matáis primero! —bramó Malcolm, incapaz de contenerse durante más tiempo, dando un paso al frente.

—Y si lográis esa hazaña, tendréis que enfrentaros a mí y al resto de los guerreros del clan —añadió Ervin con más calma pero con un tono afilado.

—No será necesario llegar a la violencia —dijo el emisario, alzando sus manos en señal de paz—.Como súbditos reales, es vuestro deber obedecer las órdenes del rey.

Malcolm no respondió con palabras. En su lugar, agarró una silla y la lanzó con furia al otro lado del salón. La madera se estampó contra la pared con un estruendo seco. El emisario dio un respingo, pese a que la silla ni siquiera le había pasado cerca. Gisela puso los ojos en blanco mientras Ervin parecía más que dispuesto a unirse a la destrucción del mobiliario.

Malcolm sabía que el rey Guillermo se pondría del lado de Aulay si no demostraba que Gisela estaba actuando por voluntad propia. Lo que no esperaba era que Guillermo exigiera su regreso sin molestarse siquiera en conocer su opinión. Aquello le hizo sospechar que quizás había subestimado al Aulay Ferguson, que tal vez, este tenía algo con lo que presionar al rey. La amenaza escrita en la misiva lo confirmaba: si no obedecía de inmediato, Guillermo enviaría sus tropas y tomaría el clan por la fuerza.

—Hasta que contraiga matrimonio soy una súbdita inglesa —dijo Gisela—. Guillermo no tiene poder para ordenarme nada. ¿No es así?

El emisario asintió.

—Sí, milady, es así. Pero vuestro rey, Juan, os ha comprometido con Aulay Ferguson, por lo que vos debéis casaros con él.

—Eso es verdad —apostilló Gisela y Malcolm entrecerró los ojos, atento a cada palabra. Porque conocía demasiado bien ese brillo en su mirada, esa aparente dulzura con la que disfrazaba su inteligencia afilada. Estaba tramando algo, y aunque no sabía exactamente qué,

decidió no interrumpirla—. Y mi rey, como el vuestro, solo desea lo mejor de sus súbditos. —Pese a que lo intentó disimular, la ironía impregnada en sus palabras fue evidente para todos los presentes menos para el emisario, que estaba demasiado preocupado en salir con vida de allí como para darse cuenta.

—Así es, milady.

—Entonces, lo mejor será que le envíe una misiva al rey Juan, explicándole que Malcolm no me ha secuestrado, como vuestro rey parece creer, y que yo… —Hizo una pausa deliberada, observando la reacción del emisario—. O mejor aún, quizás debería solicitar una audiencia con él. Sí, eso sería lo más adecuado. Estoy segura de que querrá que se lo explique en persona.

El emisario palideció visiblemente.

—Mis órdenes son llevaros con vuestro prometido.

—Ella ya está con su prometido —le corrigió Malcolm con furia, acercándose a Gisela para colocarse a su lado.

La joven extendió su brazo y acercó su mano a la de Malcolm. Él la tomó con firmeza, entrelazando sus dedos con los de ella. El emisario abrió los ojos con sorpresa, pero tuvo la prudencia de guardar silencio.

—Estoy segura de que vuestro rey me entenderá —dijo Gisela con serenidad—. Cuando me convierta en su súbdita, si el rey Juan me da una orden, no la obedeceré sin obtener antes su permiso.

—Tal vez haya una solución —comenzó el emisario con cautela—. Varios hombres del rey me han acompañado en este viaje y se encuentran hospedados en el convento de St. Florence, a menos de un día y medio de camino. Si venís conmigo, yo informaré al rey Guillermo. Uno de ellos enviará la misiva que entreguéis a vuestro rey, y vos podréis esperar la respuesta en el convento.

—¡Por todos los demonios, ni hablar! —bramó Malcolm, su voz retumbando en el salón. Su furia era palpable, su mandíbula tensa, los nudillos blancos de tanto apretar el puño con el que no estaba sujetando la mano a Gisela.

La muchacha carraspeó en un intento de advertencia para que Malcolm se calmara, pero su sutil aviso no surtió efecto. Él llevó su mano libre a la empuñadura de su espada, con los músculos tensos y la furia brillando en su mirada.

Gisela, viendo que no tenía otra opción, recurrió a la única solución que se le ocurrió en ese momento: le dio un fuerte pisotón en el pie.

—¡Por todos los santos, mujer! —gruñó Malcolm, mirándola con incredulidad.

Gisela abrió los ojos con fingida sorpresa y se llevó una mano al pecho, adoptando una expresión de profundo pesar, como si estuviera avergonzada por su torpeza.

—¡Oh, Malcolm, lo siento tanto! —exclamó con dramatismo, asegurándose de que el emisario la escuchara—. Ha sido un accidente lo juro.

Su tono meloso y su mirada afligida habrían convencido a cualquiera de su arrepentimiento. Excepto a Malcolm, que entrecerró los ojos con suspicacia.

Pero ella ya no le miraba a él, sino al emisario, que si parecía haberse creído su farsa.

—¿Os dais cuenta de que gran hombre es? —le preguntó Gisela—. Incluso soporta con paciencia mis torpezas. ¡Qué afortunada soy!

Por la forma en la que sus labios se fruncieron, el emisario no parecía estar de acuerdo, pero no tuvo corazón para contradecirla.

—Sí, milady, lo sois.

Gisela se soltó del agarre de Malcolm y dio un paso más hacia el emisario.

—Como vos mismo habéis reconocido, casarme con Malcolm es lo más sensato y lo que realmente garantiza mi bienestar.

—¿Qué yo he reconocido qué? —preguntó el emisario, confuso—. Siento haberos dado esa impresión, pero yo no he reconocido nada, milady.

—Aulay Ferguson es un buen hombre, no dudo de ello —continuó Gisela, ignorando las palabras del emisario—. ¿Pero cómo podría aguantar mis torpezas y falta de inteligencia? —Mordió su labio inferior con fingido pesar y pestañeó con fuerza, tratando sin éxito de que sus ojos se humedecieran.

El emisario la miró con compasión.

—Milady, no digáis eso, vos sois una mujer inteligente.

—¿De veras lo creéis? —le preguntó ella con ojos brillantes y una sonrisa.

—Por supuesto que lo creo, milady.

—Entonces, quizás podría casarme con vos.

Los ojos del emisario se abrieron desmesuradamente y parpadeó varias veces a la vez que sus labios entreabiertos temblaron.

—¿Cómo decís?

—Sois un buen hombre, varonil y fuerte —respondió Gisela—. Creéis que soy inteligente y queréis que viajemos solos un día y medio de viaje. Disculpadme si me equivoco, pero… ¿No os estabais declarando a mí?

Un sonido ahogado brotó de la garganta del emisario y, por un instante, su pecho dejó de moverse, como si el aire se hubiera atascado en su garganta.

—Milady, creo que…

—No os preocupéis por Malcolm —le interrumpió Gisela con decisión, haciendo un gesto con su mano—. Lo importante es vuestro rey. Llevadme a él y le diré que acepto vuestra propuesta de matrimonio.

Malcolm no abrió la boca, porque no se podía creer la cantidad de insensateces que estaban saliendo por la boca de Gisela. Sabía que aquello formaba parte de un disparatado plan, pero no acababa de entender cuál era. Aunque viniendo de Gisela, tampoco esperaba hacerlo.

Miró a Ervin, que volvía a tener una sonrisa en su cara.

—Milady, no… —comenzó el emisario, que había adquirido un tono tan blanquecino como la nieve, pero Gisela lo interrumpió de nuevo.

—Tal vez puedan acompañarnos algún guerrero.

—Podemos ir Malcolm y yo —se ofreció Ervin.

Malcolm le hizo un gesto a su amigo y este se encogió levemente de hombros.

Definitivamente, todos habían perdido la cordura.

—Es una buena idea —dijo Gisela con una sonrisa entusiasta.

—¿Queréis que mate al emisario durante el viaje? —gruñó Malcolm.

—Malcolm —Gisela lo miró con seriedad—, comprendo tu enojo. Pero debes entender que mi corazón ahora está con … —Ladeó la cabeza para centrar sus ojos en el emisario—. Perdonadme, ¿cuál es vuestro nombre?

—Cameron —respondió el emisario.

—Con Cameron —repitió Gisela con una sonrisa.

—¡No! —gritó el emisario, dando un paso al frente mientras movía las manos de manera exagerada—. Milady, estáis confundiéndoos. Siento si habéis malinterpretado mis palabras, pero yo jamás me he declarado a vos.

—No son solo las palabras, sino también las acciones —añadió Ervin—. Puedo ver el deseo

con el que la miráis. Y así se lo haré saber al rey Guillermo.

Gisela aplaudió con fingida emoción.

—Vayamos cuanto antes al convento para que podamos contarles nuestro amor a los hombres del rey Guillermo y todos juntos ir a su corte.

El emisario tragó con dificultad, su tez pálida.

—No es necesario que me acompañéis. Me aseguraré de informar a Guillermo de vuestra situación y enviarle una misiva al rey Juan de vuestra parte.

El emisario no esperó respuesta y salió corriendo.

—Podía haberse quedado a cenar —dijo Gisela con una risita.

—¿Qué demonios ha sido lo que acabo de presenciar? —preguntó Malcolm.

—Ni yo misma lo sé bien —respondió Gisela, encogiéndose de hombros—. Solo quería ganar tiempo comportándome como una dama.

—Más bien parecíais una dama que había perdido la cordura —dijo Ervin riéndose—. Pero tu ardid ha funcionado y es lo único que importa.

Gisela suspiró.

—¿Y ahora qué vamos a hacer? He ganado algo de tiempo, pero será fugaz.

—Nos casaremos mañana —dijo Malcolm con decisión—. Siendo mi esposa, Aulay Ferguson no tendrá ningún derecho sobre ti.

Gisela asintió.

Aunque a pesar de su falsa seguridad, Malcolm era consciente de que no sería tan sencillo. Aulay buscaría represalias y, seguramente, declararía la guerra a su clan. Lo más sensato sería entregar a Gisela y buscar otra manera de arrebatarle el poder.

Pero antes moriría que permitir que Gisela se casara con Aulay Ferguson.

Porque ahora que la había conocido, jamás renunciaría a ella.

Capítulo 24

A pesar de la intención de Malcolm, la boda no pudo realizarse al día siguiente, ya que el padre Lachlan no se encontraba en el pueblo. Se había ausentado para administrar la extremaunción a un familiar moribundo y tardaría varios días en regresar.

Malcolm quiso enviar hombres en su búsqueda, pero Gisela se opuso, pues no quería perturbar al sacerdote en un momento tan complicado.

Podían esperar. Pero cuando pasaron cinco días los ánimos de Gisela empezaron a flaquear. Aunque Malcolm no se negaba a hablar del tema, su inquietud era evidente, ya que había reforzado la seguridad del clan, duplicado las patrullas y dado órdenes más estrictas a sus hombres, como si esperara algún peligro inminente.

—Pareces preocupada —le dijo Ailis mientras regresaban a la fortaleza junto a Cael después de haber pasado la tarde en la orilla del río.

Hamish iba tras ellos.

Esa era otra de las cosas que le demostraban que nada iba bien. Malcolm le había puesto escolta a pesar de que ella no iba a salir de dentro de los muros y se suponía que allí estaba segura.

—No quiero que mis decisiones perjudiquen al clan —le confesó.

Le había contado toda la verdad a Ailis, quien la había escuchado con comprensión. Entendía por qué había guardado el secreto y no la juzgaba por ello. Sin embargo, no le había revelado lo de la hermana de Malcolm; esa no era su historia para contar.

—No debes preocuparte por eso. Estás haciendo lo correcto. Malcolm y tú os merecéis ser felices. Y además, yo misma sería capaz de enfrentarme a un ejercito solo para que estés en el clan.

—Yo también te defenderé —dijo Cael, alzando su espada de madera, demostrando que estaba más atento a la conversación de lo que Ailis y Gisela creían.

—Sé que contigo estoy a salvo. —Gisela se agachó para revolverle el pelo. Un gesto que había descubierto que Cael odiaba y que tan solo le permitía hacer a Malcolm y a ella—. Eres muy valiente.

—Sí que lo soy —respondió el niño inflando su pecho.

—Es igual de altanero que su hermano mayor —comentó Gisela con una sonrisa.

Ailis abrió la boca para responder, pero, en ese momento, Cael soltó un gritito y echó a correr hacia Munro, quien lo esperaba con los brazos abiertos. Lo alzó con facilidad, provocando en el niño una risa contagiosa.

—Cael lo adora —dijo Gisela.

Ailis sonrió.

—Sí, y por eso sé que he hecho una buena elección.

Gisela ladeó la cabeza para mirarla, deteniéndose en el camino. Ailis hizo lo mismo.

—No te cases solo por darle un padre a tu hijo. Cásate por amor.

Ailis se encogió de hombros.

—El amor llegará, como llegó la primera vez —respondió, repitiendo las mismas palabras que había dicho otras veces.

—Cásate solo cuando llegue —le susurró Gisela, pues Munro acababa de dejar a Cael en el suelo y no tardaría en acercarse a ellas—. Y si no llega… aparecerá otro hombre. Malcolm no te

obligará a casarte.

Ailis suspiró.

—Has contado con la gracia del destino, Gisela. Pero bien sabes que es algo extraño que suceda. Y no quiero estar sola.

Gisela no pudo contestar porque Munro se acercó a ellas con Cael agarrado de la mano. Saludó a Gisela y se inclinó para darle un beso en la mejilla a Ailis.

—¿Habéis cenado? —les preguntó.

—¡Sí! —gritó Cael.

—La cocinera nos ha preparado unos alimentos que hemos disfrutado mientras descansábamos junto al río —le explicó Ailis.

—Íbamos a retirarnos por hoy —añadió Gisela, mirando hacia el cielo durante un instante antes de volver a centrar su atención en Munro. El sol comenzaba a ocultarse, tiñendo el cielo de tonos dorados y anaranjados

—Malcolm ha tenido que marcharse junto a Ervin y un par de guerreros —les explicó Munro.

—¿Va todo bien? —preguntó ella, extrañada de que no le hubiera dicho nada.

—Han atacado uno de los pueblos. No pudo avisarte, me pidió que lo hiciera yo.

Gisela asintió e intentó ocultar la desazón que la invadía. Era evidente quién estaba detrás de aquel ataque. Solo esperaba que no hubiera muertos, que nadie hubiese perdido la vida por su culpa. Porque, aunque no quisiera, se sentía responsable.

¿Pero qué podía hacer? ¿Escapar de Malcolm y entregarse a Aulay Ferguson? ¿Volver a su plan inicial y matarlo? No, ya no quería eso.

—Hamish, puedes retirarte. —Munro miró al guerrero que los observaba con atención—. Me encargaré de que Lady Gisela llegue sana y salva a su alcoba. Esta noche, yo montaré guardia ante su puerta.

Hamish no pareció del todo convencido, pero asintió. Con el laird y el comandante en jefe fuera de la fortaleza, Munro era quien tenía la autoridad.

—No hace falta que te quedes tras mi puerta —le dijo Gisela—. No voy a salir y la fortaleza está bien protegida.

—Son órdenes del laird.

Gisela entrecerró los ojos y negó con la cabeza, pero no insistió, porque sabía que no lograría hacerlo cambiar de opinión. Apenas conocía a Munro, pero parecía tan testarudo como Malcolm. Al parecer, venía de familia.

Cuando llegaron a la fortaleza, entraron y subieron las escaleras. Ailis y Cael se retiraron a su habitación mientras que Munro acompañó a Gisela hasta la suya.

Él le abrió la puerta, pero, en lugar de entrar, ella se detuvo en el umbral.

—¿Los miembros del clan corren peligro? —le preguntó con preocupación.

—No debéis preocuparos por eso, Lady Gisela.

—Munro, sed sincero por favor —insistió—. ¿Ailis y Cael están seguros tras los muros?

—Nadie está seguro, milady. Pero no debéis preocuparos por eso.

—¿Lo estarán cuando me case con Malcolm?

—Acostaos y descansad, dejad esas preocupaciones a los hombres.

Gisela chasqueó la lengua. Dio un paso hacia Munro y miró a cada lado del pasillo, comprobando que estaban solos.

—No soy la clase de dama que se queda a un lado mientras los demás solucionan los problemas que ella misma ha ocasionado —dijo con irritación. Porque nadie que conversara con

ella durante más de dos minutos lo creería—. Y ahora, responderme —exigió.

Munro la miró durante unos instantes antes de contestar. Su rostro permaneció imperturbable, pero Gisela atisbó en sus ojos castaños un destello de algo que no pudo interpretar.

—Aunque os caséis con Malcolm, el rey no dará por válido el matrimonio. Y si Malcolm no os entrega a Aulay Ferguson, el rey ayudará a este a invadirnos.

—Y mucha gente morirá —auguró Gisela, sintiendo una opresión en su pecho—. Puede que Ailis y Cael estén entre ellos.

—No dejaremos que suceda. Defenderemos el clan.

Gisela sabía que lo intentarían, pero no lo lograrían. Por mucho que el clan Sinclair fuera poderoso, hasta ella, que no entendía de asuntos de guerra, era consciente de que con la ayuda del rey no tenían nada que hacer.

Ella no podía permitir que eso sucediera. No por su culpa.

Y entonces, tomó una decisión.

—Munro, llevadme a la corte del rey Guillermo.

—¿Cómo decís? —le preguntó él con sorpresa.

—Debo hablar con él. Hacerle entender la clase de hombre que es Aulay Ferguson. Convencerle de que permita mi boda con Malcolm.

—El laird regresará mañana al mediodía, habladlo con él.

—No —replicó Gisela—. Él no me llevará. No permitirá que me ponga en peligro, pero debo hacerlo.

Munro tragó saliva.

—Lady Gisela, yo no…

—Hacedlo por Ailis y Cael.

Munro dudó.

—Mi primo me matará en cuanto lo descubra.

—Te perdonará cuando vuelva sana y salva con el beneplácito del rey.

—No, no lo hará —dijo Munro e hizo una pausa—, pero tenéis razón. Amo a Ailis y Cael es como un hijo para mí. Daría mi vida con tal de salvar la de ellos.

—¿Me llevaréis entonces?

Munro asintió.

—Partiremos antes del alba, pero debéis llevar una capa para ocultaros. Y dejad el manto de los Sinclair en vuestra alcoba. Nadie debe reconoceros.

Gisela sonrió.

Con suerte, lograría convencer al rey Guillermo y en unos días regresarían al clan Sinclair con su beneplácito y evitando una guerra. Nadie moriría y Malcolm y ella se casarían y serían felices para siempre.

Tristemente, Gisela debería haber sabido que la suerte nunca estuvo de su lado.

Salir del clan fue más fácil de lo que Gisela había imaginado. Munro conocía bien cada guardia, cada punto ciego en la vigilancia, y en cuestión de minutos, ambos cruzaron los muros sin ser vistos.

Malcolm descubriría su audacia e iría tras ella, pero, con suerte, tardaría lo suficiente para no alcanzarlos.

Viajaron durante horas, cabalgando en silencio. Al principio, la luz de la luna iluminaba su camino. El aire era frío y cortante, y solo el sonido de los cascos de sus caballos rompía la

quietud de la noche. Por fortuna, iba cubierta por la capa.

Con el paso del tiempo, el horizonte comenzó a teñirse de tonos azulados y púrpuras, anunciando la llegada del alba. Poco a poco el cielo se encendió con matices dorados y rosados, y la bruma matinal se disipó, revelando las colinas y los bosques que los rodeaban.

Cuando el sol ascendió por completo, bañando la tierra con su calidez, ya habían dejado atrás las tierras Sinclair.

Munro mantenía el paso firme, con la mirada atenta al camino, guiándola con la seguridad de alguien que conoce los alrededores.

El día avanzó y el bosque dio paso a un terreno más abierto. Los campos se extendían a su alrededor, salpicados de arroyos y colinas cubiertas de hierba alta que se mecían con la brisa. El sol estaba en lo más alto cuando Munro detuvo su caballo en la cima de una loma y señaló con su barbilla hacia el frente.

—Descansaremos aquí.

Gisela entrecerró los ojos y sintió que el corazón se le encogía al ver el campamento que se extendía en el claro del valle. Varias tiendas de campaña estaban dispersas entre los árboles, y el humo de algunas hogueras ascendía perezoso hacia el cielo.

—¿Quiénes son? —indagó.

—No os preocupéis, son aliados. Almorzaremos, descansaremos unas horas, y después, seguiremos nuestro camino.

Pero Gisela no le creyó. Algo en su tono, en la forma en la que evitó mirarla directamente, le indicó que no estaba siendo del todo sincero. En ese instante, notó un cambio en su postura, una tensión apenas perceptible, como si ocultara algo.

Aun así, no era tan necia como para intentar huir. Sabía que escapar de él en ese momento sería imposible. No, debía actuar con inteligencia.

—Está bien —dijo, esforzándose por mantener la calma.

Munro asintió y azuzó su caballo, indicándole que lo siguiera. Juntos descendieron la loma y se adentraron en el campamento. El sonido del crepitar de las hogueras y el murmullo de los hombres se intensificó a medida que avanzaban. Algunos guerreros se giraron para mirarlos con expresión inescrutable, pero ninguno se acercó.

No eran demasiados, apenas cuatro o cinco hombres. Gisela recorrió el campamento con la mirada, notando que solo había tres tiendas. Su mente trabajaba rápido, evaluando cada detalle, cada posible salida.

La situación se tornaba peligrosa, pero, al mismo tiempo, quizás no sería tan difícil escapar. Si lograba distraerlos o esperar el momento adecuado, podría intentarlo.

Sin embargo, antes de que pudiera idear un plan lo vio.

Estaba de pie en el centro del claro, esperándolos con los brazos cruzados sobre el pecho y una sonrisa de satisfacción dibujada en el rostro. Aunque habían pasado cuatro años desde la primera y última vez que lo vio, esos ojos oscuros y crueles estaban grabados en su memoria como si hubiera sido ayer.

Aulay Ferguson.

El hombre que asesinó a su padre. El hombre que había provocado el suicidio de la hermana de Malcolm. El hombre al que odiaba con todo su ser.

Ahora que lo tenía enfrente, las ganas de asesinarlo regresaron con fuerza. Pero luchó para mantenerlas a raya. Ella tenía que pensar en Malcolm y en su futuro juntos.

Munro detuvo su caballo, y Gisela, sin opción, hizo lo mismo. Él la miró con intensidad y, en un susurro apremiante, le advirtió:

—Si sois inteligente, fingiréis que os he rescatado de un sufrido cautiverio y que estáis feliz de estar con vuestro verdadero prometido. Aulay Ferguson no es un hombre que tolere la rebeldía en una mujer.

Gisela sintió un escalofrío recorrerle la espalda. Quería preguntarle por qué estaba haciendo todo aquello. ¿Por qué traicionaba a su clan, a su primo y a su prometida?

Pero no tuvo oportunidad, de poder pronunciar una sola palabra porque Aulay Ferguson se acercó a ellos con una sonrisa de triunfo en el rostro.

—Lady Gisela, es un placer conoceros por fin —le dijo, acercándose y ofreciéndole la mano para bajar.

Gisela respiró hondo. Se obligó a recordar todo lo que había aprendido en el convento, a comportarse como una dama refinada, a fingir que estaba complacida de verlo. Pero su cuerpo la traicionó. Su garganta se cerró, incapaz de pronunciar palabra.

En un movimiento calculado, Gisela saltó de su yegua por sí sola, rehusando la ayuda de Aulay. No podía permitir que sus manos se rozaran siquiera, pues temía que el odio que hervía en su interior se reflejara en su semblante.

Aulay frunció el ceño, un destello de desagrado cruzando su rostro.

—¿Os halláis disgustada, milady? —inquirió con cortesía, aunque su tono denotaba impaciencia. A pesar de que fingía ser un perfecto caballero, Gisela podía ver que la ira bullía en su interior. Obviamente, Aulay no estaba acostumbrado a que las mujeres lo rechazaran—. ¿Acaso el hombre que os tuvo cautiva os llenó la cabeza de falsedades sobre mí?

Gisela forzó una sonrisa y adoptó un tono comedido.

—No habría dado crédito a tales palabras, milord —respondió con fingida cordialidad, sin poder evitar que sus manos se cerraran en puños fruto de toda la furia que la invadía—. Más confieso que estoy agotada. Han sido unas semanas difíciles.

Aulay esbozó una sonrisa de satisfacción, como si sus palabras fueran la prueba de su sometimiento.

Ahora que Gisela podía observarlo más de cerca, se dio cuenta de que era un hombre muy atractivo. Alto y fornido, con la piel bronceada y llena de cicatrices. Tenía el cabello castaño, una nariz recta y una mandíbula cuadrada. Comprendió por qué la hermana de Malcolm se había enamorado perdidamente de él, como seguro que había utilizado su encanto para utilizar a otras muchas mujeres.

De la misma manera que pretendía hacer con ella. Pero a Gisela no podía engañarla, porque sabía que detrás de toda esa belleza y falso encanto se escondía un alma tan negra como sus ojos.

—Ya no tenéis de lo que preocuparos —dijo—. Todo vuestro sufrimiento ha quedado atrás. Nos desposaremos hoy mismo y partiremos hacia mi clan.

Su clan, no el de ambos.

Gisela no dejó pasar ese detalle, aunque, en ese momento, era lo menos importante.

¿De verdad pretendía casarse con ella ese mismo día? Ella no podía permitirlo. Necesitaba ganar tiempo para intentar buscar una salida.

—¿Aquí? —preguntó, mirando a su alrededor—. Milord, sería mi mayor deseo desposarnos en el corazón de vuestro pueblo —dijo con dulzura fingida—. Durante mi cautiverio, el pensamiento de nuestra boda me sostuvo. Me imaginé celebrándola, rodeada por vuestro clan, compartiendo nuestra dicha y…

—Vuestras preferencias carecen de importancia —le interrumpió Aulay con desdén, haciendo un gesto con su mano.

Se había cansado de fingir paciencia. Aunque, pensándolo bien, ni siquiera lo había

intentado.

—Entiendo, milord —dijo Gisela, porque sabía que era lo que él esperaba que dijese.

—Dos de mis hombres han ido en busca de un sacerdote; llegarán en unas horas.

—A estas alturas, Malcolm ya debe haber descubierto que el ataque al pueblo no fue más que una distracción —intervino Munro, desmontando con calma—. Y también habrá sabido que fui yo quien liberó a vuestra prometida.

Aulay Ferguson esbozó una sonrisa arrogante.

—En cuanto contraiga matrimonio, el rey Juan pondrá las tropas que necesite para vengar el ultraje del secuestro de mi esposa. Malcolm Sinclair y sus afines morirán. Y vos serás el nuevo laird.

Munro sonrió.

—Y los Sinclair estarán en deuda con vos.

Gisela tuvo que contener un grito, aunque no de miedo, sino de furia. Munro era un insensato. ¿Acaso era tan necio como para no ver que Aulay Ferguson lo estaba utilizando y que, en cuanto tuviera el control absoluto, se desharía de él sin dudarlo?

Aulay se quedaría con el clan Sinclair para sí mismo. El ansia de poder había cegado a Munro.

—Milord —Gisela se dirigió a Aulay. Este le lanzó una dura mirada por osar interrumpirle, aunque no le dijo nada. Ella estaba segura de que eso cambiaría si contraían matrimonio. Una vez estuviesen casados y él obtuviese lo que deseaba, él la trataría peor que a un animal—, no puedo casarme con estos harapos. Y no tengo más ropa.

Aulay la observó con detenimiento. Su capa, cubierta de polvo tras el viaje, estaba abierta, dejando ver un sencillo vestido marrón. Para ella, era más que suficiente para una boda, pero sabía que no lo sería para una dama de su posición.

—No debéis preocuparos por eso. Os casaréis con mis colores.

—Por supuesto, laird —respondió con fingida docilidad.

—Id a la segunda tienda, allí os ayudarán a vestiros.

— Gracias, milord.

Gisela apenas había dado un paso cuando la voz de Aulay la detuvo.

—Lady Gisela. —Ella se giró con cautela, encontrándose con su sonrisa gélida—.Tomadlo como un regalo de bodas.

No entendió el significado de sus palabras, pero se limitó a asentir antes de seguir su camino.

Capítulo 25

Gisela apartó la tela de la tienda y entró sin saber qué esperar. Su mirada recorrió el interior con rapidez. No era el lugar lo que la dejó paralizada, sino la presencia de la mujer que se encontraba allí dentro.

Por un instante, su mente se negó a aceptar lo que veía. Su respiración se entrecortó y su corazón se paralizó.

—Bienvenida, Gisela.

La mujer esbozó una sonrisa tranquila y Gisela sintió que el suelo bajo sus pies desaparecía.

Era imposible.

Aquel rostro… aquellos ojos…

Era ella.

—Tú… tú… —balbuceó, quedándose sin palabras por primera vez en su vida—, estás muerta.

—Es evidente que no.

—No lo entiendo… —Gisela se pasó una mano por su cabello, confundida—. Me dijiste que te estabas muriendo, que cuidase de Cecily.

—Y lo hiciste —respondió ella.

—Cecily, ¿ella sabe que estás viva?

Ella negó con la cabeza.

—No, y así debe seguir siendo.

—Sorcha, no entiendo… —Observó a la madre de Cecily durante unos instantes. Su semblante tranquilo y la manera confiada en la que hablaba. Recordó aquella noche, cuatro años atrás. Y entonces, todo tuvo sentido—. No eres una rehén.

—No, no lo soy —reconoció.

Un escalofrío la recorrió de pies a cabeza. Todo encajó con una claridad aterradora.

—Tú… tú los ayudaste a entrar al castillo aquella noche.

—Sí, Gisela, fui yo. Yo envenené el agua—recoció con frialdad.

Gisela siempre supo que alguien de su clan dejó entrar a Aulay Ferguson y sus hombres aquella noche. Se preguntó quién había podido traicionarlos, pero nunca jamás se le pasó por la cabeza que fuera Sorcha, la madre de Cecily.

Ella había sido la curandera de la fortaleza de su padre. Llevaba años trabajando en la fortaleza y había salvado la vida de más hombres de su padre de los que Gisela podría contar con los dedos de sus manos. Su padre confiaba ciegamente en ella. Todos lo hacían. ¿Por qué ella habría hecho algo así?

—Mi padre… él…

Pero Gisela no terminó la frase, porque furia la cegó. Con un grito ahogado, se lanzó hacia Sorcha, dispuesta a golpearla, a hacerla pagar por lo que había hecho. Pero antes de que pudiera alcanzarla, Sorcha movió la mano con rapidez, presionando un paño contra su rostro.

El aroma dulce y penetrante la envolvió y su cuerpo se debilitó al instante.

—Tranquila, la benevela no te sumirá en un sueño profundo, solo relajará tu cuerpo —susurró Sorcha con calma.

Gisela intentó resistirse, pero sus fuerzas flaquearon. Sus párpados se sentían pesados, y el mundo a su alrededor comenzaba a desdibujarse.

Sorcha la guio con facilidad hasta un sencillo jergón y la recostó con cuidado. Gisela luchó por mantener los ojos abiertos, por seguir aferrándose a la consciencia. Le costaba, pero ella era tozuda y lo logró, aunque a duras penas.

—¿Por qué? ¿Por qué lo hiciste? —le preguntó, aunque su voz salía con dificultad.

Logró sentarse y eso le ayudó a mantener el sueño a raya.

Sorcha se movía por la tienda, pero a Gisela le costaba ver lo que estaba haciendo.

—Tengo mis razones. Y no es a ti a quien le debo explicaciones.

—¿Y a Cecily? Ella te quiere, aún sigue llorando tu pérdida.

—Se las daré cuando sea necesario.

—¿Sabes dónde está? —preguntó Gisela, con la voz aún débil.

Sorcha esbozó una sonrisa enigmática.

—Siempre sé dónde está mi hija.

Gisela la observó con recelo. El efecto de la benevela parecía estar disipándose. Ya no sentía aquella irremediable pesadez en los párpados, aunque su cuerpo seguía sin fuerzas para incorporarse.

—¿Está bien?

—Sí, ella ha logrado regresar al convento. Está intentando convencer a las monjas para que envíen una misiva a Juan para que te ayude.

Desde su posición, pudo ver a la curandera inclinada sobre una pequeña mesa, manipulando con destreza un puñado de hierbas y raíces. Sus manos se movían con la precisión de alguien habituado a trabajar con remedios… o con venenos.

—¿Qué haces? —le preguntó Gisela.

—Voy a ayudarte a matar a Aulay Ferguson. Voy a ayudarte a conseguir tu ansiada venganza.

—¿Cómo sabes…? —Gisela se quedó en mitad de la frase.

—¿Qué deseas vengarte? —inquirió con calma—. Te conozco desde que naciste, Gisela Ashford. No fuiste criada para ser una dama sumisa que acepta con devoción cristiana todo lo que le imponen.

—¿Ayudaste a Aulay y ahora me ayudas a mí?

Sorcha soltó una carcajada.

—Él cree que el secreto que conoce sobre mí es lo que me obliga a servirle, pero se equivoca. No es a él a quien estoy ayudando.

—¿Al rey Juan? —preguntó Gisela con cautela.

—¿A ese pusilánime? —Sorcha rio de nuevo, con desdén—. Tu padre debía morir por un bien mayor. Y ahora, es el turno de Aulay Ferguson.

—Y tú no puedes hacerlo y pretendes que yo lo mate por ti.

Sorcha sonrió de nuevo.

—Siempre me has parecido una mujer muy inteligente, Gisela. Tienes razón, aunque poder puedo matarlo, pero me traería demasiados problemas.

—Si quieres deshacerte de él, tendrás que matarlo tú.

Sorcha entrecerró los ojos. No esperaba esa respuesta.

—¿No quieres vengarte?

—La venganza no trae la felicidad y yo quiero ser feliz.

Un estruendo evitó que Sorcha le respondiese. Al principio, no fue más que el eco de un grito ahogado, pero después, resonó el choque del acero, el crujir de la madera y el retumbar de pasos apresurados.

Gisela se incorporó de golpe.

—¿Qué está pasando? —preguntó, aunque en el fondo ya conocía la respuesta.

Sorcha no respondió.

El sonido de la batalla se intensificó, gritos de guerra y el entrechocar de espadas llenaron el aire. Gisela no lo dudó más, apartó la tela de la tienda y salió al exterior.

La escena que se desplegó ante ella la dejó sin aliento.

El campamento se había convertido en un campo de batalla improvisado. Los hombres luchaban con fiereza, el barro se teñía de sangre y el aire olía a hierro y humo. Entre el caos, reconoció a Ervin y a varios guerreros Sinclair peleando con una determinación feroz.

Pero lo que hizo que su corazón se detuviera fue la visión de Malcolm. En el centro del claro, enfrentándose a Aulay.

Los dos hombres se medían con las espadas en alto, girando en círculos como depredadores a punto de lanzarse sobre su presa. La tensión entre ellos era palpable, una batalla no solo de acero, sino cargada de odio y venganza.

Aulay sonreía con arrogancia, seguro de su victoria. Pero Gisela conocía a Malcolm. Sabía que lucharía hasta su último aliento.

—¡Soy mejor guerrero que tú, Sinclair!

—¡Solo eres un hombre con demasiadas ansias de poder! —le respondió Malcolm con furia —. ¡Y hoy, encontrarás tu muerte!

—Si me matas, Guillermo se verá obligado a arrasar tu clan.

Los ojos de Gisela se posaron en el caballo de Hamish, y su respiración se aceleró. Atado a la montura, junto al carcaj de flechas, estaba su arco. Era su oportunidad.

Sin pensarlo dos veces, corrió entre los cuerpos caídos, esquivando los restos de la batalla. Sus manos encontraron el arco con facilidad. Lo desató con dedos temblorosos, tomó una flecha y giró sobre sus talones, tensando la cuerda con una precisión que había perfeccionado durante años.

Aulay lanzó un tajo hacia Malcolm, pero este lo esquivó con destreza, contraatacando con rapidez. Sin embargo, Gisela no podía esperar más.

Apuntó, respiró hondo y disparó.

La flecha cortó el aire con un silbido certero antes de clavarse en el cuello de Aulay Ferguson.

Por un momento, el tiempo pareció detenerse.

Aulay soltó su espada, que cayó con un ruido sordo sobre la hierba. Se llevó ambas manos a la herida mientras la sangre brotaba a borbotones. Sus ojos, llenos de incredulidad y furia, buscaron a su atacante. Gisela lo miró con el mentón en alto, sin un atisbo de arrepentimiento.

Él intentó decir algo, pero solo un gorgoteo ahogado salió de su garganta. Un segundo después, sus piernas fallaron y su cuerpo cayó al suelo con un golpe seco.

Malcolm, aún con la espada en la mano, giró la cabeza para mirar a Gisela.

—Lo has matado.

—Si, pero no ha sido por venganza —respondió Gisela con honestidad, bajando su arco—. No podía dejar que lo matases tu. Eso destruiría a tu clan. Tu familia… Nuestra familia —se corrigió.

Malcolm deslizó la espada de vuelta a su funda sin apartar la mirada de Gisela. En un instante, cruzó la distancia entre ellos y la rodeó con sus brazos, atrayéndola contra su pecho con una fuerza casi desesperada.

—Por primera vez en mi vida he conocido el verdadero terror —murmuró, con la voz

cargada de emoción—. No sabía si, al encontrarte, aún estarías viva.

—Estoy bien, Malcolm. Estoy bien.

Gisela alzó la mirada para encontrarse con los ojos azules de Malcolm. Él estampó sus labios en los de ella con desesperación y sujetó su rostro entre sus manos, profundizando el contacto, como si quisiera asegurarse de que ella realmente estaba allí sana y salva. Gisela se aferró a su camisa, sintiendo la calidez de su cuerpo, el latido furioso de su corazón contra el suyo.

Cuando se separaron, sus frentes quedaron pegadas, respirando el mismo aire.

—Disculpad que os interrumpa —dijo Ervin, provocando que ambos lo mirasen. Gisela se separó, pero Malcolm rodeo su cintura con el brazo de él—. Munro ha huido. Su caballo sigue aquí pero él no está.

—Lo encontraremos —prometió Malcolm—. Voy a matar a ese malnacido con mis propias manos.

—No más muertes. —Gisela miró a Malcolm, esperando llegar a él—. No merece la pena. He matado a Aulay y ahora tendré que huir. No me hace sentirme mejor.

Malcolm la separó un poco para mirarla a la cara.

—No vas a huir. Regresaremos a nuestro clan y nos casaremos.

—Pero el rey Guillermo…

Una voz femenina interrumpió sus palabras. Sorcha, montada en un caballo, los observaba con la misma calma inquietante de siempre.

—Hablaré con Guillermo. Tengo pruebas de los tratos de Aulay con el rey Juan de Inglaterra. Él estaba traicionando a su propio rey. Has matado a un traidor, y por ello, serás recompensada.

Gisela no tuvo oportunidad de responder. Sorcha tiró de las riendas y, en un abrir y cerrar de ojos, desapareció entre los árboles.

A pesar de todo lo ocurrido, de los engaños y las verdades ocultas, Gisela sintió en lo más profundo que Sorcha cumpliría su palabra. No lo hacía por ella, eso era seguro. Tal y como la curandera le había confesado, tenía sus propias razones. Pero, después de todo, ni siquiera pensó en ello.

Porque lo único que le importaba era que podría casarse con Malcolm y ser feliz. Gisela debía dejar el pasado atrás y centrarse en un futuro.

—¿Quién es ella? —preguntó Malcolm.

—Eso no importa —respondió Gisela con un suspiro—. Cumplirá su palabra.

Malcolm la miró durante unos instantes y después asintió lentamente.

—Confío en tu palabra. Vamos, regresemos al clan.

Gisela intentó dar un paso, pero sus piernas flaquearon y tropezó.

Antes de que pudiera caer, Malcolm la sostuvo con firmeza y, sin darle oportunidad de protestar, la alzó en brazos para llevarla hasta su corcel.

—No es necesario que me lleves, soy capaz de valerme por mí misma.

—Jamás he dudado de ello, pero si lo hubiera hecho, hoy habrías disipado cualquier incertidumbre. Has luchado como una verdadera guerrera, gatita.

Ella entrecerró los ojos, sospechando de su tono.

—¿Me estás adulando para que te deje salirme con la tuya?

—Jamás osaría hacerlo —replicó con una sonrisa mientras la ayudaba a montar.

—¿Cómo me habéis encontrado?

—Hamish tenía órdenes de velar por tu seguridad. Tuvo que obedecer a Munro, pero algo

en todo esto le pareció sospechoso. Se quedó vigilando toda la noche y os siguió cuando salisteis de los muros. No pudo deteneros, pero envió a un guerrero a avisarme mientras él os seguía. Fue dejándome huellas para que pudiese encontraros.

Gisela suspiró, conmovida.

—Le debo mucho.

Malcolm montó detrás de ella, rodeándola con un brazo firme mientras con el otro tomaba las riendas.

—En realidad, me lo debes a mí —dijo con aire divertido—. Si no lo hubiera castigado la primera vez que te dejó escapar, no habría aprendido la lección.

Gisela puso los ojos en blanco.

—Eres un engreído.

—Y, aun así, me amas.

Ella sonrió y apoyó la cabeza contra su pecho.

—Aun así, lo hago. Con todo lo que tengo, con todo lo que soy. Te amo, Malcolm Sinclair.

Él inclinó la cabeza y le susurró al oído:

—Y yo a ti, gatita. Y yo a ti.

Epílogo

Gisela, desde la ventana de la alcoba de Malcolm, que ahora también era la suya, observaba cómo la luz plateada de la luna bañaba el extenso terreno que rodeaba la fortaleza. Las estrellas brillaban con fuerza en el cielo despejado, y todo parecía detenido en el tiempo, como si el clan entero hubiera hecho una pausa para ser testigo de su felicidad.

Y probablemente, así era, pues muchos aún seguían celebrando. Aquella mañana se habían casado y ella se había convertido en una Sinclair, aunque en su corazón lo había sido desde el momento en el que pisó en clan por primera vez. Una parte de ella sentía que siempre lo había sido, incluso sin saberlo.

Habían esperado dos semanas para casarse, ya que Gisela quería asegurarse de que todo estuviera en su lugar. Dos días antes les había llegado una misiva del rey Guillermo aceptando su unión.

Sorcha había cumplido su promesa.

Para colmo de dicha, su amiga Cecily había llegado a tiempo para la boda. Gisela no le había revelado que su madre seguía viva, ya que, la habría obligado a contarle cosas que no quería. No quería hacerle ese daño a su amiga, no sería ella quien le rompiera el corazón.

Gisela sintió el brazo de Malcolm rodearla por detrás con suavidad, y el contacto, aunque familiar, hizo que un torrente de emociones la invadiera. La paz, el amor, la libertad, la familia, la amistad… Todo se sentía como una mezcla perfecta en ese momento. Ese hombre le había dado la felicidad más absoluta, la certeza de que había encontrado su verdadero hogar.

—Pareces cansada, gatita.

Gisela cerró los ojos un momento, sintiendo cómo su corazón latía al ritmo de sus palabras. Él siempre tenía una forma de hacerla sentirse segura, de envolverla con su presencia.

—Debe ser por la emoción del día.

Malcolm rio suavemente y la apretó un poco más contra él. Gisela sintió su aliento cálido en la parte superior de su cabeza.

—O puede que no haya cumplido bien mi deber como marido y no te haya dejado lo suficientemente cansada —dijo con una sonrisa burlona, pero una ternura innegable en sus ojos.

Gisela emitió una risa suave y giró en sus brazos para quedar frente a él. Miró sus ojos con una mezcla de afecto y un toque de complicidad.

—¿Y a qué estás esperando para dejarme exhausta? —preguntó, su voz era un susurro juguetón.

Sin decir una palabra, Malcolm la levantó en brazos y Gisela se aferró a él. Con pasos firmes, la llevó hasta el lecho, recostándola con delicadeza.

—Eres preciosa, gatita —le susurró—. No puedo esperar a hacerte mía una y otra vez.

Y mientras él cumplía su promesa, Gisela pensó que la vida no podía ser más perfecta, que no podía pedir más. Todo lo que había pasado, todo el dolor y la lucha, parecía desvanecerse en ese instante. En ese momento, con él a su lado, sintió que todo tenía sentido. Ella había encontrado su lugar, su verdadero hogar, no solo en sus brazos, sino en todo lo que compartían. La vida había cambiado para ella de una manera tan inesperada y hermosa que no podía dejar de creer que, a pesar de la oscuridad de su pasado, el futuro ahora estaba lleno de luz.

Redes sociales

Instagram: Lexi_thurman03